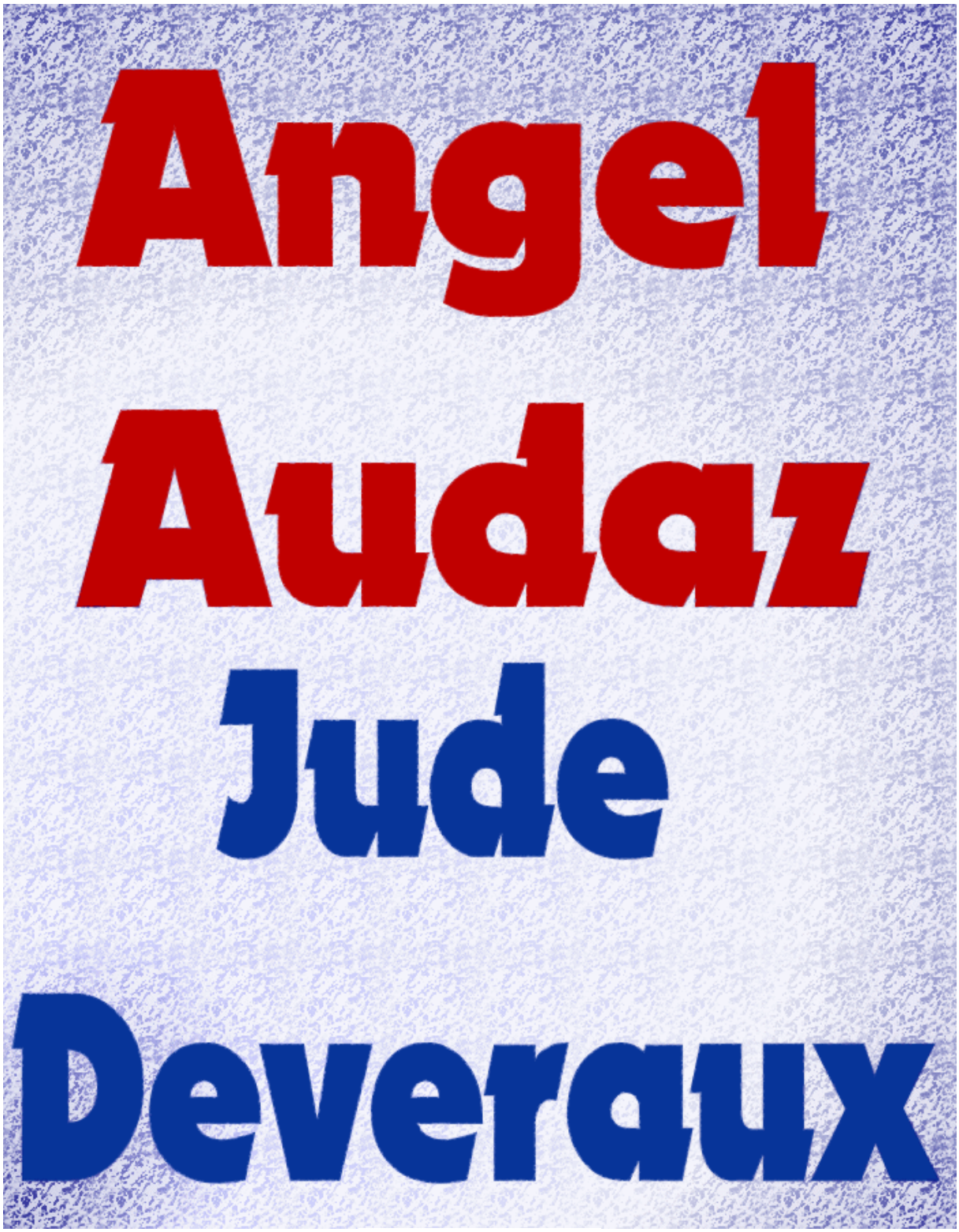
Angel Audaz
Jude Deveraux



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

El sur de Inglaterra
Agosto de 1502

Elizabeth Chatworth estaba de pie en el borde mismo de los acantilados cortados a pico, mirando el mar de campos de cebada. A sus pies, unos hombrecitos que parecían insignificantes caminaban con guadañas al hombro, otros aparecían montados a caballo y uno guiaba una yunta de bueyes.

Pero en realidad Elizabeth no veía a estos hombres, porque mantenía el mentón demasiado alto y sus mandíbulas tan fuertemente apretadas que parecía que nada podría hacerle cambiar el gesto. Una cálida ráfaga de viento estuvo a punto de alejarla del borde, pero ella tensó sus piernas y se negó a cambiar de posición. Si lo que ya le había pasado en este día y lo que le esperaba no la amedrentaban, ningún viento caprichoso iba a moverla de su sitio.

Sus ojos verdes estaban secos pero tenía la garganta obstruida por una hola de furia y de lágrimas contenidas. Un músculo de la mandíbula se le contraía y aflojaba mientras respiraba profundamente, tratando de controlar los latidos de su corazón.

Otra ráfaga de viento le revolvió la masa enmarañada de cabellos color miel, y sin que Elizabeth lo notara, una última perla se desprendió y resbaló por su vestido destrozado y sucio de seda roja. Las galas que había usado para los esponsales de su amiga estaban hechas trizas, sin posibilidades de arreglo, su cabello suelto y ondulante, las mejillas tiznadas, y tenía las manos cruelmente atadas detrás de la espalda.

Elizabeth levantó sus ojos al cielo, sin pestañear ante lo brillante claridad del día. Toda su vida le habían dicho que su aspecto era angelical, y nunca se le había visto tan serena, tan parecida a un ser celestial como ahora, con su espeso cabello enroscándosele en el cuerpo como un manto sedoso y su traje rasgado que le daba la apariencia de una mártir cristiana.

Pero nada más lejos de los pensamientos de Elizabeth que la dulzura, o el perdón.

- Pelearé a muerte - murmuró, mirando hacia lo alto, mientras los ojos se le oscurecían hasta tomar el color de las esmeraldas en las noches de luna-Ningún hombre me vencerá. Ningún hombre me someterá a su voluntad.

- Estás rogándole al Señor, ¿verdad? - le llegó la voz de su captor, a su lado.

Lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo, Elizaheth se volvió hacia el hombre, con una mirada tan fría que éste dio un paso atrás. Era un bravucón como el odioso personaje a quien servía, Pagnell de Waldenham, pero este subordinado era un cobarde cuando su amo no estaba presente.

John tosió nerviosamente y dio un paso adelante, tomando a Elizabeth por el codo.

- Puedes pensar que eres una gran dama, pero por el momento soy tu amo.

Ella lo miró directamente a los ojos, sin demostrar el dolor que le estaba causando; después de todo, en cuanto a sufrimientos mentales y físicos ya había tenido bastante en su vida.

- Jamás serás el amo de nadie - le dijo calmadamente.

Por un momento la mano de John aflojó la presión sobre su brazo, pero inmediatamente la empujó rudamente hacia adelante.

Elizabeth estuvo a punto de perder el equilibrio, pero gracias a un esfuerzo de concentración se las arregló para mantenerse erguida y comenzó a caminar.

- Todo hombre es el amo de alguna mujer - decía John a sus espaldas- . Las mujeres como tú todavía no se han dado cuenta de ello. Pero todo lo que haría falta sería un hombre de verdad que se te echara encima para que aprendieras quién es el amo. Y por lo que tengo entendido, este Miles Montgomery es precisamente lo que te está haciendo falta.

Ante la mención del nombre de Montgomery, Elizabeth trastabilló y cayó de rodillas.

La risa de John fue desproporcionadamente estentórea, y él actuó como si acabara de triunfar en alguna empresa dificultosa. Se quedó de pie y miró en forma insolente cómo Elizabeth luchaba por ponerse de pie enredándose las piernas con la falda y con las manos aún atadas a la espalda.

- ¿Estás preocupada por Montgomery, verdad? - se burló y la puso sobre sus piernas. Le tocó las mejillas, esa piel marfileña y suave, y deslizó uno de sus sucios dedos sobre los labios de ella- ¿Cómo puede ser tan beligerante una mujer tan adorable como tú? Podríamos ser más amables el uno con el otro, y lord Pagnell nunca lo sabría. ¿Qué importancia tiene quién es el primero? Montgomery va a quitarte la virginidad de todos modos, ¿qué diferencia habría por un día o dos?

Elizabeth juntó saliva dentro de la boca y le escupió en el rostro con todas sus fuerzas. La brutal bofetada que él intentó propinarle no llegó a su destino, ya que ella, con el cuerpo muy dolorido, logró escabullirse ágilmente y se echó a correr. Las manos sujetas por detrás no le permitieron alejarse demasiado, y John la atrapó con facilidad, agarrando lo que quedaba de la falda de ella y haciéndola caer al suelo, boca abajo.

- ¡Perra sucia! - jadeó, y le dio la vuelta, montándose a horcajadas sobre ella-Pagarás por esto. He tratado de ser justo contigo pero mereces que te castigue.

Los brazos y manos de Elizabeth seguían atrapados debajo de ella y a pesar de todos sus esfuerzos, los ojos comenzaron a llenársele de lágrimas por él dolor.

- Pero no me vas a golpear, ¿verdad? - preguntó con confianza- . Pagnel podría averiguar lo que has hecho y te castigaría. Los hombres como tú jamás se arriesgan a que algo malo les ocurra a sus magníficas personas.

John le puso las manos sobre los pechos, y sus labios contra los de ella, hambriento, pero Elizabeth no demostró ninguna emoción. Disgustado, la liberó de su peso y con paso malhumorado se dirigió hacia los caballos.

Elizabeth se sentó y trató de recuperar la compostura. Ella era hábil en no demostrar sus emociones más íntimas, y ahora quería reservar todas sus fuerzas para la prueba que se avecinaba.

¡Montgomery! El nombre le sonaba en la cabeza. El nombre de Montgomery parecía ser el causante de todos los miedos, los terrores de su vida. Un Montgomery había sido el causante de que su cuñada perdiera su belleza y prácticamente su cordura. Un Montgomery había causado la desgracia de su hermano mayor y la desaparición de su otro hermano, Brian. E indirectamente, un Montgomery era el responsable de su propia

captura.

Elizabeth participaba en los festejos de bodas de una amiga, cuando accidentalmente había escuchado la conversación de un hombre perverso a quien conocía desde hacía tiempo, Pagnell, quien planeaba entregar a sus odiosos parientes a una pequeña cantante, para que la juzgaran por bruja.

Cuando Elizabeth trató de rescatar a la muchacha, Pagnell las había atrapado a ambas, y luego le había parecido muy oportuno entregar a Elizabeth a su enemigo, un Montgomery. Tal vez las cosas no hubieran salido tan mal si la joven cantante, en un gesto generoso pero no demasiado inteligente, no hubiera dado a entender que había alguna relación entre ella y los Montgomery.

Pagnell había atado y amordazado a Elizabeth, la había envuelto en unos sucios trozos de tela y le había ordenado a su hombre, John, que la entregara a ese notorio lascivo, sátiro y apasionado Miles Montgomery. De los cuatro Montgomery, Elizabeth sabía que el menor, un joven de sólo veinte años, dos años mayor que Elizabeth, era el peor. Incluso en el convento donde había pasado los últimos años, corrían historias de Miles Montgomery.

Le habían contado que él había vendido su alma al diablo cuando contaba dieciséis años y que como premio había adquirido un poder sobrenatural sobre las mujeres. Elizabeth se había reído de esta historia, pero no había dicho a nadie la razón de su hilaridad. Le parecía mucho más sensato suponer que Miles Montgomery, al igual que Edmund, el hermano muerto de ella, les ordenaba a las mujeres pasar por su cama. Era una lástima que la simiente de este Montgomery fuera tan fértil, porque se rumoreaba que ya tenía cien bastardos.

Tres años atrás, una jovencita llamada Bridget había dejado el convento donde Elizabeth pasaba largas temporadas, para irse a trabajar a la antigua fortaleza Montgomery. Era una hermosa muchachita de grandes ojos castaños y caderas cimbreantes. Para gran disgusto de Elizabeth, las otras residentes actuaban alternativamente como si la jovencita fuera a asistir a su boda o como si fuera la protagonista de un sacrificio humano. Un día antes que Bridget partiera, la madre priora había estado hablando con ella durante dos horas, y hacia la caída de la tarde Bridget tenía los ojos rojos de tanto llorar.

Once meses después, un músico viajero les contó que la joven había dado a luz un muchachito fuerte y saludable a quien había puesto por nombre James Montgomery. Se admitía con toda libertad que Miles era el padre.

Elizabeth se unió a las abundantes plegarias ofrecidas para redimir los pecados de la joven. En lo profundo de sí, sentía aversión por los hombres como su hermano Edmund y Miles Montgomery, hombres perversos que creían que las mujeres no tenían alma, a los que no les importaba maltratarlas o violarlas, u obligarlas a hacer todo tipo de actos odiosos.

Ya no tuvo tiempo para seguir pensando, porque John le agarró un mechón de sus cabellos y la obligó a ponerse de pie.

- Tu tiempo para rezar ha terminado - le espetó muy cerca del rostro- Montgomery ha acampado y ya es tiempo de que le eche una ojeada a su próxima... - sonrió- a la madre de su futuro bastardo.

Rió alegremente cuando Elizabeth trató de luchar contra él, pero cuando ella cayó en la cuenta de que el disfrutaba con sus forcejeos, se

detuvo y le lanzó una fría mirada.

- ¡Bruja! - le gritó violentamente- . Ya veremos si este demonio de Montgomery puede sacar algo angelical de ti... o si tan sólo encontrará que tu corazón es tan negro como el suyo.

Sonriendo, mientras seguía retorciéndole el cabello, apoyó una pequeña daga contra su garganta. Cuando ella no se acobardó al sentir el frío del metal contra su piel, la sonrisa de él se transformó en una mueca.

- A veces los Montgomery cometen el error de hablar con las mujeres, en lugar de utilizarlas como Dios manda. Espero que a este Montgomery no se le ocurran ideas semejantes.

Lentamente hizo descender la punta de la hoja hasta el escote cuadrado de lo que quedaba del vestido de Elizabeth.

Ella contuvo el aliento, sus ojos clavados en los de él y tratando por todos los medios de contener la ira que sentía, sin hacer movimiento alguno. No quería provocarle para que usara el cuchillo contra ella.

John no le cortó la piel, pero la hoja abrió fácilmente la parte delantera del traje y del corsé que llevaba debajo. Cuando dejó a la vista las curvas llenas de sus pechos, él la miró a la cara.

- Has estado ocultando muchas cosas, Elizabeth - susurró.

Ella se puso rígida y apartó la vista. Era verdad que se vestía conservadoramente, aplanándose el pecho y engrosando su cintura. Su rostro atraía a más hombres de lo que ella hubiera deseado, pero además de mantener el cabello cubierto, nada podía hacer para esconder su cara.

John ya no estaba interesado en su rostro y se concentraba en continuar desgarrando el resto del traje. Había visto a muy pocas mujeres desnudas, y a ninguna de la condición social de Elizabeth Chatworth... ni de su belleza.

La espalda de Elizabeth estaba tan rígida que parecía hecha de acero, y cuando las ropas terminaron por caer a sus pies y sintió en la piel el cálido sol de agosto, supo que este trance por el que estaba pasando era más doloroso que cualquier otra cosa que le deparaba el futuro.

John emitió un grosero comentario que la hizo parpadear.

- ¡Maldito Pagnell! - gruñó, y se abalanzó sobre ella.

Elizabeth dio un paso atrás y trató de mantener la dignidad mientras miraba a John, a quien prácticamente le salía espuma por la boca.

- Si me pones un dedo encima, eres hombre muerto - dijo en voz alta - Si me matas, Pagnell querrá tu cabeza... y si no lo haces, yo misma me ocuparé de que se entere de todo. ¿Y ya has olvidado la ira de mi hermano? ¿Arriesgarías tu vida por acostarte con una mujer, no importa quién sea?

A John le tomó unos momentos tranquilizarse para poder mirarla nuevamente a la cara.

- Deseo con toda mi alma que Montgomery le cause infinitos sufrimientos - dijo con vehemencia, y giró para bajar la alfombra cruzada sobre la grupa del caballo, desenrollándola en el suelo.- Acuéstate - le ordenó, mirando la alfombra- . Y deja que té advierta, mujer, que si te atreves a desobedecerme, me olvidaré de Pagnell, de Montgomery y de la ira de tu hermano.

Obedientemente Elizabeth se extendió sobre la alfombra y sintió la lana áspera contra su piel; cuando John se arrodilló junto a ella, contuvo el aliento.

Con rudeza él la puso boca abajo, cortó las ligaduras de sus manos y,

antes de que Elizabeth tuviera tiempo de pestañear, la cubrió con un extremo de la alfombra y comenzó a enrollarla. Ya no hubo más pensamientos. Su única preocupación fue el instinto primitivo de continuar respirando.

El tiempo que transcurría le parecía una eternidad, mientras con la cabeza doblada buscaba el aire que entraba por el extremo enrollado de la alfombra.

Cuando por fin sintió qué la movían, que la levantaban, luchó para no ahogarse y. cuando sintió que la ponían atravesada sobre el caballo, pensó que sus pulmones estallarían.

Las palabras amortiguadas de John le llegaron a través de las capas de la alfombra.

- El próximo hombre que veas será Miles Montgomery. Piensa en ello mientras cabalgamos. El no va a ser tan considerado contigo como yo.

En cierto modo, las palabras le hicieron bien a Elizabeth porque el hecho de pensar en Miles Montgomery, en su perversidad, le hizo concentrarse en el esfuerzo de seguir respirando. Y cuando el caballo la sacudía, maldecía a la familia Montgomery, a su casa, a sus criados, y rogaba por los inocentes niños Montgomery que formaban parte de este clan inmoral.

La tienda de Miles Montgomery era espectacular: era de un verde oscuro con bordes dorados, y los leopardos de oro de los Montgomery aparecían pintados a lo largo del borde ondeado del techo; había penachos que flotaban al viento desde el vértice. En el interior, las paredes estaban adornadas con seda de un verde pálido. Había varias sillas plegables con almohadones azules y brocados de oro, una larga mesa tallada con los leopardos de los Montgomery y, contra la pared opuesta, dos camastros, uno anormalmente largo, ambos cubiertos con pieles espesas de zorro colorado.

En torno a la mesa se encontraban cuatro hombres, dos de ellos con los ricos atavíos de los caballeros de Montgomery. Los dos hombres restantes tenían la atención puesta en un criado.

- Dice que trae un presente para vos, mi- lord - decía el caballero al hombre tranquilo que tenía frente a sí- . Podría ser un truco. ¿Qué cosa puede poseer lord Pagnell que vos podáis desear?

Miles Montgomery enarcó una ceja oscura, y este simple gesto fue suficiente para que su hombre se callara. Algunas veces los nuevos criados a su servicio consideraban que siendo su amo tan joven, podían tomarse ciertas libertades.

- ¿Habrá un hombre escondido dentro de la alfombra? - preguntó el hombre que estaba junto a Miles.

El criado estiró el cuello para mirar a sir Guy.

- Uno muy pequeño, tal vez. Sir Guy miró a su vez a Miles y ambos asintieron en un mutuo entendimiento.

- Hazlo pasar, a él y a su regalo - agregó sir Guy- . Los recibiremos con las espadas desenvainadas.

El caballero salió para regresar a los pocos segundos, mientras con su espada apuntaba a la espalda del hombre que cargaba la alfombra. Con insolencia, sonriendo con afectación, John arrojó despreocupadamente el bulto al suelo alfombrado y le dio un fuerte puntapié para que se desenrollara a los pies de Miles Montgomery.

Cuando por fin la alfombra dejó de rodar, cuatro rostros atónitos

miraban fijamente lo que tenían delante: una mujer desnuda, con los ojos cerrados bajo unas pestañas largas y espesas que se posaban sobre unas mejillas delicadamente coloreadas, un torrente masivo de cabellos color miel enroscados en su cuerpo, algunos mechones enredados en la cintura y en las caderas. Sus pechos, firmes, formaban curvas delicadísimas; tenía una cintura diminuta y un par de piernas muy, muy largas. Su rostro era algo que los hombres no esperaban encontrar sobre la tierra, sino únicamente en el paraíso; delicado, etéreo, algo fuera de este mundo.

Sonriendo triunfalmente, John se deslizó fuera de la tienda sin ser notado.

Elizabeth, un tanto mareada por la falta de aire, abrió lentamente los ojos para encontrarse frente a cuatro hombres que la observaban, con las espadas en la mano pero apuntando al suelo. Obviamente dos de los hombres eran criados y no les prestó atención. El tercer hombre era un gigante de más de un metro ochenta, de cabellos grises como el acero y una cicatriz que le cruzaba en diagonal el rostro. Aunque el hombre sin duda era atemorizante, ella creyó percibir que no era el jefe de ese grupo.

Junto al gigante había otro hombre vestido suntuosamente de satén azul oscuro. Elizabeth estaba acostumbrada a ver hombres fuertes y apuestos, pero de éste emanaba un poder especial que hizo que ella lo mirara con atención.

Los ojos de los otros hombres estaban fijos en el cuerpo de Elizabeth, pero éste se volvió y por primera vez ella se halló frente a frente con Miles Montgomery, y sus miradas se encontraron.

Era un hombre apuesto, muy, muy apuesto, de ojos de un gris oscuro bajo cejas espesas y arqueadas, nariz fina y labios llenos y sensuales.

¡Peligro! fue el primer pensamiento de Elizabeth. Este hombre era peligroso para las mujeres y también para los otros hombres.

Ella interrumpió el contacto visual con él y en cuestión de segundos se puso de pie y tomó una piel de uno de los camastros y un hacha de guerra que se encontraba sobre la mesa.

- Mataré al primer hombre que se acerque - dijo, sosteniendo el hacha con una mano para echarse la piel sobre uno de sus hombros; el otro le quedó descubierto, al igual que una de sus piernas, que se le veía desde la cintura hasta el pie.

El gigante dio un paso hacia ella y Elizabeth levantó el hacha con ambos brazos.

- Sé cómo usar esto - le advirtió, mirando al hombre sin el más leve asomo de temor.

Los dos caballeros también se le acercaron y ella retrocedió, mirando a uno y a otro. Con la parte posterior de las rodillas tocó el camastro y supo que no podía ir más lejos. Uno de los caballeros le sonrió y ella a su vez lanzó un gruñido.

- Dejadnos solos.

Las palabras sonaron tranquilas y fueron pronunciadas en voz baja, pero había en ellas una orden y todos los hombres fijaron la vista en él.

El gigante miró una vez más a Elizabeth, hizo un gesto con la cabeza a los otros dos caballeros y los tres salieron de la tienda.

Elizabeth apretó aún más el hacha y los nudillos se le pusieron blancos mientras se volvía hacia Miles Montgomery.

- Os mataré - dijo con los dientes apretados- . No creáis que porque soy

una mujer no voy a disfrutar destripando a un hombre. Me encantaría ver la sangre de un Montgomery derramarse en el suelo.

Miles no se movió de su lugar junto a la mesa, pero continuó observándola. Un momento después, él levantó la espada y Elizabeth contuvo el aliento, preparándose para la lucha que se avecinaba. Muy lentamente él puso su espada sobre la mesa y giró, presentándole su perfil. Nuevamente, con todo cuidado, se quitó la daga enjoyada que llevaba en la cintura y la colocó sobre la mesa junto a la espada.

Se volvió hacia ella, sin ninguna expresión en el rostro, con los ojos vacíos, y avanzó un paso.

Elizabeth levantó la pesada hacha y se mantuvo firme. Pelearía a muerte, puesto que la muerte era preferible al castigo y a la violación que planeaba este hombre endemoniado.

Miles se sentó en una silla de tijera, a un par de metros de ella; no habló, simplemente la miraba.

¡Conque de eso se trataba! Una mujer no era suficiente oponente para él, de manera que se despojaba de sus armas y tomaba asiento, mientras ella sostenía sobre su cabeza un arma mortífera. De un salto, ella se abalanzó hacia adelante y alzó el hacha para cortarle el cuello. Sin ningún esfuerzo, él sujetó el mango con la mano derecha, lo mantuvo en esa posición con facilidad y la miró profundamente a los ojos durante ese tiempo en que estuvieron tan próximos. Por un momento ella quedó paralizada, hipnotizada por esos ojos.

El parecía querer encontrar algo en el rostro de ella, como si le hiciera preguntas silenciosas.

Ella trató con todas sus fuerzas de que él soltara el hacha y casi se cayó al suelo al darse cuenta de que él no había hecho ningún esfuerzo por retenerla.

Se sostuvo con el borde de la mesa.

- ¡Maldito seáis! - murmuró sordamente- . Que el Señor y todos Sus ángeles maldigan el día en que nació el primer Montgomery. Ojalá que vos y todos vuestros descendientes ardan en el fuego del infierno para siempre.

La voz de ella era casi un grito, y fuera de la tienda se oyeron movimientos.

Miles seguía sentado en el mismo lugar, mirándola en silencio, y Elizabeth comenzó a sentir que le hervía la sangre en las venas. Cuando vio que las manos comenzaban a temblarle, se dijo que debería calmarse. ¿Dónde estaba ese frío control que ella había practicado a lo largo de los años?

Si este hombre podía permanecer tranquilo, ella también debería ser capaz de hacerlo. Prestó atención y, si sus suposiciones eran correctas, los sonidos que llegaban de fuera eran los hombres que se alejaban del lugar. Tal vez si pudiera escapar de ese hombre que tenía delante, podría huir y regresar con su hermano al hogar.

Mantuvo la vista fija en Miles y comenzó a caminar hacia atrás dando un rodeo mientras trataba de acercarse al faldón de la tienda. Lentamente, él giró en la silla y siguió mirándola. Fuera ella oyó el relincho de un caballo y se convenció de que si podía salir de ese lugar, quedaría libre.

Aunque sus ojos no se despegaron de los de Miles, ella no lo vio moverse. En un momento dado él estaba sentado, tranquilo en su silla, y al siguiente, precisamente cuando la mano de ella tocaba el faldón de la tienda,

lo tenía a su lado, sujetándola por la muñeca. Ella quiso descargar el hacha sobre su hombro, pero él le sujetó la otra muñeca y así la mantuvo en su sitio.

Ella se quedó quieta, aprisionada levemente, sin ser lastimada, y lo miró. El estaba tan cerca que Elizabeth podía sentir su respiración en la frente. A su vez., él la miró como si esperara algo y luego puso una expresión de intriga.

Con los ojos tan duros como esmeraldas fijó la vista en él.

- ¿Y qué se supone que va a pasar ahora? - preguntó ella, su voz cargada de odio- , ¿Primero me vais a golpear o a violar? O tal vez os gusten ambas cosas a la vez. Soy virgen y me han contado que la primera vez duele. Seguramente este dolor os provocará un placer mucho mayor.

Por un segundo los ojos de él se agrandaron, atónitos, y fue la primera expresión no calculada que Elizabeth veía en su rostro. Los ojos grises de él se clavaron tan fijamente en los de ella que tuvo que desviar la vista.

- Puedo darme cuenta de lo que pretendéis - agregó ella tranquilamente- , y si lo que deseáis es verme suplicar, no lo lograréis.

La mano de él le liberó la muñeca que sostenía el faldón de la tienda y, tomándole suavemente la mejilla, la hizo volverse hacia él.

Ella se puso rígida ante este contacto, sintiendo odio por esas manos que la tocaban.

- ¿Quién sois? - susurró él a medias. Ella se enderezó aún más y el odio brilló en sus ojos.

- Soy vuestra enemiga. Soy Elizabeth Chatworth.

Una sombra cruzó por el rostro de él para desaparecer de inmediato. Después de un largo momento retiró las manos de sus mejillas y después de dar un paso atrás, le soltó la muñeca.

- Podéis quedaros con el hacha si os hace sentir más segura, pero no puedo dejaros ir.

Como si ya no le interesara, le dio la espalda y caminó hacia el centro de la tienda.

En menos de un segundo Elizabeth había salido de la tienda y, con la misma rapidez. Miles se encontró a su lado, sujetándola nuevamente por las muñecas.

- No puedo dejaros ir - repitió él, esta vez con más firmeza. Los ojos de él se pasearon por sus piernas desnudas y volvieron a fijarse en los de ella- . De todas formas no estáis vestida para huir. Entrad y enviaré a mi criado a comprar algunas ropas.

Ella se sacudió para liberarse de él. El sol se estaba poniendo y en el crepúsculo él parecía todavía más oscuro.

- No quiero ropas de vos. No quiero nada de ningún Montgomery. Mi hermano...

Se contuvo al verle la cara.

- No mencionéis en mi presencia el nombre de vuestro hermano. El asesinó a mi hermana.

Miles volvió a aterrarle la muñeca y le dio un ligero tirón.

- Ahora debo insistir en que entréis a la tienda. Mis hombres regresarán pronto y no creo que deban veros vestida así.

Ella no se dejó arrastrar.

- ¿Y qué importa? ¿No es una costumbre entre los hombres como vos que les pasen a sus caballeros las mujeres cautivas una vez que han

terminado con ellas?

Ella no estaba segura, pero le pareció ver una levísima sonrisa en los labios de Miles.

- Elizabeth - comenzó él, y luego se detuvo- . Entrad conmigo y hablaremos ahí. - Se volvió hacia los oscuros árboles próximos.- ¡Guy! - aulló, haciendo que Elizabeth diera un brinco.

Inmediatamente el gigante llegó al claro. Después de una rápida mirada a Elizabeth. se volvió hacia Miles.

- Manda a alguien a la aldea y que traiga algunas ropas adecuadas de mujer. Gasta lo que haga falta. - La voz que usó Miles para hablarle a su hombre era muy distinta de la que había usado para ella.

- Enviadme con él - dijo Elizabeth rápidamente- . Hablaré con mi hermano y él estará tan agradecido si me dejáis ir sin sufrir daño, que por fin terminará esta enemistad entre los Chatworth y los Montgomery.

Miles se volvió hacia ella y esta vez sus ojos eran duros.

- No supliquéis, Elizabeth.

Sin pensarlo dos veces y en medio de un ataque de furia, ella nuevamente levantó el hacha buscando la cabeza de él. Con facilidad le quito el arma de las manos, la arrojó lejos y la tomó enérgicamente en sus brazos.

Ella no tenía intenciones de darle el gusto de forcejear y, en vez de eso, se puso rígida y sintió un profundo desagrado ante el contacto de la ropa de él contra su piel.

El la llevó adentro de la tienda y muy suavemente la depositó sobre uno de los catres.

- ¿Por qué os tomáis la molestia de conseguirme ropas? - siseó ella- . Tal vez debierais poseerme en medio del campo, igual que hacen los animales como vos.

El se alejó unos pasos, dándole la espalda, y sirvió dos copas de vino de una jarra de plata que se encontraba sobre la mesa.

- Elizabeth - dijo él- , si me seguís pidiendo que os haga el amor, puedo sucumbir finalmente a vuestras tentaciones. - Se volvió, caminó hacia ella y tomó asiento en una silla a corta distancia de la joven.- Habéis tenido un día largo y debéis de estar cansada y hambrienta. - Le alcanzó una copa llena de vino. Elizabeth la hizo volar de un manotazo y el vino se derramó, manchando una de las lujosas alfombras que adornaban el suelo de la tienda Miles miró la mancha sin mostrar preocupación y bebió de su copa - Y ahora, Elizabeth, ¿qué voy a hacer con vos?

2

Elizabeth se sentó en el camastro con las piernas bien cubiertas; sólo se le veía la cabeza y un hombro desnudo, y se negaba a mirar a Miles Montgomery. No pensaba rebajarse y tratar de razonar con él, puesto que aparentemente consideraba que las ideas de ella eran súplicas.

Después de un momento de silencio. Miles se puso de pie y salió de la tienda, manteniendo el faldón abierto con una de sus manos. Ella lo oyó ordenar que trajeran una jofaina de agua caliente.

Elizabeth no hizo nada durante su ausencia momentánea, pero pensó que en algún momento él tendría que dormir y que entonces aprovecharía la oportunidad para escapar. Tal vez fuera mejor esperar a tener algunas ropas para ponerse.

Miles no le permitió al criado entrar en la tienda, sino que él mismo llevó la jofaina para depositarla junto al catre.

- El agua es para vos, Elizabeth. Pensé que quizá quisierais lavaros un poco.

Ella se quedó con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza tercamente mirando hacia otro lado.

- No quiero nada de vos.

- Elizabeth - respondió él con una nota de exasperación en la voz. Se sentó a su lado y tomó las manos de ella entre las suyas. Esperó pacientemente a que ella volviera hacia él sus ojos furiosos- . No voy a haceros daño - dijo suavemente- Jamás he golpeado a una mujer en mi vida y no pienso hacerlo ahora. No puedo permitir que montéis a caballo prácticamente desnuda y que cabalguéis a campo traviesa. En menos de una hora caeríais en manos de hordas de asaltantes de caminos.

- ¿Debo considerar que vos sois mejor que ellos? - Las manos de ella apretaron las del hombre por un momento, y sus ojos se suavizaron.- ¿Me devolveréis a mi hermano?

Los ojos de Miles se clavaron en los de ella con una intensidad atemorizante.

- Yo... lo pensaré.

Ella le soltó las manos bruscamente y miró a otro lado.

- ¿Qué podía esperarse de un Montgomery? ¡Alejaos de mí!

Miles se puso de pie.

- El agua se está enfriando. Ella levantó los ojos hacia él con una ligera sonrisa.

- ¿Por qué habría de lavarme? ¿Para vos? ¿Os gusta que vuestras mujeres estén limpias y huelan bien? ¡Si es así, no pienso lavarme! Voy a estar tan sucia que pareceré una esclava nubia y mi cabello se llenará de piojos y otros insectos que infestarán vuestras bonitas ropas.

Antes de hablar, Miles la miró por un momento.

- La tienda está rodeada de hombres y yo estaré fuera. Si tratáis de iros me seréis devuelta de inmediato. - Con estas palabras, la dejó sola.

Como Miles suponía, sir Guy lo estaba esperando fuera. Miles le hizo un gesto con la cabeza y el gigante lo siguió hacia la línea de los árboles.

- He mandado a dos hombres en busca de ropa para ella - explicó sir Guy.

Cuando el padre de Miles murió, Miles tenía nueve años, y el deseo del moribundo había sido que sir Guy se hiciera cargo del muchacho, quien a veces parecía un extraño entre su propia familia. Miles hablaba tanto con sir

Guy como con cualquiera de sus otros hombres.

- ¿Quién es ella? - inquirió sir Guy, apoyado en un inmenso y viejo roble.

- Elizabeth Chatworth.

Sir Guy hizo un gesto. La luz de la luna dibujaba extrañas figuras en la cicatriz de su rostro.

- Eso había pensado yo. Lord Pagnell tiene un sentido del humor que lo hace muy capaz de entregar una Chatworth a un Montgomery. - Hizo una pausa, echando una prolongada mirada a Miles.- ¿La devolveremos a su hermano por la mañana?

Miles se alejó unos pasos del hombre.

- ¿Qué sabes de él, de Edmund Chatworth? - Sir Guy escupió despectivamente antes de responder.

- Comparado con Chatworth, Pagnell es un santo. A Chatworth le gustaba torturar mujeres. Solía atarlas y violarlas. La noche en que fue asesinado, y bendito sea el autor de su muerte, una muchacha se abrió las venas en sus habitaciones.

Sir Guy observó cómo Miles apretaba y soltaba los puños, y lamentó haber pronunciado esas palabras. Más que ninguna otra cosa en el mundo, Miles amaba a las mujeres. Cientos de veces, sir Guy había tenido que apartar a Miles de hombres que le habían faltado el respeto a alguna mujer. Siendo niño solía atacar a hombres grandes, y cuando se desataba su mal genio, Guy nada podía hacer para refrenarlo. El año anterior, Guy no había podido evitar que Miles matara a un hombre que había abofeteado a su esposa, una mujer de lengua muy afilada. El rey estuvo a punto de negarse a perdonar a Miles por esta acción.

- Su hermano Roger no es como Edmund - agregó sir Guy.

Miles se volvió hacia él súbitamente, con una mirada negra.

- ¡Roger Chatworth violó a mi hermana y fue el causante de su suicidio! ¿Ya lo has olvidado?

Guy sabía que la mejor manera de atemperar el mal humor de Miles era guardar silencio sobre la cuestión que lo había enfurecido.

- ¿Qué piensas hacer con la muchacha?

Miles se volvió, acariciando el tronco de un árbol.

- ¿Sabes que ella odia el nombre de Montgomery? Nosotros no hemos tenido nada que ver en todas esas cosas que sucedieron entre los Chatworth y los Montgomery, y sin embargo nos odia. - Miró de frente a sir Guy.- Y parece odiarme a mí en particular. Cuando la toco, puedo darme cuenta de que siente asco. Se limpia donde la toco con un trozo de tela, como si pudiera infectarla.

No bien sir Guy cerró la boca, casi lanzó una carcajada. Si eso era posible, las mujeres amaban a Miles más de lo que éste las amaba a ellas. De niño había pasado mucho tiempo rodeado de muchachitas, siendo ésta una de las razones por las que lo habían puesto al cuidado de sir Guy... para asegurar que crecería y se transformaría en un hombre. Pero Guy había sabido desde el principio que no había nada que temer acerca de la masculinidad del joven Miles.

Simplemente le gustaban las mujeres. Eran un capricho suyo, como el amor que sentía por un buen caballo o una espada bien afilada. A veces, el trato absurdamente considerado de Miles hacia las mujeres resultaba una molestia, cuando, por ejemplo, prohibía terminantemente que después de

una batalla se cometieran violaciones; pero en términos generales, sir Guy había aprendido a vivir con los hábitos del muchacho... aunque él era muy diferente.

Pero sir Guy jamás, jamás había sabido de una mujer que no estuviera dispuesta a dar su vida por él. Jóvenes, mayores, de mediana edad, incluso las niñitas de muy corta edad se prendaban de él. Y Elizabeth Chatworth se limpiaba cuando él la tocaba!

Sir Guy trató de poner esta información en perspectiva. Tal vez fuera como perder una primera batalla. Se acercó y le puso a Miles su gran manaza en el hombro.

- Todos perdemos de vez en cuando. No vas a ser menos hombre por eso. Quizá la joven odia a todos los hombres. Con ese hermano como ejemplo...

Miles se sacudió la mano de encima.

- ¡La han lastimado! ¡La han lastimado mucho! No sólo su cuerpo, que está cubierto de magulladuras y arañazos; ella misma se ha construido un muro de furia y odio a su alrededor.

Sir Guy sintió que el muchacho estaba parado en el borde de un abismo.

- Esta muchacha es una dama de alcurnia - dijo suavemente- . No puedes tenerla prisionera. El rey ya ha proscrito a tu hermano. No deberías provocarlo. Debes devolver a lady Elizabeth a su hermano.

- ¿Devolverla a un lugar donde se tortura a las mujeres? Allí es donde ha aprendido a odiar. Y si la dejo ir ahora, ¿qué va a pensar de los Montgomery? ¿Podrá llegar a darse cuenta de que no somos tan malvados como su hermano?

- ¡No pretenderás quedarte con ella! - sir Guy estaba alarmado.

Miles parecía considerar el punto.

- Pasarán días antes que nadie se entere de dónde está. Tal vez en ese tiempo yo pueda mostrarle...

- ¿Y qué va a pasar con tus hermanos? - le replicó sir Guy- . Te están esperando en el castillo. Gavin no tardará en enterarse de que tienes a Elizabeth Chatworth prisionera. - Hizo una pausa, bajando la voz.- La muchacha sólo podrá hablar bien de los Montgomery si la devuelves sana y salva. Los ojos de Miles resplandecieron. - Creo que Elizabeth diría que tuvo que usar un hacha para obligarme a devolverla. - Sonrió levemente.- Ya he tomado mi decisión. La mantendré conmigo por un corto tiempo, lo suficiente para demostrarle que un Montgomery no tiene nada que ver con su hermano muerto. ¡Bien! Ahora tengo que volver y - sonrió más ampliamente- hacer que mi pequeña y sucia prisionera se bañe. Oh, vamos, Guy, no pongas esa cara. Sólo serán unos pocos días.

Sir Guy se quedó callado y siguió a su joven amo de regreso al campamento, pero se preguntaba si Elizabeth Chatworth podía llegar a ser conquistada en un plazo tan corto. Apenas estuvo segura de que Miles se había ido, Elizabeth corrió hacia el extremo opuesto de la tienda y, cuando levantó la pesada tela, vio un par de piernas de hombre. Revisó el perímetro completo y encontró que casi no había espacio libre entre los pies de los hombres, como si éstos estuvieran agarrados de la mano para protegerse mutuamente de una pequeña mujer.

Estaba rascándose su sucia cabeza cuando Miles regresó cargando dos baldes de agua hirviendo. De inmediato se puso rígida y cruzó los brazos al

pecho.

Ella ni siquiera lo miró cuando él se sentó a su lado en el camastro.

Solo se dignó dirigirle la mirada cuando él comenzó a lavarle una mano con una tela suave y jabonosa. Después del primer momento de sorpresa, se alejó bruscamente de él.

El le tomó el mentón con una mano y comenzó a lavarle la cara.

- Os sentiréis mucho mejor cuando estéis aseada - dijo él suavemente, Ella se quitó la mano de encima.

- No me gusta que me toquen. ¡Alejaos de mí! Con mucha paciencia él volvió a tomarle el mentón y continuó lavándola.

- Sois una mujer hermosa, Elizabeth, y deberíais sentiros orgullosa de vuestra apariencia.

Elizabeth lo miró y decidió que si hasta entonces no había sentido odio por él, lo sentiría de inmediato. Obviamente, el hombre estaba acostumbrado a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies. El pensaba que con sólo tocar la mejilla de una mujer, ésta ardería de deseo por él. Era muy apuesto, ciertamente, y tenía una voz dulce, pero había otros hombres mucho más atractivos y además con más experiencia y ya este tipo de hombre había tratado de seducir a Elizabeth sin ningún éxito.

Ella lo miró fijamente a los ojos y dejó que los suyos se ablandaran, y cuando vio un muy leve asomo de satisfacción en el rostro de él, sonrió... y le clavó los dientes en la mano.

Miles quedó tan atónito que le llevó un momento reaccionar. Le sujetó por la mandíbula y presionó sobre los músculos, obligándola a abrir la boca. Todavía muy sorprendido flexionó la mano y estudió las profundas marcas de los dientes en su piel. Cuando miró nuevamente a Elizabeth, leyó el triunfo en sus ojos.

- ¿Creéis que soy una estúpida? - preguntó ella- . ¿Creéis que no conozco este tipo de juego? Esperáis domar a la tigresa, y cuando me tengáis comiendo de vuestra mano, me devolveréis a mi hermano, sin duda cargando con otro más de vuestros bastardos. Sería una gran victoria para vos, como Montgomery y como hombre.

El le sostuvo la mirada por un momento.

- Sois una mujer inteligente, Elizabeth. Me gustaría probaros que los hombres somos capaces de otras cosas, aparte del salvajismo.

- ¿Y cómo vais a hacer eso? ¿Manteniéndome prisionera? ¿Obligándome a soportar que me toquéis? Ya os he demostrado que no tiemblo de deseo cuando os tengo cerca. ¿Es que no podéis admitir la derrota? A Pagnell le gustan las violaciones y la brutalidad. ¿Qué os atrae a vos? ¿La cacería? Y una vez que conseguís a la mujer, ¿la dejáis de lado como a un artículo usado?

Se dio cuenta de que le había hecho preguntas a las que él no podía responder, y le molestaba que las demás mujeres sucumbieran ante él con tanta facilidad.

- ¿Es que no hay un hombre que alguna vez pueda hacer algo decente? ¡Enviadme con mi hermano!

- ¡No! - le gritó Miles en plena cara, los ojos muy abiertos. Nunca antes una mujer lo había hecho enojar- . Volveos, Elizabeth. Voy a lavaros el cabello.

Ella lo miró calculadoramente.

- ¿Y si me niego, me golpearéis?

- Estoy a punto de considerarlo. - La tomó por el hombro y la hizo girar sobre sí misma, para finalmente sentarla en el camastro de tal manera que el cabello le colgara hacia atrás.

Elizabeth se quedó quieta mientras él le enjabonaba y le enjuagaba el pelo, y se preguntó si no lo habría presionado demasiado. Pero su forma de actuar la enfurecía. Era tan tranquilo, se mostraba tan seguro de sí mismo que ella deseaba encontrarle su talón de Aquiles. Ya había visto que con sólo insinuar una orden era obedecido de inmediato. ¿Las mujeres también se le rendían con tanta facilidad?

Quizá no estaba haciendo lo correcto cuando buscaba enfadarlo. Tal vez él la dejaría libre si ella fingiera que se enamoraba perdidamente de él. Si lloraba desconsoladamente en su hombro, él podría llegar a hacer lo que ella le pedía, pero aparte del hecho molesto de tener que tocarlo voluntariamente, se negaba a rogarle nada a ningún hombre.

Miles le peinó el cabello mojado con un delicado peine de marfil y cuando hubo terminado, salió de la tienda, para regresar pocos momentos después con un encantador vestido rojo, mezcla de seda y lana. También había ropa interior de un fino material.

- Podéis terminar de bañaros o no hacerlo, como os plazca - dijo él- , pero os sugiero que os vistáis. - Después de decir esto la dejó sola.

Elizabeth se bañó apresuradamente, haciendo algún gesto de dolor cuando se tocaba una magulladura pero sin darle demasiada importancia. Estaba contenta de tener qué ponerse, porque así se iba a sentir más libre para poner en práctica sus planes de huida.

Miles regresó con una bandeja llena de comida y encendió algunas velas para iluminar la tienda oscurecida.

- He traído un poco de cada cosa porque no conozco vuestros gustos.

Ella no se molestó en contestarle.

- ¿Os gusta el vestido? - El la miraba atentamente, pero ella desviaba la mirada.

El traje era caro y estaba adornado con bordados hechos con hilos dorados.

Muchas mujeres habrían estado encantadas con él, pero aparentemente a Elizabeth no le preocupaba si usaba sedas o telas burdas.

- La cena se enfría. Venid aquí y comed en la mesa conmigo. Ella lo miró.

- No tengo la más mínima intención de comer nada de vuestra mesa.

Miles comenzó a hablar pero cambió de idea y permaneció callado.

- Cuando estéis suficientemente hambrienta, la comida seguirá aquí.

Elizabeth se sentó en el catre, plegó las piernas y se abrazó las rodillas, concentrándose en el alto y ornamentado candelabro que tenía delante.

Mañana encontraría la forma de escapar.

Ignoró los agradables aromas de la comida de Miles, se recostó e hizo un esfuerzo por relajarse. Mañana necesitaría de todas sus fuerzas. La larga odisea de esa jornada hizo que su cuerpo exhausto cayera en un sueño profundo de inmediato.

Elizabeth se despertó en medio de la noche e instantáneamente se puso tensa ante una ambigua sensación de peligro que su mente somnolienta no podía captar con total lucidez.. En pocos minutos se aclararon sus pensamientos y muy lentamente giró la cabeza para mirar a Miles, quien dormía en su catre en el extremo opuesto de la tienda.

Al haber sido una niña que vivía en una casa donde los horrores eran ininterrumpidos, había aprendido el arte de moverse sin hacer ruido. Cautelosamente, sin permitir que el ruidoso vestido produjera sonido alguno, caminó de puntillas hacia la parte posterior de la tienda. Sin duda estaría rodeada de guardias, pero los de la parte de atrás seguramente estarían menos alerta.

Le llevó varios minutos levantar parte de la tienda para poder deslizarse por debajo. Apretó todo lo que pudo el cuerpo contra el suelo y comenzó a reptar muy lentamente, centímetro a centímetro, con todo cuidado. Un guardia le pasó por delante, pero ella consiguió ocultarse tras unos arbustos y pasar desapercibida. Cuando el guardia quedó de espaldas a ella, corrió hacia el bosque, buscando y aprovechando los lugares más sombríos. Sólo por sus muchos años de práctica esquivando a su hermano Edmund y a sus "amigos", podía escabullirse tan silenciosamente. Roger solía reírse de su habilidad y le decía que podía llegar a ser una buena espía.

Una vez que estuvo en el bosque, se permitió respirar hondo y tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para calmar los agitados latidos de su corazón. Los bosques durante la noche cerrada no eran nada nuevo para ella y comenzó a caminar con ritmo parejo y enérgico. Era sorprendente el poco ruido que hacía.

Cuando salió el sol, Elizabeth llevaba caminando cerca de dos horas, y sus pasos comenzaban a hacerse más lentos. No había probado bocado durante más de veinticuatro horas y se sentía un tanto debilitada. Mientras sus pies se seguían moviendo, la falda se le rasgaba por los arbustos y tenía ramitas prendidas en el cabello.

Después de otra hora ya estaba temblando. Se sentó en un tronco caído y trató de calmarse. Era comprensible que no le quedaran muchas fuerzas, puesto que la combinación de la falta de alimentos con la aventura del día anterior las habían consumido casi por completo. La idea de. tomarse un descanso hizo que sintiera pesadez en los ojos, y supo que si no lo hacía, jamás sería capaz de continuar.

Pesadamente se recostó en el suelo boscoso e ignoró la multitud de insectos rastreros que pululaban por debajo del tronco; no era la primera vez que pasaba una noche en el bosque. Hizo un débil intento de cubrirse con hojas, pero a mitad de la tarea cayó dormida.

Se despertó con un agudo pinchazo en las costillas. Un hombre corpulento y fornido vestido con poco más que harapos gesticulaba mirándola, y ella notó que le faltaba uno de sus dientes. Otros dos hombres, mugrientos, lo acompañaban.

- Te dije que no estaba muerta - dijo el hombre fornido mientras tomaba a Elizabeth de un brazo y la hacía ponerse de pie.

- Hermosa damita - agregó otro de los hombres, poniendo una mano en el hombro de Elizabeth. Ella se hizo a un lado pero la mano siguió en el mismo lugar; el vestido se rasgó, dejándole un hombro desnudo.

- ¡Yo primero! - jadeó el tercer hombre.

- Una verdadera dama - dijo el forzudo, con la mano puesta en el hombro de ella.

- Soy Elizabeth Chatworth y si me llegan a hacer daño, el conde de Bayham pedirá sus cabezas.

- Fue un conde el que me echó de mis tierras - apuntó uno de los hombres- . Mi mujer y mi hija murieron por el frío del invierno. Se

congelaron. - Su expresión al mirar a Elizabeth era siniestra. Ella hubiera querido retroceder pero el tronco que tenía detrás se lo impedía.

El forzudo la agarró por la garganta.

- Me gusta que las mujeres me supliquen.

- A casi todos los hombres les gusta - respondió ella fríamente, haciendo que el hombre parpadeara.

- Esta es de las malas, Bill- agregó otro de ellos- . Déjamela a mí primero.

De repente la expresión del hombre cambió. Lanzó un extraño graznido y cayó pesadamente hacia adelante, a los pies de Elizabeth.

Diestramente ella esquivó la forma que caía y apenas si echó una ojeada a la flecha que aparecía clavada en su espalda. Mientras los otros dos hombres se agachaban sobre su compañero muerto, Elizabeth se levantó las faldas y saltó sobre el tronco.

De la espesura surgió Miles. Atrapó el brazo de Elizabeth y la expresión de su rostro hizo que el corazón de ella se detuviera. Estaba contraído por la furia, sus labios no eran más que una línea apretada, los ojos parecían negros y las cejas se veían muy unidas, respiraba agitadamente.

- ¡Permaneced aquí! - le ordenó.

Por un momento ella le obedeció, y al permanecer quieta se dio cuenta de por qué Miles Montgomery se había ganado las espuelas en el campo de batalla antes de cumplir los dieciocho años. Los hombres con quienes se enfrentaba no estaban desarmados. Uno de ellos hacía girar una bola con puntas sostenida con una cadena y con mucha destreza la lanzó contra la cabeza de Miles. Este la esquivó y atacó con su espada al otro hombre.

En el lapso de pocos segundos los había destrozado a ambos, mientras que su pulso apenas si parecía acelerado. No parecía posible que este asesino hubiera podido lavarle el cabello sin hacerle el más mínimo nudo.

Elizabeth no perdió tiempo en contemplar las complejidades de su enemigo, sino que se lanzó a toda carrera fuera del campo de batalla. Ella sabía que no podía avanzar más rápido que Miles, pero pensó que tal vez pudiera engañarlo.

Cuando encontró una rama baja colgando, trepó por ella y trató de seguir hacia arriba.

Casi de inmediato apareció Miles justo debajo de ella. Había sangre en su jubón de terciopelo, sangre en su espada desenvainada. Como un oso acosado, movía la cabeza de un lado a otro, luego se quedó quieto y aguzó los oídos.

Elizabeth contuvo el aliento y no emitió sonido alguno.

Después de un momento, Miles repentinamente miró hacia arriba y gritó.

- Bajad ya mismo, Elizabeth - lo dijo con una voz mortífera.

Una vez, cuando ella contaba trece años, algo muy parecido había ocurrido.

Ella se había descolgado del árbol, directamente sobre el odioso hombre que la perseguía, le había hecho perder el sentido y antes de que éste pudiera recuperarse, ella había escapado. Sin más, se lanzó sobre Miles.

Pero éste no cayó. En cambio, soportó su peso sin resbalar y la apretó fuertemente contra él.

- Esos hombres podían haberte matado - explicó él, aparentemente sin

darse cuenta de que ella tenía todas las intenciones de derribarlo- . ¿Cómo habéis logrado deslizares entre mis guardias?

- ¡Soltadme! - exigió ella, luchando contra él, pero sin conseguir soltarse.

- ¿Por qué me habéis desobedecido cuando os dije que me esperarais?

Esa pregunta estúpida hizo que dejara de forcejear.

- ¿Debería haber obedecido a esos rufianes si me hubieran ordenado esperar? ¿Qué diferencia hay entre ellos y vos?

Los ojos de él mostraron su enojo.

- Maldición, Elizabeth. ¿Qué queréis decir con eso de que me parezco a esa carroña? ¿Es que os he hecho algún daño?

- Así que la has encontrado - llegó la voz de sir Guy con un tono divertido- . Soy sir Guy Linacre, mi- lady Elizabeth, que luchaba por soltarse de Miles, le hizo un gesto con la cabeza.

- ¿Ya habéis terminado de maltratarme? - le espetó con rudeza.

El la soltó tan rápidamente que ella estuvo a punto de caer. El brusco intercambio de movimientos fue demasiado para el estómago vacío de Elizabeth. Se puso una mano sobre la frente y, cuando todo a su alrededor pareció volverse negro, trató de encontrar algo que la ayudara a sostenerse en pie.

Fue sir Guy quien la tomó en sus brazos evitando que cayera al suelo.

- No me toquéis - susurró ella, desde dentro de una espesa niebla.

Cuando Miles la tomó de brazos de sir Guy, dijo:

- Por lo menos no es solamente por mi persona por quien siente repulsión.

Cuando Elizabeth abrió los ojos. Miles la estaba mirando con disgusto.

- ¿Cuándo comisteis por última vez? - No hace tanto como para sentirme dispuesta a daros una bienvenida - respondió ella mordazmente.

Miles rió al escuchar esto, no con una de sus nedias sonrisas, sino con una carcajada baja y profunda, y antes de que Elizabeth tuviera tiempo de reaccionar, él inclinó la cabeza y la besó en los labios con fuerza.

- Sois absolutamente única, Elizabeth. Ella se limpió la boca con la palma de la mano con tanto ardor que parecía querer arrancarse la piel.

- ¡Bajadme! Soy perfectamente capaz de caminar.

- ¿Y permitir que tratéis de escapar otra vez? No, creo que de ahora en adelante os mantendré encadenada a mí.

Miles instaló a Elizabeth delante de él en la montura y juntos cabalgaron de regreso al campamento.

3

Se sorprendió al ver que las tiendas habían sido desmanteladas y que las mulas estaban cargadas, listas para partir. Elizabeth hubiera querido preguntar a donde la llevaban, pero en vez de eso se mantuvo rígida sobre la montura, tocando a Miles lo menos posible y rehusando hablarle.

El se alejó de los hombres que aguardaban para dirigirse al bosque, con sir Guy pisándole los talones. En el bosque había una mesa puesta cubierta con platos que humeaban. Un anciano de corta talla se afanaba arreglándolo todo, pero se interrumpió cuando Miles con un gesto le indicó que se retirara.

Desmontó y alzó los brazos para bajar a Elizabeth, pero ella lo ignoró y se deslizó al suelo sin ayuda. Hizo esto lentamente, para que no se repitiera la ridícula escena en la que casi se había desmayado.

- Mi cocinero nos ha preparado una buena comida - explicó Miles mientras la tomaba de la mano y la guiaba hacia la mesa.

Ella dio un respingo ante ese contacto y miró la comida. Pequeñas codornices asadas descansaban sobre una capa de arroz, rodeado por una salsa cremosa.

Una bandeja contenía ostras crudas. Había huevos duros cortados en rodajas bañados en salsa de azafrán, jamón ahumado, huevas de pescado sobre pan tostado, lenguado aderezado con cebollas y nueces, peras asadas, tartas de crema y un pastel repleto de moras.

Después de una mirada de sorpresa, Elizabeth se dio la vuelta.

- Estáis acostumbrado a viajar bien. Miles la tomó del brazo y cuando la hizo caminar, Elizabeth nuevamente se sintió mareada, por lo que tuvo que sostenerse de una silla de tijera que estaba próxima a ella.

- La comida es para vos - dijo él, ayudándola a tomar asiento- . No voy a permitir que sigáis matándoos de hambre.

- ¿Y qué es lo que vais a hacer? - inquirió ella cansadamente- , ¿Me pondréis carbones calientes en la planta de los pies? Tal vez tengáis vuestros propios métodos para obligar a las mujeres a que hagan lo que vos deseáis.

Una sombra cruzó el rostro de Miles, y éste frunció el ceño. La tomó de los brazos y la puso de pie frente a él.

- Sí, tengo mis propias formas de castigo. Elizabeth jamás le había visto esa mirada antes, esos ojos grises ensombrecidos con pequeñas llamitas azules en el fondo. Inclinándose, le puso los labios sobre el cuello y la ignoró cuando ella se puso rígida y forcejeó para soltarse.

- ¿Tenéis idea de lo deseable que sois, Elizabeth? - murmuró sobre el cuello de ella. Sus labios fueron subiendo, apenas rozándole la piel, lo suficiente como para que ella sintiera su calor, mientras que su mano derecha jugaba con el hombro desnudo que había quedado expuesto cuando el vestido se rasgara.

Sus dedos fueron deslizándose lentamente hasta que comenzó a acariciarle la parte superior de los pechos, mientras que con los dientes le mordía suavemente la oreja.

- Me gustaría haceros el amor, Elizabeth - susurró él, en voz tan baja que ella casi sintió las palabras en lugar de oírlas- . Me gustaría quebrar esa fría capa exterior. Me gustaría tocar y acariciar cada centímetro de vuestro cuerpo, miraros, que me mirarais con e! mismo deseo que yo siento por vos.

Elizabeth se había quedado muy quieta mientras Miles la tocaba, y como de costumbre no sentía nada. En realidad él no le provocaba

repulsión, porque su respiración sobre ella era agradable y no le estaba haciendo ningún daño, pero no sintió ninguno de esos cosquilleos especiales de los que tanto hablaban las muchachas en el convento.

- Si juro comer, ¿os detendréis con todo esto? - le preguntó fríamente.

Miles se separó de ella y le estudió el rostro durante un momento, mientras Elizabeth se preparaba para la desagradable escena que seguramente seguiría.

Todos los hombres, cuando caían en la cuenta de que ella era indiferente a sus tentativas amorosas, respondían diciéndole cosas muy desagradables.

Miles le sonrió lentamente, le acarició la mejilla otra vez y le ofreció su brazo para acompañarla Hasta la mesa. Ignorándolo, ella se acercó a la mesa sola, tratando de que Miles no notara su estado de confusión.

El mismo le sirvió la comida, eligiendo los mejores trozos de cada cosa y poniéndolos en una bella fuente de plata, y sonrió nuevamente cuando ella probó el primer bocado.

- Seguramente ahora os estaréis felicitando por haber evitado que me dejara morir de hambre - comentó ella- . Mi hermano os estará muy agradecido por devolverme a él en buen estado.

- No tengo intenciones de devolveros todavía - dijo Miles calmadamente.

Elizabeth no permitió que él notara cuánto la alteraba su comentario, y siguió comiendo.

- Roger pagará cualquier suma por mi rescate, no importa cuánto le pidáis.

- No aceptaré ningún dinero del asesino de mi hermana - respondió Miles con voz ronca.

Ella dejó en el plato la pata de codorniz que estaba comiendo.

- Ya habéis hecho antes el mismo comentario. ¡No sé nada de vuestra hermana!

Miles la miró y sus ojos se pusieron de color del acero.

- Roger Chatworth intentó capturar a la mujer que iba a desposarse con mi hermano Stephen y, cuando Stephen luchó por su prometida, vuestro hermano lo atacó por la espalda.

- ¡No! - resopló Elizabeth, poniéndose de pie.

- Stephen le ganó el combate a Chatworth pero se negó a matarlo, y como venganza, Chatworth secuestró a mi hermana y, más tarde, a la prometida de Stephen. Violó a mi hermana, y ella, horrorizada, se arrojó desde una ventana.

- ¡No! ¡No! ¡No! - gritó Elizabeth, tapándose los oídos.

Miles también se puso de pie y le sujetó las manos.

- Vuestro hermano Brian amaba a mi hermana y, cuando ella se suicidó, liberó a mi cuñada y nos devolvió el cuerpo de mi hermana.

- ¡Mentís! ¡Sois un malvado! ¡Soltadme!

Miles la acercó más hacia sí, abrazándola con suavidad.

- No es agradable enterarse de que alguien a quien uno ama es capaz de hacer tanto daño.

Elizabeth tenía mucha experiencia en escapar de los hombres, y Miles nunca antes se había enfrentado con mujeres que desearan que él las soltara.

Rápidamente, Elizabeth le dio un rodillazo entre las piernas e

instantáneamente él la dejó ir.

- ¡Maldición, Elizabeth! - jadeó él, apoyándose en la mesa, doblado por el dolor.

- ¡Maldición, Montgomery! - le replicó ella mientras agarraba una jarra de vino y se la lanzaba contra la cabeza, echándose a correr.

Con un mismo movimiento él esquivó la jarra y la atrapó de un brazo.

- No escaparéis de mí - dijo, atrayéndola nuevamente hacia él- . Os enseñaré que los Montgomery son inocentes de esta disputa, aunque tenga que morir para probároslo.

- Vuestra muerte es el primer comentario agradable que he oído en los últimos días.

Por un momento Miles cerró los ojos, como si rezara en silencio pidiendo ayuda. Cuando volvió a mirarla, parecía repuesto.

- Ahora, si ya habéis terminado de comer, cabalgaremos. Nos vamos a Escocia.

- ¡A...! - comenzó ella, pero él le puso un dedo sobre los labios.

- Sí, ángel mío - la voz estaba llena de sarcasmo- , vamos a pasar un tiempo con mi hermano y su esposa. Quiero que conozcáis a mi familia.

- Sé más que suficiente acerca de vuestra familia. Son...

Esta vez Miles la besó, y aunque ella no reaccionó visiblemente, cuando la soltó permaneció silenciosa.

Cabalgaron durante horas a paso tranquilo pero constante. Las muías cargadas con equipaje, muebles, ropas, alimentos, armaduras, y armas, que iban detrás de ellos, no les permitían avanzar con más celeridad.

Elizabeth pudo montar su propio caballo, pero éste tenía una soga que iba atada a la montura de Miles. Dos veces intentó él empezar una conversación, pero ella no le contestó. Estaba muy ocupada pensando y tratando de no pensar en lo que Miles le había dicho sobre su hermano.

En los últimos dos años, el único contacto que ella había tenido con su familia había sido por medio de las cartas de Roger y de algunas murmuraciones de los músicos viajeros. Por supuesto, los músicos sabían que ella era una Chatworth, de manera que no se explayaban demasiado ni en un sentido ni en otro con respecto a su familia.

Pero la numerosa familia Montgomery era otra cosa. Eran tema favorito para los chismes y canciones. Gavin, el hermano mayor, había rechazado a la bella Alice Valonee y, llena de despecho, ella había desposado a Edmund, el hermano de Elizabeth. Esta le había suplicado a Roger que suspendiera la boda, diciendo que la pobre mujer no se merecía terminar con el traicionero Edmund. Roger había dicho que nada podía hacer para evitar la boda. Pocos meses después, Gavin Montgomery había contraído matrimonio con la riquísima heredera Revedoune, y después del asesinato de Edmund, la celosa heredera había arrojado aceite hirviendo en el rostro de la pobre Alice Chatworth. Elizabeth había escrito desde el convento rogándole a Roger que se hiciera cargo de la viuda de su hermano, a lo que Roger había respondido de inmediato, asegurándole que nada le faltaría.

Menos de un año después, Roger había escrito que la heredera escocesa Bronwyn MacArran había pedido que le permitieran contraer matrimonio con Roger, pero Stephen Montgomery estaba obligando a la desdichada a convertirse en su prometida. Roger había desafiado a Stephen, en un intento por proteger a la MacArran, y durante el combate, Montgomery, muy

inteligentemente, se las había arreglado para que pareciera que Roger lo había atacado por la espalda. Como resultado de esto, Roger había caído en desgracia.

No estaba muy segura de por qué Brian había abandonado el hogar. Roger jamás se lo explicó. Pero sí estaba segura de que tenía algo que ver con los Montgomery. Brian era sensible y gentil. Tai vez ya no podía soportar todos los horrores que había padecido su familia a causa de los Montgomery. Pero cualquiera que hubiera sido la razón de la partida de Brian, seguramente nada tenía que ver con las mentiras que había oído ese día. Incluso no estaba muy convencida de que Roger estuviera enterado de que los Montgomery tenían una hermana.

Durante la larga cabalgada, ella, perezosamente, había tratado una y otra vez de sujetar el hombro desgarrado de su vestido con el cuello. Cuando Miles ordenó un alto, ella se sorprendió de ver que estaba oscureciendo. Sus pensamientos la habían mantenido abstraída durante horas.

Ante ellos se levantaba una posada de piedra y troncos, vieja pero de apariencia próspera. El dueño los esperaba fuera y en su rostro rubicundo se leía una alegre bienvenida.

Miles se apeó y se dirigió hacia el caballo de ella.

- Elizabeth - extendió los brazos- , no os molestéis en rechazarme - dijo él haciendo un guiño al ver que ella levantaba un pie para darle una patada.

Elizabeth lo pensó un momento y le permitió ayudarla a descender del caballo, pero tan pronto como estuvo en el suelo, se alejó de él. Dos de sus hombres entraron en la posada mientras Miles tomaba d Elizabeth del brazo.

- Tengo algo para vos. - Mirándola de cerca, le mostró un hermoso broche trabajado en oro con la figura de un pelícano, con el pico escondido bajo un ala desplegada y apoyado en una línea de diamantes.

Elizabeth permaneció imperturbable.

- No lo quiero.

Con exasperación, Miles le puso el broche, sujetándole el hombro rasgado del vestido.

- Entrad, Elizabeth - dijo calmadamente. Obviamente el posadero los estaba esperando, porque la actividad que se desplegaba en el lugar era notable.

Elizabeth quedó a un lado mientras Miles hablaba con sir Guy, y el posadero esperaba recibir instrucciones.

Estaban en un gran salón lleno de mesas y sillas, un gran hogar a un lado. Por primera vez, Elizabeth miró atentamente a los hombres de Miles. Eran alrededor de una docena y al parecer no causaban ninguna molestia. En ese momento iban de un lado a otro, abriendo puertas, controlando muy tranquilamente que no hubiera ningún peligro en el lugar.

¿Tenía Miles Montgomery tantos enemigos como para estar permanentemente preocupado... o simplemente era cauteloso?

Una bonita criada saludó a Miles con una reverencia y él le sonrió a medias.

Elizabeth observó con curiosidad que la criada se sonrojaba y arreglaba sus ropas bajo la mirada de Miles.

- Sí, milord - agregó ella, sonriendo y asintiendo- , Espero que la comida que les he preparado sea de su agrado.

- Así será - contestó Miles con tono práctico. Sonrojándose nuevamente, la joven volvió a la cocina.

- ¿Tenéis hambre, Elizabeth? - preguntó Miles, volviéndose hacia ella.

- No de eso que usted parece inspirar. - Hizo un gesto hacia la criada, que ya se alejaba de ellos.

- Cómo desearía que hubiera celos en vuestras palabras, Pero sé ser paciente - agregó, sonriendo, y la empujó ligeramente hacia la mesa antes que ella pudiera responder.

Miles y ella ocuparon una mesa pequeña separada de la de los hombres, pero en el mismo salón. Les llevaron plato tras plato de comida, pero Elizabeth apenas probó bocado.

- No parecéis tener un gran apetito.

- Si vos estuvierais prisionero, ¿os dedicaríais a entreteneros con la comida de vuestro captor?

- Probablemente no perdería un segundo en planear la muerte de mi secuestrador - contestó él con sencillez.

Elizabeth lo miró en silencio y Miles se concentró en su comida.

Durante el largo tiempo que les llevó alimentarse, sin hablar, Miles tomó la mano de una de las criadas que ponía un plato de salmón fresco sobre la mesa. Cuando Elizabeth levantó los ojos sorprendida, vio que la mano de la criada estaba lastimada y magullada.

- ¿Cómo te has lastimado? - le preguntó Miles con gentileza.

- Con las zarzas de las moras, milord - contestó ella, un tanto asustada pero al mismo tiempo fascinada por la atención que le dispensaba Miles.

- ¡Posadero! - llamó Miles- . Haz que le curen las manos a esta muchacha y que no las vuelva a meter en agua hasta que esté curada.

- ¡Pero milord! - protestó el hombre- . Ella es sólo una criada de la cocina. Esta noche me está ayudando con las mesas porque mi otra criada tiene viruela.

Sir Guy se levantó lentamente de la cabecera de la mesa donde comían los hombres de Miles, y la talla del gigante fue más que suficiente para que el posadero diera un paso atrás.

- Vamos, muchacha - dijo con tono resentido.

- Gracias... gracias, milord - ella hizo una reverencia antes de abandonar el lugar.

Elizabeth se cortó una loncha de queso francés.

- ¿Sir Guy ha salido en defensa de la muchacha o de vos?

La expresión de Miles pasó de la sorpresa a la diversión. Le tomó la mano y depositó un beso en su palma.

- A Guy no le gustan las peleas por criadas de cocina.

- ¿Y a vos sí?

Sonriendo, se encogió de hombros.

- Prefiero evitar las peleas no importa por qué se produzcan. Soy un hombre pacífico.

- Pero hubierais combatido con un posadero gordo y simpático por las manos lastimadas de una muchacha cualquiera. - Esto era una afirmación.

- Yo no la considero una cualquiera. Pero - dejó de lado el tema- , debéis de estar fatigada. ¿Queréis ir a vuestro cuarto?

Todos los hombres de Miles le desearon buenas noches y ella les devolvió el saludo con un gesto. Luego siguió a Miles y al posadero escaleras arriba hasta llegar al cuarto individual - con una sola cama- que los esperaba.

- ¡Ya veo! Habéis esperado hasta ahora para obligarme a compartir

vuestra cama - dijo ella cuando estuvieron solos- . Quizá las paredes de la tienda fueran muy delgadas para amortiguar mis gritos.

- Elizabeth - dijo él, tomándola de la mano- . Yo dormiré junto a la ventana, y la cama será para vos sola. No puedo permitir que tengáis vuestro propio cuarto, porque aprovecharíais para iros.

- Escapar, querréis decir.

- Como queráis, escapar. Ahora venid aquí. Deseo hablaros. - La llevó hasta el banco que había bajo la ventana, se sentó y la hizo sentar a su lado. Cuando él puso su pecho contra la espalda de ella, la joven empezó a protestar.

- Calmaos, Elizabeth. Dejaré mis manos aquí, en vuestra cintura, y no las moveré, pero no permitiré que os levantéis hasta que estéis tranquila y me habléis.

- Puedo hablar de pie, lejos de vos.

- Pero no puedo evitar querer tocaros - dijo él con vehemencia- . Todo el tiempo deseo acariciaros, aliviar vuestro dolor.

- No estoy sufriendo. - Ella forcejeó para librarse de su abrazo. Era un hombre corpulento, alto y ancho de hombros, y la curva de su pecho se adaptaba perfectamente al arco de la espalda de ella.

- Pero estáis lastimada, Elizabeth, probablemente más de lo que creéis.

- Ah, sí, ya lo veo. Algo malo me debe de pasar porque no me derrito de adoración cuando os tengo cerca.

Miles le besó el cuello, riendo entre dientes.

- Tal vez merezca vuestras palabras. Quedaos quieta y os besaré más. - La instantánea rigidez de ella lo hizo retroceder.- Quiero que me digáis qué es lo que os gusta. La comida no os interesa, tampoco las ropas bonitas. El oro y los diamantes no os hacen pestañear. A los hombres no les dedicáis ni una mirada. ¿Cuál es vuestra debilidad?

- ¿Mi debilidad? - preguntó ella, quedándose pensativa. El había comenzado a masajearle las sienes, y a pesar de sí misma, Elizabeth estaba comenzando a relajarse. Los dos últimos días de tensiones y furia la habían dejado sin fuerzas. Sus largas piernas estaban extendidas a los costados del largo banco, y ella estaba en el medio.

- ¿Cuál es vuestra debilidad, Montgomery?

- Las mujeres - murmuró él, sin darle importancia al asunto- . Contadme de vos.

Los músculos de su cuello se estaban aflojando y ella paulatinamente se iba recostando contra él. No era una sensación del todo desagradable ser sostenida con tanta firmeza por ese par de brazos fuertes cuando el hombre no la manoseaba, ni le rasgaba las ropas, ni la lastimaba.

- Vivo con mis dos hermanos, los amo a ambos y ambos me aman a mí. Estoy muy lejos de ser pobre, y sólo tengo que insinuar que me gusta un traje o una joya para que mi hermano Roger me los compre de inmediato.

- Y... Roger - le costó pronunciar el nombre- , ¿es amable con vos?

- El me protege. - Sonrió y cerró los ojos. Miles le estaba masajeando los tensos músculos de su cuello.- Roger siempre nos ha protegido a Brian y a mí.

- ¿Protegido de qué?

De Edmund, estuvo a punto de decir, pero se contuvo a tiempo. Abrió los ojos repentinamente y se sentó muy derecha.

- ¡De los hombres! - casi escupió- . Siempre les he resultado atractiva,

pero Roger consigue mantenerlos a raya.

El mantuvo las manos de ella entre las suyas.

- Conocéis muchos trucos para ahuyentar a los hombres y os habéis envuelto en una coraza de acero. Obviamente sois una mujer apasionada, pero ¿qué es lo que ha destruido vuestra pasión? ¿Tal vez Roger no estuvo siempre lo suficientemente cerca como para protegeros?

Elizabeth se negó a contestarle y se maldijo por su momentánea sinceridad.

Después de un momento, Miles lanzó un profundo suspiro y la dejó ir. Inmediatamente ella se alejó de un salto.

- Id a la cama - le dijo cansadamente y permaneció de pie, dándole la espalda.

Elizabeth no esperaba que él cumpliera con su palabra de dormir en otro lado, pero no haría nada para provocar su enfado. Completamente vestida, a excepción de los suaves zapatos de cuero, se deslizó en la gran cama.

Miles sopló la única vela que había encendida y por un momento su silueta se recortó en la ventana, contra la luz de la luna.

Cuando Elizabeth no oyó ningún sonido por parte de él, giró muy despacio sobre su espalda para observarlo. Tenía el cuerpo tenso por el temor de lo que habría de sobrevenir. Resignadamente vio cómo se desvestía, y cuando estuvo desnudo, ella contuvo el aliento. Pero Miles levantó la delgada manta que había en el banco y se estiró sobre él... o trató de hacerlo. Lanzó una maldición cuando sus pies chocaron contra los brazos del banco.

Pasaron algunos minutos antes de que Elizabeth se convenciera de que Miles Montgomery no tenía intenciones de forzarla. Pero sin embargo, sospechaba que no bien estuviera dormida, él se abalanzaría sobre ella. Dormitaba ligeramente, pero se despertaba con cada ruido. Cuando Miles trataba de girar en su estrecha cama, la despertaba, y ella se ponía tensa; pero cuando nuevamente oía su respiración pausada, se tranquilizaba y se volvía a dormir... hasta que llegaba el siguiente ruido.

4

- ¿No habéis dormido bien? - le preguntó Miles a la mañana siguiente, mientras se vestía. Negras y ajustadas calzas cubrían sus poderosas piernas, mientras que una chaqueta bordada apenas si cubría la parte superior de sus caderas.

- Nunca duermo bien en presencia de mis enemigos - le replicó ella.

Sonriendo a medias, él no hizo caso de los gestos de Elizabeth y se dedicó a arreglarle el pelo, sujetándoselo con un lazo. Cuando hubo terminado, le besó el cuello, haciendo que ella saltara bruscamente mientras se frotaba para borrar el beso.

El le tendió el brazo.

- Sé que estaréis triste por no poder disfrutar más de mi compañía, pero mis hombres nos esperan abajo.

Ella no hizo caso de su brazo y salió del cuarto antes que él. Aún era muy temprano, y el sol no era más que un cálido reflejo en el horizonte. Miles murmuró que un poco más adelante en el camino habría una comida esperándolos, pero que antes habían de cabalgar unas horas.

Miles y Elizabeth estaban uno junto a otro en el pequeño porche de la posada, sir Guy estaba delante de ellos, y los caballeros de Miles esperaban junto a los caballos y a las muías cargadas, detrás del gigante.

- ¿Está todo listo? - preguntó Miles a sir Guy- .¿Le habéis pagado al posadero?

Antes de que sir Guy pudiera responder, una niña como de cuatro años, vestida pobremente, salió corriendo de la posada, giró para esquivar a Miles y cayó escalones abajo. Instantáneamente Miles se puso de rodillas, tomando a la niña en sus brazos.

- Ya, ya, pequeña - susurró, poniéndose de pie con la criatura agarrada al cuello.

Para sir Guy y sus caballeros, ésta era una escena repetida, y se dispusieron a esperar pacientemente, con aire aburrido, a que Miles se tomara su tiempo para reconfortar a la niña. Elizabeth no pensó en Miles. Su único pensamiento fue para la niña lastimada. Estirando un brazo, acarició el cuello de la pequeña, que lloraba.

La niña levantó su cabecita del hueco del hombro de Miles y, con los ojos arrasados por las lágrimas, miró a Elizabeth. Comenzó a sollozar nuevamente y estiró los bracitos para que Elizabeth la abrazara.

Era difícil decir quién estaba más sorprendido: Miles, sir Guy o los caballeros de los Montgomery. Miles se quedó boquiabierto y por un momento sintió su orgullo herido.

- Ya pasó - decía Elizabeth, con una dulzura en la voz que Miles no le había oído antes- . Si dejas de llorar, sir Guy te dará un paseo a hombros.

Miles tosió para ocultar la risa que amenazaba ahogarlo. Entre la estatura de sir Guy y la horrible cicatriz de su rostro, todo el mundo le tenía terror, especialmente las mujeres. Nunca nadie antes había sugerido que él pudiera hacer de caballo para una criatura llorosa.

- Estarás tan alta - continuó Elizabeth, balanceándose con la niña- , que podrás alcanzar una estrella.

La niña inspiró audiblemente, se separó de Elizabeth y la miró.

- ¿Una estrella? - hipó. Elizabeth le acarició la mejilla húmeda.

- Y cuando ya tengas la estrella, se la darás a sir Miles para agradecerle el vestido nuevo que te va a comprar.

Los ojos de todos los caballeros se fijaron en los de su señor para ver cómo reaccionaba... y ninguno de ellos se atrevió a reír al ver su gesto de indignación.

La niñita inspiró nuevamente y giró la cabeza para observar a lord Miles. Le sonrió, pero cuando miró a sir Guy se aferró nuevamente de Elizabeth.

- No tienes por qué temerle - dijo Elizabeth- . A él le gustan mucho los niños, ¿no es verdad, sir Guy?

Sir Guy lanzó a lady Elizabeth una mirada asesina.

- A decir verdad, milady, los niños me gustan mucho, pero ellos no saben qué hacer conmigo.

- Ya pondremos remedio a eso. Ahora, pequeña, ve a dar tu vuelta con sir Guy y trae una estrella.

La niña, dudando al principio, se acercó a sir Guy y se agarró de su cabeza cuando él la sentó sobre sus hombros.

- Soy la niña más alta del mundo - chilló, mientras sir Guy se alejaba con ella.

- Es la primera vez que os veo sonreír - dijo Miles.

La sonrisa de Elizabeth desapareció como por encanto.

- Os reembolsaré el dinero por el vestido de la niña cuando vuelva a mi casa. - Se dio la vuelta.

Miles la tomó de la mano y la llevó a donde sus hombres no pudieran oírlos.

- La niña es sólo una pordiosera.

- ¡Oh! - dijo ella con desenfado- . Pensé que tal vez fuera una de las vuestras.

- ¿Mías? - dijo él, sorprendido- . ¿Creéis que yo permitiría que una hija mía anduviera por ahí vistiendo harapos, sin ningún cuidado de ella?

Ella se volvió hacia él.

- ¿Y cómo sabéis dónde están todos vuestros hijos? ¿Lleváis un registro con sus nombres? ¿Con los detalles de sus vidas?

El rostro de Miles reflejó diversas emociones: incredulidad, un poco de furia, diversión.

- Elizabeth, ¿cuántos hijos creéis que tengo? Ella levantó el mentón.

- No sé, ni me importa saber cuántos bastardos tenéis.

El la agarró del brazo y la obligó a mirarlo.

- Hasta mis propios hermanos exageran este tema de mis hijos, así que ¿por qué habría de esperar otra cosa de una extraña? Tengo tres hijos: Christopher, Philip y James. Y uno de estos días espero noticias del nacimiento del cuarto. Espero que esta vez se trate de una niña.

- Vos esperáis... - resopló ella- . ¿No sentís remordimientos por las madres? ¿Por haber utilizado a esas mujeres para después dejarlas de lado? ¿Y qué hay de los niños? ¡Tendrán que crecer sabiendo que son bastardos! ¡Parias por un momento de placer de un hombre odioso!

El le apretó más el brazo, y esta vez había furia en sus ojos.

- Yo no "utilizo" a las mujeres - le dijo, con los dientes apretados- . Las mujeres que me han dado hijos han venido a mí por su voluntad. Y todos ellos viven conmigo y son muy bien atendidos por niñeras competentes.

- ¡Niñeras! - Trató de soltarse pero no pudo.- ¿Y las madres de vuestros hijos las arrojáis a la calle? ¿O les dais algún dinero, como hicisteis con

Bridget, y las abandonáis a su suerte?

- ¿Bridget? - Miles buscó en el rostro de ella por un momento. Su mal genio se calmó.- Supongo que os referís a la Bridget que es la madre de mi James. - No esperó una respuesta- Os diré la verdad sobre Bridget. Mi hermano Gavin envió un mensaje al convento de Santa Catalina para solicitar algunas muchachas para el servicio. Quería que fueran muchachas de buena reputación, que no se dedicaran a provocar a los hombres, para que no hubiera peleas. Desde el mismo momento en que Bridget entró en nuestra casa, comenzó a perseguirme.

Elizabeth trató de soltarse.

- Sois un mentiroso.

Miles le aferró también el otro brazo.

- Una vez me dijo que había oído tantas historias de mí que se sentía como una criatura a la que le hubieran dicho que no jugara con fuego. Una noche me la encontré en la cama.

- Y la tomasteis.

- Le hice el amor, sí, esa noche y varias noches más. Cuando se dio cuenta de que iba a tener un hijo mío, tuve que soportar las burlas de mis hermanos.

- Y la echasteis, después de quitarle el niño, por supuesto.

El sonrió levemente.

- En realidad fue ella quien me dejó. Yo hice un viaje de cuatro meses, y ella se enamoró del segundo jardinero de Gavin. Cuando regresé, hablé con ellos, les dije que me gustaría quedarme con el niño porque pensaba hacer de él un caballero. Bridget aceptó encantada.

- ¿Y cuánto dinero le disteis? Seguramente le habréis ofrecido algún consuelo a una madre que se desprende de su hijo.

Miles la soltó, echando fuego por los ojos.

- ¿Conocíais muy bien a Bridget? Si así fuera, sabríais que a ella le preocupaba mucho más su placer que la maternidad. El jardinero con quien se casó no la quería, ni a ella ni al niño, y pasado el tiempo se atrevió a pedir dinero "por su sacrificio". No le di nada. James es mío.

Por un momento ella guardó silencio.

- ¿Y qué hay de las otras madres? –preguntó con calma.

El se alejó unos pasos de ella.

- Me enamoré de la hermana menor de uno de los caballeros de Gavin cuando no era más que un muchacho. Christopher nació cuando Margaret y yo teníamos sólo dieciséis años. Yo la hubiera desposado, pero su hermano la alejó de mí. No conocí a Kit sino cuando Margaret murió de viruela, un mes después dé su nacimiento.

Miró nuevamente a Elizabeth y rió entre dientes.

- La madre de Philip era una bailarina, una criatura exótica que compartió mi lecho - suspiró profundamente- durante dos semanas sumamente interesantes. Nueve meses después, envió un mensajero con Philip. Nunca más la vi ni oí hablar de ella.

Elizabeth estaba fascinada con sus historias.

- ¿Y éste nuevo niño que esperáis ahora? - Miles bajó la cabeza, y si hubiera sido una mujer, Elizabeth hubiera estado segura de que se había sonrojado.

- Me temo que esta criatura puede causar algunos problemas. La madre es una prima lejana. Traté de resistirme todo lo que pude, pero... - Se

encogió dé hombros.- Su padre está furioso conmigo. Dice que me enviará el niño, pero... no estoy del todo seguro.

Elizabeth no hacía sino mover la cabeza con incredulidad.

- Seguramente debe de haber otros niños. –La voz de ella era sarcástica.

El se estremeció ligeramente.

- No lo creo. Siempre trato de estar enterado de las cosas de mis mujeres y estoy atento a la aparición de niños.

- Como si recogierais huevos - dijo ella, con los ojos muy abiertos.

Miles ladeó la cabeza y le lanzó una mirada oblicua.

- Hace un momento me condenasteis por dejar a mis hijos en harapos, desparramados por la comarca como si fueran basura, y ahora me criticáis porque me preocupo por ellos. No soy un hombre célibe ni intento serlo, pero tomo mis responsabilidades con seriedad. Amo a mis hijos y les proveo de todo lo necesario. Me gustaría tener cincuenta.

- Como comienzo, no está mal - agregó ella, y lo dejó solo.

Miles permaneció donde estaba, mirándola encaminarse hacia donde se encontraban los hombres con los caballos. Se mantuvo un tanto apartada de ellos, con su típica pose altiva. Ella no era como ninguna de sus cuñadas, acostumbradas a la autoridad y cómodas cuando estaban rodeadas de siervos.

Elizabeth Chatworth se mantenía rígida siempre que había hombres cerca. El día anterior, accidentalmente, uno de sus hombres que montaba a caballo la había rozado y Elizabeth había reaccionado violentamente, tirando con tanta fuerza de las riendas de su cabalgadura que casi había hecho caer al caballo.

Había logrado controlar al animal, pero la experiencia le había causado disgusto a Miles. Ninguna mujer - ni ningún hombre, para el caso- debería asustarse tanto ante el contacto de otro ser humano.

Sir Guy regresó, solo, a donde estaban los hombres y de inmediato buscó a Miles, encaminándose rápidamente hacia donde éste se encontraba.

- Se hace tarde. Deberíamos partir. - Hizo una pausa.- O tal vez hayas reconsiderado tu decisión y prefieras devolver la dama a su hermano.

Miles estaba mirando a Elizabeth, quien ahora hablaba con la madre de la niña que se había golpeado un rato atrás. Se volvió hacia sir Guy.

- Quiero que envíes un par de hombres a mis comarcas del norte. Deseo que me traigan a Kit aquí, conmigo.

- ¿A tu hijo? - preguntó sir Guy.

- Sí, a mi hijo. Que venga con su niñera. ¡No! Pensándolo bien, traedlo solo pero con una buena escolta. Lady Elizabeth se ocupará de él.

- ¿Estás seguro de lo que te propones? - volvió a inquirir sir Guy.

- A lady Elizabeth le encantan los niños, de manera que voy a compartir uno de los míos con ella. Si no puedo llegar a su corazón de un modo, lo haré de otro.

- ¿Y qué harás con esta mujer cuando hayas conseguido domesticarla? Una vez, siendo yo un niño, había un gato salvaje que reclamaba un determinado lugar, cerca de un refugio, como propio. Cada vez que alguien se acercaba al refugio, el gato lo arañaba y mordía. Me impuse la tarea de domesticarlo. Me llevó varias semanas y mucha paciencia ganarme su confianza, pero me vi recompensado cuando comenzó a comer de mi mano. Pero más adelante el gato comenzó a seguirme a todas partes. Me topaba

con él todo el tiempo y se había transformado en una molestia mayor. Después de algunos meses ya le estaba dando patadas y lo odiaba porque había dejado de ser esa cosa salvaje que yo había amado al principio, para no ser sino un gato cualquiera, como todos los demás.

Miles seguía estudiando a Elizabeth.

- Tal vez lo que me atrae sea simplemente la cacería - dijo con tranquilidad- . O tal vez soy como mi hermano Raine, que no puede tolerar ninguna injusticia. Todo lo que sé por el momento es que Elizabeth Chatworth me fascina. Tal vez quiera verla comiendo de mi mano... pero quizá cuando lo haga, yo me haya transformado en su esclavo.

Nuevamente se volvió hacia sir Guy.

- A Elizabeth le gustará Kit, y mi hijo sólo puede beneficiarse con su contacto. Y personalmente me va a dar mucho gusto verlo. Envía el mensaje.

Sir Guy asintió con la cabeza antes de retirarse y dejarlo solo.

Minutos más tarde habían montado y estaban listos para partir. Miles no trató de entablar conversación con Elizabeth, sino que se limitó a cabalgar a su lado.

Ella comenzaba a mostrarse cansada, y, hacia mediodía, Miles no estaba muy seguro si debería devolverla a su hermano.

Media hora más tarde, ella volvió bruscamente a la vida. Mientras que Miles se había estado lamentando por ella, Elizabeth había estado ocupada desatando la cuerda que la sujetaba al otro caballo. Espoleó con fuerza a su cabalgadura, usó los extremos de las riendas para golpear las ancas de dos caballos que había frente a ella y, escudándose en los dos animales que quedaron a su lado, ganó preciosos segundos para huir. Ya había recorrido media milla de camino, lleno de baches y de maleza, antes de que Miles pudiera reunir a sus hombres para comenzar a perseguirla.

- Yo la traeré de vuelta - gritó por sobre su hombro a sir Guy.

Miles sabía que el caballo de Elizabeth no era muy veloz, pero ella estaba sacando todo el partido posible. Llegó a estar lo suficientemente cerca como para atraparla, cuando la cincha de su montura se aflojó y él comenzó a deslizarse hacia un costado.

- ¡Maldición! - bufó, comprendiendo muy bien quién había aflojado la cincha y al mismo tiempo sonriendo ante su ingenuidad.

Pero Elizabeth Chatworth no estaba preparada para un hombre que se había criado con tres hermanos mayores. Miles estaba acostumbrado a estos juegos de aflojar cinchas y sabía muy bien cómo salir del paso. Con soltura, trasladó su peso más hacia la cruz del caballo, cabalgando casi a pelo y sobre el cuello del animal, con la montura floja detrás de él.

Perdió un poco de velocidad cuando el caballo amenazó con rebelarse frente a su nueva postura, pero Miles consiguió dominarlo.

Elizabeth dirigió su corcel hacia un campo de maíz cuando el camino original desapareció, y quedó muy desconcertada cuando vio que Miles venía pisándole los talones.

En el campo de maíz la atrapó, sujetándola por la cintura. Ella luchó salvajemente, y Miles, que no tenia estribos donde apoyarse, comenzó a caer.

Cuando lo hizo, su brazo aún sostenía firmemente la cintura de Elizabeth.

Cuando caían. Miles se puso en posición de quedar debajo, amortiguando el golpe de Elizabeth, y levantó un brazo para protegerla eventualmente de los cascos de los caballos. Los animales corrieron unos

pocos metros más y luego se detuvieron, jadeantes.

- Soltadme - exigió Elizabeth cuando recuperó el aliento. Estaba caída desmañadamente sobre Miles.

Los brazos de él la tenían bien sujeta.

- ¿Cuándo aflojasteis la cincha? - Cuando ella no contestó, él comenzó a abrazarla con tanta fuerza que Elizabeth sintió que se le quebraban las costillas.

- Durante la cena - pudo articular. El la agarró por la cabeza, obligándola a inclinarla hacia un lado.

- Elizabeth, sois tan inteligente. ¿Cómo lograsteis escabulliros entre mis hombres? ¿En qué momento os perdí de vista?

Tenía el cuello lleno de sudor y su corazón latía con fuerza contra el de ella. El ejercicio había borrado por completo toda huella de cansancio en ella y se sentía feliz, aunque no hubiera logrado escapar.

- SÍ que me habéis hecho correr - dijo él, divertido- . Si a mis hermanos no les hubiera resultado tan gracioso hacerme cabalgar con la cincha suelta, no hubiera sabido qué hacer. Por supuesto que ellos se aseguraban de que mi cabalgadura no fuera demasiado veloz, para que nada me pasara en caso de caer. - Cambió de posición para poder mirarla de frente.- ¿Os hubierais alegrado mucho si me hubiera roto el cuello?

- Sí, muchísimo - dijo ella, sonriendo, casi nariz con nariz con él.

Miles rió, la besó rápidamente, se la quitó de encima y se puso de pie, frunciendo el ceño cuando vio que ella se limpiaba la boca con el dorso de la mano.

- Vamos, hay una posada no lejos de aquí y allí pasaremos la noche. - No le ofreció su ayuda para que se levantara.

Cuando regresaron donde se encontraba el resto de los hombres, sir Guy le dirigió a Elizabeth una rápida mirada de admiración, y ella entendió que él se mantendría mucho más alerta en adelante. Ya no iba a tener más oportunidad de jugar con los arreos de esos hombres.

No fue sino hasta que estuvieron otra vez sobre las cabalgaduras cuando Elizabeth notó que había un corte sangrante en el brazo de Miles. Supo que había ocurrido cuando él puso el brazo entre ella y los cascos de los caballos.

Sir Guy inspeccionó la herida y la vendó, mientras Elizabeth miraba desde su caballo. Era extraño que este hombre, un Montgomery, hubiera protegido a una Chatworth de sufrir un daño.

Miles la vio mirándolo.

- Una sonrisa vuestra, Elizabeth, haría que cicatrizara mucho más rápido.

- Espero que se os envenene la sangre y que perdáis el brazo. - Aguijó con los talones a su caballo.

No volvieron a hablar hasta que llegaron a la posada, a la cual, como antes.

Miles había enviado un hombre para que estuvieran listos para recibirlos. Esta vez. Miles y Elizabeth comieron solos en un salón separado.

- Contadme más de vuestra familia - la instó él.

- No - respondió ella simplemente, intentando alcanzar un plato de caracoles en salsa de ajo.

- Entonces os hablaré de la mía. Tengo tres hermanos mayores y...

- Lo sé. Vos y vuestros hermanos son famosos.

El levantó una ceja.

- Decidme qué habéis oído de nosotros.

- Encantada. - Cortó un trozo de carne y pastel de pollo.- Vuestro hermano Gavin es el mayor. Debía casarse con Alice Valonee pero la rechazó para poder casarse con la acaudalada Judith Revedoune, que es una mujer de mal carácter. Entre vuestro hermano y la esposa lograron hacer que Alice - una Chatworth ahora- se volviera loca.

- ¿Conocéis a vuestra cuñada? Elizabeth estudió la comida que tenía en el plato.

- No siempre fue lo que es ahora - Esa perra siempre fue una puta. Rechazó a mi hermano. Ahora decidme qué sabéis de Stephen.

- Forzó a una mujer a quien mi hermano quería desposar.

- ¿Y Raine?

- No sé mucho de él, salvo que es magnífico en los campos de batalla.

Los ojos de Miles ardían.

- Después que vuestro hermano violó a mi hermana y Mary se suicidó, Raine condujo algunos hombres del rey con la intención de atacar a vuestro hermano Roger. El rey lo declaró traidor y ahora mi hermano vive en el bosque con una banda de criminales. - Hizo una pausa.- ¿Y qué sabéis de mí?

- Vos sois un libertino, un seductor de jovencitas.

- Me halaga que mi virilidad sea tan famosa. Ahora permitidme que os cuente la verdad sobre mi familia. Gavin tuvo que hacerse cargo de la crianza de sus tres hermanos y de la administración de la heredad cuando tenía alrededor de dieciséis años. Casi no tuvo tiempo para ocuparse de las mujeres. Se enamoró de Alice Valence y le rogó que se casara con él, pero ella lo rechazó. Entonces contrajo matrimonio con Judith Revedoune, y pasó largo tiempo antes de que pudiera darse cuenta de que en realidad la amaba. Alice trató de desfigurar a Judith con aceite hirviendo, pero fue ella la que sufrió las consecuencias.

- Mentís todo el tiempo - respondió Elizabeth.

- No, no miento. Stephen es el pacifista de nuestra familia, y él y Gavin se llevan muy bien. Y Raine... - Hizo una pausa y rió.- Raine cree que las cargas del mundo descansan sobre sus anchos hombros. Es un buen hombre, pero increíblemente testarudo.

- ¿Y vos? - preguntó ella suavemente. El se tomó su tiempo para responder.

- Yo estoy solo. Mis hermanos parecen muy seguros de lo que quieren. Gavin ama la tierra, Stephen lleva adelante su cruzada con los escoceses, Raine quiere cambiar el mundo, pero yo...

Ella lo miró por un momento y entre ambos hubo un silencioso entendimiento.

Ella también se había sentido sola en la vida. Edmund era un malvado, Roger estaba siempre de mal humor y ella se había pasado la vida huyendo de Edmund y de sus amigos mientras trataba de proteger a Brian.

Miles le tomó una mano y ella no trató de liberarse.

- Vos y yo hemos tenido que crecer rápidamente. ¿Tenéis recuerdos de cuando erais niña?

- Muchos - dijo ella monótonamente, retirando la mano.

Por algunos instantes comieron en silencio.

- ¿Vuestro hogar... era feliz? - preguntó ella con tono ligero.

- Sí. - Miles sonrió.- Cada uno de nosotros fue criado por su propia nodriza, pero de todas formas pasábamos mucho tiempo juntos. No es fácil ser el hermano menor. Todo el mundo resulta muy exigente.

- ¿Y vos fuisteis feliz?

- No. Yo estaba demasiado ocupada tratando de huir de Edmund para poder pensar en algo tan tonto como la felicidad. Y ahora me gustaría retirarme.

Miles la acompañó hasta el cuarto que compartirían, y ella vio que alguien había puesto un catre junto a una de las paredes.

- No voy a dormir en un banco - dijo él alegremente, pero Elizabeth no se inmutó. El le tomó ambas manos entre las suyas.

- ¿Cuándo vais a tenerme confianza? Yo no soy como Edmund o como Pagnell, o esos otros hombres detestables que conocéis.

- Vos me mantenéis prisionera. ¿Es que los hombres tan buenos como vos creéis ser tienen prisioneras a mujeres inocentes?

El le besó las manos.

- Pero si yo os devolviera a vuestro hermano, ¿qué haríais? ¿Esperaríais a que Roger os encontrara un esposo y os dedicaríais a la bienaventuranza del matrimonio?

Ella se alejó de él.

- Roger me ha dado permiso para no casarme si así lo deseo. He estado pensando en tomar los hábitos.

Miles la miró con horror. Antes de que pudiera protestar la atrajo a sus brazos, le acarició la espalda.

- Tenéis tanto amor que dar. ¿Cómo podéis pensar en negar esa realidad? ¿No os gustaría tener hijos, verlos crecer? No hay nada en el mundo como la mirada de un niño llena de adoración y confianza.

Ella retiró la cabeza de su hombro. Casi se estaba acostumbrando a que él la tocara y la tuviera en sus brazos.

- Nunca he conocido a un hombre a quien le gustaran los niños. Todos los hombres que conozco sólo están interesados en luchar, beber, violar mujeres.

- De vez en cuando no viene mal una buena batalla, y me he emborrachado más de una vez, pero me gustan las mujeres que vienen a mi cama por su voluntad. Ahora venid, vamos a quitaros ese vestido. Ella se soltó forcejeando, sus ojos hostiles.

- Tengo pensado dormir en ese catre frío, duro y solitario, pero supongo que ya debéis de estar harta de ese vestido. Estaríais más cómoda si os lo quitarais para dormir.

- Estoy más cómoda con mis ropas puestas, gracias.

- Muy bien, como queráis. - Se dio la vuelta y comenzó a desvestirse, mientras Elizabeth buscaba rápidamente la protección de su lecho.

La única vela continuaba aún encendida, y cuando Miles sólo tuvo puesto su calzón, se inclinó sobre ella, retirándole la sábana del rostro. Ella se quedó rígida, dura, mientras él se sentaba en el borde de la cama y le acariciaba las sienes. Sin hablar, él simplemente la observaba, disfrutando del contacto de su piel.

- Buenas noches, Elizabeth - susurró, mientras le plantaba un beso suave en los labios.

La mano de ella salió disparada para limpiarse el beso, pero él la agarró de la muñeca.

- ¿Qué os llevaría a que pudierais amar a un hombre? - murmuró él.

- No creo que pudiera - contestó ella sinceramente- . Al menos no de la forma que vos pretendéis.

- Estoy comenzando a pensar que me gustaría poneros a prueba. Buenas noches, mi frágil ángel.

La besó nuevamente antes de darle tiempo a que le gritara que ella no tenía nada de frágil, pero al menos esta vez pudo limpiarse el beso.

5

Miles, Elizabeth, sir Guy y los caballeros de Montgomery viajaron dos días antes de llegar a la' frontera sur de Escocia. Elizabeth trató una vez más de huir - durante la noche, mientras Miles dormía cerca de ella- , pero no había llegado a la puerta cuando él la había atrapado y llevado nuevamente a su cama.

Después del episodio Elizabeth no había podido conciliar el sueño, pensando en que estaba prisionera pero que no era tratada como tal. Nunca se habían ocupado de ella con tanta cortesía como lo hacía Miles Montgomery. El insistía en tocarla cada vez que podía, pero ya se estaba acostumbrando a ello. No es que le resultara un placer, pero ya no le parecía tan repugnante como al principio. Una vez, en una posada donde se habían detenido a cenar, un borracho había resbalado sobre Elizabeth, y ella, en acto reflejo, se había aproximado a Miles buscando protección. El se había mostrado extraordinariamente complacido por eso.

Hoy le había dicho que a partir de ese momento tendrían que usar su tienda, puesto que las posadas no abundaban en Escocia. El sospechaba que podrían tener problemas al cruzar las montañas, porque a los habitantes de las tierras altas no les gustaban los ingleses.

Durante la cena se había mostrado inquieto y había hablado varias veces con sir Guy.

- ¿Los escoceses están de verdad tan sedientos de sangre? - preguntó ella la segunda vez que él se levantó de la mesa.

El no pareció entender a qué se refería ella.

- Debo encontrarme con alguien aquí y no llega. Ya debería estar aquí hace rato.

- ¿Uno de vuestros hermanos... o se trata de una mujer?

- Ninguna de las dos cosas - dijo él prontamente.

Elizabeth ya no hizo preguntas. Mientras se metía en la cama, usando el mismo vestido que Miles le había regalado, se volvía de lado para poder mirarlo dormir en su catre. Dormía inquieto y a cada momento cambiaba de posición.

Cuando alguien golpeó la puerta con fuerza, Elizabeth saltó de la cama casi tan prestamente como Miles. Sir Guy entró en la habitación, y un niño lo seguía.

- ¡Kit! - gritó Miles abrazando al niño como si fuera a partirlo en dos. Al jovencito no pareció molestarle, ya que a su vez se abrazó a Miles.

- ¿Por qué han tardado tanto? - preguntó Miles a sir Guy.

- Quedaron atrapados en una tormenta y perdieron tres caballos.

- ¿Ningún hombre?

- Todos salieron ilesos, pero les llevó su tiempo reemplazar a los tres animales. El joven Kit se mantuvo sobre su montura, mientras que dos de los caballeros no lo lograron - agregó sir Guy con orgullo.

- ¿Es verdad lo que me cuentan? - inquirió Miles, mirando al niño de frente.

Elizabeth vio una réplica de Miles en pequeño pero con ojos castaños en vez de grises, un hermoso niño de rostro solemne.

- Sí, padre - respondió Kit- . El tío Gavin me dijo que un caballero jamás pierde su montura. Y después, ayudé a los hombres a sacar todo el equipaje del agua.

- Eres un buen niño - Miles rió entre dientes, abrazando nuevamente a Kit.- Puedes irte, Guy, y ocúpate de que los hombres coman bien. Partiremos a primera hora.

Kit se despidió de sir Guy con una sonrisa y después le preguntó a su padre:

- ¿Quién es ella?

Miles puso a Kit en el suelo.

- Lady Elizabeth - dijo formalmente- , ¿puedo tener el placer de presentaros a Christopher Gavin Montgomery?

- Mucho gusto - dijo ella, estrechando la mano que el niño había extendido- . Yo soy lady Elizabeth Chatworth.

- Eres muy bonita - dijo él- , A mi papá le encantan las mujeres bonitas.

- Kit... - comenzó Miles, pero Elizabeth lo interrumpió.

- ¿Y a ti te gustan las mujeres bonitas? - le preguntó.

- Oh, sí. Mi niñera es muy, pero muy bonita.

- Seguramente debe serlo si la eligió tu padre. ¿Tienes hambre? ¿Te sientes cansado?

- He comido un buen montón de ciruelas azucaradas - dijo Kit orgullosamente- . ¡Oh, papá! Tengo un mensaje para ti. Es de un tal Simón.

Miles frunció el ceño, pero a medida que leía el mensaje sus rasgos se fueron aflojando.

- ¿Buenas noticias? - preguntó Elizabeth, sin poder ocultar su curiosidad.- Miles se apaciguó y arrojó el mensaje sobre su catre revuelto.

- Sí y no. Mi prima acaba de dar a luz una niña, pero mi tío Simón me amenaza de muerte.

Elizabeth no supo si reír o sentirse disgustada.

- Tienes una hermanita, Kit - dijo por fin.

- Ya tengo dos hermanos. No estoy interesado en una hermana.

- Me parece que es tu padre quien debe tomar esas decisiones. Ahora me parece que es muy tarde y que deberías acostarte.

- Kit dormirá en el catre y yo... - comenzó Miles, parpadeando.

- Kit dormirá conmigo - dijo Elizabeth con altanería, ofreciéndole su mano al niño.

Kit aceptó de buen grado y bostezó mientras ella lo llevaba a la cama.

Miles los miraba y sonreía con expresión casi de triunfo, mientras Elizabeth desvestía al niño somnoliento y lo dejaba con su ropa interior. Gustoso, él se dejó coger en brazos para que ella lo introdujera en el lecho. Elizabeth trepó a la cama junto a él y lo atrajo hacia sí.

Por un momento Miles se quedó de pie, mirándolos. Con una sonrisa, se inclinó y depositó un beso en cada frente.

- Buenas noches - susurró antes de dirigirse a su catre.

En el transcurso del día siguiente, Miles no tardó en comprender que el interés de Elizabeth se concentraba únicamente en Kit. Y el niño se portaba con ella como si la hubiera conocido de toda la vida. El único comentario de Elizabeth fue; "Siempre me han gustado los niños, y ellos parecen darse cuenta de ello."

Fuera cual fuera la razón, Kit parecía perfectamente cómodo con Elizabeth. Por la tarde él cabalgó a su lado, y se durmió contra su hombro. Cuando Miles sugirió que él se haría cargo del pesado cuerpecito, Elizabeth prácticamente le gruñó.

Por la noche se acurrucaron lo mejor que pudieron en un catre y durmieron con toda tranquilidad. Miles los miró y se sintió casi un extraño.

Viajaron aún tres días y Elizabeth supuso que ya estarían acercándose a la comarca de los MacArran. Miles se había pasado el día cavilando, y dos veces lo había visto discutir con sir Guy. Por el ceño fruncido de Guy, Miles obviamente tenía en mente un plan que no era del agrado del gigante. Pero cada vez que Elizabeth se proximaba lo suficiente como para poder oír, los hombres dejaban de hablar.

Hacia mediodía Miles detuvo al grupo de hombres y muías y preguntó si ella y Kit estarían dispuestos a cenar con él. Usualmente comían todos juntos para mantenerse protegidos y no perderse de vista.

- Parecéis muy satisfecho - dijo Elizabeth, observándolo.

- Estamos a un día de marcha de la casa de mi hermano y su esposa - dijo Miles, bajando a Kit del caballo de Elizabeth.

- El tío Stephen usa faldas y lady Bronwyn puede cabalgar más rápido que el viento - le informó Kit.

- Stephen usa una manta escocesa - corrigió Miles mientras hacía descender a Elizabeth del caballo e ignoraba los intentos de ella por sacarse sus manos de encima- . Mi cocinero nos ha preparado una comida en medio del bosque.

Kit tomó a Elizabeth de la mano y Miles tomó la otra mano del niño, y juntos se adentraron en el bosque.

- ¿Qué os parece Escocia? - preguntó Miles mientras la sostenía cuando ella tropezó contra un tronco caído.

- Parece como si el lugar no hubiera sido tocado desde el comienzo de los tiempos. Es muy agreste y... y poco fino.

- Casi como su gente. - Miles rió.- Mi hermano se ha dejado crecer el cabello hasta los hombros, y sus ropas... no, os dejaré que lo veáis por vos misma.

- ¿No nos estamos alejando demasiado de vuestros hombres? - El bosque primitivo se cerraba en torno de ellos, y la maleza casi no les permitía avanzar.

Miles cogió un hacha que llevaba colgando a la espalda y con ella comenzó a abrir un sendero más fácil de transitar.

Con una mirada de intriga, Elizabeth se volvió hacia él. Usaba ropas sombrías de un verde oscuro y una capa castaña sobre sus hombros, y además iba completamente armado. Colgando de un hombro llevaba un gran arco con profusión de flechas, y también el hacha; su espada al costado y una daga en la cintura.

- ¿Algo anda mal, verdad?

- Sí - dijo él, mirándola- . La verdad, Elizabeth, me hicieron llegar un mensaje según el cual tendría que encontrarme aquí con alguien, pero ya nos hemos alejado demasiado.

Ella levantó una ceja.

- ¿Y arriesgaríais la vida de vuestro hijo en esta entrevista secreta?

El guardó el hacha en su funda.

- Nuestros hombres están por todas partes. Y prefiero que vos y Kit estén cerca de mí antes que dejarlos con ninguno de los caballeros.

- ¡Mira, papá! - dijo Kit muy excitado- . Allí hay un ciervo.

- ¿Qué te parece si vamos a verlo? - dijo ella con calma- . Corre delante de nosotros y nosotros te alcanzaremos. - Sin perder de vista a Kit, se volvió

hacia Miles.- Me quedaré con Kit y vos id en busca de los hombres. Creo que alguien ha planeado un truco para que nos separemos de ellos.

Los ojos de Miles se abrieron de par en par cuando cayó en la cuenta de que ella le estaba dando órdenes, pero sin pensarlo dos veces desapareció en el bosque mientras Elizabeth corría detrás de Kit. Cuando transcurría el tiempo y Miles no volvía, ella comenzó a mirar alrededor con ojos ansiosos.

- ¿Estás triste, Elizabeth? - preguntó Kit, tomándola de la mano.

Ella se arrodilló para estar a su altura.

- Simplemente estaba pensando dónde podría estar tu padre.

- Ya volverá - contestó Kit tranquilamente- . Mi papá se hará cargo de nosotros.

Elizabeth trató de no mostrarse descorazonada.

- Seguramente así será. Oigo un río en esa dirección. ¿Te parece que lo vayamos a buscar?

No les fue fácil atravesar la densa maleza, pero finalmente llegaron al arroyo. Era un arroyo que corría con fuerza, formando numerosas cascadas rocosas.

- El agua está fría - dijo Kit, dando un paso atrás- . ¿Crees que habrá peces?

- Probablemente haya salmones - dijo Miles detrás de Elizabeth, haciéndola saltar. Miles le pasó un brazo por los hombros- . No quise asustaros.

Ella dio un paso para alejarse de él.

- ¿Y qué ha pasado con los hombres? - Miles miró a Kit, quien en ese momento se entretenía arrojando ramitas al torrente de agua para ver cómo se alejaban arrastradas por la corriente. El le tomó las manos entre las suyas.

- Mis hombres se han ido. No hay rastro de ellos. Elizabeth, ¿no os asustaréis, verdad?

Ella lo miró a los ojos. Tenía miedo al estar en tierra extraña con una criatura y este hombre en quien no confiaba.

- No - dijo con firmeza- . No deseo preocupar a Kit.

- Bien. - El sonrió, frotándole las manos.- Estamos en la frontera sur de la comarca MacArran y si marchamos hacia el norte, deberemos encontrar alguna de las cabañas de los campesinos a más tardar mañana por la noche.

- Pero si alguien se ha apoderado de vuestros hombres...

- Por el momento, lo único que me preocupa son vos y Kit. Si nos quedamos en el bosque, tal vez no nos vean. No me importaría tener que combatir, pero no quiero que Kit o vos salgan heridos. ¿Me vais a ayudar?

Ella no se soltó de sus manos.

- Sí - dijo suavemente- . Os ayudaré. El le soltó una mano.

- Esas montañas son muy frías incluso en verano. Poneos esto. - Le alcanzó una gran tela de lana tejida en azul oscuro y verde.

- ¿De dónde habéis sacado esto?

- Esto es todo lo que ha quedado de la comida que mi cocinero nos había preparado. La comida no estaba, pero la tela con que la había cubierto,, una de esas mantas escocesas que Bronwyn me había dado, apareció a un lado de la mesa. Esta noche la necesitaremos. - El le mantuvo la mano firmemente apretada, mientras que, con la otra, ella se echaba la manta sobre los hombros para dirigirse hacia donde se hallaba Kit.

- ¿Te gustaría caminar hasta la casa del tío Stephen? - preguntó Miles a su hijo.

Kit miró a su padre con desconfianza.

- ¿Dónde está sir Guy? Un caballero no camina.

- Un caballero hace todo lo que sea necesario para proteger a las mujeres.

Los dos varones intercambiaron una larga mirada. Kit podía no tener más de cuatro años, pero sabía desde su nacimiento que habría de llegar a ser un caballero.

A los dos años le habían regalado una espada de madera y todas las historias que había oído versaban sobre la caballería. Kit tomó de la mano a Elizabeth.

- Nosotros os protegeremos, milady - dijo formalmente, y le besó la mano. Miles palmeó el hombro de su hijo orgullosamente.

- Ahora, Kit, corre delante de nosotros y fíjate a ver si encuentras algo para cazar. Con un conejo o dos bastará.

- Sí, papá. - Sonrió y se alejó corriendo por la orilla del río.

- ¿Vais a dejarlo que se pierda de vista?

- No lo hará. Kit sabe que no debe alejarse demasiado.

- Parece que no estáis demasiado preocupado por la pérdida de vuestros hombres. ¿Habéis visto signos de batalla?

- En absoluto. - Pareció quitarle toda importancia al asunto, se detuvo, arrancó una flor silvestre amarilla y se la puso a Elizabeth detrás de una oreja.- Parece que pertenecierais a este lugar salvaje, con vuestro cabello suelto, vuestro vestido rasgado sostenido con diamantes. Me gustaría mucho regalaros cantidades de diamantes, Elizabeth.

- Preferiría mi libertad.

El dio un paso para alejarse de ella.

- Ya no sois mi prisionera, Elizabeth Chatwonh - declaró él- . Podéis iros para siempre.

Ella miró hacia el bosque negro y frío.

- Sois muy, pero muy inteligente, Montgomery- contestó ella con disgusto.

- Debo entender que vais a permanecer conmigo - dijo él, con los ojos brillantes, y antes de que ella pudiera responder la levantó, la hizo girar en el aire y le plantó un beso en la mejilla.

- Soltadme - protestó ella, pero había huellas de una sonrisa en sus labios.

El frotó su nariz contra la oreja de ella.

- Creo que podríais tenerme a vuestros pies si tal fuera vuestro deseo - susurró él.

- Atado y amordazado, espero - le replicó ella, tratando de soltarse- . Pero, ¿vais a tratar de buscarnos comida o traéis ese arco colgando porque es un bonito adorno?

- ¡Papá! - aulló Kit antes de que Miles pudiera responder- . ¡He visto un conejo!

- Apuesto a que me está esperando para que le corte el cuello - dijo Miles con la risa contenida, mientras Kit llegaba corriendo hacia ellos.

Elizabeth profirió un sonido que sólo pudo haber sido de risa contenida, por lo que Miles se volvió a mirarla, atónito.

Ella se negó a mirarlo.

- ¿Dónde está el conejo, Kit? Tu valiente padre se enfrentará al animal, y tal vez podamos comer algo, aunque no se trate de una cena completa.

Después de caminar una hora, durante la cual Miles parecía haberse preocupado únicamente por juguetear con los dedos de Elizabeth, no habían visto más conejos. Era más tarde de lo que ella había calculado y estaba oscureciendo... o tal vez fuera que el bosque parecía oscuro.

- Acamparemos aquí esta noche. Kit, junta leña.

- Cuando el niño hubo partido, Miles miró a Elizabeth.- No lo perdáis de vista.

Traeré algo que comer.

- Inmediatamente se internó en el bosque.

Tan pronto como Miles se fue, Elizabeth comenzó a sentir el aislamiento del bosque. Siguió a Kit, cargando en sus brazos gran cantidad de ramas secas. No había notado antes, pero le parecía que ojos extraños la estuvieran observando. En la casa de su hermano había llegado a desarrollar un sexto sentido para los hombres que se escondían por los rincones, listos para saltar sobre ella.

- ¿Estás asustada, Elizabeth? - le preguntó Kit, los ojos muy abiertos.

- Claro que no. - Se esforzó por sonreír, pero no podía dejar de pensar en todas las historias que había escuchado sobre el salvajismo de los escoceses. Eran gentes rústicas, que torturaban a los niños.

- Mi papá te protegerá - la tranquilizó Kit- . Se ganó sus espuelas cuando no era más que un niño. Mi tío Raine dice que papá es uno de los mejores caballeros de Inglaterra. No va a permitir que nadie te haga daño.

Ella cogió al niño en sus brazos.

- Tu padre es realmente un gran combatiente. ¿Sabías que hace unos días tres hombres quisieron atacarme? Tu papá los puso fuera de combate en pocos minutos y ni siquiera salió con un rasguño. - A pesar de los alardes de valor del niño, ella se dio cuenta de que estaba asustado.- Creo que tu papá podría vencer a todos los hombres de Escocia. No hay nadie en ninguna parte que sea tan fuerte y tan valiente como tu papá.

Una risa sorda hizo que Elizabeth se diera la vuelta, para encontrarse con Miles, que sujetaba dos cortejos muertos por las orejas.

- Os agradezco los elogios, milady.

- Elizabeth tenía miedo - explicó Kit.

- Y tú has hecho bien en reconfortarla. Debemos proteger siempre a nuestras mujeres. ¿Tienes idea de cómo se despelleja un conejo, Elizabeth?

Ella bajó a Kit al suelo y tomó los conejos con aire confiado.

- Ya veréis cómo una Chatworth no es una damita Montgomery que se sienta en almohadones de raso y espera a que los sirvientes le sirvan la comida.

- Habéis descrito perfectamente bien a las esposas de Stephen y Gavin. Ven, Kit, veamos si los Montgomery varones servimos para algo.

En muy corto tiempo. Miles y Kit habían encendido una hoguera y Elizabeth había despellejado y espetado los conejos. Miles clavó un par de palos en el suelo, con su hacha, y colocó encima una rama cruzada para los conejos.

Apoyado sobre los codos, Miles miraba silenciosamente la hoguera, mientras Kit hacía girar los conejos.

- Parecéis muy tranquilo - dijo Elizabeth, estremeciéndose y hablando

en voz muy baja- . Nos encontramos desprotegidos en tierra extraña, y sin embargo encendéis una hoguera. Pueden vernos desde millas de distancia.

El le tiró de la falda hasta que ella se sentó a su lado.

- Esta tierra pertenece a mi hermano y a su esposa, y si los MacArran nos ven, reconocerán los leopardos de los Montgomery en mi capa. Los escoceses muy raramente matan a mujeres y niños. Os entregarían a Stephen y lo único que tendríais que hacer sería explicar quién sois.

- ¿Pero qué ha sucedido con vuestros hombres?

- Elizabeth, mis hombres han desaparecido sin dejar rastro de haber librado un combate. Me imagino que los han escoltado hasta Larenston, el castillo de Bronwyn. Mi única preocupación por el momento son vos y Kit. Cuando lleguemos a Larenton y no vea a mis hombres, entonces me preocuparé. ¡Kit! Estás dejando que la carne se queme de un lado.

El se acercó más a ella.

- Elizabeth, estáis completamente a salvo. He revisado toda el área y no he visto a nadie. Tenéis frío - dijo cuando la vio temblar- . Tomó la manta escocesa, que yacía en el suelo a su lado, se la pasó por los hombros y la atrajo hacia sí.

- Es sólo para que entréis en calor - le dijo, cuando ella empezó a forcejear, y no permitió que se soltara.

- ¡Ya he oído eso antes! - le replicó ella- . Entrar en calor es sólo el comienzo. ¿Os divertís mucho obligándome a hacer lo que no quiero?

- No me gustan vuestras insinuaciones de que soy parecido a los imbéciles amigos de vuestro hermano - contestó él rápidamente.

Elizabeth dejó de luchar.

- Tal vez la vida con Edmund sí ha distorsionado un poco mi forma de pensar, pero con todo no me gusta que me pongan las manos encima.

- Ese punto ya lo habéis aclarado lo suficiente, pero si queremos sobrevivir a esta noche, vamos a necesitar darnos calor unos a otros. Kit, corta una pata. Me parece que ya está bien asada.

Los conejos estaban medio crudos por dentro y muy asados por fuera, pero los tres estaban demasiado hambrientos como para detenerse en ello.

- Me gusta, papá - dijo Kit- . Me gusta estar en el bosque.

- Hace un frío horrible - dijo Elizabeth, envuelta completamente en la manta- . Si esto es el verano, ¿cómo será el invierno en Escocia?

- Bronwyn cree que en Inglaterra hace calor. En invierno se arropa con una de esas mantas y duerme en la nieve.

- ¡No! - suspiró Elizabeth- . ¿Realmente es tan salvaje?

Sonriendo, Miles miró a su hijo y vio que los ojos se le cerraban de sueño.

- Ven, acuéstate a mi lado - le dijo Elizabeth, y el niño fue hacia ella.

Miles desplegó su capa, e hizo que Elizabeth y Kit se acostaran sobre ella, para cubrirlos después con la manta escocesa. Después de echar más leña al fuego, levantó la manta y se deslizó junto a Kit.

- Vos no podéis... - comenzó ella, pero se detuvo. El no tenía otro sitio donde dormir. Entre ellos, el cuerpecito de Kit que dormía los mantenía abrigados.

Elizabeth era agudamente consciente de la proximidad de Miles, pero en lugar de sentirse asustada, su presencia la reconfortaba. Con la cabeza apoyada en uno de sus brazos, ella observaba el fuego.

- ¿Cómo era la madre de Kit? - preguntó suavemente- . ¿Se enamoró de vos la primera vez que os vio vestido con vuestra armadura?

Miles lanzó una fuerte carcajada.

- Margaret Sidney levantó su hermosa naricita y se negó a hablarme. Hice todo lo que pude para tratar de impresionarla. Una vez, cuando ella se acercó al campo de entrenamiento para llevarle agua a su padre, me di la vuelta para mirarla, perdí uno de los estribos y Raine me golpeó de lado con su lanza. Todavía tengo la cicatriz.

- Pero yo creí...

- Vos habéis creído que le vendí el alma al diablo y que puedo tener todas las mujeres que deseo.

- He oído esa historia - dijo ella monótonamente, sin mirarlo.

El le tomó la mano que le quedaba libre y le besó los dedos..

- El diablo no me ha hecho ninguna oferta por mi alma, pero si lo hiciera, lo pensaría.

- ¡Blasfemo! - respondió ella, y retiró la mano. Se quedó tranquila por un momento- . Pero finalmente vuestra Margaret Sidney cambió de parecer.

- Ella tenía dieciséis años, era muy hermosa y estaba completamente enamorada de Gavin. No quería saber nada de un jovencito como yo.

- ¿Y qué la hizo cambiar de idea? - El sonrió, satisfecho.

- Supe ser persistente. Elizabeth se puso rígida.

- Y cuando finalmente la conseguisteis, ¿cómo lo celebrasteis?

- Le pedí que se casara conmigo - Miles respondió prontamente.- Os he dicho que la amaba.

- Vos dais vuestro amor muy a la ligera. ¿Por qué no os casasteis con Bridget, o con esa prima que acaba de daros una hija?

El tardó en responder.

- He amado a una sola mujer; le he hecho el amor a muchas. Sólo le he pedido que se casara conmigo a la madre de Kit, y cuando se lo pida a alguna más, será porque estoy enamorado de ella.

- Pobrecita - suspiró Elizabeth- . Va a tener que soportar que le presenten dos o tres bastardos por año.

- A vos no parece molestaros demasiado mi hijo, y en la posada cargasteis en brazos esa niñita pensando que era mi hija.

- Pero, afortunadamente, yo no estoy casada con vos.

La voz de Miles se hizo más baja.

- Si fuerais mi esposa, ¿os importaría recibir hijos míos de vez en cuando?

- No tendría nada que decir de los cuatro hijos de vuestras pasadas transgresiones, pero si yo me casara, cosa que no tengo intención de hacer, y mi esposo me humillara embarazando a todas las siervas de Inglaterra, creo que arreglaría su muerte.

- Me parece bastante justo - respondió Miles, con tono divertido. Se puso de costado, pasó su brazo sobre Kit y los hombros de Elizabeth, y atrajo a ambos hacia sí- . Buenas noches, ángel mío - susurró, y se quedó dormido.

6

Miles se despertó con el pie de Kit en sus costillas, mientras el niño trataba trabajosamente de subirse sobre su padre.

- Quédate muy quieto, papá - susurró Kit cerca del oído de su padre- . Vas a despertar a Elizabeth. - Pasó por encima del padre y corrió hacia el bosque.

Miles miró a su hijo, frotándose las costillas.

- ¿Sobrevivirá? - le preguntó Elizabeth jocosamente, yaciendo junto a él.

El se dio la vuelta y sus ojos se encontraron. El cabello de Elizabeth estaba desparramado sobre la capa, y sus rasgos se veían suavizados por el sueño. El no había caído en la cuenta del estricto control que ella ejercía sobre sí misma.

Cautelosamente, sonriendo apenas, él pasó su mano del hombro de ella a su mejilla, la acarició suavemente y recorrió el contorno de su mandíbula.

Contuvo el aliento cuando ella no hizo ademán de escapar. Era como si fuera un animal salvaje que debía domesticar, cuidando cada movimiento para no espantarla.

Elizabeth miró a Miles y sintió su mano sobre el rostro con una sensación extraña. Los ojos de él parecían líquidos, sus labios, llenos y suaves. Ella nunca había permitido que un hombre la tocara y nunca se había preguntado cómo sería ser acariciada por uno de ellos- Y allí estaba, acostada, junto a Miles Montgomery, preguntándose qué pasaría si lo tocaba. El tenía la barba crecida, lo que acentuaba la firmeza de sus rasgos. Un mechón de pelo oscuro caía sobre su oreja.

Como si le leyera los pensamientos, Miles tomó una de sus manos y la posó sobre su mejilla. Ella no la retiró, sintiendo que su corazón latía con violencia.

Sentía que estaba haciendo algo prohibido. Después de un largo momento, le tocó los cabellos. Eran suaves y limpios, y se preguntó qué aroma tendrían.

Volvió a mirar a Miles y supo que él iba a besarla. Aléjate, pensó, pero no se movió.

Lentamente, diciéndole con los ojos que no estaba obligada a nada, él se le acercó más, y cuando sus labios se encontraron ella mantuvo los ojos abiertos.

Qué sensación tan agradable, se dijo.

El no hizo más que tocarle los labios con los suyos y dejarlos ahí sin forzarla a abrir la boca, sin agarrarla y echarle su peso encima como habían hecho otros hombres; sólo dejó que ocurriera ese beso ligero y placentero.

El fue el primero en retirarse, y su mirada era tan cálida que ella comenzó a ponerse rígida. Ahora vendrá el ataque, pensó.

- Ch... - la tranquilizó él, la mano sobre su mejilla- . Nadie os hará daño nunca más, Elizabeth.

- ¡Papá! - aulló Kit, y el encanto quedó roto.

- Seguramente esta vez ha encontrado un unicornio - dijo Miles entre dientes, levantándose con desgana. Su broma se vio recompensada por una muy leve sonrisa de Elizabeth.

Cuando a su vez se puso de pie, Elizabeth sintió una fuerte punzada en un hombro. No estaba acostumbrada a dormir en el suelo.

Como si fuera la cosa más natural del mundo, Miles comenzó a masajearle los hombros.

Librodot

- ¿Qué has encontrado esta vez, Kit? - preguntó al niño.

- Un sendero - volvió a gritar- , ¿Puedo seguirlo?

- No hasta que todos lleguemos allí. ¿Mejor? - le preguntó a Elizabeth, y cuando ella asintió, él le besó el cuello, para comenzar rápidamente a reunir sus pocas pertenencias.

- ¿Siempre sois tan libre con las mujeres? - preguntó ella, con curiosidad- Cuando visitáis la casa de alguien, ¿besáis tan tranquilamente a todas las mujeres?

Miles continuó enterrando las cenizas de la fogata de la noche anterior.

- Puedo ser civilizado, os lo aseguro, y por lo general me limito a besar las manos de las damas... al menos en público. - Se volvió para mirarla, sonriendo, con los ojos brillantes.- Pero con vos, mi encantadora Elizabeth, desde nuestro primer, eh... encuentro, nada ha sucedido según mi costumbre. No puedo evitar pensar que habéis sido un regalo, un regalo muy precioso, algo que debo conservar a cualquier precio.

Antes de que ella pudiera contestar - y verdaderamente se encontraba demasiado atónita como para responder- él la tomó de la mano y comenzó a caminar hasta donde Kit los esperaba, impaciente.

- Veamos a donde nos conduce este sendero. Miles no la soltó, mientras Kit los guiaba hacia un sendero angosto y largo tiempo en desuso.

- ¿Qué pensáis de mi hijo?

Elizabeth sonrió mientras el niño pateaba un montón de setas. Este los miró y continuó corriendo delante de ellos.

- Es muy independiente, inteligente y bastante adulto para la edad que tiene. Debéis de sentiros muy orgulloso de él.

Miles sacó pecho ostensiblemente.

- Tengo dos más en casa. Philip Stephen tiene un aire tan exótico como su madre, y un temperamento que espanta a su niñera, y no tiene más que un año,

- ¿Y vuestro otro hijo? ¿El hijo de Bridget?

- James Raine es todo lo opuesto a Philip, y ambos están constantemente juntos. Tengo el presentimiento de que siempre será así. James le da sus juguetes a Philip cuando éste se los pide. - Rió.- Lo único que James no comparte con nadie es su niñera. Grita como loco si alguien la toca, incluso yo.

- Debe de gritar todo el tiempo - contestó ella sarcásticamente.

- James habla muy poco - dijo Miles, riendo. Se acercó más a ella- .

Rila lo alejó de sí jugando.

- ¡Papá! - chilló Kit, corriendo hacia ellos- . Ven a ver esto. Es parte de una casa, pero está quemada.

Doblando la curva, se observaba lo que quedaba de una cabaña de campesinos quemada; parte del techo se había derrumbado y sólo quedaba un ángulo en pie.

- No, Kit - dijo Miles cuando su hijo hizo ademán de entrar en la ruina. Algunas pesadas vigas, muy quemadas, colgaban de la única pared en pie hasta el piso- . Déjame entrar a mí primero.

Elizabeth y Kit se quedaron juntos mientras Miles probaba una viga tras otra, echándose sobre ellas con todo su peso. Cayó un poco de polvo, pero las vigas se sostuvieron.

- Parece bastante resistente - dijo Miles, mientras Kit se lanzaba al interior de la estructura y comenzaba a revisar todos los huecos.

Miles tomó a Elizabeth del brazo.

- Vayamos hacia arriba de la colina, porque si no me equivoco, creo que ésos son manzanos.

En la parte superior de la colina había una pequeña huerta, pero casi todos los árboles estaban muertos, aunque de algunas ramas colgaban cerca de una docena de manzanas raquíticas, no del todo maduras. Cuando Elizabeth trató de tomar una. Miles la atrapó por la cintura y la alzó. Ella pudo llegar a la manzana y él la bajó lentamente, sus cuerpos pegados. Cuando puso los labios sobre los de ella, se oyó la llamada de Kit.

- Mira lo que he encontrado, papá. - Elizabeth giró para sonreírle al niño.

- ¿De qué se trata?

Con un suspiro intenso. Miles soltó a Elizabeth.

- ¡Es un columpio! - aulló el pequeño.

- Exactamente - asintió Miles, sosteniendo la mano de Elizabeth. Agarró las cuerdas del columpio y les dio un violento tirón- . Déjame ver hasta dónde puedes llegar - le dijo a su hijo.

Elizabeth y Miles dieron un paso atrás cuando Kit se subió al columpio y comenzó a propulsarse salvajemente, hasta que con los pies tocó la rama de un árbol.

- Se va a lastimar - dijo Elizabeth, pero Miles la tomó del brazo.

- Ahora muéstrale a Elizabeth lo que sabes hacer.

Ella dio un respingo cuando Kit, columpiándose todavía muy alto, levantó las piernas y se puso de pie en el columpio.

- ¡Ahora! - ordenó Miles, con los brazos muy abiertos.

Para estupor de Elizabeth, Kit salió volando por el aire y su pequeño cuerpo aterrizó en los brazos de Miles. Cuando Kit gritó encantado, Elizabeth sintió que se le aflojaban las rodillas.

Miles puso al niño en el suelo y la tomó del brazo.

- Elizabeth, ¿qué sucede? Sólo era un juego. Cuando yo tenía la edad de Kit, solía arrojarme en brazos de mi padre como ha hecho Kit ahora.

- Pero si hubierais estado en el sitio equivocado... - comenzó ella.

- ¡En el sitio equivocado! - El estaba muy sorprendido.- ¿Y dejar que Kit cayera? - La estrechó en sus brazos, tranquilizándola.- ¿Nadie jugaba con vos de niña? - preguntó suavemente.

- Mis padres murieron al poco tiempo de nacer yo. Edmund era mi guardián.

Ese simple comentario le dijo mucho a Miles. La alejó un poco de sí para mirarla mejor.

- Ahora vamos a poner remedio a vuestra falta de una niñez como es debido. Subios al columpio y yo os daré impulso.

A ella le agradó la oportunidad de borrar los recuerdos de Edmund y rápidamente se dirigió al columpio.

- Yo lo haré, papá - dijo Kit, tratando de empujar el asiento del columpio, sin lograrlo- . Es muy pesada - susurró el niño en voz alta.

- Pero no para mí. - Miles rió, besó en la oreja a Elizabeth y sujetó las cuerdas.- Levantad las piernas, Elizabeth - le dijo, mientras comenzaba a impulsarla.

- No puedo ahora, pero lo haré - gritó ella sobre su hombro.

Miles la soltó y ella salió volando. Cada vez que el columpio volvía hacia

él, en lugar de impulsarla por el asiento del columpio le empujaba el trasero, pero todo lo que hacía Elizabeth era reír. La falda se le subió hasta las rodillas, ella se sacudió los zapatos y estiró las piernas.

- ¡Salta, Elizabeth! - le ordenó Kit.

- Soy muy pesada, ¿recuerdas? - se burló ella, riendo.

Miles estaba a su lado. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más hermosa le parecía. Tenía la cabeza echada hacia atrás y sonreía como nunca antes.

- Mi papá puede atraparte - insistía Kit.

- Sí, tu papá está sumamente interesado en atrapar a lady Elizabeth. - Miles rió entre dientes, poniéndose frente a ella. Vio una sombra de duda en su rostro.- Confía en mí, Elizabeth. - El sonreía, pero al mismo tiempo se mostraba mortalmente serio.- No me voy a hacer a un lado; os atraparé no importa la fuerza con que caigáis.

Elizabeth no hizo el truco de Kit de ponerse de pie en el columpio, pero sí se soltó de las cuerdas y salió volando hacia los brazos de Miles. Cuando golpeó contra él, se le vaciaron los pulmones de aire.

Miles la agarró con firmeza, y entonces, con mirada horrorizada, dijo:

- Elizabeth, de veras sois muy, muy pesada.

La caída de Miles fue la mentira más ostentosa que ella había visto nunca, y mientras él se dejaba caer entre gruñidos estentóreos, ella trataba de ocultar su contento, bien sujeta a él. Miles seguía gimiendo miserablemente entre gritos de "Oh", "Ah", y comenzó a rodar cuesta abajo con ella en brazos. La rodada también era fingida. Cuando Miles se encontraba debajo de ella, apretaba a Elizabeth pasándole las manos por el cuerpo; pero cuando ella quedaba debajo, él la mantenía alejada del suelo, de manera que ni la más pequeña piedrecita la rozó.

La sonrisa a medias de Elizabeth se transformó en carcajada, por lo que no tenía fuerzas suficientes para sacárselo de encima. Cuando ella estaba arriba, no le daba tiempo para intentar nada, y cuando estaba abajo, era ella la que se aferraba a él con todas sus fuerzas.

Al pie de la colina se detuvieron, él quedó tendido con los brazos abiertos y los ojos cerrados.

- Estoy destrozado, Elizabeth - dijo con tono herido.

Kit, que no quería perderse la diversión, bajaba a toda velocidad por la cuesta y se abalanzó precisamente sobre el estómago de su padre, pillándolo desprevenido.

Esta vez el quejido de Miles fue legítimo, y Elizabeth rompió a reír nuevamente. Haciendo muchas muecas, Miles se quitó al niño de encima y se volvió hacia Elizabeth.

- ¿Disfrutáis viéndome sufrir, no es cierto? - su tono de voz era serio pero los ojos le brillaban picaramente- . Ven, Kit, vamos a mostrarle a lady Elizabeth que no puede reírse de dos caballeros del reino.

Con los ojos muy abiertos Elizabeth se puso de pie y dio un paso atrás, pero Kit y Miles fueron más rápidos. Miles la atrapó por los hombros, mientras que Kit le lanzaba todo el peso de su cuerpo contra las piernas. Elizabeth tropezó con su falda. Miles tropezó con Kit y el niño, por su parte, siguió empujando.

Los tres juntos cayeron riendo a carcajadas y Miles comenzó a hacer cosquillas a Elizabeth, mientras su hijo lo imitaba.

- ¿Suficiente? - preguntó Miles, muy cerca del rostro de Elizabeth, que

estaba bañado en lágrimas- , ¿Estáis lista para admitir que somos los mejores caballeros?

- Yo... jamás dije que no lo fueran - jadeó ella. Miles comenzó nuevamente a hacerle cosquillas.

- Decidnos lo que somos.

- Los más valientes, los más apuestos caballeros de toda Inglaterra, y de todo el mundo.

Las manos de él se quedaron quietas alrededor de su cintura, los pulgares apretados debajo de los senos de ella.

- ¿Y cuál es mi nombre? - susurró él, completamente serio.

- Miles - murmuró ella a su vez, con los ojos fijos en él- . Miles Montgomery. - Ella tenía las manos sobre los hombros de él y las bajó suavemente a su cuello.

Miles se inclinó y la besó, dulcemente, y por primera vez hubo una chispa de algo entre ellos. Kit saltó sobre la espalda de su padre y los rostros de ambos se separaron.

- Vamos a columpiarnos otra vez, papá.

- Y pensar que yo amaba a mi hijo - susurró Miles al oído de Elizabeth mientras se ponía de pie, con el niño pegado a sus espaldas.

Ninguno de ellos había notado que el cielo se había oscurecido en los últimos minutos, y todos quedaron muy sorprendidos cuando las primeras gotas frías cayeron sobre ellos. Las compuertas del cielo se abrieron y casi los ahogaron.

- A la cabaña - dijo Miles, levantando a Elizabeth mientras le pasaba el brazo por los hombros. Los tres juntos corrieron a buscar refugio.

- ¿Te has mojado? - le preguntó, mientras bajaba a Kit de la espalda.

- No, no mucho. - Ella le sonrió brevemente y se volvió hacia Kit.

Miles puso la mano con naturalidad sobre el hombro de Elizabeth.

- ¿Por qué no preparan un fuego los dos mientras busco alguna cosa para comer?

Kit asintió entusiasmado, mientras Elizabeth miraba dubitativamente la lluvia torrencial que caía.

- Tal vez deberíais esperar a que amaine un poco el aguacero.

Miles la miró, encantado.

- No me va a ocurrir nada. Y ahora, quédense aquí los dos; no estaré muy lejos.

- Diciendo esto, se escabulló entre las vigas y desapareció.

Elizabeth se acomodó en un rincón del refugio y lo miró alejarse. Estaba segura de que Miles Montgomery no tenía idea de que éste había sido un día completamente fuera de lo común para ella. Había pasado una mañana entera con un hombre y ni siquiera una vez había habido violencia. ¡Y qué manera de reír! A ella siempre le había gustado reír, pero sus hermanos eran muy solemnes... todo aquel que vivía en la misma casa que Edmund Chatworth pronto se volvía solemne también. Pero esa mañana había podido reírse con un hombre y él no había intentado arrancarle las ropas. Antes, siempre, si ella llegaba a sonreírle a un hombre, éste trataba de atraparla, de hacerle daño.

No es que Elizabeth fuera tan hermosa que despertara la lujuria de todos los hombres. Sabía que era bonita, sí, pero si sus informes no eran erróneos, nada tenía que hacer frente a la heredera Revedoune. El que siempre la había puesto en el papel de víctima de las agresiones de los

hombres era su hermano Edmund. Su distorsionado sentido del humor lo había llevado a hacer apuestas con sus invitados sobre cuál de ellos podría llevarse a Elizabeth a la cama. Edmund se sentía profundamente disgustado porque ella no le tuviera terror. Cuando era una niña solía llevarla a casa después de buscarla en el convento donde pasaba casi todo el año, y la golpeaba con frecuencia, haciéndola rodar escaleras abajo. Pero de alguna manera Elizabeth había logrado no salir seriamente lastimada.

Cuando llegó a los doce años aprendió a defenderse mejor. Conseguía mantener a su hermano a raya con una antorcha encendida. Después de algunos episodios de este tipo, Edmund y sus juego se pusieron más peligrosos, y Elizabeth tuvo que desarrollar mayores habilidades para quitarse de encima a sus perseguidores. Aprendió cómo hacer daño a los hombres qué la atacaban. Logró convencer a su hermano Roger de que le enseñara a usar el hacha, la espada, la daga. Aprendió a defenderse con una lengua muy afilada.

Después de algunas semanas con Edmund y los hombres de que éste se rodeaba, ella solía escaparse nuevamente al convento, casi siempre con la ayuda de Roger, y allí se tomaba un tiempo de descanso... hasta que Edmund volvía por ella nuevamente.

- Ya tengo el fuego encendido, lady Elizabeth - dijo Kit detrás de ella.

Elizabeth le sonrió con dulzura. Siempre había amado a los niños. Ellos eran exactamente lo que parecían ser, nunca trataban de aprovecharse de ella, siempre daban con entera libertad.

- Tú has hecho todo el trabajo, mientras yo no hacía más que mirarte. - Fue hacia él.- Tal vez quieras que te cuente un cuento mientras esperamos a tu padre. Se sentó, apoyada contra la pared, los pies cerca del fuego y su brazo sobre los hombros de Kit. Echó encima de ambos la capa de Miles y comenzó a relatarle al niño la historia de Moisés y el pueblo de Israel. Antes de llegar a la parte en que el mar Rojo se abría para permitirles pasar, Kit se había dormido, acurrucado contra ella.

La lluvia golpeaba sobre el sector de techo que tenían sobre sus cabezas, en el que se veían tres goteras. Mientras ella miraba el fuego, Miles apareció entre los vapores de la humedad, le sonrió y se acercó a alimentar el fuego. Permaneció silencioso mientras desollaba y preparaba un cerdo pequeño, cortando la carne en piezas y sujetándolas con ramas para que se asaran.

Mientras ella lo observaba, no podía evitar pensar en lo extraño que era él. ¿O es que todos los hombres eran como él? Roger había dicho siempre que Elizabeth sólo veía lo peor del género humano, y por la forma en que algunas damas jóvenes del convento alardeaban acerca de sus amantes, Elizabeth había pensado más de una vez que tal vez hubiera hombres distintos de ésos que había conocido ella.

Miles se arrodilló junto al fuego, mientras sus manos trabajaban ágilmente con los trozos de carne. Cerca de él estaba su arco, y las flechas le colgaban de la espalda, mientras que la espada nunca se movía de su lado. Incluso cuando rodaban cuesta abajo, la espada había permanecido bien sujeta a su cintura.

¿Qué clase de hombre era aquél, que podía jugar y reírse con una mujer sin dejar de estar preparado para el peligro?

- ¿En qué pensáis? - le preguntó Miles tranquilamente, mirándola con

intensidad.

Ella pareció despertar.

- En que estáis tan mojado que en cualquier momento vais a ahogar el fuego. El permaneció de pie.

- Este es un país muy frío, ¿no es cierto? - Comenzó a quitarse las ropas mojadas, colocando cada prenda extendida cerca del fuego.

Elizabeth lo observaba con un interés distante. Los hombres desnudos no eran ninguna novedad para ella, y más de una vez sus hermanos se habían entrenado no usando otra cosa que sus pequeños calzones. Pero dudaba que alguna vez hubiera observado realmente a alguno de estos hombres.

Miles era esbelto pero musculoso, y cuando se volvió hacia ella, sin otra cosa que su taparrabos, vio que tenía un triángulo de vello oscuro en el pecho.

Tenía muslos fuertes por el entrenamiento con armadura, y sus pantorrillas estaban bien desarrolladas.

- Elizabeth - susurró Miles- . Vais a hacer que me sonroje.

Fue Elizabeth quien se sonrojó, y no pudo mirarlo de frente cuando el rió entre dientes.

- Papá - dijo Kit, levantándose- . Tengo hambre. Sin demasiado entusiasmo, Elizabeth dejó ir al niño. Tanto como amaba a los niños, no había estado mucho en contacto con ellos durante su vida. No había nada como tener en brazos un niño que la necesitara, que confiara en ella, que la tocara.

- Tenemos cerdo y algunas manzanas - le dijo Miles a su hijo.

- ¿Tienes frío, papá? - preguntó Kit.

Miles no miró a Elizabeth.

- Tengo la cálida mirada de una dama que me da calor. Venid a comer con nosotros, lady Elizabeth.

Todavía con las mejillas sonrojadas, Elizabeth se acercó a los hombres y en pocos momentos pudo superar su turbación. Ante la insistencia de Kit, Miles comenzó a contar historias de él y sus hermanos cuando eran niños. En todas ellas, él era el héroe que salvaba a sus hermanos, que les enseñaba cosas. Los ojos de Kit brillaban como estrellas.

- Y cuando vos prestasteis juramento - apostilló Elizabeth inocentemente- , ¿no tuvisteis que prometer que jamás mentiríais?

Los ojos de Miles relampaguearon.

- No creo que eso tenga nada que ver con impresionar al hijo de uno o a la... - Pareció buscar la palabra adecuada.

- ¿Cautiva? - le sugirió ella.

- Ah, Elizabeth - contestó él lánguidamente. - ¿Qué pensaría una dama de un caballero cuyos hermanos mayores trataban permanentemente de arruinarle la existencia?

- ¿Lo hacían?

Ella pareció tan interesada en su pregunta que él se dio cuenta de que ella había tomado sus palabras en sentido literal.

- No, en realidad no - le aseguró- . Nos quedamos solos siendo muy pequeños y supongo que algunas de nuestras travesuras eran un poco peligrosas, pero logramos sobrevivir.

- Con toda felicidad - dijo ella duramente.

- ¿Y cómo era vivir con Edmund Chatworth? - preguntó él con aire despreocupado. Elizabeth encogió las piernas.

- A él también le gustaban las... travesuras - fue todo lo que dijo.

- ¿Estás satisfecho, Kit? - preguntó Miles, y cuando se volvió para servirse otro trozo de cerdo, ella vio la larga incisión en la parte interior de su muñeca. Se había abierto nuevamente y estaba sangrando.

Miles parecía no perder ni una sola de las miradas de ella.

- Me he golpeado con la cuerda del arco. Podéis curarme, si queréis - dijo, con tanta ansiedad, con tanta esperanza, que la hizo reír.

Se levantó la falda, arrancó una larga tira de tela de su ropa interior y la mojó con agua de lluvia. Miles estaba sentado frente a ella con las piernas cruzadas y el brazo extendido, mientras Elizabeth enjuagaba la sangre.

- Jamás sabréis cuánto me gusta veros sonreír - dijo él- , Kit, no te subas a esas vigas. Toma el trapo de dentro del carcaj y limpia mi espada. Y ten cuidado de no dañar el filo. - Miró nuevamente a Elizabeth.- Es un honor que me sonriáis.

No estoy seguro, pero no me parece que hayáis sonreído a muchos hombres.

- A muy pocos - fue todo lo que ella contestó.

El le levantó la mano, tomándola por la muñeca, y le besó la palma.

- Estoy empezando a pensar que sois tan angelical como parecéis. Kit os adora.

- Tengo la sensación de que Kit jamás ha estado con una desconocida. Creo que él adora a todo el mundo.

- No lo creo. - Le besó la mano nuevamente.

- ¡Ya basta! - Se alejó de él- . Os tomáis demasiadas libertades con vuestros besos.

- Estoy portándome muy bien limitándome a besaros. Lo que me gustaría sería haceros el amor, ¡Kit! - le gritó a su hijo, quien en ese momento balanceaba la espada sobre su cabeza- . Te arrancaré el pellejo si se te ocurre golpear la espada contra algo.

A pesar de sí misma Elizabeth rió, mientras le devolvía a Miles su brazo perfectamente vendado.

- Creo que deberíais dejar a vuestro hijo en casa cuando pretendáis cortejar a alguien.

- Oh, no. Sonrió.- Kit ha logrado más de lo que yo mismo hubiera podido en meses.

Con esta críptica afirmación, se levantó para arrancar de las imprudentes manos del niño su querida espada.

7

Esa noche, los tres durmieron juntos nuevamente, Kit cómodamente instalado en medio de los dos. Elizabeth permaneció despierta mucho tiempo oyendo las respiraciones de Miles y Kit. Los últimos dos días habían sido muy extraños, muy distintos de cualquier cosa que ella hubiera experimentado antes. Era como un rayo de sol después de años de lluvias.

Cuando se despertó, estaba sola sobre la capa, muy bien envuelta en la manta escocesa. Sonrió, todavía somnolienta, y se encogió más entre las cubiertas, deseando por un momento poder quedarse mucho tiempo más en ese lugar, deseando que todos los días de su vida pudieran estar tan llenos de risas.

Se acostó de espaldas, se desperezó y echó una mirada por el pequeño refugio, para darse cuenta de que no había nadie allí. Sus sentidos se habían obnubilado un tanto en estos últimos días. Por lo general, ella dormía con un ojo abierto y los oídos atentos, pero de alguna manera, Miles y Kit habían logrado salir sin molestarla. Prestó atención a algún sonido que pudiera delatar la presencia de ellos y sonrió cuando escuchó suaves pisadas no muy lejos de la cabaña.

Cautelosamente, en silencio, dejó el refugio y se internó en el bosque. Una vez la espesura, bien oculta, escuchó los sonidos inconfundibles de Kit y Miles a su izquierda. Pero entonces, ¿quién merodeaba por la maleza un poco más adelante de donde ella se encontraba?

Usando todos sus años de experiencia escapando de los amigos de su hermano, se deslizó por el bosque sin ningún esfuerzo. Pasaron algunos minutos antes de que viera quién era el que trataba con tanto esfuerzo de acercarse a ellos.

Arrastrándose sobre su estómago, por momentos dejando su muy largo cuerpo inmóvil, .estaba sir Guy, que movía la cabeza de un lado a otro para localizar el lugar donde Kit y Miles se encontraban.

Sin otro sonido que el de su respiración, Elizabeth se arrastró hasta ponerse junto a sir Guy. Se detuvo, se puso de pie y recogió una pequeña piedra, que apretó cerrando el puño. Roger le había enseñado que aun cuando su puño fuera pequeño, podía transformarse en un arma peligrosa si sujetaba algún objeto pesado. Con la roca en una de sus manos, se inclinó y le quitó a sir Guy la daga que llevaba en la cintura.

El gigante se puso de pie instantáneamente, con un solo movimiento.

- ¡Lady Elizabeth! - jadeó.

Elizabeth dio un paso atrás para poner alguna distancia entre ella y el hombre.

- ¿Por qué nos seguís? ¿Habéis traicionado a vuestro amo y ahora venís a acabar con él?

La cicatriz del rostro de sir Guy se puso lívida, pero el hombre no respondió. En vez de ello, volvió la cabeza en dirección a Miles y emitió un prolongado silbido.

Elizabeth sabía que Miles respondería a la llamada, que era una señal entre ellos. Si sir Guy podía llamar libremente a su amo, entonces Miles debía de conocer la razón por la cual el gigante actuaba como lo hacía.

Casi de inmediato apareció Miles, solo, con la espada en la mano.

- La dama desea saber si estoy aquí para matarte - dijo sir Guy solemnemente.

Miles miró a uno y otro.

- ¿Cómo ha hecho para encontrarte? - Los ojos de sir Guy no se apartaban del rostro de Elizabeth. Parecía molesto y al mismo tiempo la miraba con admiración.

- No la he oído aproximarse - Los ojos de Miles centellearon.

- Devolvedle la daga, Elizabeth. No hay ninguna duda acerca de la lealtad de Guy.

Elizabeth no cambió de posición. Todavía mantenía apretada la piedra en su mano, y ésta, escondida entre los pliegues de su falda, y al mismo tiempo observaba el pie finamente calzado de sir Guy, apoyado sobre una roca plana.

Los pies eran puntos vulnerables, incluso para los hombres más fuertes.

- ¿Dónde están vuestros hombres? - le preguntó ella a Miles, sin dejar de mirar a sir Guy.

- Veréis... Elizabeth - comenzó él- . Yo pensé que tal vez...

Por los ligeros cambios de expresión en el rostro de sir Guy, Elizabeth supo que todo lo que había ocurrido lo había ideado Miles Montgomery.

- ¡Hablad! - ordenó.

- Estamos en la comarca de los MacArran y yo sabía que estaríamos a salvo, de manera que decidí hacer el camino a pie, con vos y Kit. En ningún momento hemos estado en peligro.

Se volvió hacia él, pero no perdió de vista a sir Guy.

- Esto ha sido todo un truco - dijo sin emoción- . Vos mentisteis cuando dijisteis que vuestros hombres habían desaparecido. Mentisteis cuando dijisteis que estábamos en peligro. Habéis hecho todo esto para estar a solas conmigo.

- Elizabeth - trató de tranquilizarla. Estamos rodeados de gente. Pensé que tal vez si estábamos solos un tiempo podríais llegar a conocerme mejor. Y Kit...

- ¡No profanéis el nombre de ese niño! El no tiene nada que ver en este horrible complot de vuestras mercedes.

- No ha sido un complot - dijo él, con ojos suplicantes.

- ¿Y qué me decís del peligro? Vos habéis arriesgado mi vida y la de vuestro hijo. Estos bosques están llenos de hombres malvados. - Miles sonrió comprensivamente.

- Cierto, pero esos hombres malvados resudan ser mis parientes políticos. Estoy seguro de que incluso en estos momentos estamos rodeados de MacArrans.

- No he podido detectar a nadie, con la excepción de este inmenso jabalí.

Sir Guy, a su lado, se puso rígido.

- No hay ningún daño que lamentar. - Miles le sonrió.- Dadme la daga, Elizabeth.

- No hay daños salvo las mentiras que se le han dicho a una mujer - le replicó ella.

Instantes después, todo pareció ocurrir de repente. Ella se lanzó contra Miles con la daga. Sir Guy la golpeó en la mano y consiguió que Elizabeth la soltara, y mientras el pequeño cuchillo caía, ella le dio un terrible taconazo en el pie izquierdo a sir Guy. Miles, mientras se volvía para mirar atónito a sir Guy, que rugía de dolor, no vio el puño de Elizabeth, quien aún escondía

la piedra, cuando se estrelló contra su estómago. Con grandes demostraciones de dolor. Miles se dobló en dos.

Elizabeth dio un paso atrás, mirando cómo sir Guy se sentaba y trataba de quitarse la bota, su cara una mueca de dolor. Miles parecía a punto de vomitar la cena en cualquier momento.

- Bien hecho - le llegó una voz a sus espaldas. Ella giró rápidamente y se topó con el rostro magnífico de una hermosa mujer, de cabellos negros y ojos azules, y tan alta como Elizabeth, lo cual era extraño. Un gran perro la acompañaba.

- Esto debería enseñarte. Miles - continuó- , que no a todas la mujeres les gusta ser utilizadas para los caprichos de los hombres.

Los ojos de Elizabeth se agrandaron al ver que varios hombres comenzaban a descolgarse de los árboles y que desde la dirección donde se encontraba la cabaña se aproximaba un hombre mayor con Kit de la mano.

- Lady Elizabeth Chatworth - dijo la mujer- , yo soy Bronwyn MacArran, del clan de los MacArran, y cuñada de este joven intrigante.

Miles comenzaba a recuperarse.

- Bronwyn, qué bueno verte otra vez.

- Tam - dijo Bronwyn al hombre mayor- . Revisa el pie de sir Guy. ¿Se lo habéis roto?

- Probablemente - contestó Elizabeth- . Todas las veces que lo he hecho antes he descubierto que lograba romper fácilmente los dedos más pequeños del pie.

Bronwyn le dirigió una mirada casi de admiración.

- Estos son mis hombres: Douglas - a medida que los iba nombrando, ellos daban un paso al frente e inclinaban la cabeza ante lady Elizabeth- , Alex, Jari y Francis.

Elizabeth midió con la mirada a cada uno de los hombres. No le gustaba verse rodeada por ellos, y cambió de posición para no tener más a sir Guy a sus espaldas. En la situación en que estaba, se sentía como si estuviera encerrada en una pequeña celda de piedra.

Miles, frotándose el estómago, notó el movimiento y se acercó a Elizabeth, y cuando Tam dio un paso adelante. Miles le puso la mano sobre el brazo, en un gesto de advertencia. Un tanto confundido, Tam soltó a Kit y se alejó unos pasos de Elizabeth, notando que los ojos de ella se mantenían atentó, vigilantes.

- ¿Y dónde está mi inútil hermano? - le preguntó Miles a Bronwyn, quien miraba tranquilamente la escena que se desarrollaba frente a ella.

- Está patrullando la frontera norte, pero espero que se reúna con nosotros antes de que lleguemos a Larenston.

Miles tomó a Elizabeth del brazo y se lo apretó cuando ella trató de zafarse.

- Bronwyn tiene una criatura - dijo en voz alta. Y luego, en un susurro, agregó- : Estáis a salvo. Manteneos cerca de mí.

Elizabeth lo miró queriéndole decir que no se consideraba más segura por estar con él, pero no se movió de su lado. Los hombres de Bronwyn estaban curiosamente vestidos, con las rodillas al aire, los cabellos por los hombros y espadas muy anchas sujetas a la cintura.

Bronwyn sentía que había algo más en todo esto, aparte del truco infantil que Miles le había jugado a Elizabeth, pero no tenía idea de cómo eran las cosas en realidad. Tal vez cuando regresaran a Larenston podría

Librodot

averiguar qué era toda esa tensión que se sentía en el ambiente.

- ¿Nos vamos?

Elizabeth permaneció en su sitio, sin moverse hasta que los hombres de Bronwyn estuvieron frente a ella. Tuvieron que caminar un trecho hasta donde habían dejado ocultos los caballos, y los hombres formaban un grupo silencioso. Sir Guy les seguía el paso con dificultad, apoyado en una gruesa rama.

- Yo quiero cabalgar detrás de los hombres - dijo Elizabeth, con el mentón muy erguido.

El comenzó a protestar pero se contuvo, murmuró algo a Bronwyn, y, a una seña de ella, los escoceses y sir Guy pasaron adelante, con Kit montado junto a Tam.

- Elizabeth - comenzó Miles desde un caballo a su lado- . Los hombres de Bronwyn no os van a hacer ningún daño. No hay razón. No hay razón para que los temáis.

Ella lo miró desafiante.

- ¿Debo creer en vuestra palabra? ¿La palabra de alguien que me ha mentido? ¿La palabra de alguien que pertenece a una familia que está en guerra con la mía?

Miles lanzó una resignada mirada hacia el cielo.

- Tal vez he hecho mal en engañaros de esta forma, pero si os hubiera pedido que pasáramos unos días juntos en el bosque divirtiéndonos con Kit, ¿qué hubierais respondido?

Ella miró hacia otro lado.

- Elizabeth, debéis admitir que os habéis divertido. En el bosque, por unas cuantas horas, no habéis tenido miedo de los hombres.

- Yo jamás tengo miedo de los hombres - replicó ella- . Simplemente he aprendido a ser cautelosa.

- Vuestra cautela domina toda vuestra vida - dijo él tozudamente- . Miradnos ahora mismo, tragando el polvo que ellos levantan porque si vos no los tenéis a la vista pensáis que os van a atacar.

- He aprendido... - comenzó ella.

- ¡Sólo habéis aprendido la parte mala de la vida! No todos los hombres son como Edmund Chatworth o Pagnell. Mientras estemos aquí, en Escocia, vais a aprender que existen hombres dignos de confianza. ¡No! - lo pensó mejor, clavándole la vista- . Vais a aprender que yo soy digno de confianza. - Con esto, espoleó a su caballo y se situó junto a sir Guy, dejándola sola.

Bronwyn se volvió para observar a Elizabeth e hizo girar a su caballo para cabalgar a su lado. Formaba una pareja sorprendente: Elizabeth, con sus delicados rasgos de rubia; Bronwyn, con los suyos bien marcados de morena.

- ¿Una pelea de amantes? - le preguntó Bronwyn, observando su rostro.

- No somos amantes - dijo Elizabeth fríamente. Al oír esto, Bronwyn levantó una ceja, pensando qué debía de ser la primera vez que Miles pasaba algún tiempo con una mujer sin llegar a poseerla.

- ¿Y cómo es que una Chatworth cabalga con un Montgomery? - inquirió en el mismo tono que Elizabeth había usado con ella.

Elizabeth le dirigió a Bronwyn una mirada áspera.

- Si tenéis pensado soltar veneno contra mi hermano Roger, pensadlo dos veces.

Bronwyn y Elizabeth se miraron fijamente durante unos instantes y

después - mientras varios mensajes no verbales fueron de una a otra- Bronwyn hizo un pequeño gesto con la cabeza y se alejó con su caballo, dejando sola a Elizabeth.

- ¿Ya habéis enfurecido a Bronwyn? - le preguntó Miles, acercándosele nuevamente.

- ¿Es que tengo que escuchar todo tipo de maldades contra mi propio hermano? Esa mujer le juró a Roger que se casarla con él y después no cumplió con su palabra. Como resultado de ello...

- Como resultado de ello Roger Chatworth atacó a mi hermano por la espalda - interrumpió Miles. Hizo una pausa y se acercó al caballo de ella, para tomarla de la mano- . Dadnos una oportunidad, Elizabeth - le dijo suavemente, con ojos implorantes- . Todo lo que pido es que nos deis a todos nosotros el tiempo necesario para demostraros que somos dignos de confianza- Antes de que Elizabeth pudiera responder, llegó a ellos el sonido de cascos de caballos. De inmediato todos los hombres desenvainaron sus espadas y, antes de que ella pudiera protestar, los escoceses de Bronwyn habían formado un círculo, encerrando en él a las dos mujeres. Miles acercó más su caballo hacia Elizabeth.

- Es ese idiota del marido mío - dijo Bronwyn, y su tono de alegría no tenía nada que ver con sus desagradables palabras.

Cinco hombres se detuvieron frente a ellos, y su líder era un hombre alto, de cabellos de un rubio oscuro y largos hasta los hombros, un hombre de muy buen aspecto, que obviamente se divertía con las palabras de enojo que le lanzaba su mujer.

- Te estás poniendo viejo, Tam - dijo el hombre rubio perezosamente, reclinándose en su montura.

Tam sólo emitió un gruñido y volvió a envainar su espada.

- Maldición, Stephen - masculló Bronwyn- . ¿Por qué tenías que bajar el acantilado de esa forma? ¿Y por qué no has mandado avisar que te acercabas?

Lentamente, él desmontó y le dio las riendas de su caballo a uno de los hombres que habían llegado con él, mientras se encaminaba hacia donde se encontraba su esposa. Distraídamente, le puso una mano en los tobillos y la empezó a acariciar hacia arriba.

Bronwyn le soltó una patada.

- ¡Suéltame ya! - le exigió- . Tengo cosas más importantes que hacer que jugar contigo.

Con la rapidez del rayo, Stephen la agarró por la cintura y la desmontó.

- ¿Te ha preocupado verme bajar el acantilado tan velozmente? - murmuró, apretándola contra sí.

- ¡Tam! - jadeó Bronwyn, tratando de soltarse.

- Nadie necesita mi ayuda - respondió Tam.

- Pero yo ayudaré con mucho gusto - dijo Miles tranquilamente.

Stephen soltó a su mujer precipitadamente.

- Miles - masculló y, una vez que su hermano hubo desmontado, lo abrazó con fuerza- . ¿Cuándo has llegado? ¿Qué haces en Escocia? Pensé que estarlas con el tío Simón; ¿y qué es esa historia que he escuchado, según la cual el tío Simón quiere tu cabeza en bandeja de plata?

Miles sonrió levemente y se encogió de hombros. Stephen hizo una mueca, pues sabía que su hermano no le diría nada. Miles era tan discreto que a veces se tornaba insoportable.

Librodot

- Miles ha traído a Elizabeth Chatworth –dijo Bronwyn inexpresivamente.

Stephen se volvió hacia donde se encontraban los hombres, buscándola con los ojos. Para esos rasgos tan suaves, parecía muy rígida, sentada demasiado erguida en la montura. Stephen comenzó a acercársele, pero Miles lo sujetó de un brazo.

- No la toques - explicó Miles con tranquilidad, acercándose también hacia Elizabeth.

Después de un segundo de sorpresa, Stephen gruñó. El entendía muy bien los celos; pero jamás había visto a su hermano así.

Cuando Miles alzó sus brazos hacia Elizabeth y ella se echó hacia atrás, le dijo:

- Stephen no os va a hacer ningún daño, y espera de vos la misma cortesía. - Había un leve destello en sus ojos.

Elizabeth no pudo evitar sonreír levemente cuando miró a sir Guy, en cuyo rostro se leía lo que pensaba de ella: que era un monstruo y una bruja.

Tuvieron que esperar para hacer las presentaciones con Stephen porque Kit, que se había quedado dormido en brazos de Tam, acababa de despertarse y se arrojaba a los brazos de su amado tío. Stephen alzó a Kit con un brazo, mientras extendía su otra mano hacia Elizabeth.

Elizabeth seguía muy rígida y no le tomó la mano.

Miles le dirigió a su hermano una mirada de advertencia, y Stephen, comprensivamente, bajó la mano.

- Sois bienvenida a nuestra casa - dijo Stephen.

- Soy una Chatworth.

- Y yo un Montgomery y - miró hacia Bronwyn- un MacArran. Y sois bienvenida. ¿Caminamos por el acantilado? Es muy empinado y a veces causa pavor.

- No tengo problemas en cabalgar - dijo Elizabeth simplemente.

Miles la tomó del brazo y le besó los dedos.

- Por supuesto que no los tenéis. Mi tonto hermano sólo está buscando una excusa para poder hablar con vos.

- ¡Tío Stephen! - gritó Kit. Había estado tratando de controlarse hasta que los mayores terminaran de hablar- . Lady Elizabeth golpeó a papá y dejó cojo a sir Guy, y dormimos en el bosque sin ninguna tienda. - Le sonrió a Elizabeth, quien a su vez le lanzó un beso.

- ¿Que ha dejado cojo a sir Guy? - rió Stephen- . No lo puedo creer.

- Lady Elizabeth Chatworth le ha roto a sir Guy los dedos de los pies - explicó Bronwyn fríamente. Stephen miró seriamente a su mujer.

- No creo que me guste tu tono. - Miles habló rápidamente, para distraer a su hermano.

- ¿Cómo están los MacGregor?

Lo que siguió fue una explicación y una discusión entre Stephen y Bronwyn, en la que ambos hablaban del clan que había sido el enemigo de los MacArran durante siglos, hasta pocos meses atrás, cuando habían acordado una tregua.

Davy, el hermano de Bronwyn, se había casado con una de las hijas de los MacGregor.

Mientras hablaban, caminaban por el traicionero sendero del acantilado. A un lado tenían una alta pared rocosa, y al otro, un precipicio

sin fondo. Elizabeth iba muy cerca de Miles, junto a Stephen, Bronwyn delante de ellos, y escuchaba con interés al matrimonio. Stephen y Bronwyn discutían acaloradamente, pero sin animosidad. Los hombres que los seguían mantenían sus propias conversaciones, por lo que, obviamente, este tipo de duelo verbal no constituía ninguna novedad para ellos. Bronwyn se burlaba de Stephen, lo insultaba, y Stephen simplemente le sonreía, diciéndole que sus ideas eran ridiculas. En cualquiera de las parejas que Elizabeth conocía, el esposo le hubiera puesto un ojo negro a la esposa si la mujer hubiera osado decir la mitad de las cosas que Bronwyn había expresado.

Elizabeth miró a Miles y vio que éste sonreía indulgentemente al escuchar a Stephen y a su cuñada. Kit comenzó a participar en la discusión, poniéndose de parte de Bronwyn y corriendo a agarrarse de su mano.

- Es hijo tuyo - rió Stephen, mirando a su hermano.

Como Stephen estaba mirando hacia el lado de Miles, hacia la pared rocosa, pudo ver las rocas que comenzaban a desprenderse y que iban a caer inexorablemente sobre Elizabeth. Con todos sus instintos aguzados, se abalanzó sobre ella. Ambos se estrellaron contra el muro de rocas, mientras el cuerpo corpulento de Stephen se apretaba contra el de Elizabeth, aplastándola, mientras las rocas caían por detrás de ellos.

Elizabeth también reaccionó sin pensar. Durante algunos momento había bajado la guardia, pero al estar rodeada de hombres por todas partes, no lograba calmarse del todo. Sus sentidos no captaron la razón por la que Stephen se había lanzado contra ella. Solamente supo que otra vez la estaba amenazando un hombre, Entró en pánico. Emitió un grito tan desgarrador que asustó incluso a los caballos. Y no se detuvo ahí, sino que empezó a forcejear y a luchar como un animal enjaulado.

Stephen, atónito ante su reacción, trató de sujetarla por los hombros.

- Elizabeth - le gritó, mirando su rostro aterrorizado.

Miles había sido alcanzado por algunas rocas en los hombros y la espalda; y había caído de rodillas. No bien escuchó los gritos de Elizabeth, corrió hacia ella.

- ¡Maldición! - aulló a su hermano- . Te he dicho que no la tocaras. - De un empujón apartó a Stephen, y trató de atrapar a Elizabeth.

- ¡Tranquila! - le ordenó.

Elizabeth todavía estaba fuera de sí y comenzó a arañar a Miles para librarse de él. El la agarró por los hombros y la sacudió enérgicamente.

- Elizabeth - dijo pacientemente- . Estáis a salvo. ¿Me oís? A salvo. - Tuvo que sacudirla nuevamente para que ella volviera sus ojos hacia él, unos ojos como nunca antes había visto Miles, asustados, aterrorizados, indefensos. Se miraron por un momento y Miles usó toda su fuerza de carácter para calmarla.

- Estáis a salvo, mi amor. Siempre estaréis a salvo conmigo.

El cuerpo de ella comenzó a temblar y él la tomó en sus brazos, la mantuvo apretada contra él, acariciándole el cabello. Miró a Stephen, que permanecía junto a ellos, y le dijo:

- Déjanos un caballo. Os seguiremos en un momento.

Elizabeth casi no notó la procesión que desfiló junto a ellos, silenciosa como si estuvieran en algún funeral. El miedo la había debilitado, y todo lo que podía hacer era apoyarse en Miles buscando protección, mientras él le acariciaba las mejillas, el cuello, los brazos. Después de unos cuantos

Librodot

minutos, se apartó de él.

- Me he portado como una idiota - dijo ella con tanta desesperación que Miles le sonrió.

- Stephen no comprendió cuando le dije que no os tocara. Estoy seguro de que pensó que estaba celoso.

- ¿No sois celoso? - preguntó ella, alejándose, tratando de cambiar de tema.

- Tal vez. Pero vuestros miedos son más importantes que mis celos.

- Mis miedos, como vos los llamáis, no os incumben. - Se apartó completamente de él.

- Elizabeth - su voz era suplicante, baja- . No guardéis todo esto dentro de vos. Ya os he dicho que sé escuchar. Decidme qué ha sido lo que os ha asustado tanto.

Ella se apoyó en la pared rocosa que tenía a sus espaldas. La masa sólida la hacia sentir bien, le daba una sensación de realidad.

- ¿Por qué habéis mandado que los otros nos dejaran atrás?

Un destello de ira cruzó los ojos de él.

- Para no tener testigos cuando os ultrajara. ¿Por qué otra razón? - Cuando vio que ella no estaba muy segura de su sarcasmo, movió los brazos con desesperación.- Venid, vamos a Larenston. - Le aferró el brazo con mucha fuerza.- ¿Sabéis lo que necesitáis, Elizabeth? Necesitáis que alguien os haga el amor, para que podáis comprobar que vuestro miedo es mucho peor que la realidad.

- Nunca me han faltado voluntarios para la tarea - siseó ella.

- Por lo que puedo apreciar, no habéis conocido más que violadores, no amantes.

Momentos después la arrojaba sobre la montura y subía él mismo a la grupa del caballo.

8

Elizabeth se llevó una mano a la frente y abrió los ojos lentamente. El inmenso cuarto donde yacía acostada estaba vacío y oscuro. Ya habían pasado varias horas desde que ella y Miles llegaran á la fortaleza de los MacArran. El lugar era antiguo y estaba ubicado al borde del acantilado, como un águila gigante que usara sus garras para sostenerse de él. Una mujer que parecía tan vieja como el castillo le alcanzó a Elizabeth una bebida caliente sazonada con hierbas; pero cuando la mujer le dio la espalda, Elizabeth había preferido arrojar la bebida entre unas plantas, detrás de un banco. Elizabeth sabía algo de hierbas y podía imaginarse muy bien lo que contenía la bebida.

La nudosa anciana, a quien Bronwyn llamaba Morag, había mirado a Elizabeth con ojos penetrantes, y después de unos momentos Elizabeth se fingió muy fatigada, recostándose en la cama.

- Necesita descansar - observó Bronwyn- . Nunca he visto a nadie que se pusiera así cuando Stephen la apartó de las rocas que caían. Parecía que el demonio le había entrado en el cuerpo.

Morag lanzó un corto resoplido.

- Vos peleasteis con Stephen muy duramente cuando lo conocisteis.

- Pero eso es otra cosa - insistió Bronwyn- . Miles logró calmarla, pero tuvo que sacudirla varias veces. ¿Sabías que ha dejado cojo a sir Guy?

- Y también sé que las dos han discutido - replicó Morag.

Bronwyn se puso a la defensiva.

- Es que se atreve a defender a Roger Chatworth en mi presencia. Después de lo que ha hecho...

- ¡El es su hermano! - escupió Morag- . Se supone que debe serle leal, y vos suponéis que debe entender vuestro punto de vista desde el primer momento. Bronwyn, las cosas pueden verse desde distintos ángulos en la vida- Se inclinó y cubrió a Elizabeth con una gran manta escocesa azul y verde.- Dejémosla en paz. Ha llegado un mensajero del hermano mayor de Stephen.

- ¿Por qué no me lo has dicho antes? - dijo Bronwyn, enojada porque era tratada como una criatura y más enojada aún porque sabía que lo tenía merecido.

Elizabeth permaneció acostada y completamente quieta después que la puerta se hubo cerrado, atenta a la respiración de cualquier otra persona que pudiera esconderse en la habitación. Algunas veces le había sucedido que los hombres pretendieran abandonar su habitación, pero en realidad se habían escondido en los rincones oscuros. Cuando se dio cuenta de que estaba completamente sola, giró sobre su espalda y abrió los ojos con cautela. Indudablemente no había nadie más allí.

Saltó de la cama y se dirigió a la ventana. Fuera estaba oscureciendo, y la luz de la luna comenzaba a platear las paredes empinadas del gran castillo de piedra. Este era el momento de escapar, ahora, antes de que se estableciera una rutina, antes de que todos los MacArran se enteraran de que ella era una prisionera.

Miró hacia abajo y vio pasar a cuatro guardias, los cuerpos envueltos en mantas escocesas. Con una sonrisa, Elizabeth comenzó a elaborar un plan. Revisó cuidadosamente la habitación y encontró un arcén repleto de ropas de hombre. Se levantó la falda de seda y se la anudó en torno a la cintura; después se puso una amplia camisa de hombre y gruesas calzas de lana. Por

un segundo se miró las rodillas desnudas y pestañeó ante la idea de aparecer así en público, tan al descubierto sin nada que la cubriera decentemente. No encontró zapatos, de manera que tuvo que arreglarse con los propios, que casi le quedaban chicos por el grosor de las calzas. Enrollarse la manta para que formara una falda, pasársela por los hombros y sujetarla correctamente a la cintura le llevó tiempo y esfuerzo, ya que la manta escocesa era excesivamente grande.

Conteniendo el aliento, abrió la puerta cautelosamente, rezando para que aún no hubieran apostado un guardia. La suerte la seguía acompañando y Elizabeth se deslizó por la puerta entreabierta hacia el oscuro corredor. Ella había memorizado el interior del castillo cuando Miles la había conducido a sus habitaciones, y ahora, muy atentamente, se concentró en cualquier sonido que pudiera llegarle.

Muy lejos, hacia su izquierda y abajo, podía oír voces. Lentamente, casi fundiéndose con los muros, se deslizó escaleras abajo hacia la salida principal.

En el preciso momento en que pasaba por el salón de donde provenían las voces, oyó el nombre de Chatworth. Miró por la puerta que conducía afuera, pero al mismo tiempo quería información. Como si fuera una sombra, se acercó para poder escuchar mejor.

El que estaba hablando era Stephen.

- ¡Malditos sean los dos, Miles! - La ira le hacía temblar la voz.- Gavin tiene tan poco sentido común como tú. Los dos estáis ayudando a que Chatworth se salga con la suya. Cada día está más próximo a destruir nuestra familia.

Miles permanecía silencioso. Bronwyn puso su mano sobre los hombros de Miles.

- Por favor, déjala ir. Lady Elizabeth puede regresar a Inglaterra con una guardia armada, y cuando Gavin sepa que ha sido liberada, permitirá que Roger Chatworth se vaya.

Miles seguía sin abrir la boca.

- ¡Maldición! - aulló Stephen.- ¡Contéstanos! Los ojos de Miles se encendieron.

- No voy a dejar ir a Elizabeth. Lo que haga Gavin con Roger Chatworth es asunto de mi hermano. Elizabeth es mía.

- Si no fueras mi hermano... - comenzó a decir Stephen.

- Si no fuera tu hermano, nada de lo que hiciera tendría efecto alguno sobre ti. - Miles parecía bastante calmado, y sólo sus ojos centelleaban.

Stephen agitó los brazos con desesperación.

- Hablale tú - le dijo a Bronwyn- . Ninguno de mis hermanos tiene el más mínimo sentido común. Bronwyn se plantó delante de su esposo.

- Una vez luchaste contra Roger Chatworth por lo que creías que te pertenecía. Ahora Miles está haciendo exactamente lo mismo, y tú te enfureces.

- Las cosas eran diferentes en ese momento - dijo Stephen con voz grave- . Tú me fuiste entregada por el rey mismo.

- ¡Y Elizabeth me fue entregada a mí! - interrumpió Miles con apasionamiento- .Bronwyn, ¿soy bienvenido aquí? Si no es así, mis hombres y yo partiremos... con lady Elizabeth.

- Sabes bien que eres bienvenido - dijo Bronwyn con dulzura- . A menos que Chatworth esté preparado para una guerra, no atacará a los MacArran. -

Se volvió hacia Stephen- . Y en cuanto a que Gavin tenga a Chatworth, me alegro. ¿Ya te has olvidado de lo que Chatworth le hizo a tu hermana, o de que me tuvo cautiva un mes?

Elizabeth decidió no escuchar más. Ahora iban a darse cuenta de que ella no era la dócil prisionera que todos imaginaban.

Fuera había una densa neblina proveniente del mar, y ella dio gracias al Señor en silencio por su ayuda. Su primera necesidad era conseguir un caballo, ya que no podría salir de Escocia caminando. Se quedó muy quieta pensando dónde podrían encontrarse los establos.

Elizabeth era bastante hábil robando caballos; Había tenido una muy buena práctica en el curso de su corta vida. Los caballos eran como los niños. Había que hablarles con dulzura, con simpleza, sin hacer movimientos bruscos. En un extremo de los caballerizas había dos hombres riendo y hablando en voz baja, seguramente de sus últimas conquistas amorosas.

Con gran cautela, Elizabeth tomó por la brida a un caballo que se encontraba en el extremo opuesto del largo establo. Descolgó una montura de la pared del compartimiento y esperó a estar fuera para ponerla sobre el animal. Agradeció al cielo el ruido que hacía toda esa gente que habitaba en una extensión de terreno tan reducida. Pasó una carreta; un hombre que conducía cuatro caballos ató a los animales no muy lejos de los establos, pero dos de ellos comenzaron a lanzarse coces. Como consecuencia de esto, tres hombres empezaron a gritar y a dar latigazos en el aire. Ninguno de ellos miró siquiera hacia donde se hallaba la delgada figura, entre las sombras, con la cabeza bien cubierta por la manta escocesa.

Cuando Elizabeth montó, se puso tranquilamente detrás del hombre de la carreta, que se dirigía hacia los portones abiertos de Larenston, y levantó una mano para saludar a los guardias que se encontraban sobre las torres. Los soldados estaban ahí para evitar que entraran extraños; no estaban interesados en la gente que salía del lugar.

El único acceso a la fortaleza de los MacArran era a través de un camino extremadamente angosto. El corazón de Elizabeth le latía con tanta fuerza que parecía querer salírsele del pecho. La carreta que iba delante de ella era sumamente estrecha, y sin embargo sus ruedas iban sobre el borde del sendero; unos centímetros hacia un lado o hacia el otro, y el hombre, la carreta y el caballo caerían al vacío.

Cuando llegó al final del pasaje, emitió un suspiro de alivio por varias razones: había terminado la senda traicionera y, hasta el momento, al parecer no habían dado ninguna alarma.

El carretero miró por encima de su hombro y le sonrió.

- Siempre me alegro después de cruzar este pasaje. ¿Viajas en esta dirección?

Justo delante de ella se abría el camino fácil que iba por la zona de las cabañas de los aldeanos, quienes podrían dar buena información sobre su paso a una eventual partida que saliera en su búsqueda. Hacia la derecha comenzaba el camino del acantilado, que Miles y ella habían recorrido.

Cabalgar de noche por los acantilados...

- ¡No! - dijo ella con su voz más varonil al carretero. Seguramente, si viajaba en su misma dirección, el hombre iba a querer entablar una conversación. Y señaló hacia los acantilados, con un brazo bien cubierto por la manta.

- ¡Ah, los jóvenes! - el hombre rió entre dientes- . Bien, que tengas buena suerte, muchacho. La luz de la luna es buena, pero de todas formas, ten cuidado. - Azuzó a su caballo y se alejó.

Elizabeth no perdió tiempo en considerar su propio miedo, sino que dirigió su yegua hacia la negra soledad que se extendía ante ella. De noche el camino parecía peor de lo que recordaba. Su caballo se inquietó, y, sin pensarlo dos veces, Elizabeth desmontó y comenzó a guiarlo por las riendas.

- ¡Maldito Miles Montgomery! - masculló. ¿Por qué tenía que traerme a un lugar tan salvaje como éste? Si quería tener a alguien cautivo, al menos podía haberse limitado a mantenerlo en un sitio civilizado.

El aullido de un lobo directamente sobre su cabeza la dejó paralizada. Sobre el acantilado aparecieron las siluetas de tres lobos, que la miraban con las cabezas bajas. La yegua comenzó a corcovear, y Elizabeth se enrolló las riendas en la muñeca. A medida que avanzaba, los lobos avanzaban con ella, y un cuarto animal se sumó a la manada.

Elizabeth tenía la sensación de haber viajado varias millas, pero todavía no podía vislumbrar siquiera el fin del acantilado. Por un momento se recostó contra el muro de piedra, tratando de calmar los agitados latidos de su corazón.

Los lobos aullaron al unísono, entendiendo que su víctima había aceptado la derrota. La cabalgadura se encabritó, arrancando las riendas de la muñeca de Elizabeth. Ella trató de llegar a la yegua pero perdió pie y quedó colgando con medio cuerpo en el vacío. La yegua se alejó trotando por el sendero.

Ella se quedó inmóvil unos segundos, tratando de calmarse y de pensar en cómo salir de esa situación. Se aferró precariamente al borde del acantilado, mientras una de sus piernas se balanceaba en el aire y la otra trataba de lograr un apoyo firme. Con los brazos se aferraba a las rocas, sobre una de las cuales mantenía apoyada la cabeza. Movió el brazo izquierdo, y cuando lo hizo, comenzaron a desprenderse rocas de debajo de ella. Aterrorizada, movió la pierna derecha tratando de encontrar algún apoyo... pero no había nada. Otra roca se desprendió, y ella supo que tenía que hacer algo.

Usando toda la fuerza de sus brazos, trató de elevarse poco a poco, avanzando poco a poco las caderas hacia la izquierda. Cuando con la rodilla izquierda tocó roca sólida, se le saltaron lágrimas de alivio. Centímetro a centímetro, logró subir su cuerpo lastimado hasta el camino nuevamente.

Arrastrándose sobre las manos y los pies buscó el refugio de la pared rocosa en el lado opuesto y allí se sentó, las lágrimas rodándole por las mejillas y sin poder controlar su respiración agitada. Tenía sangre en los brazos y le ardían las rodillas despellejadas.

Por encima de la cabeza le llegó el aullido de animales peleando. Mirando hacia arriba, vio algo que atacaba a los lobos.

- El porrazo de Bronwyn - jadeó, y cerró los ojos un momento rezando en silencio.

No se quedó sentada por mucho tiempo. Muy pronto iban a notar su desaparición, y ella debía hallarse lo más lejos posible de sus enemigos los Montgomery.

Cuando se puso de pie, se dio cuenta de que estaba más magullada de lo que había pensado. Tenía la pierna izquierda rígida y le dolía el tobillo. Una vez que se hubo limpiado las lágrimas del rostro, la luz de la luna le

permitió verse las manos ensangrentadas. Con las palmas desolladas, comenzó a tantear su camino. No confiaba en su vista y necesitaba avanzar apoyándose en la pared rocosa para que le sirviera de guía.

La luna se había ocultado cuando llegó al final del camino, pero en lugar de sentirse atemorizada, el espacio negro y vacío frente a ella le pareció una bendición. Se envolvió mejor en la manta, e ignorando el dolor de sus piernas debilitadas, comenzó a caminar.

Cuando dos destellos luminosos brillaron frente a ella, a la altura de su pecho, resopló, se detuvo y buscó algo que pudiera parecerse a un arma. Durante algunos segundos sus ojos quedaron clavados en los del animal, fuera lo que fuera. Estaban casi frente a frente, cuando ella cayó en la cuenta de que se trataba del perro de Bronwyn.

El perro movió la cabeza amigablemente, y Elizabeth sintió deseos de llorar de alivio.

- ¿Tú has matado a los lobos, verdad? - dijo ella- . Buen chico. ¿Tienes buen carácter? - A modo de tanteo estiró una mano, con la palma hacia arriba, y el perro le dio una lengüetada. Comenzó a acariciarle la enorme cabeza, y el perro trató de empujarla nuevamente hacia el sendero del acantilado.

- No, muchacho - susurró ella. Al quedarse quieta sentía con más intensidad sus cortes y magulladuras. Y se moría de sueño- . Quiero seguir por este lado, no deseo volver a casa de Bronwyn.

El perro emitió un ladrido agudo cuando oyó el nombre de su ama.

- ¡No! - dijo ella con firmeza.

El perrazo la miró un momento, como si considerara sus palabras, y giró para internarse en el bosque, delante de ella.

- Buen chico - sonrió- . Tal vez puedas mostrarme el camino para salir de este lugar. Llévame hacia otro clan donde me devuelvan a mi hermano a cambio de una recompensa.

Caminaba detrás del perro, pero cuando ella comenzó a tropezar él se detuvo y se puso a su lado, para que Elizabeth pudiera apoyarse en su lomo.

- ¿Cuál es tu nombre, muchacho? - susurró cansadamente- . ¿Te llamas George u Oliver, o tienes algún nombre escocés que yo ni siquiera conozco? - El perro disminuyó aún más el paso para mantenerse al ritmo de ella.

- ¿Qué te parece Charlie? - le preguntó ella- . Charlie es un nombre que me gusta bastante.

No bien terminó de decir estas palabras, cayó como una piedra junto al perro, dormida, o tal vez desvanecida.

El perro la empujó, la olió, le lamió el rostro ensangrentado y, cuando vio que nada podía despertarla, se acostó a su lado y se durmió.

El sol ya estaba bien alto cuando Elizabeth abrió los ojos y vio la gran cabezota peluda del perro. Los ojos del animal parecían hacerle una pregunta, como si fueran humanos. Debajo de uno de ellos aparecía un feo corte cubierto de sangre seca.

- ¿Te hiciste eso cuando peleaste con los lobos? - Le sonrió al animal y le acarició las orejas. Cuando quiso levantarse, las piernas no la sostuvieron y tuvo que sujetarse del perro.- Qué bien que seas tan fuerte, Charlie - dijo ella, usando el lomo del animal como punto de apoyo.

Cuando finalmente estuvo en pie echó un vistazo a sus ropas y gruñó. La falda estaba una mitad bien sujeta, y la otra mitad le colgaba hasta los

tobillos. Tenía la rodilla izquierda cortada, raspada y todavía sangrando, mientras que la rodilla derecha estaba solamente desollada. Con determinación se echó la manta sobre los brazos, sin mirar el estado en que se encontraban. Cuando se tocó el cabello, sintió costras de sangre seca, de manera que retiró la mano rápidamente.

- ¿Podrías encontrar un poco de agua, Charlie? - le preguntó al perro- . ¿Agua?

Instantáneamente el perro se alejó por el escarpado paisaje, pero volvió al darse cuenta de que Elizabeth sólo podía avanzar a paso de tortuga. Los corles recién cicatrizados se habían abierto, y delgados hilos de sangre le corrían por el cuerpo.

El perro la guió hasta un pequeño arroyo, donde ella se lavó lo mejor que pudo. Quería estar lo más presentable posible para cuando se encontrara ante sus liberadores.

El perro y ella caminaron durante horas, manteniéndose muy cerca de las rocas y los pocos árboles que había en esos parajes. Una vez escucharon el ruido de caballos aproximándose, e instintivamente Elizabeth se ocultó, llevando al perro consigo. No hubiera podido de ninguna manera detener al perro si éste hubiera querido irse, pero por el momento el animal parecía contento con su compañía.

Hacia la puesta del sol, las pocas fuerzas que le quedaban la abandonaron, y poco le importó darse cuenta de que el perro le ladraba a algo que ella no podía ver.

- Seguramente es Miles o tu ama - dijo pesadamente y se deslizó al suelo, cerrando los ojos.

Cuando los abrió nuevamente, un hombre completamente desconocido estaba de pie frente a ella, con las piernas separadas y las manos en las caderas. La luz del sol formaba un halo sobre sus cabellos grises y destacaba sus fuertes mandíbulas.

- Bien, Rab - dijo con voz profunda, acariciando al perro- , ¿qué me has traído esta vez?

- No me toquéis - murmuró Elizabeth mientras el hombre se inclinaba hacia ella.

- Jovencita, si temes que te haga daño, olvídalo. Soy un MacGregor y estás en mis tierras. ¿Qué hace el perro de Bronwyn contigo? - Miró con atención las ropas inglesas de ella.

Elizabeth estaba cansada, débil, hambrienta, pero no estaba muerta. Por el tono con que el hombre había pronunciado el nombre de Bronwyn, se dio cuenta de que eran amigos. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

Ahora jamás podría volver a su hogar. Ningún amigo de los MacArran la devolvería a Inglaterra, y la captura de Roger por un Montgomery podía dar comienzo a una guerra privada.

- No te pongas así, muchacha - dijo el MacGregor- . Pronto estarás en un bonito lugar a salvo. Alguien cuidará de tus heridas, te alimentaremos y... ¡por mil demonios!

Elizabeth, al ver que el hombre se acercaba, había sacado la daga de su funda, lanzándola contra el estómago de aquél. Fue simplemente su estado de debilidad lo que la hizo fallar.

Lachian MacGregor dio un paso atrás, le arrebató la daga y de un solo movimiento la cargó a hombros.

- No me des más trabajo, muchacha - le ordenó, cuando ella comenzó a forcejear- . En Escocia no devolvemos la hospitalidad clavándole dagas a nadie.

Puso a Elizabeth sobre su caballo, silbó llamando a Rab y los tres partieron a toda velocidad.

Librodot

9

Elizabeth se encontraba sola, sentada en una gran habitación del castillo MacGregor; la puerta de roble estaba cerrada. La habitación se hallaba prácticamente vacía, salvo por una gran cama, un arcón y tres sillas. Contra una de las paredes había un hogar lleno de troncos, pero no había un fuego encendido que calentara las frías piedras.

Elizabeth se acurrucó en una de la sillas, envuelta en la manta de Bronwyn, con las rodillas encogidas sobre el pecho. Ya habían pasado varias horas desde que los MacGregor la habían encerrado en ese cuarto. No le habían mandado alimentos, ni agua para lavarse, y Rab, el perro, se había marchado apenas había visto la fortaleza MacGregor. Elizabeth estaba demasiado cansada para dormir y la cabeza le daba vueltas de tanto pensar.

Cuando oyó la voz tan conocida, amortiguada por la pesada puerta, su primera reacción fue de alivio. Pero se repuso rápidamente. Miles Montgomery era tan enemigo de ella como cualquiera de los otros.

Cuando Miles abrió la puerta y comenzó a caminar hacia ella, Elizabeth ya estaba preparada. Le arrojó una copa de cobre y plata que encontró sobre la chimenea.

Miles pudo atrapar el objeto con su mano izquierda y siguió avanzando. Le arrojó un pequeño escudo que colgaba de la pared, y esta vez él lo atrapó con la mano derecha.

Con una pequeña sonrisa de triunfo, Elizabeth tomó un casco estropeado, también de la chimenea, y se preparó a arrojarlo. El ya no tenía manos para atrapar este objeto.

Pero antes de que pudiera lanzarle el casco, Miles estaba ya frente a ella, abrazándola contra sí.

- Estaba muy preocupado por vos - susurró él, su cara contra la de ella- , ¿Por qué habéis huido de esa forma? Escocia no es como Inglaterra. Es un país traicionero.

No la sujetaba demasiado fuerte, y eso hizo que ella no quisiera forcejear, sino que por el contrario, deseó que él la apretara más contra su cuerpo. Por eso se quedó muy quieta, temiendo que él directamente la soltara. Pero cuando oyó sus palabras idiotas, se alejó un tanto.

- Me han atacado los lobos, casi me caigo al mar, un hombre me carga como si fuera un saco de trigo, y ¡vos me decís que éste es un país traicionero!

Miles le tocó una sien, y ella no hizo nada por alejarse. Los ojos de él brillaban con una luz muy especial.

- Elizabeth, vos os creáis vuestros propios problemas.

- Yo no pedí que me entregaran en manos de mis enemigos, ni que me trajeran como prisionera a estas tierras hostiles, ni que ese hombre...

Miles la interrumpió.

- MacGregor se enojó mucho cuando quisisteis clavarle la daga. Hace pocos meses casi muere porque Bronwyn lo atacó con un cuchillo.

- Pues me pareció que eran amigos.

Antes de que pudiera decir otra palabra, la puerta de la cámara se abrió para dar paso a dos escoceses que traían una tina de roble. Detrás de los hombres había una docena de mujeres que cargaban baldes de agua caliente. La última de las mujeres llevaba una bandeja con tres jarras y dos copas.

- Me he tomado la libertad de pedir un baño para vos. - Miles le sonrió.

Elizabeth no le respondió, sino que levantó el mentón y caminó hasta la chimenea.

Cuando la habitación quedó vacía y se encontraron solos. Miles le puso una mano en los hombros.

- Bañaos mientras el agua está caliente, Elizabeth.

Ella se volvió furiosa hacia él. - ¿Qué os hace pensar que voy a hacer por vos lo que no he hecho por otros hombres? Huyo de vos en Larenston y parecéis creer ahora que me voy a arrojar a vuestros brazos simplemente porque se os ha ocurrido aparecer por aquí. ¿Qué diferencia hay entre ser la prisionera de un MacGregor o de un Montgomery? Y a decir verdad, prefiero a los MacGregor.

Miles apretó la mandíbula y sus ojos se ensombrecieron.

- Creo que ha llegado el momento de aclarar algunas cosas entre nosotros. He sido más que paciente con vos. No dije nada cuando heristeis a sir Guy. He compartido mi hijo con vos. He permanecido como observador mientras le causabais problemas a todo el clan de los MacArran, y ahora casi herís a un MacGregor. La paz entre los MacGregor y los MacArran es muy reciente y frágil. Podíais haber destruido lo que a Stephen le ha llevado un año consolidar. ¡Y miraos! ¿Habéis visto el aspecto que tenéis? Estáis completamente cubierta de sangre seca, evidentemente estáis exhausta y habéis perdido peso. Creo que ya es hora de que deje de consentiros todos vuestros caprichos.

- ¡Mis...! - escupió ella- . ¡No quiero que nadie me tenga prisionera! ¿Entendéis? ¿Podéis captar algo con esa cabeza dura? Quiero regresar a casa con mis hermanos y voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para lograrlo.

- ¡A casa! - dijo Miles con los dientes apretados- . ¿Tenéis alguna idea de lo que significa esa palabra? ¿Es el lugar donde habéis aprendido a romper los pies a los hombres? ¿Donde habéis aprendido a usar tan eficazmente una daga? ¿Que os ha hecho pensar que todos los hombres eran criaturas perversas? ¿Por qué no toleráis que ningún hombre os toque?

Elizabeth sólo lo miró muy seria.

- Edmund ha muerto - dijo después de una pausa.

- ¿Es que vais a vivir siempre entre nubes, Elizabeth? - susurró él, mirándola suavemente- . ¿Vais a ver nada más que lo que queréis ver? - Después de un profundo suspiro, le tendió la mano- . Venid, bañaos antes de que el agua se enfríe.

- No - dijo ella lentamente- . No quiero bañarme.

Ella debería haberse acostumbrado ya a la extraordinaria rapidez de Miles, pero como de costumbre no la tuvo en cuenta.

- Ya ha sido suficiente, Elizabeth - dijo él antes de arrancarle la manta húmeda de encima- . He sido paciente y atento, pero de ahora en adelante vais a aprender un poco de obediencia... y de confianza. No voy a haceros daño; jamás le he hecho daño a una mujer, pero no puedo permanecer indiferente viendo cómo os hacéis daño a vos misma.

Diciendo esto, le arrancó la parte delantera del vestido, dejándole los senos expuestos. Elizabeth resopló y cruzó los brazos, dando un salto hacia atrás.

Sin ninguna dificultad Miles la alcanzó y, con otros dos tirones, la dejó desnuda. Parecía no prestar ninguna atención a su cuerpo desnudo, mientras la alzaba en sus brazos y la depositaba suavemente dentro de la

Librodot

tina.

Sin una palabra tomó un lienzo, lo enjabonó y comenzó a lavarle gentilmente la cara.

- Si lucháis os entrará jabón en los ojos - le dijo él, haciendo que se quedara quieta.

Ella se negó a dirigirle la palabra mientras él le enjabonaba la parte superior del cuerpo, consolándose porque el jabón le cubría las mejillas sonrojadas, al tiempo que él dejaba deslizar sus manos por sus pechos altos, firmes.

- ¿Cómo os habéis herido? - le preguntó él amigablemente, mientras le enjabonaba la pierna izquierda, teniendo cuidado con los feos cortes y magulladuras de su rodilla.

El agua estaba logrando relajarla y no había ninguna razón para no responderle. Se recostó en la tina, cerró los ojos y le contó la noche que había pasado en el camino del acantilado. Cuando iba por la mitad del relato sintió una copa en la mano y bebió sedienta. El vino de inmediato se le subió a la cabeza y ella siguió hablando, soñadoramente.

- Rab se quedó conmigo - terminó diciendo, y bebió más vino- . El perro entendió que yo no quería volver con Bronwyn, pero a cambio me llevó hasta sus amigos. - El vino la había relajado tanto que ya no sentía enfado ni contra el perro, ni contra los MacGregor, ni contra nadie más.

- Miles - preguntó tranquilamente, sin darse cuenta del placer que le provocaba pronunciar su nombre de pila- . ¿Por qué no golpeáis a las mujeres? No puedo creer haber conocido a un hombre que no usa la fuerza para salirse con la suya.

El estaba lavándole suavemente los pies.

- Tal vez yo uso un tipo de fuerza diferente. Eso fue todo lo que dijo, y por un momento permanecieron silenciosos. Elizabeth no se dio cuenta de que él mantenía su copa llena todo el tiempo, y para entonces ella ya había bebido casi una jarra completa de vino.

- ¿Por qué no le respondisteis a vuestro hermano esta mañana? ¿O fue ayer por la mañana?

Miles hizo una leve pausa en su trabajo. Ella nunca le había hecho una pregunta tan personal, mostrando interés en él.

- Mis tres hermanos mayores son muy testarudos. Gavin jamás escucha la opinión de nadie y a Raine le gusta imaginar que es el mártir de todas las causas perdidas. - - ¿Y Stephen? - preguntó ella, tomando más vino y mirándolo entre sus pestañas bajadas. Las manos de él sobre su cuerpo le gustaban tanto, tanto.

- Stephen engaña a la gente haciéndole creer que puede modificar su punto de vista, pero cuando llega el momento de las decisiones, siempre se sale con la suya. Sólo con Bronwyn se ha mostrado dispuesto a escuchar una opinión distinta, y ella tuvo que luchar con él, y todavía lo hace, por todo. El se ríe de todo lo que es importante para ella.

Elizabeth se quedó pensando en lo que oía.

- Y vos sois su hermanito pequeño. Sin duda os considerarán alguien a quien permanentemente tienen que enseñarle cosas, a quien tienen que cuidar.

- ¿Y a vos os han tratado de la misma forma? - susurró él suavemente.

La bebida, el agua caliente le aflojaban la lengua.

- Roger considera que no tengo más que un cuarto de cerebro. Perdí la

mitad por ser mujer, y la mitad de esa porción porque todavía me recuerda cuando usaba pañales. Cuando le conté lo que Edmund hacía conmigo no estaba demasiado seguro de si creerme o no. O tal vez fuera que no quería ver las cosas que hacía su hermano o lo que éste permitía que sucediera. ¡Maldición! - dijo ella, levantándose a medias de la tina. Con toda su fuerza arrojó la copa, haciendo que se estrellara en la dura pared de piedra- . Y soy una mujer a medias. ¿Sabéis lo que siento cuando miro a Bronwyn y a vuestro hermano, cuando veo que se ríen y se aman? Cuando creen que nadie los mira, se hacen caricias. Pero cuando a mí me toca un hombre, yo...

Ella estalló, los ojos muy grandes, la cabeza turbada por la bebida.

- Hazme el amor. Miles Montgomery - murmuró roncamente- . Haz que no tenga miedo.

- Ya lo tenía pensado - contestó él gravemente, estrechándola en sus brazos.

Ella aún seguía de pie en la tina, y cuando la boca de Miles se posó sobre la de ella, le devolvió el beso... lo besó con toda la pasión, con toda la furia que sentía porque le hubieran arrebatado la posibilidad de tener una actitud normal hacia el amor. Mientras que las otras mujeres aprendían a flirtear, el hermano de Elizabeth apostaba en el juego la virginidad de su hermana a quien resultara vencedor, y Elizabeth había tenido que aprender a usar un cuchillo. Había preservado su preciosa virginidad, pero ¿para qué? ¿Para ir convirtiéndose poco a poco en una mujer dura y rabiosa hasta llegar a ser como una piedra... una anciana sin amor, inútil?

Miles se alejaron ligeramente de ella para controlar el beso, evitando que ella se lastimara aplastando sus labios contra los dientes de él. Las manos de Miles acariciaban su espalda mojada, el nacimiento de la columna.

Los labios de él se movieron hasta la comisura de su boca y con la lengua apenas se la tocó, subiendo hasta sus mejillas, besándoselas mientras sus manos jugaban con la piel de ella.

Elizabeth inclinó la cabeza para permitirle que le besara el cuello y los hombros. Quizás ésta fuera la verdadera razón por la que nunca había permitido que un hombre le pusiera las manos encima. Quizás ella supiera que a menos que luchara como un demonio, sucumbiría de inmediato como ahora, desenfrenadamente, sin asomo de vergüenza.

- Miles - suspiró ella- . Miles.

- Siempre - murmuró él, mordiéndole una oreja. Con un movimiento suave la levantó de la tina y la llevó hasta la cama. Tenía el cuerpo mojado y los cabellos pegados a la espalda, pero Miles la envolvió en una toalla y comenzó a restregarla. La fuerza con que Miles la frotaba le hizo sentir otra oleada de calor, y cada vez que él la tocaba, ella lo deseaba más. Tenía que resarcirse de toda una vida de rehuir contactos.

De repente. Miles estaba a su lado, desnudo, con su espléndida piel tibia y oscura, invitándola.

- Soy tuyo Elizabeth, como tú eres mía - susurró él mientras ponía una mano de ella sobre su pecho.

- Tanto pelo. - Ella soltó una risita.- Tanto, tanto pelo. - Le enterró los dedos en la mata de vello y lo acercó a ella. Obedientemente, Miles se aproximó más y la arrimó a su lado.

- ¿Qué se siente? - preguntó ella con ansiedad.

- No lo sabrás tan pronto. - Sonrió.- Cuando seamos uno, ya no habrá

miedo en tus ojos.

- Cuando seamos uno - susurró ella mientras Miles le besaba el cuello. La besó durante mucho tiempo antes de comenzar a pasarle la lengua por el brazo y la parte interior del codo. Ella se sorprendió al sentir una ligera vibración que partía de sus dedos, le recorría el pecho y terminaba en los dedos de- la otra mano.

Se quedó quieta con los ojos cerrados, y los brazos y piernas abiertos mientras Miles la tocaba. Esas grandes manos que podían blandir una espada, proteger a un niño de cualquier daño, controlar un caballo desbocado, lentamente y con gran ternura estaban encendiendo su cuerpo de pasión.

Cuando la mano de él pasó de su garganta al cuello, ella giró la cabeza y le besó la palma, tomó con sus dos manos la de él y comenzó a hacerle el amor a esa mano delicada, frotándola contra sus dientes, saboreando su piel, pasándole la lengua una y otra vez por el vello del dorso.

Ella sintió que Miles emitía un sonido primitivo que le hizo latir el corazón alocadamente.

- Elizabeth - murmuró él- . Elizabeth. Cuánto he esperado esto.

Elizabeth decidió que ya no deseaba esperar más. Instintivamente trató de deslizarse debajo de Miles, pero él no se lo permitió. En vez de ello, le puso los labios sobre sus senos y Elizabeth casi saltó de la cama.

Miles rió entre dientes ante su reacción y ella sintió que su risa le recorría el cuerpo de arriba abajo. Amor y risa, pensó. Eso es lo que Miles había puesto en su vida.

Muy pronto, los labios de Miles sobre sus pechos le impidieron todo pensamiento. Apoyado en sus rodillas, le acarició las caderas y le puso las manos en la cintura, apretando, acariciando, y lentamente comenzó a usar sus dedos para imprimir en las caderas de ella un movimiento lento, ondulante.

Ella captó el ritmo con facilidad. Su respiración se hizo más profunda y apretó con más fuerza los brazos de Miles.

El cuerpo de él rodeando el suyo, tibio, duro, escultural, era lo único de lo que tenía conciencia mientras toda ella comenzó a moverse con sensualidad.

- Miles - suspiró, acariciándole el cabello. Con muy poca delicadeza atrajo la cabeza de él hacia la suya, buscó sus labios y lo besó de una forma que jamás podía haber soñado. Ambos estaban cubiertos de sudor, un sudor salado, caliente.

Elizabeth levantó sus rodillas y ciñó con las piernas las caderas de Miles, y cuando lo hizo. Miles la penetró.

No sintió dolor, ya que estaba más que preparada para él, pero por un momento tembló ante la fuerza de su reacción. Miles no se movió, también temblando ligeramente, hasta que Elizabeth comenzó con el ritmo lento que él le había enseñado momentos atrás.

Lentamente, los dos juntos, hicieron el amor. Después de pocos segundos Elizabeth se perdió en un mar de pasión que jamás soñó que podía existir.

Cuando Miles pasó a un ritmo más exigente, ella trabó las piernas alrededor de él y se dejó transportar por sus sentidos. Y en una explosión enceguece- dora, el cuerpo de Elizabeth se convulsionó y las piernas comenzaron a temblarle violentamente.

- Ch... - Miles la tranquilizó, apoyándose en un codo y acariciando sus sienes-Oh, ángel mío. Estás a salvo ahora.

El se retiró y la tomó en sus brazos.

- Mi ángel prometido - susurró- . Mi ángel de lluvia y truenos.

Elizabeth no comprendió del todo sus palabras, pero sí, por primera vez en su vida, se sintió segura. Cayó dormida instantáneamente, con el cuerpo tan pegado al de Miles que a duras penas podía respirar.

Cuando Elizabeth se despertó, se estiró lujuriosamente, sintiendo cada músculo de su cuerpo, y gimió cuando estiró la piel desgarrada de las rodillas.

Abrió los ojos, y lo primero que vio fue una larga mesa repleta de comida caliente. Nunca antes en su vida había tenido tanto apetito. Cogió la manta escocesa de Bronwyn, se envolvió el cuerpo con ella y se acercó a ver qué había en la mesa.

Tenía la boca llena de salmón ahumado cuando se abrió la puerta y entró Miles. Elizabeth se quedó petrificada, con la mano a mitad de camino hacia la boca, porque comenzó a recordar lo ocurrido la noche anterior. Y en el rostro de Miles se leía una expresión tal de conocimiento, que Elizabeth comenzó a irritarse. Pero antes de que pudiera expresar sus sentimiento, Miles comenzó tranquilamente a quitarse las ropas escocesas que vestía.¿¡Qué derecho tenía... !? Pensó Elizabeth, ahogándose con el salmón al tratar de hablar. Pero él sí tenía derecho. Después de la forma en que ella había actuado la noche anterior, tenía todo el derecho de pensar lo peor de ella. Pero aun así, deseaba con todas sus fuerzas borrarle esa expresión de la cara.

Elizabeth, en realidad, no se detuvo a pensar en lo que iba a hacer. Junto a ella había dos bandejas con tartas tibias y dulces, horneadas hasta tener un tono dorado y totalmente cubiertas con frutas de verano. Con una sonrisa clavó los ojos en los de Miles, deslizó una mano por debajo de una de las tartas y, todavía sonriendo, la lanzó contra Miles con todas sus fuerzas.

El no estaba esperando que le lanzaran ningún proyectil, y la tarta le dio en el cuello, salpicándole la mejilla y haciéndole chorrear por el pecho una pasta caliente de cerezas y jugo.

Elizabeth supo que cualquier cosa que sucediera a partir de ahí valdría la pena, simplemente por verle la expresión a Miles. El estaba total y completamente estupefacto. Tapándose la boca con la mano para no reírse, Elizabeth le lanzó otras dos tartas; una lo alcanzó en la cadera y la otra se estrelló contra una silla que se encontraba detrás de él.

Miles miró a Elizabeth con una expresión rara, se desembarazó del resto de sus prendas y continuó caminando hacia ella.

La manta que usaba Elizabeth se le cayó, y ella, con los ojos muy abiertos, comenzó nuevamente a arrojarle tartas, esta vez con ambas manos. No estaba segura, pero le pareció que esos ojos grises tenían una mirada asesina.

Miles continuó avanzando, moviéndose solamente para esquivar las tartas que volaban hacia su cabeza. Todo su cuerpo estaba cubierto por una mezcolanza de duraznos, moras, manzanas, dátiles, ciruelas, que se caían por todo el musculoso cuerpo en una magnífica exuberancia de colores... y de sabores, pensó Elizabeth impertinentemente.

Cuando él llegó hasta la mesa, sus ojos penetrantes se clavaron en los

de ella, y Elizabeth no se atrevió a moverse. Dio la vuelta para ponerse a su lado y ella, conteniendo el aliento, lo miró. Pero en ese preciso momento, una mora, blanda y jugosa, le resbaló por la frente, se deslizó por la nariz y quedó ahí colgando, hasta que finalmente cayó al suelo. Elizabeth tuvo que ahogar otra carcajada.

Lentamente, con ternura. Miles la tomó en sus brazos.

- Ah, Elizabeth - murmuró él- , eres la alegría de mi vida.

Cuando sus labios se acercaron a los de ella, cerró los ojos, recordando vividamente las sensaciones de la noche anterior. El le arqueó la espalda con sus brazos y Elizabeth se dejó llevar por su fuerza. El tenía poder sobre ella.

Todo lo que tenía que hacer era tocarla para que comenzara a temblar.

Pero los labios de él no llegaron hasta ella. En vez de ello, Elizabeth sintió junto a sí una cara llena de pastel de durazno, jugoso y que chorreaba caramelo.

Mientras los duraznos le resbalaban por las orejas, abrió desmesuradamente los ojos. Dando un resoplido, levantó el rostro y miró la expresión diabólica de Miles.

Antes de que pudiera protestar, con una sonrisita torcida él la alzó en sus brazos y la depositó sobre la mesa... justo encima de la segunta bandeja de tartas. El jugo de las frutas le empapó las piernas y le salpicó la espalda. Tenía las manos cubiertas de crema y los duraznos le chorreaban por el mentón; el cabello estaba completamente pegoteado a su cuerpo.

Con un gesto profundo de disgusto levantó las manos, se las frotó, vio que nada arreglaba con ello, y después de pensarlo un segundo, se comió dos rodajas de manzana que descansaban en sus muñecas.

- Demasiado dulce - dijo con seriedad, mirando a Miles- . Tal vez debamos quejarnos del cocinero.

Miles, desnudo frente a ella, tenía otra cosa en mente que nada tenía que ver con el cocinero. Los ojos de Elizabeth se agrandaron y se sintió desamparada.

Era difícil, si no imposible, recuperar la compostura estando sentada encima de una profusión de tartas de frutas. Le abrió los brazos a su amante y él fue hacia ella.

Cuando Elizabeth besó el cuello de Miles y se encontró con una cereza en la boca, comenzaron a reír al unísono. Miles comenzó ruidosamente a comer duraznos de la frente de ella, mientras Elizabeth mordisqueaba ciruelas de los hombros de él.

Miles la agarró, rodó sobre sus espaldas, en medio de un estrépito de platos y comida derramada, y la colocó sobre su masculinidad erecta. Ya no hubo más risas, porque sus pensamientos se serenaron e hicieron el amor con vigor, cambiando dos veces de posiciones para terminar con ella a horcajadas sobre Elizabeth se quedó muy quieta sobre él, débil, exhausta, pensando que moriría si tuviera que juntar energías para hacer algún movimiento.

Pero Miles, con un gruñido, se levantó y la levantó con él, retirando de debajo una pequeña cazuela que había contenido algún tipo de salsa y estrellándola contra el piso.

Elizabeth se irguió y, con aire ausente, se rascó un muslo.

- Eres todo un espectáculo. Miles Montgomery - le dijo, sonriendo, quitándole un trozo de huevo duro del pelo. La yema ya estaba aplastada

contra el cráneo de él.

- Y tú no estás exactamente como para presentarte en la corte. - Con un quejido, se sacó un tenedor de servir de debajo de sus nalgas.

- ¿Qué crees que va a pensar tu MacGregor de todo esto? - preguntó Elizabeth, separándose de Miles. Se sentó a su lado, las piernas cruzadas, y echó una mirada a la habitación. Las paredes, el piso, los muebles, todo estaba cubierto de tartas destrozadas y la mesa era un desastre, con todo derramado, chorreando, colgando... excepto un par de platos que se encontraban en el extremo opuesto de la mesa. Avanzando sobre sus manos y pies, Elizabeth se dirigió hacia esa única comida que quedaba, emitió un chillido cuando Miles le acarició suavemente las nalgas, y volvió con una cazuela llena de pollo con almendras y una pequeña rebanada de pan de trigo.

Miles, que todavía permanecía acostado de espaldas sobre la mesa, se apoyó en un codo.

- ¿Todavía tienes hambre? - se burló.

- Me muero de hambre. - Tomó una cuchara que aparecía debajo de uno de sus tobillos y la hundió en el guiso, y cuando Miles le dirigió una mirada suplicante, comenzó a darle también a él.

- No debes acostumbrarte a esto - le advirtió, metiéndole otra cucharada en la boca.

Miles se limitó a sonreirle y ocasionalmente a besarle los dedos. A pesar de todo el desquicio, todavía quedaba algo de comida intacta.

Elizabeth alcanzó otro plato, con costillas de cordero, y tuvo que cortarlas y dárselas en la boca.

- Un inútil es lo que eres - dijo Elizabeth, rascándose. La comida pegoteada en su cuerpo comenzaba a secarse y le producía escozor.

- Lo que te está haciendo falta - dijo él mientras comenzaba a besarle los brazos- es...

- ¡No quiero escuchar ninguna de tus sugerencias, Montgomery! - le advirtió ella- . Anoche me emborrachaste y me metiste en una tina, y ahora... ¡esto! - El desorden a su alrededor era indescriptible- . ¡Maldición! - protestó ella, rascándose con ambas manos- . ¿Es que nada puede ser normal contigo?

- Nada - le confirmó él mientras perezosamente se bajaba de la mesa y comenzaba a vestirse- . Hay un lago cerca de aquí. ¿Te gustaría nadar?

- No sé nadar.

El la sujetó de la cintura y la bajó de la mesa.

- Yo te enseñaré - le dijo tan lascivamente que Elizabeth se rió y lo alejó de un empujón.

- ¿En el agua? - preguntó ella, y cuando le pareció que Miles tomaba en serio la sugerencia, salió huyendo de su lado, resbalando en una mancha de hígado de bacalao y aferrándose con fuerza a la mesa para no caer. En tiempo récord se puso una falda, una camisa color azafrán y se echó una manta sobre los hombros. La falda había estado en la línea de fuego de una tarta de queso.

- ¿Me veo tan mal como tú? - preguntó ella mientras seguía quitándose comida del cabello.

- Peor. Pero nadie nos va a ver. - Con esa frase críptica se dirigió hacia uno de los tapices que colgaban de la pared opuesta, lo corrió y quedó al descubierto una escalera construida dentro de los gruesos muros de piedra.

Librodot

Tomó la mano de Elizabeth y la guió por el oscuro y frío pasaje.

Librodot

10

Dos horas más tarde estaban perfectamente lavados y Miles secaba a Elizabeth con una manta.

- Son bastante útiles, ¿no crees? - murmuró ella, enrollando la tela alrededor de su cuerpo frío. El verano de los escoceses no era lo más indicado para pasearse desnudos.

- Muchas de las cosas de los escoceses son tanto prácticas como agradables... si les das una pequeña oportunidad.

Ella dejó de secarse el pelo.

- ¿Y qué puede importarte si los escoceses son de mi agrado o no? Entiendo tu interés por hacer que comparta tu lecho, pero no comprendo esta constante... preocupación, digamos, por mi bienestar.

- Elizabeth, si sólo hubiera querido tenerte en mi cama, hubiera podido poseerte el mismo día en que me fuiste entregada.

- Y hubieras perdido parte de tu anatomía con el hacha que tenía en mis manos - le replicó ella.

Después de un momento de sorpresa Miles comenzó a reír.

- ¡Tu y esa hacha! Oh, Elizabeth, estabas tan encantadora con esa pierna al aire y todo tu cabello suelto. Parecías...

- No veo por qué tienes que reírte tanto - dijo ella rígidamente- . A mí no me pareció nada gracioso. Y te advierto que aún puedo escapar de ti.

Eso fue suficiente para que la expresión de él se tornara seria. Hizo sentar a Elizabeth en el suelo, a su lado.

- No quiero tener que pasar otras noches como ésa. Rab había desaparecido y encontramos lobos muertos en el acantilado; además tu yegua volvió cojeando. Todos temimos que hubieras resbalado por el precipicio.

Ella lo empujó, porque la estaba abrazando tan fuertemente que casi no la dejaba respirar. Cuando lo miró, sintió un estremecimiento. Siempre había pensado que si un hombre la despojaba de su virtud, el;; lo odiaría, pero no era odio en absoluto lo que sentía por Miles. Ahora había entre ellos una cálida sensación de compartir, como si siempre hubieran estado juntos y lo fueran a seguir estando.

- ¿Siempre es así? - susurró ella, mirando hacia arriba a los árboles.

Hubo una pausa, y después Miles contestó.

- No - dijo tan suavemente que el sonido de sus palabras podía haber sido producido por el viento.

Ella supo que él había comprendido su pregunta. Tal vez le estuviera mintiendo, tal vez mañana se transformara nuevamente en su enemigo, pero por el momento no lo era.

- Nunca he tenido días como éste mientras mi hermano vivía - comenzó ella y, una vez que hubo comenzado, no se pudo detener. Aunque había luchado contra Miles en cada una de las oportunidades que se le habían presentado, ahora sabía que en ningún momento había estado en peligro... el peligro que había experimentado durante buena parte de su vida. En las pocas semanas transcurridas había conocido la cortesía; había visto el amor entre Stephen y Bronwyn, entre Miles y su hijo... y ese tipo de amor que tan poco pedía a cambio era algo que ella no había conocido jamás.

En lugar de contar una historia de horror de todas las atrocidades que Edmundo había cometido, relató cómo ella y sus dos hermanos varones se habían mantenido muy unidos. Roger no era muy mayor cuando sus padres

Librodot

murieron y quedó a cargo de su traicionero hermano. El había hecho todo lo posible por salvar a sus hermanos menores, pero al mismo tiempo deseaba vivir su propia vida. Cada vez que Roger disminuía su vigilancia, Elizabeth era sacada del convento y utilizada en los espantosos juegos de su hermano Edmund. Roger, sintiendo remordimientos y culpa por sus descuidos, se le enfrentaba con fiereza y renovaba su juramento de cuidar de Elizabeth y Brian, pero las mañas de Edmund siempre habían logrado sobrepasar en astucia a las buenas intenciones de Roger.

- Sólo nos ha tenido a nosotros - agregó Elizabeth- . Roger tiene veintisiete años, pero jamás ha estado enamorado, nunca ha tenido tiempo tan siquiera de tomarse una tarde libre de verano. Ya era un viejo a los doce años.

- ¿Y qué hay de ti? - preguntó Miles- . ¿No has considerado nunca que tenías derecho a disfrutar un poco?

- Disfrutar. - Ella sonrió, restregándose contra él.- No creo recordar nada divertido en mi vida hasta el momento en que un joven que conozco rodó colina abajo conmigo.

- Kit es un niño maravilloso - dijo él con orgullo.

- Kit, ¡ja! Yo me refiero a alguien más grande, que aun cuando rodaba, se cuidaba bien de proteger su espada.

- ¿Te diste cuenta de eso, verdad? - dijo él con suavidad, pasándole un mechón de cabello por detrás de la oreja.

Por un momento se quedaron silenciosos, mientras Elizabeth lo miraba con curiosidad.

- Tú no eres un secuestrador - dijo por fin- . Te he observado con hombres y con mujeres y, si alguna virtud tienes, es que eres bondadoso con ellas. ¿Entonces por qué no me liberas? ¿Es porque, como tú dices, tengo tantos... problemas?- dijo esto último con cierta rigidez.

El no tomó la pregunta a la ligera, sino que pensó un momento antes de responder.

- Toda mi vida he disfrutado de la compañía de las mujeres. No hay nada que me guste más que tener una mujer bella en mis brazos. Mis hermanos parecían pensar que esto me hacía menos hombre, pero supongo que nadie puede cambiar su forma de ser. En cuanto a ti, Elizabeth, he visto algo que nunca antes había encontrado: el odio y la furia contra el hombre. Bronwyn ama a la gente y siempre logra que todos hagan lo que ella desea, pero no está segura de sí misma y necesita la confianza en sí mismo que tiene Stephen, para sentirse respaldada. Hizo una pausa- - Pero tú, Elizabeth, eres diferente. Tú probablemente pudieras arreglártelas sola, pero no llegarías a conocer las cosas buenas de la vida.

- Entonces, ¿por qué...? - comenzó ella- . ¿Por qué tener prisionera a una persona como yo? Seguramente una mujer dulce, más dócil, sería más de tu agrado.

El sonrió ante su tono insultante.

- Pasión, Elizabeth. Estoy convencido de que eres la mujer más apasionada de la tierra. Puedes odiar violentamente, y estoy seguro de que puedes amar con la misma violencia.

Ella trató de apartarse, pero él la sentó nuevamente a su lado, su rostro junto al de ella.

- Tú amarás una sola vez en tu vida - dijo él - Te tomarás tu tiempo para entregar ese amor, pero una vez que lo hayas hecho, ningún poder

sobre la tierra, o el infierno, podrá borrar ese amor.

Ella se quedó quieta junto a él, con los ojos clavados en esos círculos grises que la traspasaban.

- Yo quiero ser ese hombre - dijo él suavemente- . Quiero más que tu cuerpo, Elizabeth Chatworth. Quiero tu amor, tu mente, tu alma.

Cuando se inclinó para besarla, ella apartó el rostro.

- ¿No te parece que pides demasiado, Montgomery? Te he dado más de lo que jamás ha tenido ningún otro hombre, pero creo que eso es todo lo que tengo para dar. Mi alma le pertenece a Dios; mi mente, a mí misma, y mi amor es para mi familia.

El se apartó y comenzó a vestirse.

- Me has preguntado por qué te tengo prisionera, y te lo he dicho. Ahora volveremos a la fortaleza de los MacGregor y conocerás a sus hombres. MacGregor está enojado contigo porque lo atacaste con un cuchillo, y tú te vas a disculpar.

A ella no le gustó su actitud.

- El es amigo de los MacArran, quienes están emparentados con mis enemigos, los Montgomery - sonrió con dulzura- , y por lo tanto yo tenía todo el derecho de tratar de protegerme.

- Muy cierto - convino él, alcanzándole sus ropas- . Pero si este MacGregor no se apacigua, podría haber problemas entre los clanes.

Ella comenzó a vestirse hoscamente.

- No me gusta eso - masculló- . Y no voy a entrar sin un arma en un salón lleno de hombres desconocidos.

- Elizabeth - dijo Miles pacientemente- . No puedes blandir un hacha cada vez que encuentras un grupo de hombres reunidos. Además, estos escoceses tienen sus propias mujeres hermosas. Tal vez no se enloquezcan tanto con tus encantos como para cometer actos lujuriosos indescriptibles.

- ¡No he querido decir eso! - replicó ella, dándole la espalda- . ¿Es que tienes que reírte de...? El le puso una mano en los hombros.

- No era mi intención burlarme, pero debes comenzar a darte cuenta de lo que es normal y de lo que no lo es. Voy a estar ahí para protegerte.

- ¿Y quién me va a proteger a mí de ti? Al oír esto, sus ojos se encendieron y le pasó una mano por el contorno de los senos.

- Tengo el gusto de comunicarte que no habrá nadie que te pueda proteger de mí.

Ella se soltó y continuó vistiéndose.

Lo que Miles tenía planeado para Elizabeth era, a los ojos de ella, una clarísima tortura. Le clavó los dedos en los hombros hasta que todo su brazo estuvo dolorido, y la obligó a estrechar la mano de más de cien de los hombres de MacGregor. Cuando hubo terminado, se dejó caer en una silla contra la pared y, con mano temblorosa, bebió el vino que Miles le ofrecía. Cuando 61 la elogió como si se tratara de un perrito que hubiera hecho bien algunos trucos, ella hizo un gesto despectivo; él le besó los dedos y rió.

- Ahora será más fácil - le dijo él en tono confiado.

Y, en verdad, las cosas fueron más sencillas, pero llevó tiempo. Miles no la perdió de vista ni un momento. No le permitió caminar detrás de los hombres, y cuando ella se daba la vuelta para vigilarlos, él le llamaba la atención.

Salieron de caza, y en un momento dado Elizabeth quedó apartada de

Miles.

Tres MacGregor dieron con ella y se mostraron muy cordiales, pero cuando volvió junto a Miles, tenía miedo reflejado en los ojos. Instantáneamente él la pasó a su cabalgadura, la abrazó y trató de tranquilizarla, pero cuando esto no resultó suficiente, le hizo el amor bajo un haya.

Miles la puso sobre aviso únicamente respecto de uno de los MacGregor: Davy MacArran, el hermano de Bronwyn. Detestaba al muchacho, que en realidad era mayor que él. Miles dijo, lleno de desprecio, que Davy había tratado de matar a su propia hermana.

- Aunque mis hermanos son extraordinariamente arrogantes - dijo Miles- , cualquiera de ellos daría su vida por mí, como yo la daría por ellos. Me enferman los hombres que van en contra de su propia familia.

- ¿Como pretendes que lo haga yo? - replicó ella- . Me estás pidiendo que olvide a mis hermanos y que te entregue mi cuerpo y mi alma.

Los ojos de Miles brillaron de furia, antes de dejarla sola en la gran habitación que compartían.

Elizabeth se acercó a la ventana y miró a los hombres que se encontraban abajo, en e' patio. Se sentía extraña al pensar que si así lo deseaba, podía caminar por ese patio sin ser molestada. Sin el temor de verse obligada a luchar por su vida. No se sentía impulsada a ponerse a prueba, pero el saber eso le resultaba placentero.

MacGregor se paseaba de un lado a otro pavoneándose, y ese orgullo excesivo hizo que Elizabeth sonriera. MacGregor había tenido que controlarse cuando se vio obligado a dar la mano primero a Bronwyn y después a Elizabeth, y cuando Miles prácticamente empujó a ésta para que se adelantara a saludarlo, él casi ni la había mirado. Esto no le había sucedido nunca anteriormente, y antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se encontró prácticamente obligándolo a iniciar una conversación. En pocos momentos él se había rendido a su simpatía. Le gustaban las mujeres bonitas, pero como ya se consideraba un viejo, pensaba de vez en cuando si gustaría a las mujeres bonitas. Elizabeth disipó la idea muy pronto.

Más tarde Miles se mostró disgustado.

- Qué rápido has cambiado de un conejito asustado a una tentadora de hombres.

- ¿Y crees que soy una buena tentadora? - se burló ella- . Lachian MacGregor es viudo. Tal vez...

No pudo terminar de hablar, porque Miles la besó con tal fiereza que estuvo a punto de lastimarle la boca. Tocándose el labio inferior, se quedó mirando los anchos hombros de él, mientras Miles se alejaba... y sonrió. Estaba comenzando a darse cuenta de que tenía un cierto poder sobre Miles, aunque no sabía hasta dónde podía llegar.

En ese momento, mientras miraba el patio de armas, algunos hombres que usaban las insignias de los MacArran entraron cabalgando al lugar. Los MacGregor se mostraron falsamente cordiales, pero Elizabeth observó que todos los hombres mantenían las manos muy cerca de la empuñadura de sus espadas. En ese momento Miles salía de la casa de piedra de los MacGregor y comenzaba a hablar con los MacArran.

Elizabeth miró un momento más y con un suspiro se alejó de la ventana, para comenzar a guardar todas las pertenencias de Miles. Estaba absolutamente segura de que partirían en cualquier momento.

Miles abrió la puerta, hizo una pausa, vio lo que ella estaba haciendo y se apresuró a ayudarla.

- Mi hermano Gavin ha ido a Larenston.

- ¿Con Roger? - Ella se detuvo un momento, con una capa de terciopelo en sus brazos.

- No, tu hermano ha huido.

Ella se volvió rápidamente hacia él.

- ¿Ileso? ¿Con el cuerpo sano?

Los ojos de Miles se abrieron, sorprendidos.

- Por lo que yo sé, todo está en su lugar. - Le tomó las manos.- Elizabeth... Ella se soltó.

- Será mejor que busques alguna de las bellas criadas de los MacGregor para que arreglen tus finas ropas. - Con estas palabras, salió corriendo hacia las escaleras que se escondían detrás del tapiz.

A pesar de todos sus esfuerzos, no pudo evitar llorar. Se lanzó a la negra oscuridad, estuvo a punto de caer y terminó por sentarse en un frío escalón de piedra, al percibir el ruido de ratas que más abajo se revolvían inquietas ante su intrusión.

Sentada allí, como si su vida fuera a terminar en cualquier momento, supo que no tenía ninguna razón para sollozar así. Su hermano ya no estaba prisionero como ella; además, estaba ileso. Y ahora Gavin Montgomery había llegado y lo más probable era que tratara de convencer a su hermano menor de que la liberara. Tal vez mañana a estas horas estaría camino de casa. Ya no tendría que verse obligada a saludar a hombres extraños. Ya no sería una cautiva, y podría regresar a casa con su propia familia.

Un sonido en la parte superior de la escalera la hizo volverse, y aun cuando no podía verlo, supo que Miles estaba allí. Instintivamente, le tendió los brazos.

Miles la abrazó con tanta fuerza que ella temió por sus costillas, pero lo único que hizo fue aferrarse de él con más desesperación. Eran como dos niños escondiéndose de sus padres, temerosos del mañana, aprovechando el momento presente.

Para ellos no hubo polvo ni suciedad, ni esos ojitos furiosos que los observaban mientras se arrancaban la ropa uno a otro, con las bocas siempre juntas. La violencia con la que juntos llegaron al climax fue algo nuevo para Elizabeth porque Miles siempre se había mostrado tierno con ella, pero cuando le hundió las uñas en la espalda, él reaccionó. Las escaleras crujieron detrás de ella cuando Miles le levantó las caderas y la tomó con pasión ciega, con fiereza, y la respuesta de ella no fue menos apasionada. Ella apoyó los pies contra un escalón y elevó como pudo su joven y vigoroso cuerpo.

El rayo de luz que los traspasó los dejó débiles, temblando, abrazados como si fueran a morir si se separaban.

Miles fue el primero en recobrarse.

- Tenemos que irnos - susurró con cansancio- . Nos esperan abajo.

- Sí - dijo ella- . El hermano mayor quiere vernos. - Incluso en la oscuridad, podía sentir los ojos de Miles observándola.

- No debes temer a Gavin, Elizabeth.

- El día en que un Chatworth le tema a un Montgomery... - comenzó ella, pero Miles la silenció con un beso.

- ¡Así me gusta! Ahora, si puedes quitarme las manos de encima por un momento, cabalgaremos hasta Larenston.

- ¡Tú! - Ella comenzó a golpearlo, pero él subió corriendo las escaleras antes que lo alcanzara, y cuando Elizabeth trató de moverse, gimió por el dolor de sus muchas magulladuras. Salió por detrás del tapiz doblado, las manos en la parte de atrás de la cintura. Miles trató de ocultar su risa y ella se estiró dolorosamente.- Si no fuera porque las mujeres siempre tienen que estar abajo... - dijo enfadada, y se paró en seco, cuando vio que MacGregor estaba allí, apoyado en un arcón.

- Yo iba a decir que espero que hayáis disfrutado de vuestra visita, lady Elizabeth. - Los ojos del hombre brillaron alegremente, y Elizabeth se concentró en la tarea de preparar sus cosas, ignorándolo tan totalmente que no notó cuando él se puso a sus espaldas. Cuando le tocó los hombros con sus grandes manazas, ella resopló, pero Miles la agarró de un brazo y le hizo una muda advertencia con la mirada.

- Ha sido un placer tenerla aquí, Elizabeth dijo MacGregor mientras le quitaba el broche que tenía prendido en el hombro y lo reemplazaba por otro redondo, de plata, con el emblema de los MacGregor.

- Gracias - dijo ella dócilmente y, para gran sorpresa de los tres, depositó un rápido beso en la mejilla del hombre.

La mano de Miles la apretó aún más y él la miró con tal deleite que pareció que todo su cuerpo se iba a derretir.

- Dulce niña, ven a visitarme pronto.

- Lo haré - dijo ella, y sonrió abiertamente, porque en verdad pensaba regresar algún día.

Los tres juntos bajaron hacia el patio de armas, donde los caballos esperaban.

Elizabeth miró con curiosidad a todos los MacGregor, porque supo que los iba a extrañar. Sintiéndose rara, tuvo el impulso de darle la mano a algunos de ellos. Miles se mantenía cerca de ella y Elizabeth era muy consciente de su presencia, por la que se sentía agradecida, pero su miedo a tocar a otros hombres y que éstos la tocaran a ella había quedado en eso, miedo, ya no terror.

Cuando recorrió toda la fila de hombres se alegró de montar su caballo. Detrás de ella estaban los hombres de Bronwyn a quienes no conocía, y sintió deseos de gritar ante la injusticia de tener que abandonar un lugar donde había comenzado a sentirse segura.

Miles se le acercó y le estrechó las manos.

- Recuerda que estoy aquí - le dijo. Ella asintió con la cabeza, espoleó su caballo y partieron.

¿Cuánto tiempo más estaría él ahí?, tuvo deseos de preguntar. Sabía mucho de Gavin Montgomery. Era un hombre codicioso, traicionero, cuyo episodio con Alice Chatworth casi la había vuelto loca. Y Gavin era el jefe de la familia Montgomery. A pesar de las ínfulas de Miles, él sólo tenía veinte años y Gavin estaba encargado de custodiar a su hermano menor. ¿La llevaría lejos Gavin, la utilizaría para sus propios propósitos contra la familia Chatworth? Miles creía que Roger había matado a Mary Montgomery. ¿Aprovecharía Gavin la ocasión para vengarse de los Chatworth?

- Elizabeth - la llamó Miles- . ¿Qué es lo que estás planeando?

Ella no se molestó en contestarle y mantuvo la cabeza bien alta mientras entraban en Larenston. Miles la ayudó a desmontar.

- Seguramente mi hermano mayor está dentro, ansioso por ponerme las manos encima - dijo Miles picaramente.

- ¿Cómo puedes reírte de esta situación?

- La única forma de entenderse con mi hermano es riéndose - dijo él con toda seriedad- . Vendré por ti en un momento.

- ¡No! - exigió ella- . Me enfrentaré a tu hermano contigo.

Miles inclinó la cabeza, estudiándola.

- Creo sospechar que intentas protegerme de mi hermano.

- Eres un hombre gentil, y…

Al oír esto, Miles rió tan estrepitosamente que asustó a los caballos. La besó efusivamente en la mejilla.

- Eres una criatura hermosa y dulce. Vamos, entonces, y protégeme si así lo deseas, pero por si acaso no perderé de vista los pies de Gavin.

Gavin, Stephen y sir Guy esperaban en las habitaciones superiores. Gavin era tan alto como Miles, pero sus rasgos eran más duros y tenía una expresión de clara furia.

- ¿Es ella Elizabeth Chatworth? - preguntó con los dientes apretados. No esperó una respuesta- , Sacadla de aquí. Guy, acompáñala.

- Ella se queda - dijo Miles en tono frío, sin molestarse en mirar a ninguno de sus hermanos- . Elizabeth, siéntate.

Ella obedeció, sentándose en una silla que la empequeñecía.

Después de lanzarle a Elizabeth una mirada de furia, Gavin se volvió hacia Miles, quien estaba sirviéndose una copa de vino.

- ¡Que Dios te lleve al infierno y no te deje escapar, Miles! - aulló Gavin- . Entras tranquilamente aquí como si no hubieras estado a punto de iniciar una guerra privada entre nuestras familias, y traes contigo a esta… esta…

- Dama - dijo Miles, mientras sus ojos se oscurecían.

- Si era una dama, juraría que ya no lo es después de haber pasado todas estas semanas contigo.

Los ojos de Miles se volvieron negros como la noche. Acercó la mano a la empuñadura de su espada pero sir Guy lo detuvo.

- Gavin - interrumpió Stephen- , no tienes derecho a insultar a nadie. Di lo que has venido a decir. Gavin se acercó más a Miles.

- ¿Sabes el precio que está pagando nuestra familia por esta escapada tuya?

Raine no puede ni asomar la cara y tiene que esconderse en el bosque, y yo he pasado todo el mes anterior en compañía de ese bastardo de Chatworth, tratando de salvar tu maldito pellejo.

Elizabeth esperaba que Miles le dijera a Gavin que él nada tenía que ver con que Raine estuviera proscrito, pero permaneció silencioso, los ojos, todavía oscuros, clavados en los de su hermano.

En la mandíbula de Gavin, un músculo le temblaba frenéticamente.

- Me la vas a entregar de inmediato y yo la voy a llevar con su hermano. Esperaba que a estas alturas hubieras recobrado el sentido común y la hubieras dejado ir. Estoy seguro de que has tomado su virginidad y voy a tener que pagar un alto precio por ello, pero…

- ¿Lo vas a pagar tú o Judith? - preguntó Miles con calma, dándole la espalda a su hermano.

Un denso silencio cayó sobre el salón, y hasta Elizabeth contuvo el

aliento.

- ¡Ya basta, los dos! - intercedió Stephen- . ¡Y, por el amor de Dios, Gavin, cálmate! Ya sabes cómo se pone Miles cuando te pones a insultar a la mujer que lo acompaña. Y tú. Miles, estás provocando a Gavin. Miles, Gavin ha tenido prisionero a Chatworth para darte algún tiempo y para que te decidieras a liberar a lady Elizabeth, y te podrás imaginar que tuvo un gran disgusto cuando Chatworth escapó y supo que lady Elizabeth aún seguía contigo. Todo lo que tienes que hacer es enviarla de regreso con Gavin, y todo estará bien.

Elizabeth contuvo otra vez el aliento mientras observaba la espalda de Miles y sentía los ojos de Gavin sobre ella. En ese momento decidió que el hombre no le gustaba. Y le devolvió la mirada con arrogancia. Al mismo tiempo vio que Miles los observaba a ambos.

- No la voy a dejar ir - dijo Miles con suavidad.

- ¡No! - aulló Gavin- . ¿Es que la familia no significa nada para ti? ¿Prefieres arriesgar nuestro nombre, el nombre de generaciones de Montgomery, simplemente por el trasero de una mujer?

Gavin no se esperaba el puño que se le estrelló en el rostro, pero en pocos segundos se recobró y saltó como una fiera contra Miles.

11

Stephen y sir Guy tuvieron que usar todas sus fuerzas para separar a los dos hombres.

Fue Gavin quien se calmó primero. Se sacudió los brazos de Stephen y se acercó a la ventana, y cuando nuevamente se volvió, había recobrado el control sobre sí mismo.

- Llevaos a lady Elizabeth de aquí - dijo con calma.

Sir Guy liberó a Miles y Miles le hizo un gesto con la cabeza a Elizabeth. Ella quiso protestar, pero supo que no era el momento, Miles no tenía intenciones de devolverla a su hermano, de eso estaba segura.

Cuando los hombres se quedaron solos, Gavin se desplomó en una silla.

- Hermano contra hermano - dijo, abatido- . A Chatworth le encantaría saber lo que está pasando entre nosotros. Stephen, sírveme un poco de vino.

Con la copa en la mano, continuó.

- El rey Enrique ha ordenado que esta enemistad entre los Montgomery y los Chatworth finalice. He alegado que nuestra familia es absolutamente inocente.

Raine atacó a Chatworth por lo que le había ocurrido a Mary, y sé que tú no has tenido nada que ver con el secuestro de Elizabeth.

Gavin tomó un largo trago. Estaba acostumbrado a estos monólogos con su hermano menor. Sacarle a Miles una palabra era mucho más difícil que arrancarle un diente.

- ¿Te ha dicho algo tu Elizabeth acerca de la joven cantante que estaba con ella cuando Pagnell la enrolló en la alfombra? Deberías preguntarle, porque esa cantante hace muy poco que se casó con Raine.

Los ojos de Miles se mostraron ligeramente interesados.

- ¡Ah!, por fin tengo alguna respuesta de mi hermano.

- Gavin - le advirtió Stephen- , ¿Qué tiene que ver la esposa de Raine en todo esto? Gavin hizo un gesto con la mano.

- Pagnell la perseguía por alguna razón, la encerró en un sótano y Elizabeth Chatworth trató de salvarla. Cuando lo intentaba, también la atraparon, y para hacer una broma se la enviaron a nuestro libertino hermanito. Por el amor de Dios, ¿por qué no se la devolviste a Chatworth cuando supiste quién era?

- ¿Como él devolvió a mi hermana? - preguntó Miles tranquilamente- . ¿Desde cuándo te has vuelto tan pacifista?

- Desde que he visto cómo mi familia puede terminar destrozada a causa de este odio. ¿No se te ha ocurrido pensar que el rey puede tener algo que decir de todo esto? Castigó a Raine haciendo de él un proscrito y le impuso a Chatworth una multa muy fuerte. ¿Qué crees que hará contigo cuando sepa que estás reteniendo a esta Chatworth?

- Miles - dijo Stephen- . Gavin está preocupado por ti. Sé que te has encariñado con la muchacha, pero esto no termina ahí.

- Elizabeth merece algo mejor que ser devuelta a ese infierno que es la casa Chatworth - dijo Miles.

Al oír esto, Gavin gruñó y cerró los ojos con cansancio.

- Has estado demasiado tiempo cerca de Raine. No importa lo que pienses de Chatworth, no importa lo que Elizabeth haya hecho, lo hizo pensando que era lo correcto. He pasado varias semanas con él y….

- Todos sabemos bien que estás de parte de Chatworth - dijo Miles llanamente, refiriéndose a la larga relación amorosa de Gavin con Alice

Librodot

Chatworth- . No la voy a dejar ir y nada de lo que digáis me va a convencer de lo contrario. La mujer es mía. Y ahora, si me permitís, quisiera ver a Bronwyn.

A pesar de la certeza que tenía de que iba a poder quedarse junto a Miles, Elizabeth recorría la habitación de un extremo a otro. Sentía lástima de sí misma porque quería quedarse en Escocia, quería quedarse en un lugar donde no sintiera miedo. Roger, pensó, el querido Roger, protector y furioso estaría en alguna parte de Inglaterra buscándola, frenético por encontrarla, sin embargo ella deseaba que no tuviera éxito en su empresa.

- Sólo un poco más de tiempo - susurró- . Si pudiera tener aunque sólo fuera otro mes, luego me iría de buen grado. Y tendría recuerdos que me durarían toda la vida.

Estaba tan absorta en sus propios pensamientos que no oyó la puerta que se abría a sus espaldas, y cuando escuchó las suaves pisadas atrás de ella, giró furiosa para presentar batalla.

- ¿Te... te gustó estar con los MacGregor? - tartamudeó Kit, sin entender la ira que se reflejaba en el rostro de ella.

Instantáneamente la expresión de Elizabeth cambió. Se arrodilló, abrió los brazos y abrazó al niño muy, muy cálidamente.

- Te he extrañado tanto, Kit - susurró ella. Cuando se le aclaró la visión, lo alejó un tanto de sí- . Me dieron una habitación muy grande con una escalera secreta, y tu papá y yo hicimos una guerra de tartas y nos fuimos a nadar a un lago muy frío.

- Bronwyn me ha dado un potrillo - respondió Kit- y el tío Stephen me llevó a dar una vuelta, y ¿qué clase de tartas? - Se inclinó hacia adelante y susurró en voz muy alta.- ¿Hiciste enfadar a papá?

- No - sonrió ella- . Ni siquiera cuando le di en medio de la cara con una tarta de cerezas. Ven, y siéntate a mi lado y te contaré cómo el perro de | Bronwyn me salvó de los lobos, i Un tiempo después Miles los encontró juntos, dormidos, y ambos parecían perfectamente satisfechos. Miles los observó largo rato. Cuando oyó el ruido lejano de caballos en el patio de armas, supo que Gavin estaba por partir; se inclinó y depositó un beso en la frente de Elizabeth.

- Te daré más niños, Elizabeth - murmuró, tocando la mejilla de Kit- . Ya verás cómo sí.

- ¡De ninguna manera! - le dijo Elizabeth a Miles, con gesto adusto- . Casi me he matado haciendo lo que tú querías, pero no voy a aceptar quedarme aquí sola mientras andas por el campo cazando y divirtiéndote.

- Elizabeth - dijo Miles pacientemente- . Voy de caza y no te vas a quedar aquí sola. Todos los MacArran...

- ¡MacArran! - le espetó ella- . ¡Todos esos hombres junto a mí durante tres días! No, no me quedaré. Iré de caza contigo.

- Sabes que me encantaría tenerte conmigo, pero creo que necesitas quedarte aquí. Habrá momentos en que no puedas estar todo el tiempo conmigo y necesitas aprender... - Se detuvo cuando ella le dio la espalda.

- No te necesito a ti ni a ningún otro hombre, Montgomery - respondió ella con los hombros rígidos.

Miles quiso tocarla pero ella lo esquivó.

- Elizabeth, hemos pasado muchas cosas juntos y no quiero que algo así nos distancie. Creo que deberías quedarte aquí con Kit y los hombres y tratar de sobreponerte a tus temores. Si no crees ser capaz de hacerlo,

dímelo, y por supuesto que te llevaré conmigo. Estaré abajo.

Elizabeth no volvió a mirarlo y él abandonó la habitación. Casi habían transcurrido dos meses desde que Gavin había ido a buscarlos, y durante ese tiempo Elizabeth había comprendido el significado de la felicidad. Ella, Miles y Kit habían pasado juntos días maravillosos, jugando en la nieve recién caída, riendo juntos. Y las Navidades habían sobrepasado todas sus expectativas... habían sido unas Navidades en familia.

Bronwyn le había enseñado muchas cosas, no dándole clases sino con el ejemplo. Elizabeth había cabalgado con Bronwyn algunas veces, para acompañarla en sus visitas a las cabañas de la comarca. Tuvo momentos de pánico, y una vez Elizabeth desenfundó un cuchillo contra un hombre que la seguía muy de cerca, pero Bronwyn había intervenido, calmándola. Después de eso no se repitieron las escenas iniciales de hostilidad entre ellas. Bronwyn pareció adoptar a Elizabeth como si se tratara de una hermana menor, y no la consideraba una rival en potencia. Cuando Bronwyn comenzó a darle órdenes a Elizabeth, al igual que hacía con todo el mundo. Miles y Stephen se tranquilizaron. Tres veces le había respondido Elizabeth que podía lanzarse de cabeza por el acantilado, y las tres veces Bronwyn se había reído jovialmente.

Parecía que Rab también había adoptado a Elizabeth y con frecuencia desobedecía a ambas mujeres, escabullándose en las sombras. Cuando Stephen aseguraba que el perro era un cobarde, ambas mujeres se volvían contra él.

Y día a día Miles y Elizabeth se sentían más cerca el uno del otro. Algunas veces, mientras ella miraba cómo Miles se entrenaba, con la parte superior de su cuerpo desnuda, brillando por el sudor, ella sentía que se le debilitaban las rodillas. El siempre percibía su presencia, y las miradas ardientes que le dirigía la hacían temblar. En una ocasión la lanza de Stephen había pasado a pocos centímetros de la cabeza de Miles, porque éste estaba demasiado pendiente de la lujuriosa apariencia de Elizabeth. Stephen estaba tan furioso que estuvo a punto de estrangular a Miles.

- Otro centímetro y te hubiera matado - vociferó Stephen. fuera de sí.

Tanto Bronwyn como Elizabeth y Rab, además de sir Guy, se vieron envueltos en la pelea. Stephen, con todo su cuerpo rojo de furia, le había exigido a Miles que sacara a Elizabeth del campo de entrenamiento. Miles, completamente confundido por el estado de excitación de su hermano había aceptado prontamente. ¡Y qué tarde memorable que fue aquélla! A pesar de la calma exterior que trasuntaba Miles, la furia tan fuera de lo habitual de Stephen lo había alterado, y alternativamente atacaba a Elizabeth y se agarraba a ella.

Hicieron el amor en la cama, sobre una silla cuyo brazo casi le rompe la espalda a ella y contra la pared. Por desgracia, Miles estrelló a Elizabeth contra un tapiz y ella se agarró de éste para sujetarse. La alfombra, pesada y cargada de polvo había caído sobre ellos... pero siguieron con su tarea, hasta que la tos no los dejó continuar. Aferrados uno al otro se arrastraron fuera del tapiz y siguieron con lo suyo sobre el frío suelo de piedra. Esa noche, cuando bajaron a cenar, sonrojados y exhaustos, todo el clan MacArran estalló en estrepitosas carcajadas, Stephen aún continuaba enojado, y sólo abrió la boca para ordenar que a partir de ese momento Elizabeth había de mantenerse lejos del campo de entrenamiento.

Dos meses enteros más una semana juntos, casi cinco meses desde su

Librodot

"captura", pensó ella. Pero ahora tenía la sensación de que se les estaba acabando el tiempo.

Gavin le envió un mensajero a Miles. Roger Chatworth y Pagnell se habían presentado juntos ante el rey, y Roger le había dicho al rey Enrique que Raine estaba reuniendo un ejército para enfrentársele y que Miles tenía a Elizabeth como rehén. El rey había declarado que si Miles no liberaba a Elizabeth, sería declarado traidor y todas sus tierras serían confiscadas. Y en cuanto a Raine, el rey había amenazado con quemar todo el bosque.

Gavin le había rogado a Miles que liberara a Elizabeth. Miles pasó muchos días sin hablar, pero ocasionalmente la miraba con añoranza, y Elizabeth supo que sus días juntos estaban contados. Miles comenzó a exigirle que pasara más tiempo con los MacArran, como si quisiera prepararla para el momento de la separación... para un futuro sin él.

Elizabeth se sentía destrozada. Quería sobreponerse al temor que sentía hacia los hombres, pero al mismo tiempo deseaba pasar cada momento de su vida con Miles y Kit.

- ¡Maldición! - mascullaba en la soledad de su cuarto. ¿Cómo había pasado de ser tan independiente a esta situación de total dependencia?

Gavin había ido nuevamente a Escocia, esta vez en un estado de furia que no se podía comparar al de su primera visita, y por primera vez Elizabeth se sintió un tanto culpable por desear permanecer en el tranquilo hogar de los MacArran. Cuando Miles se presentó en sus habitaciones, ella le pidió que se le permitiera regresar con Gavin. Tenía pensado decirle que de esa forma se salvarían ambas familias, pero Miles no le dio la más mínima opción. Ni la furia de Stephen y Gavin juntos pudo igualar a la de Miles. Maldijo en tres idiomas, arrojó objetos por el aire, destrozó una silla con sus propias manos, atacó una mesa a hachazos. Entre Tam y sir Guy apenas si pudieron calmarlo.

Gavin y Stephen ya habían visto antes a su hermano menor en un estado de ánimo semejante. Incluso Gavin» después de la escena de Miles, se dio por vencido y regresó a su hogar. Y Elizabeth quedó debilitada, mirando con lágrimas en los ojos el espectáculo del abatimiento de Miles. Roger y Miles, pensaba una y otra vez, Roger y Miles. Tenía un hogar y dos hermanos, uno de los cuales estaba revolviendo toda Inglaterra para encontrarla, y sin embargo allí estaba ella, llorando por el enemigo, un hombre que la había protegido, que se había mostrado paciente y gentil y que le había enseñado que la vida podía ser buena.

Soñolientamente Miles abrió los ojos.

- ¿Te he asustado? - preguntó roncamente. Ella sólo asintió con la cabeza.

- Yo me asusto de mí mismo. Estas cosas no me pasan muy seguido. - Le tomó la mano y se la llevó a la mejilla, como si se tratara del juguete de un niño- . No vuelvas a dejarme, Elizabeth. Tú me has sido entregada; me perteneces. - Y con esta frase tan repetida, se quedó dormido.

Eso había sucedido cuatro días atrás, sólo cuatro días atrás, y ahora él planeaba dejarla sola durante tres jornadas enteras mientras él y Stephen salían a cazar jabalíes. Tal vez Miles no llegaba a captar su miedo. Quizás estaba tan seguro de sí mismo que consideraba que siempre iba a poder mantenerla a su lado. Pero Roger ya había partido hacia Escocia con su ejército, ¿y entonces qué harían? ¿Podría ella simplemente quedarse mirando cómo los MacArran luchaban contra su hermano? ¿Podría

presenciar una lucha frente a frente entre Roger y Miles? ¿Sostendría a Kit en sus brazos mientras Miles moría, o se abrazaría a él por las noches, saboreando el gusto de la sangre de su hermano?

- Elizabeth - la llamó Bronwyn desde la puerta- . Miles ha dicho que no irías de cacería con ellos.

- No - dijo amargamente- . Debo quedarme aquí y rodearme de hombres.

Hombres detrás de mí, a mi lado, mirando todos mis movimientos. Bronwyn guardó silencio por un momento, mirando a la mujer rubia.

- ¿Estás preocupada por Miles o por tu hermano?

- Por ambos - respondió Elizabeth con honestidad- . ¿Y tú nunca has estado preocupada por traer contigo un esposo inglés aquí, en medio de tus escoceses? ¿No has pensado en si podías confiar en él?

Los ojos de Bronwyn bailaron con alegría.

- Ese pensamiento cruzó mi mente. Todo lo que deseaba Stephen era que yo admitiera que lo amaba. Pero para mí el amor era algo más que un cierto sentimiento indefinible.

- ¿Y estás satisfecha?

- Sí - respondió Bronwyn- . Creo que algunas mujeres aman a un hombre no importa lo que éste sea, pero en cuanto a mí, necesitaba saber que Stephen era el hombre que mi clan necesitaba, aparte de mis sentimientos hacia él.

- ¿Qué hubiera sucedido si tú lo hubieras amado, amado profundamente, y tu clan lo hubiera odiado? ¿Qué hubieras hecho si al quedarte con Stephen hubieras puesto en peligro a tu clan?

- Me hubiera quedado con mi clan –contestó Bronwyn, mirando fijamente a Elizabeth- . Yo dejaría cualquier cosa de lado, hasta sacrificaría mi propia vida con tal de evitar que se iniciara una guerra interna en el clan.

- ¿Y es eso lo que crees que yo debo hacer? - preguntó ásperamente- . Tú crees que debo regresar con mi hermano. Ahora, mientras Miles sale de caza sería el momento perfecto. Si pudiera contar con algunos de tus hombres podría... - Se detuvo, mientras clavaba sus ojos en los de Bronwyn.

Finalmente Bronwyn habló.

- Yo respeto al hermano de mi esposo. No te ayudaré a escapar.

Elizabeth rodeó a Bronwyn con los brazos.

- ¿Qué debo hacer? Ya has visto cómo reaccionó Miles cuando dije que debía regresar con Roger. ¿Debería intentar escapar nuevamente? ¡Oh, Señor! - Se alejó.- También eres mi enemiga.

- No - sonrió Bronwyn- , yo no soy tu enemiga, y tampoco lo son los Montgomery.

Todos aquí hemos llegado a quererte. Kit es capaz de seguirte hasta el fin del mundo. Pero llegará el momento en que tendrás que elegir. Hasta que este momento llegue, nadie podrá ayudarte. Ahora baja conmigo y dale a Miles un beso de despedida, antes que comience nuevamente a destrozarme los muebles. Ya es suficiente con lo que ha hecho. Y dime algo, ¿cómo ha llegado al suelo ese tapiz?

La cara repentinamente roja de Elizabeth hizo que Bronwyn bajara las escaleras riendo a más no poder.

- Elizabeth - sonrió Miles, llevándola hacia un rincón oscuro y besándola con apasionamiento- . Estaré fuera sólo por tres días. ¿Me vas a extrañar muchísimo?

- Tú eres el menor de los males. Si vuelves y te encuentras con que media docena de hombres tienen los pies rotos, será tu culpa.

Le acarició la mejilla.

- Después de la experiencia de sir Guy, no creo que les importe mucho.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Bronwyn puso a ese gigante feo en manos de una muchacha para que lo atendiera, y ahora los dos son inseparables. Ella lo tiene cargando agua y no hay duda de que si Guy supiera sostener una aguja, estaría bordándole los cuellos de las camisas.

Elizabeth estuvo a punto de dar una patada a Miles por lo que había dicho, porque la camisa que usaba debajo de la manta escocesa se la había bordado ella.

- Y ahora, mi pequeña cautiva, compórtate, o te enviaré de regreso a casa.

Los ojos de ella se endurecieron, pero Miles rió y le acarició el cuello.

- Lo que sientes se te refleja en la mirada. Bésame otra vez y muy pronto estaré de vuelta.

Minutos después Elizabeth se quedaba con los brazos vacíos y un gran peso en el corazón. Pero algo iba a pasar, y ella lo sabía. Su primer impulso fue esconderse en sus habitaciones, quedarse allí durante esos tres días, pero sabía que Miles tenía razón. Ese era un buen momento para intentar sobreponerse a algunos de sus miedos.

A primera hora de la tarde había arreglado su propia expedición. Ella y Kit saldrían a cabalgar con diez hombres, incluido Tam, para visitar una ruina de la que Bronwyn le había hablado. Kit podría explorar a gusto y ella trataría de tragarse el miedo.

Para cuando llegaron a las ruinas, el corazón de Elizabeth le latía con fuerza, pero pudo sonreírle a Tam cuando éste la ayudó a desmontar. Cuando oyó a un hombre a sus espaldas, en lugar de volverse frenéticamente, como era su costumbre, trató de actuar en forma normal. Giró para encontrarse con Jar!, y su premio fue una gran sonrisa de orgullo del joven. Ella soltó una risita.

Bronwyn, mirando fijamente a Elizabeth- . Yo dejaría cualquier cosa de lado, hasta sacrificaría mi propia vida con tal de evitar que se iniciara una guerra interna en el clan.

- ¿Y es eso lo que crees que yo debo hacer? - preguntó ásperamente- . Tú crees que debo regresar con mi hermano. Ahora, mientras Miles sale de caza sería el momento perfecto. Si pudiera contar con algunos de tus hombres podría... - Se detuvo, mientras clavaba sus ojos en los de Bronwyn.

Finalmente Bronwyn habló.

- Yo respeto al hermano de mi esposo. No te ayudaré a escapar.

Elizabeth rodeó a Bronwyn con los brazos.

- ¿Qué debo hacer? Ya has visto cómo reaccionó Miles cuando dije que debía regresar con Roger. ¿Debería intentar escapar nuevamente? ¡Oh, Señor! - Se alejó.- También eres mi enemiga.

- No - sonrió Bronwyn- , yo no soy tu enemiga, y tampoco lo son los Montgomery. Todos aquí hemos llegado a quererte. Kit es capaz de seguirte hasta el fin del mundo. Pero llegará el momento en que tendrás que elegir. Hasta que este momento llegue, nadie podrá ayudarte. Ahora baja conmigo y dale a Miles un beso de despedida, antes que comience nuevamente a destrozarme los muebles. Ya es suficiente con lo que ha hecho. Y dime algo,

¿cómo ha llegado al suelo ese tapiz?

La cara repentinamente roja de Elizabeth hizo que Bronwyn bajara las escaleras riendo a más no poder.

- Elizabeth - sonrió Miles, llevándola hacia un rincón oscuro y besándola con apasionamiento- . Estaré fuera sólo por tres días. ¿Me vas a extrañar muchísimo?

- Tú eres el menor de los males. Si vuelves y te encuentras con que media docena de hombres tienen los pies rotos, será tu culpa.

Le acarició la mejilla.

- Después de la experiencia de sir Guy, no creo que les importe mucho.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Bronwyn puso a ese gigante feo en manos de una muchacha para que lo atendiera, y ahora los dos son inseparables. Ella lo tiene cargando agua y no hay duda de que si Guy supiera sostener una aguja, estaría bordándole los cuellos de las camisas.

Elizabeth estuvo a punto de dar una patada a Miles por lo que había dicho, porque la camisa que usaba debajo de la manta escocesa se la había bordado ella.

- Y ahora, mi pequeña cautiva, compórtate, o te enviaré de regreso a casa.

Los ojos de ella se endurecieron, pero Miles rió y le acarició el cuello.

- Lo que sientes se te refleja en la mirada. Bésame otra vez y muy pronto estaré de vuelta.

Minutos después Elizabeth se quedaba con los brazos vacíos y un gran peso en el corazón. Pero algo iba a pasar, y ella lo sabía. Su primer impulso fue esconderse en sus habitaciones, quedarse allí durante esos tres días, pero sabía que Miles tenía razón. Ese era un buen momento para intentar sobreponerse a algunos de sus miedos.

A primera hora de la tarde había arreglado su propia expedición. Ella y Kit saldrían a cabalgar con diez hombres, incluido Tam, para visitar una ruina de la que Bronwyn le había hablado. Kit podría explorar a gusto y ella trataría de tragarse el miedo.

Para cuando llegaron a las ruinas, el corazón de Elizabeth le latía con fuerza, pero pudo sonreírle a Tam cuando éste la ayudó a desmontar. Cuando oyó a un hombre a sus espaldas, en lugar de volverse frenéticamente, como era su costumbre, trató de actuar en forma normal. Giró para encontrarse con Jar!, y su premio fue una gran sonrisa de orgullo del joven. Ella soltó una risita.

- ¿Están todos enterados de lo que me pasa? - le preguntó a Tam.

- Mi clan os tiene mucho respeto porque vos podéis escabulliros por el bosque como cualquier mujer escocesa, y además porque nos gusta la gente con espíritu combativo.

- ¡Espíritu combativo! Pero yo me he sometido a mis enemigos.

- De ninguna manera, muchacha - rió Tam- . Sólo habéis entrado en razón y finalmente habéis comprendido qué buena gente somos los escoceses y, en menor grado, también los Montgomery.

Elizabeth se unió a su risa, y lo mismo hicieron los demás hombres.

Más tarde, mientras Elizabeth permanecía sentada en una gran piedra del antiguo castillo en ruinas, observando a los hombres que estaban un poco más abajo, se dio cuenta de que en realidad no les temía, y se alegró de

Librodot

ello.

En verdad, le debía mucho a Miles Montgomery.

Como estaba muy concentrada en lo que estaba mirando y ya no se mantenía en estado de alerta permanente durante los últimos meses, al principio no oyó el silbido que provenía de entre los árboles a sus espaldas. Cuando por fin penetró en su cerebro lleno de paz, todas las células de su cuerpo se pusieron tensas. Primero observó con cuidado si alguno de los MacArran había escuchado algo. Kit estaba jugando con el joven Alex y hacía mucho ruido, y los demás los miraban con afecto.

Lentamente, como si no se dirigiera a ninguna parte en particular, Elizabeth se levantó de las piedras y desapareció entre los árboles en forma totalmente silenciosa. Una vez en la espesura, permaneció muy quieta, y su mente volvió a los tiempos de su niñez.

Brian siempre había sido el que necesitaba protección. Era mayor que Elizabeth, pero parecía menor, y nunca había logrado desarrollar sus propias técnicas defensivas como Elizabeth. Si un hombre la atacaba, ella no tenía problemas en atacarlo con su cuchillo, pero Brian no podía. Con mucha frecuencia Elizabeth había rescatado a Brian de los hombres que Edmund solía llevar a casa. Mientras Edmund rugía de risa y lanzaba insultos al enclenque de su hermano, Roger y Elizabeth se ocupaban de tranquilizarlo.

Brian había permanecido escondido durante tantos días, sin comer y sin beber, que habían ideado una forma de comunicarse. Roger y Elizabeth eran los únicos que conocían ese silbido agudo, y siempre habían acudido a la llamada de Brian.

Ahora, Elizabeth se quedó donde estaba, esperando que apareciera su hermano. ¿Estaría solo o habría venido con Roger?

El joven que se le acercó en el claro del bosque era un extraño, y Elizabeth lo recibió con un resoplido de sorpresa. Brian siempre había sido guapo aunque de rasgos delicados, pero ahora parecía un espectro y su rostro parecía el de un fantasma.

- ¿Brian? - susurró ella. El asintió con gesto rápido.

- Tienes buen aspecto. ¿Te sienta bien el cautiverio?

Elizabeth se quedó muda ante su saludo. Nunca había oído a su hermano hablarle en ese tono a nadie, mucho menos a ella.

- ¿Roger... está contigo?

Los rasgos hundidos de Brian se hicieron más tenebrosos.

- No vuelvas a pronunciar ese nombre vil en mi presencia.

- ¿Cómo? - preguntó ella, acercándose a él- , ¿A qué te refieres?

Por un momento los ojos de él se hicieron más suaves y levantó una mano para tocar la sien de su hermana, pero finalmente no lo hizo.

- Muchas cosas han pasado desde la última vez que nos vimos.

- Cuéntame - susurró ella. Brian se alejó unos pasos.

- Roger secuestró a Mary Montgomery.

- Ya he oído eso, pero no puedo creer que Roger...

Brian la enfrentó con dos ojos como carbones encendidos.

- ¿Crees que no hay en él ni un poco de la sangre de Edmund? ¿Crees que alguno de nosotros tiene la oportunidad de escapar de la maldad que había en nuestro hermano mayor?

- Pero Roger... - comenzó ella.

- No quiero ni oír su nombre. Yo amaba a Mary, la amaba como nunca volveré a amar a nadie. Era buena y gentil y no deseaba hacerle daño a nadie, pero él, tu hermano, la violó, y ella, horrorizada, se arrojó desde una ventana.

- No - dijo Elizabeth calmadamente- . No lo puedo creer. Roger es bueno. No hace daño a la gente. El nunca quiso esta guerra entre los Montgomery y los Chatworth. Se hizo cargo de Alice cuando su propia familia se negó a hacerlo. Y él...

- El atacó a Stephen Montgomery por la espalda. Le mintió a Bronwyn MacArran y durante un tiempo la tuvo prisionera. Cuando Mary murió, liberé a Bronwyn y le llevé a Gavin el cadáver de su hermana ¿Te han contado la furia de Miles Montgomery cuando vio el cuerpo de su hermana? Le duró varios días.

- No - susurró Elizabeth, imaginándose vividamente la ira de Miles- . No han hablado demasiado respecto a la guerra. - Después de los primeros días ella y Miles habían parecido llegar a un acuerdo silencioso de no mencionar los problemas entre sus familias - Brian - dijo ella suavemente- . Pareces cansado y exhausto. Vuelve conmigo a Larenston y descansa. Bronwyn...

- No volveré a descansar mientras mi hermano siga con vida.

Elizabeth lo miró atónita.

- Brian, no puedo creer que hables así. Nos pondremos en contacto con Roger, y entonces nos sentaremos y hablaremos de todo esto.

- No lo puedes entender, ¿verdad? Tengo intención de matar a Roger Chatworth.

- ¡Brian! No puedes olvidar toda una vida por lo que sucedió en un solo día. ¿Recuerdas cómo Roger solía protegernos? ¿Recuerdas cómo arriesgó su vida para salvarte el día en que Edmund te hizo rodar por las escaleras y te rompió una pierna?

La cara de Brian no se suavizó.

- Yo amaba a Mary, y Roger la asesinó. Algún día comprenderás lo que eso significa.

- Podría amar a cien personas distintas, pero eso no haría que dejara de querer a Roger, que tanto ha hecho por mí. Incluso ahora me está buscando.

Brian la miró con aire dubitativo.

- Te has escabullido con mucha facilidad de tus guardias. Si no te vigilan tan estrechamente, ¿por qué no has escapado y vuelto con Roger?

Elizabeth se alejó unos pasos de él, pero Brian la agarró por el brazo.

- ¿Es que te atraen tanto los Montgomery? ¿Cuál te gusta? ¿El casado o el jovencito?

- ¡Miles está muy lejos de ser un jovencito! - exclamó ella- A veces la edad es engañosa. - Se interrumpió cuando vio la expresión de Brian.

- ¿Te olvidas de que yo he estado en las tierras de los Montgomery? Así que es a Miles a quien amas. Buena elección. Es un hombre con carácter suficiente como para soportar tu temperamento.

- Lo que yo sienta por cualquiera de los Montgomery no cambia lo que siento por Roger.

- ¿Y qué es lo que sientes? ¿Qué te impide volver a él? Estos escoceses no deben de ser muy difíciles de burlar. Tú engañaste a Edmund durante años.

Ella se quedó silenciosa por un momento.

- No es sólo Miles. Aquí hay una paz como yo nunca he conocido. Aquí

nadie me pone un cuchillo en la garganta. En Larenston no se oyen alaridos distantes. Puedo caminar por los corredores sin tener que esconderme en las sombras.

- Una vez tuve una visión así - susurró Brian- , pero Roger la aniquiló, y ahora voy a matarlo.

- ¡Brian! Debes descansar y pensar en lo que estás diciendo. El la ignoró.

- ¿Sabes dónde se encuentra Raine Montgomery ahora?

- No - dijo ella, sorprendida- . Está escondido en un bosque. Hace un tiempo conocí a una cantante que había estado con él.

- ¿Sabes dónde la puedo encontrar?

- ¿Y a ti qué te puede importar dónde está ese Raine? ¿O también te ha hecho algo?

- Tengo pensado suplicarle que me enseñe a combatir.

- ¿Para enfrentarte a Roger? - dijo ella, boquiabierta, y luego sonrió- . Brian, Roger jamás peleará contigo, y mírate. No tienes ni la mitad del físico de Roger y además parece que has perdido peso. Quédate aquí, descansa unos días y...

- No quieras protegerme Elizabeth. Sé muy bien lo que estoy haciendo. Raine Montgomery es fuerte y sabe cómo entrenarse. El me enseñará lo que necesito aprender,

- ¿De veras crees que te voy a ayudar? - preguntó ella, enojada- . ¿Crees que te diría dónde se encuentra Montgomery, si lo supiera? No estoy dispuesta a participar en esta locura.

- Elizabeth - dijo él dulcemente- . He venido a despedirme. Hace meses que espero por estos bosques la oportunidad de verte, pero siempre ibas rodeada de guardias. Ahora que te he visto puedo partir. Voy a luchar con Roger y uno de nosotros ha de morir.

- Brian, por favor, tienes que reconsiderar esto. - Como si fuera un anciano, la besó en la frente.

- Vive en paz, hermanita, y recuérdame con afecto.

Elizabeth estaba demasiado aturdida como para responder, pero cuando Brian giró para internarse en el bosque, los escoceses comenzaron a descolgarse de los árboles. Stephen Montgomery, con la espada en la mano, se plantó delante de Brian Chatworth.

12

- No le hagan daño - dijo Elizabeth con fuerza, sin temer en absoluto que Stephen fuera a lastimar a su hermano.

Stephen hizo caso de su petición y enfundó nuevamente la espada.

- Id con mis hombres y ellos os darán de comer - le dijo a Brian.

Brian miró por última vez a Elizabeth y abandonó el claro del bosque, rodeado de MacArrans.

Elizabeth quedó con la mirada fija en Stephen y comenzó a comprender muchas cosas.

Stephen tuvo la cortesía de mostrarse un tanto molesto. Con un gesto picaro se recostó contra un árbol, desenvainó la espada y comenzó a golpear un palo.

- Miles no sabe nada sobre esto - comenzó él.

- ¿Queréis decir que me habéis utilizado de carnada para atrapar a mi hermano? - saltó ella.

- Podría decirse que sí. Ha estado en el bosque durante varios días, acechando, viviendo de lo que encontraba, y nos intrigaba saber quién era y qué quería. Dos veces mientras estabais con Miles se os acercó, pero mis hombres lo hicieron huir. Decidimos dejar que os acercarais a él. En ningún momento habéis estado sola; mis hombres y yo estábamos directamente sobre vuestra cabeza, con las espadas desenvainadas y los arcos preparados.

Elizabeth se sentó en una enorme roca.

- No me gusta demasiado que me utilicen de esta forma.

- ¿Hubierais preferido que lo matáramos no bien lo viéramos? Hasta no hace muchos años ningún inglés podía aventurarse por las tierras de los MacArran y vivir para contarlo. Pero el muchacho parecía tan... frenético que quisimos saber más acerca de él.

Ella pensó un momento. No le gustó lo que él había hecho pero sabía que había tenido razón.

- Y ahora que está en su poder, ¿qué piensan hacer con él? - levantó la cabeza- ¿Está Bronwyn al tanto de este juego de gato y ratón?

No estuvo segura, pero le pareció que Stephen empalideció un tanto.

- Como amo la vida, doy gracias a Dios porque ella no sabe nada - dijo con vehemencia- . Bronwyn no hace cosas en secreto... al menos no muchas. Ella hubiera arrastrado al muchacho a Larenston, y Miles... - Se interrumpió.

- El odio de Miles por los Chatworth es muy profundo - terminó ella.

- Sólo por los hombres. - Sonrió.- Roger Chatworth fue el causante de la muerte de nuestra hermana y Miles no tiene intención de perdonarlo. Vos sólo conocéis la imagen de él que les muestra a las mujeres. Cuando se enfrenta con algún hombre que ha hecho daño a una mujer, se vuelve irracional.

- ¿Entonces, vos estabais seguro de que Brian era un Chatworth?

- Al menos eso creía, por su apariencia.

Elizabeth se quedó callada un momento. Brian realmente era un tanto parecido a Roger, con ese aspecto desafiante y su furia, encubierta con una expresión de a mí qué me importa.

- Ya habéis oído lo que ha dicho Brian. ¿No podríamos retenerlo aquí y mantenerlo alejado de Roger?

- Creo que se volvería loco. Más bien me ha parecido que estaba a punto de enloquecer ahora mismo.

- No - dijo ella, seria- . No lo creo. - Miró a Stephen con ojos expectantes.

- Creo que voy a hacer exactamente lo que Brian pide: lo voy a llevar con mi hermano Raine.

- ¡No! - dijo Elizabeth, poniéndose bruscamente de pie- . Raine Montgomery lo matará. ¿No atacó acaso a Roger?

- Elizabeth - la tranquilizó Stephen- . Raine no le hará ningún daño al muchacho, porque él ayudó a Mary. Si hay algo que Raine tiene, es un alto sentido de la justicia. Y además - dijo Stephen con una sonrisita- , mi hermano hará trabajar tanto a Brian que no le quedará tiempo para odiar. En tres días Brian estará tan agotado que sólo pensará en dormir.

Ella lo estudió por un momento.

- ¿Por qué estáis dispuesto a ayudar a un Chatworth? Mary era hermana vuestra también.

- Yo creí que vos pensabais que nosotros los Montgomery mentíamos cuando hablábamos de vuestro hermano y la muerte de Mary.

- Si Miles matara a la hermana de un extraño, ¿odiaríais vos a vuestro hermano sin siquiera preguntarle por qué lo hizo? Tal vez Roger haya estado involucrado, pero tal vez tuvo alguna razón para actuar como lo hizo. Yo no odio ni odiaré a ninguno de mis hermanos sin una causa justa.

- Bien dicho - asintió Stephen- . Yo no le tengo ningún afecto a vuestro hermano Roger por lo que hizo, pero mi pelea es con él, no con su familia. Mis hermanos no sienten lo mismo, y por esa razón Gavin ha sido tan rudo con vos. Para él, la familia lo es todo.

- ¿Y Raine es también así? ¿Odiará a Brian apenas lo vea?

- Tal vez, y por eso voy a ir con él. Podré hablar con Raine, y si conozco un poco a mi hermano, terminará por adoptar al joven Brian. - Arrojó lejos el palo y envainó la espada.- Y ahora tengo que irme. Nos llevará días encontrar a mi hermano.

- ¿Ahora? - preguntó ella- . ¿Vais a iros antes de que Miles y Bronwyn regresen de cazar.

- Oh, sí - hizo un guiño- . Prefiero no estar cerca cuando mi encantadora esposa caiga en la cuenta de que la he engañado para alejarla de Larenston y poder ocuparme solo de este merodeador.

- O Miles - agregó ella, con los ojos brillantes- . No creo que él se tome esto con calma. Stephen gruñó, haciéndola reír.

- Vos, Montgomery, sois un cobarde - apuntó.

- De la peor clase - aceptó él de inmediato, y entonces se puso serio- . ¿Rezaréis por mí mientras me ausento? Tal vez si Raine y Brian consiguen llevarse bien, podamos hacer algún progreso para que esta guerra finalice.

- Eso me haría muy feliz - contestó ella- . Brian es un joven dulce y gentil, y Roger lo ama mucho. Stephen - siguió, en voz baja- , si os hago una pregunta, ¿me contestaréis con franqueza?

- Es lo que merecéis.

- ¿Alguien ha visto a Roger?

- No - contestó Stephen- . Ha desaparecido. Los MacGregor lo están buscando y mis hombres están siempre alerta. Una vez casi os perdimos y no permitiremos que vuelva a suceder. Pero no, hasta ahora no hemos sabido nada de Roger Chatworth.

Por un momento se quedaron muy quietos, mirándose entre sí. Hace pocos meses ese hombre era enemigo de ella, al igual que todos los hombres.

Ella dio un paso adelante y se le acercó, poniéndole una mano sobre la mejilla.

Stephen pareció comprender el tremendo horror que ella le estaba dispensando. La tomó de la mano y se la besó.

- Nosotros los Montgomery destrozamos corazones - dijo con los ojos muy brillantes- . Terminaremos esta guerra con palabras de amor en lugar de espadas.

Ella se alejó de él como si la hubieran insultado, pero no pudo evitar reírse.

- Os prometo que rezaré por vos. Y ahora idos, antes de que mi Miles os encuentre y os dé una buena zurra.

El levantó una ceja.

- Pobre hermanito, cuando una mujer cree que él es de su propiedad. - Con estas palabras la dejó sola en el claro del bosque.

Elizabeth permaneció sentada por algún tiempo, y ahora que prestaba atención a los sonidos cerca de ella, percibió la presencia de los MacArran. Todavía quedaban dos hombres en los árboles, encima de ella. Más lejos oyó la risa de Kit y la respuesta ronca y profunda de Tam.

En los últimos meses sus sentidos se habían adormecido mucho. Ante ella veía el rostro furioso de Brian y supo que, tiempo atrás, ella misma había sentido un odio comparable al de su hermano. Deseaba con todo su poder que Stephen pudiera hacerle olvidar ese odio, o en todo caso Raine Montgomery.

Con un peso en el corazón, regresó a las ruinas y a la risa de Kit. En pocos días iba a tener que enfrentarse con la furia de Miles, y eso haría que se olvidara de sus problemas.

Bronwyn regresó a Larenston al día siguiente y lo primero que hizo fue visitar a su hijo Alexander, de cinco meses. El niño tenía un ama de cría, ya que Bronwyn estaba fuera con demasiada frecuencia como para alimentarlo apropiadamente, pero se aseguraba bien de que el niño supiera quién era su madre. Mientras ella lo arrullaba en brazos, con Rab a sus pies, Elizabeth le contó todo acerca de Brian y cómo Stephen había decidido acompañarlo al campamento de Raine.

La cara de Bronwyn se puso roja de repente, y sus ojos chispearon.

- ¡Maldición! - masculló, pero se calmó cuando el niño se puso a llorar asustado- Tranquilo, cariño - le susurró ella. Cuando Alexander se hubo calmado, miró nuevamente a Elizabeth- . No me gusta que te haya manipulado. Debió haber traído a tu hermano aquí. Stephen se olvida de que Brian Chatworth me salvó de las garras de tu hermano. Yo no le hubiera hecho ningún daño al muchacho.

- Creo que Stephen estaba más preocupado por Miles... por que él le hiciera daño. - Elizabeth se inclinó hacia adelante y acarició el cabello sedoso de Alex.

Los ojos de Bronwyn no pasaban nada por alto.

- ¿Y para cuando esperas a tu bebé? - preguntó tranquilamente.

Elizabeth se encontró con los ojos de Bronwyn, que la miraban fijamente. Bronwyn se puso de pie y llevó a su niño a la cuna.

- Morag me ha dicho que no has tenido tu período desde que estás aquí. ¿Has estado enferma?

- En absoluto. Al principio no caí en la cuenta de lo que me pasaba, pero no tardé en saberlo. ¿A quién más se lo has dicho?

- A nadie. Ni siquiera a Stephen. Especialmente no le he dicho nada a Stephen. Sin duda hubiera querido celebrarlo. ¿Tienes en mente casarte con Miles?

Elizabeth envolvió la suave manta alrededor de los piececitos de Alex.

- El no me lo ha pedido, pero aunque lo hiciera, hay otras cosas pendientes entre nosotros aparte de casarnos y tener niños. Roger no va a terminar con este problema simplemente porque yo me convierta en una Montgomery. El va a querer estar seguro de que me caso por mi propia voluntad, de que nadie me ha forzado.

- ¿Y tendría Miles que forzarte? - preguntó Bronwyn con calma. Elizabeth sonrió.

- Sabes tan bien como yo que Miles no me ha obligado a nada. Pero no creo que Miles esté interesado en contraer matrimonio conmigo. Yo exigiría fidelidad por parte de mi esposo, y Miles Montgomery no conoce el significado de esa palabra.

- Yo no subestimaría a ninguno de los Montgomery - respondió Bronwyn- . Pueden parecer arrogantes, inflexibles, pero tienen algo más que caras bonitas o cuerpos viriles.

- Sí, es así como los describiría. - Elizabeth rió mientras salían de la habitación.

Al día siguiente Bronwyn volvió a la cacería, y mientras Elizabeth era una pobre doncella en desgracia y Kit la estaba salvando de un dragón de tres cabezas que lanzaba llamas por la boca, sintió algo extraño y se quedó muy quieta.

- ¡Elizabeth! - la llamó Kit, impaciente, mientras blandía una espada de madera sobre su cabeza.

Ella no podía explicarse lo que le estaba ocurriendo, pero todo su cuerpo temblaba.

- Miles - susurró- . ¡Eh! - le dijo a la mujer que sostenía a Alex en brazos- . Hazte cargo de Kit.

Con estas palabras se lanzó hacia las escaleras y de allí al patio de armas.

Cuando llegó a los establos, ya tenía sus manos puestas sobre una montura antes que Douglas se le acercara.

- No puedo dejaros salir - dijo Douglas, con voz triste.

- ¡Fuera de mi camino, estúpido! - barbotó ella- . Miles está en peligro y voy por él.

Douglas no perdió tiempo en preguntarle cómo sabía que Miles estaba en peligro, ya que no había llegado ningún mensajero de la partida de caza, pero salió del establo, lanzó tres silbidos bajos y en pocos segundos dos de sus hermanos estaban en el lugar.

Elizabeth no estaba acostumbrada a ensillar su propio caballo y le llevó su tiempo; los hombres no la ayudaron. Douglas controló que la cincha estuviera bien ajustada y luego la sujetó del pie y prácticamente la arrojó sobre la montura. Elizabeth ni siquiera pestañeó cuando el hombre la tocó.

Cuando partieron, Elizabeth no se detuvo a pensar hacia dónde se dirigía, sino que puso su mente en blanco, pensó en Miles y salió a toda velocidad.

Douglas, Jari y Francis la seguían de cerca. Los cuatro caballos corrían locamente por el camino angosto y escarpado que los sacaba de Larenston, doblaron a la derecha y se dirigieron hacia el acantilado.

Elizabeth no sentía temor por el camino y tampoco se preocupaba por los hombres que iban detrás de ella. Una vez que estuvo nuevamente en terreno llano, hizo una pausa de unos segundos. Hacia la izquierda estaban las tierras de los MacGregor, y hacia la derecha se extendía un territorio desconocido. Ella espoleó su caballo hacia la derecha, intuyendo que ésa era la ruta correcta.

En un momento dado uno de los hombres le lanzó un grito de advertencia, y ella, pegada al cuello sudoroso del caballo, esquivó por muy poco una rama baja que se le cruzó en el camino. Salvo por este incidente, los hombres permanecían silenciosos y trataban por todos los medios de seguirle el ritmo.

Después de cabalgar largo rato, Rab apareció entre la maleza, ladrando muy fuerte. Parecía que estaba esperando a Elizabeth para guiarla en el último tramo de camino.

Elizabeth se vio forzada a disminuir la velocidad de su carrera cuando los cuatro y Rab tuvieron que abrirse paso por entre una espesa maleza hasta llegar a un grupo de árboles tan denso que no dejaba pasar la luz del sol.

Rab comenzó a ladrar nuevamente antes de que pudieran ver al grupo de gente. Bronwyn y sus hombres permanecían de pie, juntos, mirando algo que se hallaba en el suelo. Sir Guy estaba de rodillas.

Bronwyn se volvió al oír ladrar a su perro y, con gran sorpresa, se encontró con Elizabeth.

Su caballo no había terminado de detenerse cuando ella ya había saltado al suelo y corría, abriéndose camino entre el grupo de gente.

Miles yacía en el suelo, con los ojos cerrados y todo su cuerpo cubierto de sangre. Sus ropas estaban destrozadas, y pudo ver grandes incisiones en su carne, en su cadera izquierda, en su costado derecho.

Apartó a Guy de un empujón, se arrodilló, apoyó la cabeza de Miles en sus rodillas y comenzó a lavar la sangre de su rostro con el borde de la falda.

- Despierta, Montgomery - dijo firmemente, sin ningún dejo de simpatía o compasión en la voz- . Despierta y mírame.

Pasó una eternidad hasta que las pestañas de Miles se movieron. Cuando por fin la miró, le dedicó una pequeña sonrisa y cerró los ojos nuevamente.

- Ángel - susurró, y volvió a quedarse callado.

- Agua - pidió Elizabeth a los rostros atónitos que la rodeaban- . Voy a necesitar agua para lavar sus heridas y, ¿hay por aquí cerca alguna cabaña? - Bronwyn solo tuvo tiempo de asentir antes de que Elizabeth continuara.- Vayan y preparen el lugar. Llévense a los aldeanos a Larenston y déjenme sola con él. Que venga Morag con sus hierbas, y también voy a necesitar agujas resistentes de acero e hilo. ¡Guy! Buscad una manta grande para llevarlo hasta la cabaña. ¡Bien! - urgió-Muévanse todos.

Instantáneamente, los hombres partieron en todas direcciones.

Bronwyn le lanzó a Elizabeth una mirada divertida.

- ¿Estás segura de no ser escocesa? - Con estas palabras partió raudamente hacia Larenston.

Elizabeth, que se había quedado sola por un momento, sostuvo a Miles.

- Te pondrás bien, Montgomery - susurró- . Yo me encargaré de ello.

No perdió más tiempo en sentimentalismos, sino que tomó la daga que había en el suelo junto a él y comenzó a cortarle las ropas para poder

Librodot

examinar sus heridas. Estaba completamente cubierto de sangre. Había más de la que podía contener un cuerpo humano.

Rab se acercó a ella mientras desgarraba la camisa de Miles.

- ¿De dónde es toda esta sangre, Rab? - preguntó- , Ve y averigua qué ha sido lo que le ha hecho esto a Miles.

Con dos sonoros ladridos, el perro los dejó solos.

Para alivio de Elizabeth, sólo había una incisión en la parte superior del cuerpo de Miles, y no era profunda, aunque había que coser. Había también dos largos cortes en su brazo izquierdo, pero no eran nada serio. Las piernas eran otra historia. La herida del muslo era profunda y fea, y tenía otros cortes en los tobillos.

Trató de darle la vuelta para ver si tenía otras heridas, Con un gemido de dolor. Miles abrió los ojos y la miró.

- Tienes que ponerte de otra forma Elizabeth, porque si no te voy a bañar en sangre - dijo, echando una mirada a su cuerpo casi desnudo.

- ¡Tranquilo! - le ordenó ella. - Ahorra las fuerzas para curarte.

Mientras hablaba, Rab comenzó a arrastrar el cuerpo muerto de un enorme jabalí de grandes colmillos hacia el claro. La cabeza del animal estaba cubierta de sangre y había varias heridas de cuchillo en sus costados.

- De manera que le ganaste la batalla al jabalí - dijo ella con disgusto, arropándolo tiernamente con la manta que llevaba sobre sus hombros- Supongo que no se te ocurrió no salir solo.

Antes de que pudiera decir otra palabra, Rab arrastró otro cuerpo de jabalí, también acuchillado, y lo dejó junto al primero.

Elizabeth comenzó a limpiar el rostro sucio de Miles.

- Te vamos a llevar a un lugar muy cerca de aquí donde estarás abrigado y tranquilo. Y ahora quiero que descanses.

Sir Guy, acompañado por un hombre y una mujer, apareció corriendo entre la maleza; traían varias mantas gruesas.

- Hay un buen caldo de centeno en el fuego - dijo la mujer- y tortas de harina de avena en el fogón. Bronwyn puede mandar más mantas, si las necesitan.

Sir Guy, poniéndose de rodillas, retiró la manta que cubría a Miles e inspeccionó las heridas, y miró con sorpresa cómo Rab arrastraba el cadáver de un tercer jabalí hasta el claro.

- ¿Cuántos jabalíes hay? - preguntó Elizabeth.

- Cinco - respondió sir Guy- . Su caballo debe de haberlo arrojado en medio de una familia. El sólo tenía su espada y una daga pequeña, pero pudo matar a los cinco y se las arregló para arrastrarse hasta aquí. Rab nos condujo hasta los jabalíes, pero se fue antes de que encontráramos a lord Miles.

- Vino a buscarme - explicó Elizabeth- . ¿Podéis cargar con Miles?

Sin dar muestras de esforzarse demasiado, sir Guy levantó con cuidado a su joven amo, como si se tratara de un chiquillo. Instantáneamente, sus heridas volvieron a chorrear sangre.

- ¡Con cuidado! - medio gritó Elizabeth, pero la mirada que le dirigió Guy la tranquilizó.

Sir Guy iba indicando el camino a través del bosque hacia la cabaña que los aguardaba, y una vez allí lo depositó suavemente sobre un catre. Era

una casucha diminuta, oscura, de una sola habitación, y la única fuente de luz era el fogón. Había una mesa rústica con dos sillas y ningún otro mobiliario. Sobre el fuego hervía una gran olla con agua. De inmediato, Elizabeth empapó varios trozos limpios de lienzo que le habían dejado allí y comenzó a lavar a Miles. Sir Guy lo levantó y la ayudó a quitarle los restos de ropas que quedaban adheridos a sus espaldas. Para gran alivio de Elizabeth, no había otras heridas en esa zona, aparte de algunos raspones.

Ya casi había terminado de lavarlo cuando Morag y Bronwyn llegaron juntas; Morag venía cargada con un gran cesto repleto de medicinas.

- Ya no puedo ver tan bien como antes - comentó Morag, mirando a Miles desnudo, con sus dos heridas sangrantes- . Una de las dos tendrá que atenderlo.

- Yo lo haré - dijo Elizabeth prestamente- . Dime qué hacer y yo seguiré tus instrucciones.

Coser carne humana era muy distinto que coser telas, descubrió Elizabeth rápidamente. Todos los músculos de su cuerpo se ponían tensos cada vez que tenía que clavar la aguja en la piel de Miles.

Miles permanecía quieto, sin moverse y respirando apenas, muy pálido por la pérdida de sangre. Bronwyn enhebraba las agujas, cortaba y ayudaba a hacer los nudos.

Cuando Elizabeth por fin terminó, estaba temblando.

- Bebe esto - ordenó Bronwyn.

- ¿Qué es? - preguntó Elizabeth.

- Sólo Dios lo sabe. Hace tiempo que aprendí a no preguntar lo que Morag pone en sus pociones. Sea lo que sea, tendrá un gusto horrible pero te hará sentir mejor.

Elizabeth bebió el preparado recostada contra la pared, sin dejar de observar a Miles. Cuando Morag intentó acercar una taza a los pálidos labios de Miles, ella dejó su bebida a Bronwyn y se acercó a él.

- Bebe esto - susurró, sosteniéndole la cabeza- . Tienes que recuperar tus fuerzas.

Los ojos de él se movieron y apenas si los abrió para mirarla.

- Vale la pena - murmuró, mientras bebía el brebaje de Morag.

Morag resopló, riendo.

- Se va a quedar ahí tirado un año si seguís mimándolo.

- ¡Basta, dejadlo en paz! - replicó Elizabeth. Bronwyn rió.

- Ven y siéntate, Elizabeth, descansa un poco. Acabábamos de encontrarlo cuando llegaste tú.

Elizabeth se sentó en el suelo, junto a la cabeza de Miles, se recostó contra la pared y se estremeció. No tenía idea de cómo había sabido que Miles estaba herido... pero no se había equivocado.

Su tiempo de descanso fue brevísimo. Pocos momentos después, Morag tenía preparado otro brebaje para que Elizabeth se lo diera a Miles.

Llegó la noche y Bronwyn regresó a Larenston. Elizabeth siguió junto a Miles, mirándolo, segura de que no dormía, mientras Morag cabeceaba en una silla.

- ¿Cómo...? - susurró Miles- . ¿Cómo es la esposa de Raine?

Elizabeth creyó que deliraba, puesto que ella nunca había conocido ni a Raine ni a su esposa.

- Cantante - dijo Miles- . Pagnell. Esas palabras le dieron la clave. Se

Librodot

sorprendió de que un Montgomery se hubiera casado con una cantante plebeya. Elizabeth le contó a Miles cómo había conocido a Alyxandria Blackett, cómo había escuchado su voz maravillosa, y su posterior intento de rescatarla de las garras de Pagnell... que terminó con su propia captura.

Al oír esto, Miles sonrió y le buscó la mano. Y así, pegado a ella, se quedó dormido, precisamente cuando el sol estaba por salir.

Morag se levantó y comenzó a mezclar otros manojos de hierbas, setas secas y otros ingredientes que Elizabeth no reconoció.

Juntas le cambiaron a Miles los vendajes ensangrentados, y Morag aplicó unos paños tibios y húmedos sobre las heridas cosidas.

Miles volvió a dormir durante la tarde y entonces Elizabeth salió por primera vez de la pequeña cabaña. Sir Guy estaba sentado fuera, bajo un árbol, y le lanzó una mirada interrogante cuando la vio.

- Está descansando - explicó ella. Sir Guy asintió y comenzó a caminar.

- No muchos jóvenes caen en medio de un montón de jabalíes y viven para contarlo - dijo con orgullo.

Había lágrimas en los ojos de Elizabeth cuando puso una mano sobre los hombros del gigante.

- Haré todo lo que esté de mi parte para que se ponga bien.

Sir Guy asintió, sin mirarla.

- Vos no tenéis ninguna razón para ayudarlo. Os hemos tratado mal.

- No - respondió ella- . He recibido mucho más que simple cortesía. He recibido amor. - Con estas palabras, giró y se dirigió hacia el arroyo que cruzaba las tierras de los MacArran. Se lavó, se arregló el cabello, se sentó para descansar un momento, se envolvió en la manta y cuando nuevamente se puso de pie ya era de noche. Sir Guy estaba sentado sobre un tronco, no lejos de ella.

Vencida por el sueño, regresó rápidamente a la cabaña.

Miles estaba despierto, y su gesto de disgusto se evaporó cuando la vio.

- Aquí está ella - refunfuñó Morag- . Ahora quizás os decidáis a tomar un poco de este preparado.

- Elizabeth - dijo Miles.

Ella se le acercó y le sostuvo la cabeza mientras él tomaba casi la taza completa del brebaje, y continuó sosteniéndolo hasta que se quedó dormido.

13

- No voy a permitir que camines - le dijo Elizabeth a Miles con firmeza- . Me he quedado muchas noches sin dormir para curarte esas heridas y no voy a permitir que hagas nada para que se vuelvan a abrir.

El la miró con unos ojos cautivadores.

- Por favor, Elizabeth.

Por un momento estuvo a punto de ceder, pero luego se rió.

- Eres un hombre traicionero. Y ahora quédate quieto o te ataré a la cama.

- Oh - dijo él, enarcando las cejas con picardía. Elizabeth se sonrojó por lo que él obviamente estaba pensando.

- ¡Compórtate! Quiero que comas más. Nunca te repondrás si no comes.

El le tomó la mano y con fuerza sorprendente la atrajo hacia sí. O tal vez fuera que Elizabeth no tenía deseos de resistírsele. El estaba casi sentado, apoyado contra unos almohadones, y las piernas estiradas en el catre. Con cuidado, ella se acostó a su lado. Hacía cuatro días que Miles se había accidentado, pero su juventud y su vigor natural habían hecho que se recuperara rápidamente. Aún estaba débil, dolorido, pero estaba comenzando a sanar.

- ¿Por qué te has quedado conmigo? - preguntó él- . Cualquiera de las mujeres de Bronwyn podía haberme atendido.

- ¿Para que saltara a la cama contigo y se abrieran todos los puntos? - preguntó ella. indignada.

- Los puntos se me van a abrir si me haces reír. ¿Cómo podría tocar a otra mujer teniéndote a ti cerca?

- Cuando me haya ido, estoy segura de que te las arreglarás muy bien.

La mano de él le acarició los cabellos, le hizo bajar la cabeza y su boca se posesionó ávidamente de la de ella.

- ¿Todavía no te convences de que eres mía? - musitó entre dientes- . ¿Cuándo vas a terminar por admitirlo?

El no le dio oportunidad de contestar porque la besó nuevamente, y buena parte de toda la preocupación que Elizabeth había sentido durante esos cuatro días se evaporó con ese beso intenso.

El toque del frío acero contra la garganta de Miles los hizo separar.

Instintivamente él echó mano de su espada, pero sólo encontró su propia carne desnuda debajo de la manta.

Junto a ellos se encontraba Roger Chatworth, sus ojos llenos de odio, mientras apretaba con su espada la vena del cuello de Miles.

- No lo hagas - dijo Elizabeth, separándose de Miles- , No le hagas daño.

- Me gustaría terminar con todos los Montgomery - dijo Roger Chatworth.

Miles, con un movimiento rápido, se movió de costado y consiguió atrapar a Chatworth por la muñeca.

- ¡No! - gritó Elizabeth, y se colgó del brazo de su hermano.

Los vendajes de Miles comenzaron a teñirse de rojo.

- Está herido - explicó Elizabeth- . ¿Matarías a un hombre que no se puede defender?

Roger puso toda su atención en ella.

- ¿Te has transformado en uno de ellos? ¿Es que los Montgomery te han envenenado contra los de tu propia sangre?

- No, Roger, claro que no. - Trató de mantener la calma. Roger mostraba

un aspecto tan salvaje que temió hacerlo enfadar. Miles yacía contra la pared, pero ella sabía que en cualquier momento él saltaría de nuevo y se abrirían sus heridas.- ¿Has venido a buscarme?

Súbitamente se hizo un profundo silencio en la cabaña, y los dos hombres se volvieron para mirarla. Ella tenía que partir con Roger. Si no lo hacía, éste mataría a Miles. Estaba segura. Roger estaba cansado, furioso, incapaz de razonar con cordura.

- Será bueno volver a casa - dijo ella, forzando una sonrisa.

- ¡Elizabeth! - le advirtió Miles. Ella lo ignoró.

- Vamonos, Roger, ¿qué esperas? - El corazón le latía con tal violencia que apenas si podía escuchar su propia voz.

- ¡Elizabeth! - le gritó Miles, tocándose con la mano la herida del pecho.

Por un momento Roger miró a uno y a otro, dudando.

- Me estoy impacientando, Roger. ¿Es que no he estado lejos de casa el tiempo suficiente? - Giró sobre sus talones para irse y al llegar a la puerta, se detuvo.

Tenía los ojos fijos en Roger y no se atrevía a mirar a Miles. No podía correr el riesgo de mirarlo ni una sola vez, o flaquearían sus fuerzas.

Lentamente, con aire intrigado, Roger comenzó a seguirla. Fuera de la cabaña un caballo aguardaba obedientemente. Elizabeth no quitó la vista del animal, porque temió, de mirar hacia otro lado, encontrarse con el cadáver de sir Guy.

Sólo la muerte podía haber evitado que el gigante protegiera a su amo.

Otro grito, que hizo temblar las piedras, se oyó desde el interior de la cabaña.

"¡¡ELIZABETH!!"

Tragándose el nudo que tenía en la garganta, Elizabeth permitió que Roger la ayudara a montar.

- Tenemos que conseguir comida - dijo Roger, y se alejó de ella.

- ¡Roger! - aulló Elizabeth a sus espaldas- . Si le haces daño, yo... - comenzó, y cayó en la cuenta de que él la ignoraba. Desmontó apresuradamente y lo siguió... pero no llegó a tiempo.

Roger Chatworth dio un tajo con la espada al brazo de Miles y, mientras éste yacía ahí, sangrando, Roger le dijo:

- La esposa de Raine salvó mi vida, y ahora le debes la tuya a ella. - Se volvió a Elizabeth, que estaba petrificada en la entrada- . Vuelve a tu caballo o terminaré la faena, si es que no se desangra con esto.

Temblando, sintiéndose descompuesta, Elizabeth abandonó la cabaña y montó. En pocos segundos Roger estaba con ella y ambos partieron a todo galope.

Elizabeth estaba sentada ante su bastidor, trabajando en una cubierta de altar con el dibujo de San Jorge matando al dragón. En un rincón había un muchacho sumamente parecido a Kit, y San Jorge, el santo... tenía algo de Miles Montgomery. Elizabeth se detuvo un momento cuando el bebé de su vientre comenzó a patear.

Frente a ella se encontraba Alice Chatworth con un espejo en la mano, mirándose la mitad del rostro que no tenía marcada con cicatrices.

- Era tan hermosa entonces - decía Alice- . No había hombre que se me pudiera resistir. Todos estaban listos para dar su vida por mí. Podía conseguir cualquier cosa que se me ocurriera pedir.

Giró el espejo hacia la parte deformada de su rostro.

- ¡Hasta que los Montgomery me hicieron esto!- siseó- Judith Revedoune estaba celosa de mi belleza. Ella es tan fea, con sus pecas y su cabello rojo, que temía por el amor de Gavin. Y hacía bien en no sentirse segura.

Elizabeth lanzó un bostezo exagerado, ignoró la mirada de odio de Alice y se volvió hacia su hermano, que estaba de pie junto a la chimenea con una copa de vino en la mano y muy cabizbajo.

- Roger, ¿te gustaría salir a caminar un poco conmigo por los jardines?

Como de costumbre, Roger le miró el vientre antes de fijar la vista en su rostro.

- No, tengo que hablar con mi mayordomo - murmuró, sin dejar de mirarla.

Ella podía sentir lo que él deseaba decir, lo que había dicho muchas, muchas veces: has cambiado.

Hacía dos semanas que había regresado con su hermano y su "familia", y todos notaban cuánto había cambiado en los cinco meses que había pasado con los Montgomery. Durante ese tiempo no se habían producido cambios importantes en la casa Chatworth, pero Elizabeth evidentemente no era la misma.

A pesar de la insistencia de ella en cuanto a que Roger era muy distinto de Edmund, se dio cuenta de que su hermano no llevaba las riendas de su casa como correspondía. En muchos aspectos, la casa Chatworth funcionaba igual que cuando Edmund vivía. La razón por la que Roger permitía que Alice viviera con él era simplemente porque no le prestaba mayor atención. Roger vivía en un torbellino interior y dedicaba todo su amor a Elizabeth y Brian; de esta forma, no era totalmente consciente de lo que sucedía a su alrededor.

No bien Elizabeth había desmontado de su caballo, cansada después de varios días de viaje, dos de los hombres de Roger, que una vez habían servido a Edmund, comenzaron a hacer comentarios maliciosos sobre ella. Era evidente que esperaban ansiosos el momento de poder atraparla sola.

La primera reacción de Elizabeth había sido de temor. Era como si nunca se hubiera apartado de la casa Chatworth. Su mente recorrió todo el repertorio de defensa personal que solía usar con los hombres. Pero también recordó a sir Guy y sus dedos de los pies rotos y cómo había cojeado durante semanas... después lo vio sentado junto a ella con los ojos húmedos de lágrimas de preocupación por el hombre que ambos tanto amaban.

No volvería a su actitud acechante y temerosa. Había logrado con muchos esfuerzos conquistar su miedo a los hombres y no tenía intención de echar a perder sus progresos.

Se había vuelto hacia Roger y le había exigido que despidiera de inmediato a esos hombres.

Roger se había mostrado muy sorprendido y la había sacado rápidamente de los establos. Había tratado de calmarla, pero Elizabeth no lo había querido escuchar. El hecho de que su hermanita menor le replicara lo había molestado y al mismo tiempo herido. Según su punto de vista, él acababa de rescatarla del infierno y ella no hacía más que quejarse sin demostrar ningún agradecimiento.

Por primera vez en su vida, Elizabeth le contó a su hermano toda la

verdad sobre Edmund. El rostro de Roger se había puesto pálido y había tenido que arrastrarse hasta una silla, mostrando el aspecto de un hombre al que hubieran golpeado duramente. Todos esos años había estado convencido de que protegía adecuadamente a su hermana, cuando en realidad ella había vivido en medio de un peligro constante. No tenía idea de que Edmund la sacaba del convento cada vez que él salía de viaje. No sabía que ella tenía que defenderse de sus hombres de esa manera.

Cuando Elizabeth terminó su relato, Roger lo único que deseaba era matar a los hombres del establo.

La furia de Roger Chatworth era peligrosa. En tres días había logrado infundirle temor a todo el personal de la casa. Muchos hombres tuvieron que abandonar el lugar, y si alguno se atrevía siquiera a posar sus ojos en Elizabeth, ésta se lo contaba a su hermano. Ya no pensaba tolerar más ese tipo de insolencias.

Antes, no tenía idea de cómo debía ser tratada una dama, puesto que su única experiencia había sido la que había vivido con Edmund, pero ahora había pasado cinco meses en un lugar donde no había tenido que sentirse atemorizada por pasear sola por un jardín.

Roger se había sentido sorprendido por sus exigencias, y ella se dio cuenta de cuánto lo habían protegido ella y Brian. Roger podía ser muy gentil, pero al mismo tiempo muy cruel. Trató en una oportunidad de hablarle de los Montgomery, pero Roger tuvo una terrible explosión de furia, a tal punto que Elizabeth temió por su vida.

Como habían pasado cinco meses sin verse, él notó de inmediato los cambios en el cuerpo de ella, el peso que había ganado. Elizabeth había mantenido su cabeza en alto, y sin ningún remordimiento había anunciado que estaba embarazada de Miles Montgomery.

Ella había esperado una reacción de ira... estaba preparada para eso, pero el dolor que vio reflejado en el rostro de su hermano la pilló desprevenida.

- Vete. Déjame solo - había susurrado él, y ella había obedecido.

Sola en su habitación, Elizabeth había llorado hasta quedarse dormida, como sucedía todas las noches desde que había abandonado a Miles. ¿Se daría cuenta Miles de que ella había partido para salvarle la vida? ¿O la odiaría? ¿Qué le habrían dicho a Kit con respecto a su partida? Mientras yacía en su cama, pensaba en toda la gente que había llegado a amar allá en Escocia.

Ansiaba poder enviar un mensaje a Escocia, pero no encontraba nadie en quien depositar su confianza. Sin embargo, el día anterior, mientras daba su paseo vespertino, una anciana a quien no había visto antes le había ofrecido una canasta de pan. Ella había comenzado a decir que no estaba interesada, cuando la mujer levantó el paño que cubría el pan y dejó al descubierto una insignia de los MacArran. Elizabeth había tomado rápidamente la canasta y la anciana había partido antes de que ella pudiera darle las gracias. Ansiosa, buscó en la canasta.

Encontró un mensaje de Bronwyn donde le decía que comprendía muy bien por qué había regresado con Roger... aunque Miles no quería entender. Sir Guy había recibido tres flechazos, pero todos creían que sobreviviría. Cuando Miles quedó solo, sufrió un ataque de ira tan intenso que logró que se le abrieran todos los puntos. Cuando Morag lo encontró, tenía fiebre y durante tres días se debatió entre la vida y la muerte. Stephen había vuelto

del campamento de Raine tan pronto como se enteró de que Miles estaba herido. Contó que Raine había tomado al joven Brian bajo su protección y que Stephen creía que muy pronto reinaría la paz entre las dos familias. Bronwyn añadía que Miles se recuperaba lentamente y que se negaba a pronunciar el nombre de Elizabeth.

Ahora, mientras Elizabeth recordaba esta última frase, sentía que todo su cuerpo se estremecía.

- Deberías ponerte una capa - dijo Roger a sus espaldas.

- No - murmuró ella- , mi manta escocesa es suficiente.

- ¿Por qué me refriegas esa cosa por la cara? - explotó Roger- . ¿No es suficiente que lleves un Montgomery dentro de ti? ¿Tienes que lanzarme una bofetada cada vez que hablamos?

- Roger, quiero que este odio termine. Quiero...

- Quieres ser la ramera de mi enemigo - escupió él.

Ella le lanzó una mirada furiosa y se alejó. Roger la agarró por el brazo y sus ojos se suavizaron al mirarla.

- ¿No puedes ver esta cuestión desde mi punto de vista? He pasado meses angustiadísimo buscándote. Estuve con Raine Montgomery para que me diera noticias tuyas, y él desenvainó su espada contra mí. Si su esposa no se hubiera interpuesto entre nosotros, a estas horas yo estaría muerto. Me arrodillé frente al rey, y te aseguro que no fue fácil. Ya no le tengo afecto desde que me multó tan despiadadamente por lo que sucedió con Mary Montgomery, pero por ti me hubiera puesto de rodillas ante el Diablo.

Hizo una pausa y le puso ambas manos sobre los brazos.

- Además, entrar y salir de Escocia tampoco fue tarea fácil, y sin embargo, cuando te encontré, estabas acurrucada junto a Montgomery, como si hubieras querido volverte parte de él. ¡Y tu actuación! Me sentí como si yo fuera el enemigo al rescatar a mi hermana de un hombre que la había tenido cautiva y había tomado su virtud. Elizabeth, explícame todo esto - susurró.

Ella inclinó la cabeza y la apoyó en el pecho de él.

- ¿Cómo podría? ¿Cómo podría decirte lo que me ha sucedido en estos últimos meses? He conocido el amor y...

- ¡Amor! - dijo él- , ¿Crees que porque un hombre te lleve a la cama, te ama? ¿Ha jurado Montgomery amarte hasta la muerte? ¿Te ha pedido que te cases con él?

- No, pero... - comenzó ella.

- Elizabeth, sabes tan poco de los hombres. Has sido un peón en esta contienda. ¿No te das cuenta de que los Montgomery se están riendo porque una Chatworth está embarazada de uno de ellos? Están convencidos de haber triunfado.

- ¡Triunfado! - replicó ella, soltándose- . Odio que todo esto sea tomado como un juego. ¿Qué deberé decirle a mi hijo, que no es más que una pieza de ajedrez entre la antipatía de dos familias?

- ¿Antipatía? Cómo puedes decir eso cuando Brian anda solo por ahí, odiándome seguramente, por causa de los Montgomery?

Ella nada le había dicho sobre la conversación con su hermano en Escocia.

- Roger, ¿alguna vez se te ha ocurrido pensar que tal vez has sido tú la causa de que él se fuera? Me gustaría oír tu versión de lo que sucedió con Mary Montgomery.

El le dio la espalda.

- Yo estaba borracho. Fue un horrible... accidente. - Se volvió para mirarla, con ojos suplicantes- . No puedo revivir a esa mujer, y el rey me ha castigado severísimamente con sus multas. Brian me ha abandonado y tú regresas de manos del enemigo embarazada, y en vez de mostrar el amor que siempre me has profesado, lo único que haces es cuestionarme, dudar de mí. ¿Qué otro castigo crees que me merezco?

- Lo siento, Roger - dijo con suavidad- . Tal vez yo haya cambiado. No sé si Miles me ama. No sé si querría casarse conmigo para que el niño tuviera un nombre, pero sí sé que yo lo amo, y que si me lo pidiera, lo seguiría dondequiera que fuera.

Sólo los ojos de Roger dejaron traslucir el dolor que sentía por las palabras de su hermana.

- ¿Cómo puedes volverte contra mí tan completamente? ¿Es que ese hombre es tan bueno en la cama que tus gemidos de placer te han hecho olvidar el amor que te tengo y que siempre te he tenido? ¿Es que cinco meses con él han borrado dieciocho años conmigo?

- No, Roger. Yo te quiero. Siempre te querré, pero os quiero a ambos.

El sonrió al escuchar sus palabras.

- Qué joven eres, Elizabeth. Quieres a un hombre que, por lo que sé, es requerido por más de la mitad de las mujeres de Inglaterra. Quieres a un hombre que te lleva a la cama, te hace un hijo y no menciona la palabra matrimonio. Y en todo caso, ¿qué clase de matrimonio sería éste? ¿Te harías cargo de todos sus bastardos como te ocupaste de su hijo mayor?

- ¿Qué sabes de Kit?

- Sé bastante sobre mis enemigos. A Miles Montgomery le gustan las mujeres. Tu sólo eres una entre muchas, y respeto al hombre porque al menos no ha mentido diciéndote que eras su solo y único amor.

El le tocó el brazo.

- Elizabeth, si deseas un esposo, yo puedo encontrar alguien adecuado para ti. Conozco algunos hombres que te desposarían aunque llevaras el hijo de otro y que serían considerados contigo. Con el más joven de los Montgomery serías una infeliz en menos de un año.

- Tal vez - respondió ella, tratando de pensar con racionalidad. Quizá las manos de Miles sobre su cuerpo le habían hecho perder el sentido común. El siempre había sido atento con ella, pero también había sido atento con las mujeres que lo servían. Si ella abandonaba a su hermano por un Montgomery, Roger la odiaría, y ¿qué sentimientos abrigaría por Miles de ahí a algunos años? ¿Qué pasaría si alguien más le hacía una broma y le "entregaba" otra muchacha bonita? ¿Decidiría él también que ella era de su propiedad? ¿La llevaría a la casa de ambos, sonriendo, esperando que ella cuidara de la muchacha como cuidaba de sus hijos bastardos?

- Déjame que busque alguien para ti. Te presentaré varios hombres y tú elegirás quien más te convenga, Al menos míralos. Y si deseas quedarte soltera, no me opondré.

Ella lo miró con amor. La gente se reiría de él por permitir que su hermana siguiera adelante con un embarazo sin pensar en contraer matrimonio. Incluso algunos dirían que merecería la muerte, de no querer desposarse. Roger había sufrido muchas desgracias en los últimos años, y sin embargo estaba dispuesto a correr más riesgos por el bienestar de ella.

Cuando Elizabeth sonrió, él hizo un gesto, satisfecho, y por primera vez pareció que tenía una razón para vivir.

- Sí, conoceré a los hombres que me quieras presentar - le dijo ella con convicción. Trataría con todas su fuerzas de enamorarse de alguno de ellos. Tendría un esposo gentil, amoroso, hijos a quienes amar y a sus hermanos, porque de alguna manera arreglaría los conflictos entre Roger y Brian.

En los días que siguieron Elizabeth aprendió mucho sobre el amor. Nunca, antes de conocer a Miles, había tenido una idea de lo que era el amor. Jamás había pensado en amar a un hombre, pero entonces había aparecido Miles y todo había cambiado. En cinco meses de mostrarle paciencia y amor, él había hecho que ella lo amara. Ella sabía que Miles sería siempre su punto débil, pero en el mundo había otros muchos hombres buenos y gentiles. Todo lo que tendría que hacer sería enamorarse de uno de ellos, y todos sus problemas quedarían resueltos.

Pero Elizabeth se subestimaba.

Roger comenzó a hacer desfilar hombres delante de ella, como si se tratara de sementales que habrían de servirla. Había hombres altos, bajos, delgados, gordos, feos, hombres tan guapos que dejaban sin aliento, fanfarrones, calvos, hombres que la hacían reír, y hasta uno que cantaba deliciosamente. Pasaban uno tras otro.

Al principio Elizabeth se sintió halagada por sus atenciones, pero después de unos pocos días, sus antiguos miedos reaparecieron. Si un hombre le rozaba el hombro, ella saltaba y tomaba la pequeña daga que llevaba al costado.

Después de una semana comenzó a buscar excusas para quedarse en sus habitaciones, o no aceptaba separarse de Roger.

De pronto, sin previo aviso, Roger salió de viaje. No dijo nada a su hermana y partió a todo galope, acompañado por ocho hombres. Un sirviente informó que Roger había recibido un mensaje de un hombre sucio y desdentado, y que había salido de inmediato. El mensaje había sido arrojado al fuego.

Elizabeth casi se echa a llorar al darse cuenta de que en el piso de abajo había once invitados varones y que ella debía hacer las veces de anfitriona. No podía hablar con ningún hombre con cierta coherencia, porque al mismo tiempo tenía que estar pendiente de lo que hacían todos los demás. Los meses de paciente entrenamiento de Miles se estaban perdiendo. En una ocasión golpeó a un hombre en la cabeza con un jarrón de bronce, porque se había atrevido a caminar detrás de ella.

Con las faldas revoloteando, había huido a su cuarto y se había negado a regresar al salón.

Se recostó largo rato en la cama, y sólo pudo pensar en Miles. Cada vez que conocía a un hombre, no podía evitar compararlo con Miles. Podían presentarle a un hombre maravillosamente apuesto, y ella de inmediato le encontraba algún defecto ridículo. Y una noche, había permitido que un hombre la besara en el jardín. Se contuvo justo a tiempo, porque estuvo a punto de darle un terrible pisotón, pero no pudo evitar pasarse la mano por la boca para limpiarse el beso. El pobre hombre se sintió profundamente insultado.

Elizabeth hizo su mejor esfuerzo, pero ni uno solo de todos esos hombres la atraía lo más mínimo. A medida que pasaban los días, comenzó

a desear que Bronwyn estuviera cerca para pedirle consejo. Estaba pensando en escribirle una carta, cuando todo su mundo se derrumbó.

Un Roger deshecho, exhausto, regresó trayendo consigo el cuerpo mutilado de Brian.

Elizabeth salió a recibirlo, pero Roger apenas si notó su presencia; cargó el cuerpo de Brian en brazos, lo llevó a sus habitaciones y se encerró con él. Dos días permaneció dentro de la habitación con el cuerpo de su hermano, y cuando por fin salió, sus ojos estaban hundidos y su mirada era negra.

- Tus Montgomery han hecho esto - dijo salvajemente, mientras pasaba por donde se encontraban Elizabeth y Alice.

Esa tarde enterraron a Brian, pero Roger no volvió a aparecer. Elizabeth plantó rosas en la tumba y derramó lágrimas por sus dos hermanos.

Alice perseguía a Elizabeth sin piedad, chillando que todos los Montgomery debían morir por lo que habían hecho. No hacia más que manipular lámparas llenas de aceite hirviendo, y las sacudía maniáticamente. Decía que el hijo de Elizabeth nacería con la marca de Satanás y que sería maldito por toda la eternidad.

Uno por uno, los hombres invitados fueron dejando la casa de los Chatworth, con su ambiente enloquecido, y Elizabeth quedó sola con su cuñada.

A principios de marzo, un mensajero llegó con noticias del rey.

Fue un día antes de que Elizabeth ordenara a los hombres la búsqueda de Roger, que se había refugiado en una cabaña de piedra de unos pastores.

Parecía un esqueleto, con las mejillas sumidas debajo de la barba, y el cabello largo y sucio; su mirada era salvaje y aterradora.

Leyó el mensaje en silencio frente a Elizabeth, y luego lo arrojó a las llamas.

- Díganle al rey que no - dijo con calma, antes de abandonar el salón.

Elizabeth no pudo hacer nada, salvo preguntarse cuál habría sido el mensaje del rey. Con toda la tranquilidad posible despidió a los hombres del rey y se sentó a esperar. La cosa a la que se hubiera negado Roger pronto le sería notificada, cuando el rey se enterara de la negativa de su hermano. Puso las manos sobre su vientre, cada vez más abultado, y se preguntó si su hijo habría de vivir con la carga de ser un bastardo.

Librodot

14

Seis días después de la llegada y pronta partida de los mensajeros del rey, Elizabeth se encontraba sola en el jardín. No había visto a Roger durante días y tampoco sabía nada de él, y la muerte de Brian le había hecho perder a Alice la poca cordura que le quedaba. No es que la mujer hubiera querido mucho a Brian, sino más bien el hecho de que los Montgomery hubieran tenido que ver con su muerte. Elizabeth pensó en Raine con odio.

Una sombra se movió por el sendero y ella, asustada, levantó la vista... para encontrarse con los ojos intensos y oscuros de Miles Montgomery. La miró apreciativamente de arriba abajo, notando el vestido de satén color marfil, la doble hilera de perlas, y el rubí rojo sangre que le adornaba el pecho.

Elizabeth sintió que lo quería devorar, que nada podría resultarle suficiente. Había sombras amarillentas debajo de los ojos de él, y estaba más delgado. Obviamente no se había recuperado totalmente de la fiebre.

- Ven - dijo él con voz ronca.

Elizabeth no dudó, y lo acompañó por el jardín hasta llegar a los bosques que circundaban la casa Chatworth. Supuestamente, toda esa zona estaba vigilada, pero Miles había logrado entrar sin que se notara su presencia.

El no le habló, no la miró, y sólo cuando llegaron a donde dos caballos esperaban, ella se dio cuenta de lo que sucedía: él la odiaba. Su cuerpo rígido, la frialdad de sus ojos eran indicios más que claros.

Ella misma se puso rígida cuando llegaron junto a los caballos.

- ¿Adonde quieres llevarme? - El se volvió para mirarla.

- El rey ha ordenado que nos casemos. Tu hermano se negó a cumplir esa orden. Si desobedecemos, tanto tu hermano como yo seremos declarados traidores y nuestras tierras serán confiscadas. - Sus ojos se fijaron en el rubí.- No debes temer. Después de la ceremonia te devolveré a tu precioso hermano, porque ni siquiera tú querrías que te despojaran de todas las cosas que te son tan queridas.

Se alejó de ella. Elizabeth trató de montar su caballo, pero su larga falda y los temblores de su cuerpo no se lo permitieron. Miles se le acercó por detrás y, tocándola lo menos posible, la depositó sobre la montura.

Elizabeth estaba demasiado atónita, en un profundo estado de conmoción, y apenas si pudo pensar mientras partían raudamente hacia el norte. Tenía los ojos tan secos que le ardían, y no pensaba en otra cosa que en el viento y en cómo jugaba con las crines de su caballo.

Menos de una hora después se detuvieron en las afueras de una pequeña aldea, frente a una agradable casita que estaba frente a una iglesia. Miles desmontó y no la miró, mientras ella luchaba por llegar al suelo.

Un sacerdote les abrió la puerta.

- Miles, así que ésta es la encantadora novia - dijo- . Pasen, sé lo impaciente que están.

Miles pasó primero, ignorando a Elizabeth, y ella corrió detrás de él, tomándolo del brazo. La mirada que él le lanzó la hizo contener el aliento. Dejó caer la mano.

- Después que hayamos terminado, ¿podríamos hablar? - susurró ella.

- Si no te va a llevar mucho tiempo - le contestó él fríamente- . Mi hermano me está esperando.

- No - respondió ella, tratando de recobrar su dignidad- . No te detendré demasiado. - Con esas palabras, se arregló la falda y caminó delante de él.

La ceremonia se llevó a cabo en pocos minutos. No hubo testigos de ninguna de las dos familias, sólo unos hombres conocidos del sacerdote. A juzgar por el sentimiento con que cada uno de los novios pronunció las palabras necesarias, bien podrían haber estado tratando un negocio de granos.

Cuando el sacerdote los declaró marido y mujer, Miles se volvió hacia Elizabeth y ella contuvo el aliento.

- Creo que podremos hablar en la sacristía - fue todo lo que dijo. Elizabeth, con la cabeza en alto, lo precedió.

Cuando estuvieron solos en la pequeña habitación él se recostó perezosamente sobre una de las paredes.

- Ahora tienes la oportunidad de decir todo lo que quieras.

El primer impulso de ella fue gritarle dónde podría pasar el resto de su vida, pero se contuvo.

- No sabía que el rey había ordenado que nos casáramos. Si hubiera estado al tanto, no me habría negado. Estoy dispuesta a mucho con tal de terminar con esta enemistad.

- ¿Hasta a dormir con tu enemigo? - se burló él. Ella apretó los dientes.

- Roger ha estado muy mal con la muerte de Brian. - Por un momento, los ojos de ella lanzaron llamas.

Miles tenía la respiración agitada.

- Tal vez no estés enterada de que Raine pudo sobrevivir al veneno que le dio tu hermano.

- ¡Veneno! - bufó ella- . ¿Y ahora de qué estás acusando a Roger?

- No a Roger - dijo Miles- . Fue tu hermano Brian quien envenenó a Raine.

- Pues bien, ¡parece que Brian pagó por lo que hizo! He oído que Raine es un hombre corpulento. ¿Se divirtió mucho haciendo pedazos a mi hermano? ¿Disfrutó al oir el ruido de los huesos que se rompían?

Los ojos de Miles se endurecieron.

- Veo que una vez más has oído sólo una versión de la historia. ¿Te dijo Roger que Raine mató a Brian?

- No con todas las letras, pero... Miles se separó de la pared.

- Entonces pregúntale. Haz que tu perfecto hermano te diga la verdad sobre quién mató a Brian Chatworth. Y ahora, si no tienes otra cosa de qué acusarme, tengo que irme.

- ¡Espera! - lo llamó ella- . Por favor, dame algunas noticias. ¿Cómo está sir Guy?

Los ojos de Miles se volvieron negros.

- ¿Y a ti qué cuernos te importa? ¿Desde cuándo te interesa alguien que no sea tu traicionero hermano? Guy ha estado a punto de morir por las flechas de tu hermano. Tal vez debió practicar más su puntería. Otra pulgada y habría atravesado el corazón de Guy.

- ¿Y Kit? - susurró ella.

- ¡Kit! - dijo él con los dientes apretados- . Kit lloró durante tres días después de que te fuiste, y ahora ni siquiera acepta que la niñera de Philip entre a su cuarto. El nombre de la niñera es Elizabeth.

- Yo nunca quise... - comenzó ella- . Yo amo a Kit.

- No, Elizabeth, no lo amas. No somos nada para ti. Te has vengado de

todos nosotros por retenerte contra tu voluntad. Tú, después de todo, eres una Chatworth.

La furia explotó en ella.

- ¡No pienso tolerar una sola insinuación más! ¿Qué se supone que podía hacer cuando mi hermano tenía su espada contra tu garganta? ¿Debía haberme quedado contigo? ¡Te hubiera matado! ¿No te das cuenta de que me fui con él para salvar tu miserable vida?

- ¿Y se supone que tengo que creer eso? - dijo en voz baja- . Estás frente a mí chorreando perlas, luciendo un rubí que cuesta más que todo lo que yo poseo y me dices que te fuiste con tu hermano para salvarme. ¿Qué te ha hecho pensar que soy un estúpido?

- Entonces, dime - le repuso ella- , ¿qué debería haber hecho?

El entrecerró los ojos.

- Tú dices que tu hermano te ama mucho; debías haberle dicho que querías permanecer conmigo- Ella alzó las manos con desesperación.

- Oh, sí, eso hubiera dado excelentes resultados. Sin duda Roger hubiera envainado su espada y muy dócilmente habría regresado a casa. Roger tiene un temperamento tan fogoso como el tuyo. Y, Montgomery, ¿cómo iba yo a saber que tú querías que me quedara a tu lado?

El se quedó callado un momento.

- Mis deseos siempre han estado muy claros. Me he enterado de que últimamente has dormido con muchos hombres. Estoy seguro de que tu condición de casada no va a interferir con tus actividades, aunque mi hijo te será un estorbo por un tiempo más.

Con mucha calma, muy lentamente, Elizabeth se le acercó y le cruzó la cara de una bofetada.

Cuando Miles enderezó la cabeza para mirarla, había llamas en sus ojos. Con gesto violento y rápido le agarró las manos y la empujó contra la pared de piedra. Sus labios se apretaron contra los de ella con fuerza, hambrientos.

Elizabeth reaccionó con todos sus deseos dormidos y apretó su cuerpo contra el de él, ansiosamente.

Los labios de él le recorrían el cuello.

- Tú me amas, ¿no es verdad, Elizabeth?

- Sí - murmuró ella.

- ¿Cuánto? - susurró él, tocándole el lóbulo de la oreja con la punta de la lengua.

- Miles - jadeó ella- , por favor. - Tenía las manos sujetas contra la pared, sobre su cabeza, y deseaba desesperadamente rodearlo con sus brazos.- Por favor - repitió.

Abruptamente se alejó de ella, dejándole bajar los brazos.

- ¿Qué se siente al ser rechazado? - dijo fríamente, aunque le latían las venas del cuello- . ¿Qué se siente cuando se ama a alguien y éste te rechaza? Te rogué que te quedaras conmigo pero preferiste a tu hermano. Ahora vamos a ver si él puede darte lo que necesitas. Adiós, Elizabeth... Montgomery. - Con estas palabras dejó la sacristía y cerró la puerta tras de sí.

Por un largo momento Elizabeth se sintió demasiado débil como para moverse, pero finalmente pudo llegar a una silla y sentarse. Allí estaba, atontada, cuando entró el sacerdote, obviamente muy agitado.

- Lord Miles ha tenido que partir, pero afuera os espera una escolta. Y

ha dejado esto para usted. - Como Elizabeth no reaccionaba, el sacerdote le tomó una mano y se la cerró sobre algo frío y pesado- . Tomaos vuestro tiempo, querida, los hombres pueden esperar.

Sólo después de algunos minutos, Elizabeth pudo ponerse de pie. El objeto que tenía en la mano cayó sobre el piso de piedra. Se arrodilló y lo recogió. Era un pesado anillo de oro, del tamaño de su dedo, con una gran esmeralda que tenía tallados los tres leopardos de los Montgomery.

Su primer impulso fue arrojarlo lejos, pero con un gesto de resignación se lo puso en la mano izquierda y salió de la sacristía para encontrarse con los hombres que esperaban.

Roger se topó con ella a media milla de la casa, con una guardia armada y las espadas desenvainadas. Ella espoleó su caballo para acercársele.

- ¡Muerte a todos los Montgomery! - gritó él. Elizabeth le sujetó las riendas del caballo y, después de un forcejeo que casi le saca el brazo de su lugar, consiguió detenerlo. Ambos tuvieron que tranquilizar a sus cabalgaduras.

- ¿Por qué estás cabalgando con hombres de Montgomery? - aulló Roger.

- Porque soy una Montgomery - le gritó ella a su vez.

Afortunadamente esta declaración hizo que Roger se detuviera.

- ¡Cómo te has atrevido a no decirme que el rey ordenó que me casara con Miles! - vociferó ella- . ¿Qué más has estado escondiendo? ¿Quién mató a mi hermano Brian?

La furia de Roger hizo que su rostro se pusiera de color púrpura.

- Un Montgomery... - comenzó él.

- ¡No! ¡Quiero la verdad!

Roger miró a la guardia armada que estaba detrás de Elizabeth como si estuviera planeando su muerte.

- O me dices la verdad aquí y ahora, o me voy con ellos a Escocia. Acabo de casarme con un Montgomery y mi hijo tiene todo el derecho del mundo a crecer como tal.

Roger respiraba pesadamente.

- Yo maté a Brian - gritó él, y de inmediato se tranquilizó- . Maté a mi propio hermano. ¿Es eso lo que querías oír?

Elizaheth había esperado recibir cualquier otra respuesta, pero lo que oyó la dejó pasmada.

- Volvamos a casa, Roger, y hablaremos.

Cuando estuvieron solos en el castillo, Elizabeth exigió que Roger le contara todo lo referente a las guerras entre los Chatworth y los Montgomery. No era una historia fácil de escuchar, y tampoco resultaba sencillo que Roger contara las cosas exactamente como eran. El punto de vista de Roger sobre los hechos estaba teñido con sus propias emociones.

En Escocia había creído que tenía la oportunidad de casarse con Bronwyn MacArran, que hubiera sido una excelente pareja para él. Le dijo a la mujer algunas falsedades para que ella lo tuviera en mejor concepto... pero ¿qué eran unas pocas mentiras cuando se trataba de cortejar a alguien? Hasta había provocado que Stephen Montgomery combatiera por ella, pero cuando Stephen triunfó con tanta facilidad, Roger perdió el control y lo atacó por la espalda, La humillación que tuvo que sufrir Roger por este

hecho había sido muy difícil de soportar. Había raptado a Bronwyn y a Mary solamente para dar una lección a los Montgomery. Jamás había pensado en hacer daño a las mujeres.

- Pero sí le hiciste daño a Mary - dijo Elizabeth, iracunda.

- ¡Brian quería desposarla! - se defendió Roger- . Después de todo lo que había sufrido por causa de los Montgomery, tenía que soportar que mi hermano quisiera casarse con esa muchacha mayor, simple, sin ningún carácter. Nadie en Inglaterra quería nada con ella. ¿Te imaginas cómo se hubieran burlado todos de los Chatworth?

- Tu orgullo me enferma. Brian está muerto en vez de casado. ¿Ya tienes lo que querías?

- No - susurró él.

- Yo tampoco. - Se sentó.- Roger, quiero que me escuches, y que me escuches bien. La guerra entre los Chatworth y los Montgomery ha terminado. Ahora mi nombre es Montgomery y mi hijo será un Montgomery. Ya no habrá más luchas.

- Si trata otra vez de llevarte... - comenzó Roger.

- ¡Llevarme! - Se puso de pie tan rápidamente que la silla cayó hacia atrás. - Esta mañana le rogué a Miles Montgomery que me llevara con él, pero se negó. ¡Y no lo culpo! Su familia ha perdido a alguien a quien amaban mucho, por tu culpa, y sin embargo no te han matado, como probablemente debieran haber hecho.

- Brian...

- ¡Tú mataste a Brian! - gritó ella- . Tú has sido el causante de todo, y por Dios que si vuelves siquiera a mirar a un Montgomery de mal modo, yo misma desenvainaré una espada contra ti. - Diciendo esto, salió del salón, llevándose por delante a Alice, quien, como de costumbre, estaba fisgoneando detrás de la puerta.

Pasaron tres días antes de que Elizabeth pudiera controlar su furia y pensar.

Cuando lo hizo, decidió revisar toda la situación y ver qué podía hacer. No iba a permitir que su hijo creciera como lo había hecho ella. Probablemente nunca pudiera vivir con Miles, de manera que lo más cercano a un padre que iba a tener la criatura sería su hermano Roger.

Encontró a Roger cabizbajo junto al fuego, y si hubiera sido un hombre, lo hubiera levantado a empujones de la silla y le hubiera dado unas buenas patadas en el trasero.

- Roger - dijo, con voz dulce como la miel- , no lo había notado hasta ahora, pero tienes un rollo en la cintura.

El se tocó sorprendido el estómago plano. Elizabeth tuvo que contener la risa. Roger era un hombre muy apuesto y estaba acostumbrado a que las mujeres lo miraran.

- Tal vez a tu edad los hombres engordan y sus músculos se debilitan.

- Pero no soy tan viejo - dijo él, poniéndose de pie y mirándose el estómago.

- Eso era algo que me gustaba de Escocia. Los hombres se mantenían en perfecto estado físico. El la miró de lado.

- ¿Qué estás tratando de hacer, Elizabeth?

- Estoy tratando de evitar que te hundas en un mundo de autocompasión, Brian está muerto, y aunque todas las noches caigas borracho en la cama, por el resto de tus días, no lograrás que vuelva. Ahora

ve a buscar esos perezosos caballeros que tienes y poneos a trabajar.

En el rostro de él apareció algo parecido a una sonrisa.

- Tal vez esté necesitando un poco de ejercicio - dijo, y salió de la habitación.

Seis semanas después, Elizabeth dio a luz un varón de buen tamaño y muy saludable, a quien llamó Nicholas Roger. de inmediato fue evidente que el niño había heredado los pómulos altos de Gavin Montgomery. Roger se entusiasmó con el niño como si fuera de él.

Cuando Elizabeth se pudo levantar, comenzó a trabajar para prepararle un bello hogar al pequeño Nicholas. Lo primero que hizo fue ordenar una guardia permanente junto al niño, porque Alice parecía creer que Nicholas era hijo de Judith y Gavin, y Elizabeth no tenía confianza en lo que la pobre loca pudiera hacer.

Nicholas apenas tenía un mes cuando llegó la primera carta de Judith Montgomery. Era una carta reservada en la que preguntaba por el niño y lamentaba no conocer a Elizabéth, aunque Bronwyn hablaba muy bien de ella.

No se hablaba de Miles para nada.

De inmediato Elizabéth contestó la carta, elogiando mucho al pequeño Nick, contando que se parecía a Gavin y preguntando si Judith tendría algún buen consejo para una madre novata.

Judith respondió enviándole un baúl repleto de exquisitas ropas de bebé que su hijo, que ya tenía diez meses, había dejado de usar.

Elizabéth, en un leve desafío, le mostró las ropitas a Roger y le dijo que había iniciado una correspondencia con Judith Montgomery. Roger, empapado de sudor porque acababa de volver del campo de entrenamiento, no dijo palabra... pero Alice tenía mucho que decir, aunque todos lo ignoraban.

No fue sino hasta la quinta carta de Judith que ella mencionó a Miles, aparentemente de pasada. Contaba que Miles estaba viviendo con Raine, que ambos estaban sin sus esposas y que ambos se sentían terriblemente mal.

Esas noticias la alegraron para toda la semana. Reía con Nick y le contaba todo lo referente a su padre y a su medio hermano Kit.

En septiembre, Elizabéth le envió a Judith unos bulbos para su jardín, junto con un hermoso jubón para Kit, similar al de los hombres grandes, que ella misma le había hecho. Judith le había contado que Kit estaba encantado con el jubón, pero que tanto él como Miles creían que era Judith quien lo había confeccionado; esto había hecho reír a Gavin, porque Judith estaba siempre demasiado ocupada y no tenía paciencia para sentarse a coser.

Justo después de Navidad, Judith envió una carta larga y muy seria. Raine y su esposa estaban por fin reunidos, y Miles había ido a visitarlos antes de volver a su propia casa. Judith se había quedado sorprendida por el cambio sufrido por Miles. Siempre había sido un solitario, pero ahora casi no hablaba con nadie. Y lo que era peor, su amor por las mujeres al parecer había desaparecido. Las mujeres aún se sentían atraídas por él, pero Miles las miraba con suspicacia y sin el más mínimo interés. Judith había tratado de hablar con él sobre este tema, pero todo lo que él había respondido había sido: "Soy un hombre casado, ¿lo recuerdas? Los esposos deben ser fieles siempre. Luego, se había reído y se había alejado. Judith le rogaba a

Elizabeth que perdonara a Miles, advirtiéndole al mismo tiempo que todos los Montgomery eran increíblemente celosos.

Elizabeth respondió con otra larga carta, en la que se reflejaba toda su frustración. Miles era el único hombre que la había tocado; ella le había rogado que la llevara con él después de la boda, pero él se había negado. Contó cómo se había ido con Roger para salvarle la vida. Escribió páginas enteras explicando qué tonta había sido por creer tan ciegamente en su hermano, pero era Miles quien la quería lejos de sí, no ella.

Tan pronto como Elizabeth envió la carta con el mensajero, deseó tenerla de vuelta. A decir verdad, ella no conocía a Judith Montgomery. Con que sólo la mínima parte de lo que Alice contaba de Judith fuera cierto, la mujer debía de ser un monstruo. Podría arruinar todas sus probabilidades de un arreglo con Miles.

Cuando pasaron dos meses sin recibir una respuesta, Elizabeth sintió que iba a enloquecer. Roger no hacía más que preguntarle qué era lo que estaba mal.

Alice hizo más que eso. Se deslizó en las habitaciones de Elizabeth, encontró las cartas de Judith, las leyó y luego le hizo un pormenorizado relato de ellas a Roger. Cuando Roger optó por no prestarle mayor atención, Alice tuvo un ataque de furia que le duró casi un día entero.

La respuesta que Judith le hizo llegar a Elizabeth fue corta: Miles iba a estar acampando a veinte millas de la casa Chatworth el 16 de febrero, en las afueras de la aldea de Westermore. Sir Guy estaba deseoso de ayudar a Elizabeth en todo lo que pudiera.

Elizabeth durmió con esta carta, la llevó consigo a todas partes y finalmente la escondió detrás de una piedra de la chimenea. Durante unos días se sintió entre nubes, y después consiguió poner los pies sobre la tierra. ¿Por qué tenía que pensar que Miles la querría de vuelta? ¿Qué podía hacer ella para que él la quisiera?

"Eres mía, Elizabeth - había dicho él- . Me fuiste entregada."

En su mente comenzó a formarse un plan. No, no podría, pensó. Se le escapó una risita. No creía tener el coraje suficiente. ¿Pero qué pasaría si ella se "diera" nuevamente a Miles?

Mientras Elizabeth estaba en la galería, pensando en visiones deliciosas y horribles, Alice se encontraba en las habitaciones de Elizabeth, espiando y buscando. Cuando encontró la última carta de Judith, se la llevó a Roger, y esta vez él le prestó atención. Durante los días que siguieron, tres personas en la casa Chatworth maquinaban sus planes... todos con distintos objetivos.

Librodot

15

- ¡De ninguna manera! - dijo sir Guy mientras observaba a Elizabeth. Su tono de voz era bajo, pero se oía más fuerte que un grito.

- Pero Judith dijo que estabais dispuesto a ayudarme.

Sir Guy se enderezó en toda su altura La cicatriz que le cruzaba el rostro estaba de color púrpura.

- Lady Judith - enfatizó la palabra- no tenía idea de que vos pudierais pedirme semejante cosa. ¿Cómo se os ha podido ocurrir algo así? - dijo con la voz cargada de reproche.

Elizabeth le dio la espalda y propinó una patada a la alfombra que cubría el suelo. A ella le había parecido una muy buena idea en su momento: haría que sir Guy la entregara nuevamente a Miles, desnuda, envuelta en una alfombra.

Tal vez la repetición de la escena le hiciera reír y perdonarla. Pero sir Guy se negaba a cooperar.

- ¿Y entonces qué puedo hacer? - preguntó con tono cansado- . Sé que no querrá verme si se lo pido directamente.

- Lady Alyx le envió su hija a lord Raine, y la niña actuó de emisaria.

- Oh, no. No voy a permitir que Miles le ponga las manos encima a Nick. Miles contrataría otra niñera y agregaría al niño a su colección. Nunca volvería a ver ni a Miles ni a Nick. - Se recostó contra un árbol y trató de pensar. Si lograba arreglar una reunión con Miles, no estaba segura de que él quisiera escucharla.

Su única oportunidad verdadera era hacer que a él se le oscurecieran los ojos de pasión y que no se pudiera controlar. Tal vez entonces pudiera hablarle, después de hacer el amor.

Mientras pensaba, jugaba con su larga capa negra de terciopelo, adornada con visón del mismo color. La cubría de pies a cabeza. Miró de nuevo a sir Guy y había una nueva lu2 en sus ojos.

- ¿Podéis arreglar que yo pase un rato a solas con Miles? ¿En el bosque, y no en la tienda? ¡Y que sea realmente a solas! Sin duda él llamará a sus guardias, pero quiero que no aparezca nadie.

- No me gusta la idea - dijo sir Guy empecinadamente- . ¿Qué pasaría si se presentara un peligro real?

- Muy cierto - dijo ella con sarcasmo- . Podría arrojarlo al suelo y ponerle un cuchillo en la garganta.

Sir Guy levantó una ceja y ostentosamente cambió de posición el pie que Elizabeth le había roto.

Elizabeth le dedicó una pequeña sonrisa.

- Por favor, Guy, no le he hecho daño a un hombre en mucho tiempo. Miles es mi esposo y lo amo, y sólo trato de que él me vuelva a amar.

- Yo creo que lord Miles os ama mucho, casi está obsesionado con vos, pero habéis herido su orgullo. Nunca ninguna mujer le había causado problemas.

- No voy a disculparme por haberme ido de Escocia con Roger. En ese momento hice lo apropiado, Ahora bien, ¿vais a hacer lo necesario para que tenga un rato a solas con mi marido?

Sir Guy se tomó su tiempo antes de asentir.

- Estoy seguro de que me voy a arrepentir de esto.

Elizabeth le sonrió ampliamente, con el rostro iluminado.

- Seréis el padrino de nuestro próximo hijo. - Sir Guy refunfuñó.

- En una hora lord Miles estará en este lugar. Os doy una hora con él.

- Entonces nos encontraréis en una situación embarazosa - dijo ella con franqueza- . Intento seducir a mi esposo. Dadnos por lo menos tres horas solos.

- Así no se comportan las damas, Elizabeth Montgomery - dijo él pero había destellos en su mirada.

- Ni tampoco tengo ningún orgullo - estuvo de acuerdo ella- . Idos ahora, mientras me preparó.

Cuando se quedó sola, Elizabeth perdió un tanto su sangre fría. Tal vez ésta fuera su única oportunidad de recuperar a su marido, y rezaba para que todo saliera bien. Con manos temblorosas comenzó a desabotonarse el traje.

Esperaba conocer a Miles lo suficiente como para saber que podría resistirse a ella con su lógica, pero no físicamente.

Escondió sus ropas debajo de unos arbustos y, desnuda, se envolvió toda entera en la capa negra. Para el mundo sería una dama decorosa. Cuando estuvo lista, se sentó en una piedra y esperó.

Cuando oyó los pasos de alguien que se acercaba, se puso rígida, porque reconoció la forma de caminar de Miles, rápida, ligera, decidida. Se puso de pie para recibirlo.

Cuando él la vio, sus ojos le dieron la bienvenida, ansiosos, pero de inmediato su visión se oscureció la miró muy fríamente.

- ¿Has dejado de lado a tu hermano? - le preguntó.

- Miles, he arreglado este encuentro para preguntarte si sería posible que viviéramos juntos como marido y mujer.

- ¿Los tres juntos?

- Sí. - Sonrió.- Nosotros dos y nuestro hijo Nicholas.

- Ya veo. ¿Y, si se puede saber, qué va a hacer tu hermano sin la hermana por la que tantas veces ha matado?

Ella se le acercó unos pasos.

- Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, y esperaba que ya te hubieras sobrepuesto a los celos.

- ¡No estoy celoso! - replicó él- . Tuviste que tomar una decisión y la tomaste. Ahora, voy a hacer que te escolten de nuevo a tu casa. ¡Guardias!

Una mirada de intriga se pintó en el rostro de Miles cuando nadie respondió a su llamada, pero antes de que pudiera decir una palabra, Elizabeth se abrió la capa, revelando su cuerpo desnudo. Miles se quedó con la boca abierta y sólo atinó dar un resoplido.

Elizabeth dejó que la capa cayera abierta, mostrando desde su cintura hasta los pies. Lentamente, como una cazadora, se acercó a él y le puso una mano en la nuca.

Involuntariamente, la mano de él se fue a posar sobre la piel satinada de su cadera.

- ¿Voy a tener que suplicarte, Miles? - susurró ella, mirándole los labios- . Me he equivocado muchas veces. Ya no tengo orgullo. Te amo y quiero vivir contigo. Quiero más hijos.

Lentamente, los labios de Miles se acercaron a los de ella. Estaba usando toda su fuerza de voluntad para resistírsele.

- Elizabeth - murmuró él, rozándole la boca levemente.

El fuego largamente reprimido se encendió entre ellos. Los brazas de

Miles se deslizaron debajo de la capa y la levantó del suelo, apretándola contra sí y besándola más profundamente. Su boca le recorrió el rostro, como si quisiera devorarla.

- Te he extrañado. Oh, Dios, ha habido momentos en que creí que iba a enloquecer.

- Yo estoy segura de haber enloquecido - respondió ella, riendo y llorando- , ¿Por qué no pudiste darte cuenta de que te amaba sólo a ti? Nunca he permitido que ningún otro hombre me tocara.

El le besó las lágrimas.

- Me enteré de que John Bascum tuvo que darse catorce puntos en la cabeza porque tú lo golpeaste.

Ella lo besó en la boca y no le permitió seguir hablando. Sin que ninguno de los dos se diera cuenta, comenzaron a resbalar hacia el suelo. Los dedos de Elizabeth estaban hundidos entre los botones de las ropas de Miles, mientras que las manos de él le recorrían el cuerpo ansiosamente.

- ¡Quitadle las manos de encima! - se oyó una voz mortal.

A Elizabeth y Miles les llevó un momento comprender quién había hablado. Roger Chatworth apuntaba a Miles con su espada.

Miles le dirigió a Elizabeth una mirada dura y comenzó a ponerse de pie.

- Es tuya - le dijo a Roger, con el pecho agitado.

- ¡Maldito seas, Roger! - le gritó Elizabeth a su hermano, comenzando a arrojarle piedras a la cabeza- . Aunque sólo sea por una vez, ¿puedes dejar de meterte en mi vida? ¡Guarda esa espada antes de que alguien salga lastimado!

- Voy a lastimar a un Montgomery si...

- Puedes intentarlo - resopló Miles, desenvainando su espada.

- ¡No! - gritó Elizabeth, y saltó en medio de los dos hombres, de frente a su hermano- . Roger, déjame aclararte esto. Miles es mi esposo y me voy a ir a su casa con él, esto es, si él me lo permite, después de cómo nos hiciste quedar a ambos.

- Qué modelo de esposo - rió Roger entre dientes- . Hace meses que no te ve, ni siquiera conoce a Su propio hijo. ¿Es eso lo que quieres, Elizabeth? ¿Vas a dejar tu hogar por un hombre a quien nada le importas? ¿A cuántas mujeres has dejado embarazadas desde Elizabeth, Montgomery?

- A más de las que tú podrías embarazar en toda tu vida - repuso Miles con calma.

Elizabeth se acercó más a Miles cuando Roger se irguió amenazante.

- Si tuviera un poco de sentido común, os mandaría a ambos al infierno.

- Deja que te libre de él - dijo Roger, pero cuando la punta de su espada tocó la capa de Elizabeth, se quedó muy quieto- . ¿Es que no tienes vergüenza? ¿Has recibido a este hombre... así?

- Roger, eres un ser testarudo que sólo comprende lo que se le mete en la cabeza por la fuerza. - Girando con sus terciopelos y sus visones, se puso de puntillas y plantó su boca contra la de Miles. Miles estaba comenzando a comprender que esta vez Elizabeth lo elegía a él y no a su hermano. La apretó contra sí como para romperle las costillas y la besó con promesas de un mañana.

Roger, echando humo, tan furioso que no podía parar de temblar, no

notó al hombre que se deslizaba a sus espaldas. Ni tampoco escuchó el silbido del garrote que le golpeó la cabeza. Sin emitir un sonido, cayó al suelo.

Miles y Elizabeth no estaban como para darse por enterados de nada que pasara a su alrededor, pero algo hizo que Elizabeth abriera los ojos repentinamente.

Un garrote estaba a punto de golpear la cabeza de Miles. Lo empujó rápidamente hacia la izquierda, de manera que el garrote la golpeó a ella y no a él.

Miles no comprendió al principio qué era lo que había hecho que Elizabeth se debilitara tan repentinamente. Sosteniéndola con una mano, se volvió, pero no logró esquivar el golpe que esta vez iba dirigido a él.

Los tres hombres, sucios y fornidos, se quedaron mirando a los dos hombres y a la mujer que yacían a sus pies.

- ¿Cuál es Montgomery? - preguntó uno de ellos.

- ¿Cómo quieres que lo sepa?

- ¿Entonces a cuál nos llevamos?

- ¡A ambos! - dijo el tercer hombre.

- ¿Y la ramera? - preguntó uno de ellos, mientras con el garrote abría la capa de Elizabeth.

- Llevémosla con ellos. La Chatworth dijo que podía haber una mujer y que debíamos deshacernos también de ella. Estoy planeando hacerla pagar por cada cuerpo. Ahora, quitadle las ropas a ese hombre mientras yo me ocupo de éste.

El tercer hombre cortó un mechón de los rubios cabellos de Elizabeth y se lo introdujo en un bolsillo.

- Veamos, daos prisa- La carreta no va a esperarnos todo el día.

Cuando Elizabeth se despertó, el dolor intenso de su cabeza era tan grande que deseó haber seguido inconsciente. Hasta parecía que el suelo debajo de ella se movía. Cuando comenzó a sentarse, cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza no contra el suelo, sino contra madera.

- Cálmate, querida - le llegó la voz de Miles desde atrás.

Ella se volvió para encontrarse con la mirada penetrante de Miles. El estaba desnudo, salvo por su taparrabos, y tenía los brazos sujetos a la espalda, formando un ángulo poco natural; sus tobillos estaban atados. A su lado, roncando, estaba Roger, también atado.

A medida que la cabeza de Elizabeth se fue aclarando, se dio cuenta de que ella también estaba atada por las muñecas y los tobillos.

- ¿Dónde estamos? - susurró, tratando de no mostrar el miedo que sentía.

La voz de Miles era profunda, fuerte, reconfortable.

- Estamos en la bodega de un barco, y me parece que nos dirigimos a Francia.

- ¿Pero quién? ¿Por qué? - tartamudeó ella.

- Tal vez tu hermano lo sepa - dijo Miles con calma- . Por el momento tenemos que tratar de liberarnos. Voy a rodar hasta ti y con los dientes trataré de desatarte las manos; luego tú me soltarás a mí.

Elizabeth asintió, tratando de recobrar la calma. Si Roger hubiera tenido algo que ver con la captura de ellos no estaría también en ese lugar, se dijo.

Cuando tuvo las manos libres suspiró aliviada, se volvió hacia Miles y, en lugar de liberarlo, se abrió la capa, apretó su cuerpo desnudo contra el de él y lo besó.

- ¿Has pensado un poco en mí? - le preguntó, muy cerca de sus labios.

- A cada momento. - Hambriento, se inclinó hacia adelante para besarla nuevamente. Riendo, ella le dio un empujón.

- ¿Quieres que te desate?

- Las partes que necesito libres ya lo están - dijo él, acercando sus caderas a las de ella.

Elizabeth le enterró los dedos en los hombros y le invadió la boca con la suya. Sólo los gruñidos y las quejas de Roger lograron hacer que se separara de él.

- Si hasta ahora no odiaba a tu hermano, voy a comenzar a hacerlo ya mismo - dijo Miles con vehemencia cuando Elizabeth se sentó, se inclinó sobre él y comenzó a desatarlo.

- ¿Qué es esto? - exigió saber Roger. Se sentó, cayó nuevamente hacia atrás y finalmente pudo mantenerse erguido- . ¿Qué es lo que habéis hecho ahora, Montgomery?

Miles no le contestó, y se frotó las muñecas mientras Elizabeth se desataba sus propios tobillos. Cuando Miles comenzó a soltarse los suyos, Roger explotó.

- ¿Piensan liberarse los dos y dejarme aquí? Elizabeth, ¿cómo puedes olvidar...?

- Por favor, tranquilízate, Roger - dijo Elizabeth- . Ya has hecho suficiente daño. ¿Tienes alguna idea de adonde piensan llevarnos en este barco?

- Pregúntale a tu amante. Estoy seguro de que él ha planeado todo esto.

Miles no se molestó en contestarle y se volvió hacia Elizabeth.

- Quiero saber si cuento con tu lealtad. Si alguien abre la escotilla, lo atacaré, mientras tú usas las cuerdas para atarlo. ¿Puedo confiar en ti?

- Lo creas o no, siempre has contado con mi lealtad - dijo Elizabeth fríamente.

- ¿Habéis tratado de exigir que nos liberen? - preguntó Roger- . Ofrecedles dinero.

- ¿Y vos le vaciaréis vuestros bolsillos? - preguntó Miles, mirando la delgada franja de tela que cubría a Roger.

Nadie dijo una palabra más, porque la escotilla comenzó a abrirse y un pie apareció en la escalera.

- ¡Abajo! - ordenó Miles, y tanto Roger como Elizabeth se fingieron dormidos, echándose sobre el suelo de madera. Miles se deslizó silenciosamente hasta el extremo opuesto de la escalera.

El marinero introdujo la cabeza y pareció satisfecho al ver a los dos prisioneros dormidos; bajó otro escalón y en ese instante se dio cuenta de que faltaba uno de los cautivos. Miles atrapó al hombre por ambos pies y lo arrojó al suelo. No se produjo ningún sonido excepto un golpe amortiguado, que se perdió entre los crujidos de gemidos del barco.

Roger no perdió tiempo en entrar en acción y levantó por los cabellos la cabeza del hombre.

- Estará fuera de combate por un tiempo. Miles comenzó a desabotonar las ropas del hombre.

- ¿Y esperáis que me quede aquí mientras tomáis sus ropas y escapáis -

preguntó Roger de mal modo- . No voy a quedar a merced de un Montgomery.

- ¡Pues lo harás! - siseó Elizabeth- . Roger, estoy enferma de tanta desconfianza de tu parte. Tú eres quien ha causado gran parte de los problemas entre los Montgomery y los Chatworth, y si ahora queremos salir de ésta, tendrás que aprender a cooperar. ¿Qué podemos hacer, Miles?

Miles la observaba mientras trataba de ponerse las ropas, que le quedaban chicas. Por lo general a los marineros se los elegía por sus cuerpos no muy desarrollados, porque de esa forma podían manejarse mejor dentro de los límites de un barco.

- Regresaré en cuanto haya averiguado algo. - Diciendo esto, desapareció por la escalera.

Elizabeth y Roger ataron y amordazaron al marinero inconsciente y lo depositaron en un rincón.

- ¿Te vas a poner siempre de su parte? - le preguntó Roger de mal humor.

Elizabeth se recostó contra la pared del barco. Le dolía la cabeza y su estómago vacío comenzaba a revolvérsele por el movimiento.

- Tengo mucho que reparar con respecto a mi esposo. Tal vez Miles tenga razón y yo hubiera podido hacer alguna otra cosa el día en que me fuiste a buscar a la cabaña. Nunca has sido el tipo de persona que entra en razones, pero quizá debiera haberlo intentado.

- ¡Me insultas! Siempre he sido una buena persona contigo.

- ¡No! Siempre te has aprovechado de todo lo bueno que has hecho por mí. Ahora escúchame. Como sea que nos hayamos metido en este lío, tenemos que salir de él. Tienes que cooperar.

- ¿Con un Montgomery?

- ¡Con dos Montgomery! - repuso ella. Roger se quedó quieto un momento.

- Alice - murmuró- . Ella me dio la carta que te mandó la mujer de Gavin Montgomery. Ella sabía dónde encontrar a tu...

- Esposo - aclaró Elizabeth- . ¡Oh, Roger! - suspiró con fuerza- . Nicholas. Está con Alice, solo. Tengo que volver con mi hijo.

Roger le puso una mano en el hombro.

- El niño tiene una guardia y tienen órdenes de no permitir que Alice se le acerque. No me desobedecerán.

- ¿Pero que pasará con él si no regresamos?

- Sin duda los Montgomery se harán cargo de él.

Los ojos de ambos se encontraron, y Roger se dio cuenta de lo que acababa de decir. Estaba a punto de admitir que, tal vez, él estuviera equivocado en sus acusaciones contra los Montgomery. Quizá todo lo que Elizabeth venía diciéndole había comenzado a penetrarle.

Se volvieron, conteniendo el aliento cuando la escotilla se abrió, y respiraron tranquilos cuando Miles entró.

Elizabeth se lanzó hacia él y se abrazó a su cuello, y casi le hizo tirar los bultos que traía en los brazos.

- Creemos que ha sido Alice la que ha planeado todo esto. Oh, mi Miles, ¿no estás herido? - Miles la miró con aire sospechoso.

- Cambias de parecer con mucha rapidez. No, no he tenido ningún problema. He traído comida y ropas. - Le arrojó a Roger una rebanada de pan duro y le dio a Elizabeth algunas ropas. Le echó una mirada al marinero

que yacía atado y amordazado, con los ojos muy abiertos por el miedo, y se sentó con Roger y Elizabeth.

Además del pan había carne seca y una bebida de desagradable sabor que Elizabeth dejó de lado.

- ¿Qué es lo que habéis visto? - preguntó Roger. Miles se dio cuenta de que Roger estaba tragándose su orgullo al hacerle esa pregunta.

- Es un viejo barco, parece que se va a desarmar, y tiene una tripulación de borrachos y moribundos. Si saben que somos prisioneros, parece no interesarles en absoluto.

- Parecen ser el tipo de hombres que Alice podría conocer - dijo Elizabeth con disgusto- . ¿Nos dirigimos a Francia como pensabas?

- Sí. Puedo reconocer la línea de la costa. Cuando oscurezca, nos deslizaremos a cubierta, nos apoderaremos de uno de los botes y remaremos hasta la costa. No quiero que nos arriesguemos a una fiesta de bienvenida cuando el barco llegue a puerto. - Miró a Roger y éste asintió con la cabeza.

- ¿Y cómo volveremos a Inglaterra? - preguntó Elizabeth, masticando.

- Tengo parientes a más o menos cuatro días de viaje de donde desembarcaremos. Si logramos llegar a ellos, estaremos a salvo.

- Por supuesto no tenemos ni caballos ni comida para el viaje - dijo Roger, mientras bebía ávidamente el desagradable brebaje.

- Tal vez podamos arreglar algo - dijo Miles tranquilamente, tomando la jarra.

Enfatizó levemente la palabra "podamos".

- Sí, tal vez sea posible - contestó Roger, igualmente tranquilo.

Comieron en silencio y cuando terminaron, Roger y Elizabeth se pusieron las ropas de marinero. La camisa rayada de algodón apretaba un tanto los pechos de Elizabeth, y le gustó ver un brillo en la mirada de Miles. Ya había probado que aunque él estuviera enojado con ella, aún la deseaba... ¿y no había dicho que había pensado en ella a cada momento?

Cuando la oscuridad fue aún mayor en la pequeña bodega maloliente. Miles trepó de nuevo por la escalera y esta vez tardó un buen rato en volver. Regresó con las manos vacías.

- He aprovisionado el bote con toda la comida que he podido encontrar. - Miró a Roger- . Tengo que encargaros que me protejáis las espaldas. Elizabeth irá en medio de los dos.

Roger, al igual que Miles, era demasiado alto para poder estar completamente erguido en la bodega. Miles podía pasar por un marinero, a pesar de las ropas chicas, con la barba negra de un día y sus ojos salvajes y fieros, pero Roger no.

El cuerpo más robusto de Roger había abierto las costuras de la camisa, y su blancura aristocrática no podía confundirse con el color de algún sucio marinero. Y Elizabeth, con sus rasgos delicados y la ropa marcándole la figura, no tenía ninguna esperanza de pasar por un hombre.

Bajo la mirada fija del marinero maniatado, que trataba de pasar desapercibido, treparon por la escalera. Miles se adelantó algunos pasos, sosteniendo un corto cuchillo en sus manos. Era la única arma que había conseguido, y no había dado ninguna explicación de cómo lo había hecho.

El frío aire nocturno hizo que Elizabeth cayera en la cuenta del aire viciado que habían respirado en la bodega, y la cabeza se le comenzó a aclarar con la brisa marina. Miles la tomó del brazo, impaciente, y ella volvió su atención a lo que estaba ocurriendo.

Había tres hombres en cubierta... uno en el timón y dos rondando por ambos extremos del barco.

Miles se agachó y desapareció entre unas enormes cuerdas, e instantáneamente Elizabeth y Roger siguieron su ejemplo. Arrastrándose hasta que les dolieron las piernas, fueron avanzando centímetro a centímetro, muy lentamente, con gran cuidado, para no hacer ningún ruido.

Cuando Miles se detuvo, hizo un gesto con la mano y Roger pareció comprender. Se deslizó por el costado del barco y Elizabeth contuvo el aliento, esperando oír algún ruido cuando Roger cayera, pero nada sucedió.

Inmediatamente Miles le hizo un gesto a ella. Sin pensarlo dos veces, pasó una pierna por la borda del barco y después el resto del cuerpo. Roger la sostuvo y silenciosamente la depositó en el asiento del bote.

El corazón le latía con fuerza mientras observaba cómo Roger, ayudado desde arriba por Miles, comenzaba a hacer descender el bote por el costado del barco. Los músculos de los brazos de Roger se endurecieron por el esfuerzo de bajar el bote sin dejarlo caer con fuerza al agua. Elizabeth hizo un intento por ayudar, pero Roger la hizo a un lado. Mientras volvía a su asiento, se enganchó el pie con algo. Casi suelta un grito cuando vio una mano muy cerca de su pie,- - la mano de un marinero muerto.

De repente el bote se sacudió y ella oyó la respiración agitada de Roger mientras luchaba por controlar la caída. Por alguna razón. Miles había soltado abruptamente las cuerdas, arriba. Roger logró que el bote se apoyara en el agua sin el menor ruido. De inmediato, miró hacia la borda del barco.

A Miles no se le veía por ningún lado, y por un momento Elizabeth sintió pánico. ¿Cómo de profundo era el odio de Roger? ¿Podría ella doblegarlo si él decidía dejar atrás a Miles?

Pero Roger no hizo más que quedarse de pie en el bote, con la mirada ansiosa vuelta hacia arriba y sus piernas bien separadas para no perder el equilibrio.

Cuando Elizabeth estaba a punto de echarse a llorar de preocupación. Miles se asomó por la cubierta, vio donde estaba Roger y en el instante siguiente arrojó un cuerpo a sus brazos. Parece que esto era precisamente lo que Roger estaba esperando, porque cuando el cuerpo lo golpeó, ni siquiera trastabilló. De inmediato Miles comenzó a deslizarse por la cuerda con agilidad, y en cuanto estuvo dentro del bote, Roger comenzó a remar. Miles pateó el cuerpo del marinero muerto junto al otro cadáver, tomó el otro remo y también comenzó a remar.

Elizabeth no podía pronunciar palabra al ver cómo los dos trabajaban juntos y el bote se iba perdiendo en la noche.

16

- Tenemos que deshacernos de ellos - fueron las primeras palabras que se pronunciaron después de una hora de silencio.

Miles asintió y continuó remando mientras Roger echaba los dos cuerpos al agua.

Roger volvió a tomar el remo.

- Tenemos que conseguir otras ropas. Algo sencillo que no despierte sospechas.

- ¿Sospechas de qué? - preguntó Elizabeth- . ¿Creéis que los marineros tratarán de encontrarnos?

Roger y Miles intercambiaron una mirada que ella no pudo comprender.

- Si alguien llega a saber que somos Montgomery o Chatworth - comenzó Roger con paciencia- , en pocos minutos nos harían prisioneros para pedir rescate. Como viajamos sin guardias, tenemos que hacerlo de incógnito.

- Como músicos, tal vez - agregó Elizabeth- . Deberíamos tener a Alyx con nosotros.

La mención de la nueva cuñada de Miles hizo que Roger recordara el momento en que ella le había salvado la vida. No fue sino hasta el amanecer cuando llegaron a la costa francesa.

- Mantente la capa bien cerrada y quédate cerca de mi - ordenó Miles en voz baja- . Muy pronto instalarán un mercado aquí, y veremos si podemos conseguir algunas ropas.

Aun cuando sólo estaba comenzando a clarear, la plaza del pueblo bullía de gente que acarreaba mercaderías para la venta. Roger, con sus prendas de costuras desgarradas y su forma arrogante de caminar, atrajo muchas miradas, lo mismo que Elizabeth, con sus cabellos sucios y despeinados pero cubierta con una capa muy cara. Pero fue Miles quien llamó más la atención... de las mujeres.

Una mujer joven y bella, rodeada de hombres, levantó la vista y se encontró con los ojos oscuros de Miles. Elizabeth dio un paso adelante, sus manos transformadas en garras. Miles rió y la tomó de un brazo.

- ¿Te gustaría tener el vestido de esa dama?

- Me gustaría tener su pellejo colgando de mi puerta.

Miles le dirigió a Elizabeth una mirada tan cargada de deseo que su corazón comenzó a latirle con fuerza.

- Compórtate y obedéceme - dijo él, caminando hacia la mujer que lo miraba tan provocativamente.

- ¿Y qué puedo hacer por vos? - preguntó la mujer, en un francés vulgar.

- ¿Podría persuadiros de que os quitéis la ropa? - medio murmuró Miles, mientras sus dedos acariciaban un enorme repollo, en un francés clásico perfecto.

Por la atención que le prestó la mujer, Elizabeth bien podía formar parte del camino.

- Aja, podría - respondió ella, colocando su mano sobre la de Miles- . ¿Y qué me ofreceríais a cambio?

Miles retrocedió, con los ojos brillantes y esa media sonrisa que Elizabeth le conocía tan bien.

- Cambiaremos una capa adornada con pieles por tres juegos de prendas y provisiones.

La mujer miró a Elizabeth de arriba a bajo.

- ¿La capa de ella? - masculló.

En ese momento, dos de los hombres se acercaban al grupo, y por su apariencia parecían los hermanos de la mujer. Elizabeth, enojada por el flirteo de Miles, aunque fuera por una buena causa, miró a los hombres por entre sus espesas pestañas.

- Hemos tenido un accidente muy desafortunado - dijo ella en francés, no tan bueno como el de Miles pero bastante adecuado- . Pensábamos poder cambiar esta capa que no vale mucho por unas pocas prendas, aunque tal vez a su hermana le quede un poco chica. - Diciendo esto, dejó que la capa le cayera hasta las caderas, dejando a la vista la camisa que se le pegaba al cuerpo y unos pantalones aún más ajustados. Miles, de mal humor, le volvió a subir la capa hasta los hombros, pero ya los hombres miraban a Elizabeth con admiración.

- ¿Hacemos el trato? - dijo Miles con los dientes apretados, sin mirar a Elizabeth.

Los hermanos estuvieron de acuerdo, y nadie le prestó atención a la hermana.

Pocos minutos después, Elizabeth se acercó a un portal y se cambió las ropas, cubriéndose con la capa. El vestido que se puso era casero, suelto, cómodo, recatado.

Cuando Miles y Roger también tuvieron puestas ropas sencillas, aunque las ajustadas calzas les marcaban los músculos de las pantorrillas, llenaron bolsas con alimentos y partieron rumbo al sur.

Ya estaban bien lejos del pueblo cuando Miles le habló a Elizabeth.

- ¿Has aprendido ese truco en casa de tu hermano? Parece que te has recuperado muy rápido de tu miedo a los hombres.

- ¿Y qué se supone que tenía que hacer? ¿Quedarme ahí y dejar que esa sucia te manoseara? Estoy segura de que la habrías poseído contra la pared, si hubiera pedido ese precio.

- Tal vez - fue toda la respuesta de Miles, que se sumergió en uno de sus furibundos silencios.

- ¿Por qué me acusas de tantas acciones perversas? Jamás he hecho nada para merecer tu desconfianza. Me quedé contigo en Escocia y...

- Escapaste y casi matas a ese MacGregor. Después te fuiste con tu hermano - dijo Miles secamente.

- ¡Pero no tenía más remedio! - insistió Elizabeth.

Roger iba caminando del otro lado de Elizabeth y se había mantenido silencioso hasta entonces.

- Os hubiera matado, Montgomery, si ella no hubiera partido conmigo. Y no le hubiera creído ni una palabra si me hubiera dicho que quería quedaros con vos.

- ¿Por qué me decís esto? - le preguntó Miles a Roger después de una pausa.

- Porque Elizabeth me ha insistido mucho en lo... equivocado que he estado. Quizás haya alguna verdad en sus palabras.

Caminaron en silencio por algún tiempo más, sin que ninguno se decidiera a expresar sus pensamientos.

Cuando el sol estuvo alto en el cielo, se detuvieron a comer y tomaron agua de un arroyo que corría junto al camino. Elizabeth sintió varias veces que Miles la observaba, y hubiera querido saber en qué estaba pensando.

Librodot

En el camino se cruzaron con varios viajeros, ricos mercaderes con burros cargados de oro, muchos campesinos, músicos, herreros y un noble escoltado por veinte caballeros. Una hora después Roger y Miles seguían haciendo comentarios peyorativos sobre los caballeros, criticando desde los colores de sus emblemas hasta sus armaduras pasadas de moda.

Cuando el sol comenzó a declinar, los hombres comenzaron a buscar un lugar apropiado para pasar la noche. Aunque se arriesgaban a ser detenidos por invasores, Roger y Miles decidieron quedarse en los bosques del rey, lejos de los demás acampantes que se ubicaban al borde del camino.

Mientras comían, Roger y Miles hablaban sobre su entrenamiento, mencionaban a personas que ambos conocían y en general actuaban como si fueran viejos amigos. Elizabeth se alejó un momento en la espesura y ninguno de los dos lo notó. Algunos minutos después estaba a punto de romper en llanto cuando se apoyó contra un árbol a escuchar los sonidos de la noche.

Cuando Miles le tocó el hombro, ella saltó por la sorpresa.

- ¿Pasa algo malo? - preguntó él.

- ¡Malo! - siseó ella, con los ojos llenos de lágrimas- . ¿Qué podría pasar de malo? Me has tenido prisionera durante meses, has hecho que me enamorara de ti, y cuando sacrifiqué todo por salvar tu miserable vida, me odiaste. He dado a luz a tu hijo, he conspirado con tus parientes y con tu propio hombre de confianza para recuperarte, y todo lo que consigo de ti son muestras de frialdad. Te he besado y me has respondido, pero no me has ofrecido nada de tu parte. ¿Qué debo hacer para demostrarte que no te traicioné? ¿Que no preferí a mi hermano antes que a ti? Ya has oído que Roger te hubiera matado si no me hubiera ido. - No pudo continuar, porque las lágrimas la ahogaban.

Miles se recostó contra un árbol, un tanto alejado de ella. La luz de la luna daba reflejos plateados a su cabello y a sus ojos.

- Yo creía que sólo mis hermanos estaban sujetos al viejo demonio del orgullo. Yo pensaba que Raine era un tonto cuando se negaba a perdonar a su esposa porque había ido a rogarle al rey por su perdón. Yo te podía haber perdonado por un rey, pero tú elegiste a otro hombre en vez de mí, otro hogar que no era el mío. Y cuando oí las versiones según las cuales te habías acostado con infinidad de hombres, sentí deseos de matarte.

Cuando ella comenzó a protestar, él levantó una mano.

- Tal vez sea por haber tratado con tantas esposas infieles, mujeres que se levantaban de mi cama para ponerse su vestido de bodas. Tal vez sea eso lo que ha distorsionado mi opinión de todas las mujeres. Y finalmente, y para terminar, tú eras mi prisionera, pero te me entregaste muy fácilmente.

- ¡Yo me enfrenté contigo! - dijo ella acaloradamente, sintiéndose insultada.

Miles no hizo más que sonreírle.

- Raine dijo que yo estaba celoso, y la ironía de toda la cuestión era que yo estaba celoso del mismo hombre que él. Raine creía que su esposa Alyx sentía un gran afecto por Roger Chatworth.

- Estoy segura de que Roger no sabía nada de todo esto.

- Eso me imaginé, cuando contó la historia de cómo Alyx le había salvado la vida. Alyx lo hizo para salvar a Raine, porque mi hermano es un hombre apasionado y terco que jamás escucha razones.

- ¡Raine! - masculló Elizabeth- . ¿Se enfureció tanto que se abrió los puntos? ¿Hubo que drogarlo para que se durmiera?

Miles le sonrió vivamente, y los dientes le brillaron en la noche.

- Cuando Raine está enojado rompe sus lanzas. Yo tengo mis propias costumbres. - Se quedó callado largo rato.

- ¿Cómo está nuestro hijo? - preguntó calmadamente.

- Tiene los pómulos altos como tu hermano Gavin. No hay ninguna duda de que tiene un aire de familia.

- Nunca lo he dudado, nunca en realidad. ¿Elizabeth...?

- ¿Sí? - susurró ella.

- ¿Por qué me dejaste? ¿Por qué no volviste a mí después de una semana o así? Te esperé cada día; rogaba para que regresaras. Kit lloraba hasta que caía dormido. Son tantas las madres que lo han dejado.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Elizabeth.

- Tenía miedo a Roger. El no estaba en su sano juicio. Brian había jurado matar a Roger, y yo temía que si no estaba allí para impedirlo, Roger podía declararle la guerra a todos los Montgomery. Deseaba poder hacerle comprender la verdad; deseaba conocer los verdaderos motivos del odio que existe entre nuestras familias.

- ¿Y los hombres? - dijo Miles- Pagnell le ha contado a todos cómo me fuiste entregada, y todos los hombres que te cortejaron se aseguraron bien de que me enterara de todos los detalles.

Elizabeth levantó una mano.

- No sólo has sido el primer hombre que me ha hecho el amor; has sido el primero que ha hablado sin lascivia, el primero que me ha hecho reír, el primero que ha sido afectuoso conmigo. Hasta tú mismo dijiste que no sabía nada de hombres.

- Así que te pusiste a averiguar sobre ellos - dijo él con amargura.

- En cierta forma, así fue. Pensé en ello desapasionadamente y supe que sería mejor que amara a cualquier hombre que no fuera un Montgomery. Si estuviera casada con algún otro, Roger terminaría por olvidar que llevaba dentro de mí un hijo tuyo, y tal vez algún día su odio terminaría. De manera que decidí conocer a otros hombres y averiguar si te amaba solamente porque habías sido el primero.

Miles permanecía silencioso, los ojos clavados en ella.

- Algunos de esos hombres me hicieron reír, otros fueron amables, otros me hicieron sentir hermosa, pero ninguno de ellos logró todo esto junto. A medida que pasaban las semanas, en vez de borrarte de mi mente, todo lo que tenía que ver contigo se fue haciendo cada vez más claro. Yo recordaba cada gesto tuyo y comencé a comparar a los otros hombres contigo.

- Hasta en el tamaño de...

- ¡Maldición! - Elizabeth lo cortó en seco- . No me he ido a la cama con ninguno de ellos y estoy segura de que lo sabes, pero insistes en que sea yo quien lo diga.

- ¿Y por qué no los llevaste a tu cama? Algunos de los hombres que has conocido tienen mucho éxito con las mujeres.

- ¿Como tú? - escupió ella- . Aquí estás, exigiéndome el celibato, ¿pero qué hay contigo? Cuando te digo que no ha habido otros hombres, ¿vas a permitir que me acerque a tu cama tan pura? Esta misma mañana tuve que arrancarte de los brazos de una mujer. ¿Cómo crees que me sentía mientras tenía a tu hijo en brazos y pensaba que podías estar en la cama con una, o

Librodot

dos, o más mujeres?

- ¿Más? - se burló él, y bajó la voz seductoramente- . No he tenido ninguna mujer desde que te fuiste.

Elizabeth creyó que no había oído bien.

- No... - comenzó, con los ojos muy abiertos.

- Mi hermano Raine y yo nos instalamos en una de sus propiedades y como estábamos los dos furiosos, echamos a todas las mujeres, incluso a las lavanderas. Pasábamos todo el día entrenando, todas las noches bebiendo, y maldecíamos a las mujeres constantemente. Raine fue el primero en entrar en razón cuando su esposa le mandó a la hija de ambos. La pequeña Catherine hizo que yo extrañara a mis propios hijos, de manera que regresé a casa de Gavin para pasar la Navidad, y Judith... - se pasó una mano por el pelo- . Yo solía pensar que Gavin era muy duro con su dulce esposa, pero es que no conocía su lengua afilada. La mujer no me dejó tranquilo ni por un momento.

Fue despiadada. No hacía más que hablar de nuestro hijo, suspiraba porque el hijo de ella jamás conocería a su primo, y hasta llegó a contratar a un hombre para que pintara un ángel rubio de largos cabellos que sostenía a un niño, en la parte interior de mi escudo. ¡En mi escudo, increíble! Le dije a Gavin que iba a retorcer el bonito cuello de su esposa si no hacía algo al respecto, pero Gavin se rió tanto que nunca volví a tocar el tema. Cuando ella recibió la carta en la que le decías que estabas dispuesta a perdonarme, se lanzó sobre mí con renovadas fuerzas. - Miles cerró un momento los ojos, recordando.- Ella convenció a Alyx para que la ayudara, y ésta compuso una docena de canciones sobre dos amantes que estaban separados por un hombre estúpido y vano que daba la casualidad de que era exacto a mí. Una noche, durante la cena, Alyx dirigió a veintidós músicos y cantó una canción que hizo reír tanto a todos, que dos hombres se cayeron de sus sillas y se rompieron unas cuantas costillas. Alyx estaba feliz.

Elizabeth estaba tan sorprendida con su historia que casi no podía hablar.

- ¿Y tú que hiciste?

El hizo un gesto, recordando.

- Muy calmadamente me subí a la mesa y la agarré de la garganta a Alyx.

- ¡No! - resopló ella- . Alyx es tan pequeña, tan...

- Raine y Gavin desenvainaron sus espadas contra mí, y mientras yo seguía en mi lugar, a punto de matar a ese jilguerito, con las espadas de mis hermanos en la garganta, me di cuenta de que no era yo mismo. Al día siguiente Judith arregló el encuentro entre nosotros. - Sus ojos brillaron.- Ese encuentro en que tú querías que sir Guy te entregara a mí envuelta en una alfombra.

Elizabeth prefirió no mirarlo. Había creído que sir Guy estaba de su parte, y sin embargo todo el tiempo había estado informándole a Miles... y riéndose. Cómo se habrían dado ambos palmadas en la espalda, festejando que ella quisiera seducir a su propio esposo. ¿Qué había pasado con esa mujer orgullosa que una vez había estado al borde de un acantilado y había jurado no someterse jamás a ningún hombre?

- Perdóname - susurró, mientras se alejaba de Miles para regresar a donde estaba Roger. Miles la tomó en sus brazos, apretándola contra sí.

Cuando Elizabeth vio que le estaba sonriendo con esa expresión tan de

conocedor, le dio un fuerte codazo en las costillas y se regocijó con su resoplido de dolor.

- ¡Te odio, Montgomery! - le gritó en la cara- . Me has hecho rogar y llorar, y me has quitado todo mi orgullo. - Trató de golpearlo nuevamente, pero él le apretó los brazos a sus costados y no pudo hacerlo.

- No, Montgomery - dijo él, acercando sus labios a los de ella- . Tú me amas. Me amas tanto que estás dispuesta a humillarte ante mí. Te he hecho gritar de pasión y te he hecho derramar lágrimas de alegría.

- Me has humillado.

- Y tú a mí. - El la sostenía, mientras ella luchaba contra él- . Todas las mujeres venían a mí dócilmente, sólo tú me has dado trabajo. Sólo contigo me he enojado, me he puesto celoso, he sido posesivo. Me has sido entregada y eres mía, Elizabeth, y nunca más te permitiré que lo olvides.

- Nunca lo he hecho... - comenzó ella, pero él la interrumpió con un beso. Una vez que sus labios tocaron los de ella, estuvo perdida. Ya no pudo ni discutir con él ni salir huyendo.

Los brazos de él se aflojaron un poco para que ella le pasara la mano por el cuello y lo apretara más contra sí

- Nunca, nunca vuelvas a olvidarlo, Montgomery - susurró él en el oído de ella- . Me pertenecerás siempre... en este siglo y en el venidero. ¡Para siempre!

Elizabeth casi no lo escuchaba mientras se ponía de puntillas para llegar a su boca.

No tenía idea de cuánto lo había extrañado físicamente. Era el único hombre en el mundo en quien podía tener confianza, el único hombre que no le resultaba molesto. Todos los años que había pasado resguardándose afloraron en su ansiedad, su ferocidad. Ella le puso las manos en el pelo y sintió cómo se enroscaba entre sus dedos.

Una risa profunda le llegó de Miles.

- ¿Has dicho un árbol? ¿Has dicho que llevara a la mujer contra un árbol? - dijo él.

Miles sabía lo que ella quería... no un acto de amor dulce, gentil, sino uno con toda la furia que ella sentía. Las manos de él comenzaron a arrancarle la ropa; una, ocupada con la ropa interior de ella, y la otra, con sus propias calzas.

Elizabeth seguía besándolo con pasión, sus lenguas entrelazadas.

Cuando la espalda de ella chocó contra un árbol, ella no se inmutó y puso sus dientes sobre el cuello de Miles, mordisqueándole la piel como si quisiera devorarlo.

Miles la levantó, le puso las piernas alrededor de su cintura, y la falda de ella quedó entre los dos. A ninguno le importó no quitarse completamente las ropas. Con sus manos en las nalgas de ella, la levantó más y la calzó sobre su miembro viril, con la fuerza con que se echa un ancla al agua.

Elizabeth jadeó, enterró su rostro en el cuello de Miles y se aferró desesperadamente a él mientras sus fuertes brazos la levantaban y la bajaban.

Echó la cabeza hacia atrás cuando sintió que un grito crecía dentro de ella. Miles comenzó a transpirar, mojándola a ella, dejándole los cabellos aplastados. Con un último y poderoso empujón que sumió a Elizabeth en el éxtasis, Miles la atrajo hacia sí, sudando, su cuerpo muy pegado al de ella.

Elizabeth, convulsionada por ondas de placer, sintió lágrimas en sus

Librodot

mejillas.

Lentamente volvió a la tierra, sintiendo sus piernas muy débiles y doloridas por haberlas apretado contra Miles con todas sus fuerzas. El se alejó para mirarla, le acarició el cabello húmedo y le dio un beso en la sien.

- Te amo - le dijo tiernamente, y sonrió con picardía- , Y además de ser la mejor…

- Comprendo. - Ella rió.- Ahora ¿vas a ponerme nuevamente en el suelo o me vas a matar contra este árbol?

Con otro beso más. Miles la puso de pie, pero lanzó una carcajada de orgullo muy poco caballeresca cuando las piernas de ella se doblaron y tuvo que sujetarla para que no cayera.

- ¡Engreído! - siseó ella, aferrándose a él, pero le sonrió y besó la mano que la sujetaba- . ¿Es verdad que soy la mejor? - le preguntó como si la cuestión careciera de importancia- . ¿Todavía me encuentras atractiva, aunque ya haya tenido un hijo?

- Bastante tolerable - dijo Miles, muy serio. Elizabeth rió, se arregló las faldas y trató de recobrar la compostura, para regresar a donde Roger los esperaba.

17

Los tres caminaron juntos durante dos días que fueron muy dichosos para Elizabeth. Había noches de amor y días de ternura. Miles le brindaba toda su atención. Entrelazaban las manos y hablaban en susurros o reían estrepitosamente por cualquier tontería. Hicieron el amor junto a un arroyo y más tarde se bañaron en sus aguas heladas.

Roger los observaba con aire indiferente, y algunas veces Elizabeth sentía una punzada de culpa por el dolor que sabía le estaba causando. Unas pocas veces hizo algún comentario sobre el comportamiento poco caballeresco de Miles, pero éste respondió que hasta que no se reuniera con sus parientes, no era otra cosa que un campesino sin preocupaciones.

Avanzaban lentamente, y el viaje de cuatro días a caballo se estaba transformando en uno mucho más largo al tener que caminar.

Al cuarto día, el trío abandonó el camino justo antes del mediodía para descansar y refrescarse. Roger, después de dirigir una disimulada mirada de desprecio a su hermana y a Miles, se alejó de ellos y se adentró en el bosque.

Cuando se enteró de que a su hermana la habían hecho prisionera, su pena había sido muy grande... pero ahora comprobaba que la había perdido de una manera mucho más completa.

Haciendo un recuento de sus problemas, pasó por el terreno revuelto junto al arroyo sin prestarle la más mínima atención. Caminó unos pasos más antes de darse cuenta de que allí había habido lucha. Los signos eran obvios. Se volvió y examinó el lugar.

Había estado caminando por el borde de una abrupta barranca que caía a un arroyo de aguas turbulentas, y, sin ninguna duda, en ese borde había señales de que alguien había caído. Después de una batalla, con frecuencia Roger había tenido que buscar a sus hombres heridos o perdidos, y ahora sus instintos de soldado se habían despertado totalmente. De inmediato, comenzó a descender por la barranca, resbalando de tanto correr.

Lo que vio en el fondo no era lo que esperaba. Sentada en un tronco podrido, con los pies escondidos bajo un montón de rocas, podía ver a una hermosa joven ricamente vestida de terciopelo, con adornos de amatistas en el cuello.

Sus ojos oscuros, tal vez demasiado grandes para su rostro, enfocaron a Roger con alegría.

- Sabía que vendríais - dijo en un inglés agradable y de acento suave.

Roger parpadeó, confundido, pero ignoró su comentario.

- ¿Os habéis caído? ¿Os habéis lastimado? - Ella le sonrió, y sus ojos se volvieron líquidos. Parecía muy joven, una niña en realidad, que usaba un vestido mucho más adecuado para una mujer de más edad. Su cabello oscuro se dejaba ver debajo de una cofia bordada de perlas. Y más perlas caían por la parte delantera de su vestido.

- Tengo el pie atascado y no lo puedo mover.

¡Mujeres!, pensó Roger, acercándose a mirar las rocas que le aprisionaban el pie.

- Debéis de haberme oído cuando pasé por aquí hace un momento. ¿Por qué no me habéis llamado?

- Porque sabía que volveríais por mí.

Loca, pensó Roger. La pobre muchacha estaba poseída por espíritus malignos.

- Cuando levante esta roca, quiero que quitéis el pie. ¿Me comprendéis?

- preguntó, como si hablara con una idiota.

Ella le sonrió, y cuando la roca se movió retiró su pie de debajo de ella.

El pie derecho estaba sujeto de otra forma, y Roger se dio cuenta de que si movía la roca que lo cubría, otra caería y quizá le rompiera el tobillo. Ella era muy pequeña y Roger dudaba de que sus huesos frágiles pudieran soportar demasiado.

- No temáis decirme lo que sea - susurró ella- . El dolor no me es algo extraño.

Roger se volvió a mirarla y se encontró con esos grandes ojos que lo miraban llenos de confianza, y esa confianza lo hizo sentir asustado y al mismo tiempo poderoso.

- ¿Cuál es vuestro nombre? - preguntó él, estudiando las rocas que rodeaban su pequeño pie.

- Christiana, milord.

Roger levantó la cabeza bruscamente. Las ropas sucias de campesino no la habían engañado, de manera que tal vez la muchacha no tuviera nada de tonta.

- Chris, entonces. - Sonrió.- ¿Podríais prestarme vuestra daga? Voy a tratar de sostener esas rocas mientras muevo estas otras de aquí. - Y las señaló.

Ella le alcanzó rápidamente el cuchillo, y él se mordió los labios para no decirle que no era correcto que le diera su daga a un extraño con tanta facilidad. Las joyas de su vestido valían una fortuna, y su collar de perlas era sin igual.

Se alejó un tanto de ella para cortar algunas ramas. Se quitó el jubón, luego la camisa, y cortó tiras de tela para construir una plataforma que encajara bien debajo de las rocas.

- ¿Por qué no os está buscando nadie? - preguntó mientras trabajaba.

- Tal vez lo estén haciendo; no lo sé. Anoche soñé con vos.

El la miró, pero no dijo nada. Las jóvenes de cualquier parte siempre parecían estar llenas de ideas románticas acerca de cómo eran rescatadas por un caballero.

- Soñé - continuó ella- con este bosque y este lugar. Os vi a vos en mis sueños y sabía que habríais de venir.

- Quizás el hombre de vuestro sueño era de piel clara y sólo se parecía a mí - dijo Roger, condescendiente.

- Vi muchas cosas. La cicatriz que tenéis junto al ojo... os la hicisteis jugando con vuestro hermano cuando no erais más que un niño.

Involuntariamente, la mano de Roger se posó sobre la cicatriz curva que tenía junto a su ojo izquierdo. Ese día había estado a punto de perder el ojo, y pocos de los que sabían lo que había ocurrido vivían aún. Estaba convencido de que ni siquiera Elizabeth sabía cómo había sucedido todo.

Christiana sonrió ante su aire de sorpresa.

- Toda mi vida os he esperado. - Roger sacudió la cabeza para aclararse las ideas.

- Esa ha sido una buena deducción - dijo él- . Me refiero a la cicatriz. Y ahora quedaos muy quieta mientras yo levanto estas rocas. - No había necesidad de pedirle que permaneciera quieta, pues ella casi no se había movido desde que Roger había aparecido.

Las rocas no eran pequeñas y Roger tuvo que aplicar todas sus fuerzas para mover la más grande. Y cuando ésta finalmente rodó, otras cayeron

sobre la débil plataforma que Roger había construido. Con la velocidad del rayo saltó hacia Christiana, la empujó hacia atrás y la quitó del camino de las rocas que caían. Todo ocurrió muy rápido, y pudo oír el gemido de ella cuando algunos fragmentos de piedra le rasgaban la piel.

El ruido de las rocas llenó el aire y Roger cubrió el cuerpo de Christiana con el suyo, protegiéndola del polvo y los trozos de roca. Cuando el peligro hubo pasado, comenzó a levantarse, pero ella le puso las manos en el rostro y acercó sus labios a los de él.

Durante mucho tiempo, la única preocupación de Roger había sido recuperar a su hermano y a su hermana, y no había tenido tiempo para dedicárselo a las mujeres. No tenía idea de sus deseos postergados. Años atrás, sin ninguna preocupación, había pasado su tiempo en encuentros clandestinos con bellas muchachas, pero ahora su furia contra los Montgomery había cambiado todo eso.

Al primer contacto con los labios de la muchacha, Roger sólo pudo pensar una cosa: esto va en serio. Ella podía parecer no ser más que una niña, pero en realidad era una mujer y sus propósitos no eran jugar. Ella lo besó con tal intensidad que él se apartó.

- ¿Quién sois vos? - susurró él.

- Os amo y siempre he deseado conoceros. - Roger, todavía encima de ella, miró profundamente sus ojos oscuros, unos ojos que parecían querer arrancarle el alma, y sintió temor. Se apartó hacia un lado.

- Será mejor que os devuelva a vuestros parientes.

- No tengo parientes - dijo ella, sentándose. Roger desvió la mirada de esos ojos que parecían estar diciéndole que no la abandonara. Una parte de él deseaba alejarse de esta extraña mujer, y la otra estaba lista para pelear a muerte por conservarla a su lado.

- Dejadme revisaros el tobillo - dijo por fin. Obedientemente, ella estiró su pie hacia él.

El tembló cuando lo vio, porque estaba cortado, raspado, y la sangre corría libremente.

- ¿Por qué no me lo habéis enseñado antes? - preguntó él, alarmado- . Tened - le devolvió la daga- , cortad unas tiras de vuestras enaguas. No puedo perder del todo mi camisa. Es la única que tengo por el momento.

Ella sonrió y comenzó a cortar algunos trozos de sus delicadas enaguas.

- ¿Qué hacéis en Francia, vestido así? ¿Dónde están vuestros hombres?

- Decídmelo vos - dijo él con resquemor, tomando los trozos de tela que ella le alcanzaba- . Tal vez esta noche soñéis el resto de mi vida.

Tan pronto como se volvió hacia el arroyo lamentó sus palabras, pero, ¡maldición!, esa mujer le daba escalofríos. Todavía podía sentir su beso; una extraña combinación de mujer que quería meterse en su cama y hechicera que buscaba apoderarse de su alma.

Sonrió ante estos pensamientos. Estaba poniéndose fantasioso. Ella era una jovencita que necesitaba de su ayuda, ni más ni menos. Lo más apropiado sería vendarle el tobillo y devolverla a sus guardianes.

Cuando volvió hasta donde ella se encontraba, con los trozos de lienzos empapados, vio las lágrimas que asomaban a sus ojos y de inmediato se sintió contrito.

- Lo siento, Chris - le dijo, como si la conociera desde siempre- , ¡Maldición! Dadme el tobillo.

Una pequeña sonrisa apareció entre sus lágrimas y él no pudo evitar sonreírle también. El rostro de ella se alegró aún más cuando le puso el pie en su mano.

- Prestadme otra vez la daga para cortar vuestras medias - siguió él, después de haberle quitado su fina sandalia bordada.

Sin una palabra, Christiana se levantó lentamente el vestido hasta las caderas y se soltó la media. Con los ojos fijos en Roger, y los de él en la curva de su pierna, se bajó la media para liberar el tobillo ensangrentado. Cuando llegó a la pantorrilla, se estiró.

- Podéis quitarme lo que falta.

Roger sintió repentinamente todo su cuerpo empapado en sudor por la imprevista ola de deseo que lo invadió, haciendo que sus venas se encendieran. Con manos temblorosas terminó de quitarle la media, mientras con una mano le sostenía la pierna, por detrás de la rodilla.

Al ver la sangre en el tobillo se tranquilizó un tanto.

- Estáis jugando con cosas que no comprendéis - dijo él con los dientes apretados, mojándole la parte lastimada para terminar de quitarle la media destrozada.

- Yo no practico juegos de niños - dijo ella suavemente.

Roger trató de concentrarse en lo que hacía; primero le lavó el tobillo y luego lo vendó bien.

- Ahora debemos devolveros a donde pertenecéis - le dijo en tono paternal, pero su mano izquierda seguía posada sobre el tobillo de ella y comenzaba a acariciarle la pierna. Volvió a ponerle la daga a la cintura.

Los ojos de ella se clavaron en los de él. No se movió, pero toda su actitud era incitante. Roger recobró la cordura abruptamente. Por muy atractiva que fuera esa jovencita, no iba a arriesgar su vida por ella. Muy pronto aparecerían los que la buscaban, y si él, con toda la apariencia de un campesino, era encontrado haciéndole el amor a una noble, iban a clavarle una espada en el corazón sin hacer demasiadas preguntas. Y además, no estaba muy seguro de querer tener nada íntimo con esa extraña mujer. ¿Qué pasaría si de veras fuera una bruja y buscara apoderarse de su alma?

- ¿Por qué os habéis detenido, milord? - preguntó ella con voz profunda.

Rápidamente él le bajó la falda.

- Porque sois una niña y yo... ¿siempre os ofrecéis a los extraños?

Ella no respondió esa pregunta, pero la respuesta se leía en sus ojos.

- Siempre os he amado y siempre os amaré. Estoy aquí para obedeceros.

Roger sintió que comenzaba a enojarse.

- ¡Ahora escuchadme bien, jovencita! No sé quién creéis que soy y no sé quién sois vos, pero creo que lo mejor será que regreséis con vuestra gente, y yo, con la mía. Y espero que pidáis a Dios, si creéis en El, que perdone vuestra conducta.

Con estas palabras se inclinó sobre ella, la cargó sobre sus hombros y comenzó a trepar por la abrupta barranca. Cuando llegó a la cima, su furia y su pasión se habían calmado. Era un hombre mayor y demasiado sensato, y no podía permitir que una jovencita romántica lo molestara.

La puso de pie frente a él, sosteniéndola por los hombros para ver si se podía apoyar bien, y le sonrió.

- ¿Y ahora me vais a decir dónde queréis que os lleve? ¿Recordáis el camino de vuelta?

Por un momento ella pareció confundida.

- Por supuesto que recuerdo el camino. ¿Por qué me alejáis de vos? ¿Podríais besarme otra vez? ¿Podríais besarme como si vos también me amarais?

Roger la mantuvo a distancia.

- Sois demasiado directa, y no, no voy a besaros otra vez. Debéis decirme de dónde venís.

- Yo os pertenezco, pero... - Se detuvo al oír un cuerno lejano. Sus ojos expresaron miedo y su mirada se volvió salvaje. - Tengo que irme. Mi esposo me llama. No debe encontraros aquí. ¡Tomad!

Antes de que él pudiera decir nada, ella había tomado su pequeña daga y había cortado la amatista más grande de la parte delantera de su vestido. Un agujero feo e irreparable había quedado en el fino terciopelo.

- Tomad esto - lo urgió. Roger se puso rígido.

- No acepto regalos de las mujeres.

El cuerno volvió a oírse y el miedo de Christiana se acentuó.

- ¡Tengo que irme! - Se puso de puntillas y depositó un rápido beso en sus labios apretados.- Tengo un cuerpo hermoso - dijo ella - y mi cabello es muy suave. Algún día os lo mostraré.

Cuando el cuerno se oyó por tercera vez, ella se levantó las faldas y comenzó a correr como pudo con su tobillo lastimado. No había corrido mucho cuando se dio la vuelta y le arrojó la amatista. El no hizo ningún movimiento para recogerla.

- Dádsela a la mujer que viaja con vos. ¿Es vuestra hermana o vuestra madre?

Dijo estas palabras por sobre su hombro y desapareció de su vista.

Roger se quedó quieto, clavado en el mismo lugar por algún tiempo, mirando intensamente el lugar por donde ella había desaparecido. Tenía una sensación rara en la cabeza, de ligereza, como si acabara de pasar por una experiencia irreal. ¿Esa muchacha existía realmente o él se había dormido y había soñado con ella?

- ¡Roger! - se oyó la voz de Elizabeth a sus espaldas- . Te hemos buscado durante una hora. ¿Estás listo para seguir el viaje? Tenemos pocas horas antes de que oscurezca.

Lentamente, Roger se volvió hacia ella.

- Roger, ¿te sientes bien?

Miles se había separado de su esposa y buscaba algo por la zona. Algunas veces los hombres a quienes acababan de herir mostraban la misma apariencia que Roger... antes de desplomarse. Miles vio la amatista en el suelo, pero antes de que pudiera tocarla, Roger la recogió, cerrando fuertemente los dedos alrededor de ella.

- Sí, estoy listo para partir - dijo llanamente. Antes de irse echó una última ojeada hacia el bosque, mientras frotaba la amatista en su mano- . ¡Su esposo! - gruñó enojado- . Qué bien por el amor. - Pensó en arrojar la amatista, pero algo se lo impidió.

Miles se había dado cuenta del humor extraño de Roger esa noche. Había atrapado un conejo y lo estaba cocinando, mientras estaban sentados alrededor del fuego. No quería preocupar a Elizabeth diciéndole que no había ningún peligro, aunque él se mantenía siempre alerta, por cualquier cosa. Por la noche durmió un sueño liviano, y Roger se ganó su respeto cuando Miles vio que también estaba en guardia.

Elizabeth dormía con su cabeza en las rodillas de su esposo. Roger permanecía sentado un tanto apartado de ellos, dándole vueltas a algo que tenía en la mano. Miles no tenía por costumbre hacer preguntas sobre cuestiones que no le concernían, pero Roger sintió la curiosidad del joven.

- ¡Mujeres! - dijo Roger finalmente, con gran disgusto, y se metió la amatista en el bolsillo. Pero cuando se recostó en el duro suelo del bosque, se metió la mano en el bolsillo y mantuvo apretada la joya toda la noche.

El día amaneció límpido y claro, y Elizabeth, como de costumbre, se mostró extraordinariamente contenta. Otro día de viaje y llegarían a los dominios de los Montgomery franceses. Entonces podrían regresar a Inglaterra y a su hijo, y como en un cuento de hadas, vivirían felices para siempre.

- Hoy pareces especialmente feliz - le sonrió Miles- . Creo que te gusta la vida de los campesinos.

- Por un tiempo - replicó ella- , pero no te hagas a la idea de que voy a usar ropas como éstas todo el tiempo. Soy una mujer cara. - Flirteando, lo miró con aire picaro.

- Tendrás que ganarte el pan - le respondió él con arrogancia, mirándola de arriba abajo.

- Eso sé hacerlo bien. Yo...

Se calló cuando el sonido de muchos caballos y hombres acercándose hizo que se salieran del camino. Obviamente era un grupo de hombres ricos, con sus caballos llamativamente enjaezados y sus armaduras relucientes. Eran cerca de cien hombres y carretas de equipaje, y en el medio de ellos había una joven con las manos atadas a la espalda, el rostro rasguñado, pero la cabeza bien en alto. Elizabeth se estremeció al recordar lo que se sentía siendo una cautiva, pero esta muchacha parecía haber sido golpeada.

- Chris - susurró Roger junto a ella, y las palabras le salieron de muy adentro.

Miles miraba fijamente a Roger, y cuando éste hizo ademán de adelantarse. Miles lo retuvo de un brazo.

- Ahora no - le dijo con calma.

Elizabeth siguió mirando la larga procesión. Tantos hombres para custodiar a una niña tan pequeña, pensó con tristeza. Y giró la cabeza rápidamente.

- ¡No! - resopló, mirando a Miles- . Me imagino que no se te estará ocurriendo rescatar a la joven.

Miles miró nuevamente a los caballeros y no le respondió. Cuando ella volvió a hablar, él la miró con ojos tan penetrantes que las palabras se congelaron en sus labios.

El trío permaneció donde estaba un tiempo después de que la procesión hubiera pasado. La mente de Elizabeth seguía gritando "¡no, no, no!" Miles no podía arriesgar su vida por una mujer a quien ni siquiera conocía.

Cuando se pusieron nuevamente a caminar, Elizabeth comenzó a rogarle con toda la calma y la racionalidad que pudo.

- Pronto estaremos con tus parientes, y ellos sabrán quién es la muchacha, quiénes la tienen prisionera.. y por qué. Tal vez ha matado a un montón de personas. Tal vez merezca el castigo.

Tanto Miles como Roger seguían mirando hacia adelante. Elizabeth se agarró al brazo de Miles.

- Yo estuve prisionera una vez, y las cosas no resultaron tan mal. Tal

vez...

- ¡Cállate, Elizabeth! - le ordenó Miles- . No me dejas pensar.

Elizabeth sintió que comenzaba a temblar. ¿Cómo iba él a poder rescatar a la joven, desarmado como estaba y teniendo que enfrentarse a cien caballeros con armaduras?

Miles se volvió hacia Roger.

- ¿Quieres que nos ofrezcamos para recoger leña? Así al menos podremos entrar en su campamento.

Roger miró a Miles calculadoramente.

- Esta no es vuestra lucha, Montgomery. La muchacha ha sido castigada por mi culpa y voy a ir por ella yo solo.

Miles siguió mirando a Roger, sus ojos brillantes, y después de un momento Roger se rindió. Después de asentir con rapidez, Roger desvió la mirada.

- No sé quién es, salvo que su nombre es Christiana. Me dio una joya que cortó de su vestido, y seguramente por eso la han golpeado. Tiene un esposo, y siente terror de él.

- ¡Un esposo! - Elizabeth dio un respingo.- Roger, por favor, los dos, escuchad la voz de la razón. No podéis arriesgar vuestras vidas por una mujer casada. ¿Desde cuándo la conocéis? ¿Qué significa para vosotros?

- La vi ayer por primera vez - susurró Roger- . Y no significa nada para mí... o tal vez sí. Pero no puedo permitir que la castiguen por mi culpa.

Elizabeth comenzó a darse cuenta de que no tenía sentido seguir discutiendo. Jamás había visto a Roger hacer algo tan tonto, pero sí estaba segura de que Miles era capaz de arriesgar su vida por una sierva sin importancia. Respiró profundamente.

- Una vez, mientras viajaba, una campesina me ofreció un ramo de flores y la guardia le permitió pasar para que me lo entregara.

- Tú no vas a participar en esto - le dijo Miles, dando por concluido el tema.

Elizabeth no contestó, pero levantó la cabeza, desafiante. Las oportunidades de triunfar serían mejores si tres personas se enfrentaban a los caballeros, y no sólo dos.

Librodot

18

Siguieron a la guardia casi hasta la puesta del sol, cuando el grupo se detuvo para acampar, y con bastante facilidad Miles y Roger, dejando de lado la postura erguida de nobles, se deslizaron entre los caballeros con los brazos cargados de leña. Elizabeth observaba desde las sombras de los árboles. Su oferta de ser útil en algo había caído en el vacío. Ahora, mientras observaba a todos esos hombres, tuvo la sensación de que nunca había abandonado la casa de su hermano. Incluso estando bien escondida, echó una mirada sobre su hombro para asegurarse de que no había ningún hombre a sus espaldas, listo para saltar sobre ella.

Miles y Roger le habían dado instrucciones estrictas de que, no importa lo que pasara, no debía abandonar su escondite. Dejaron bien claro que ya tenían bastante que hacer como para encima tener que preocuparse por ella. Roger le había entregado la amatista de la muchacha y Miles le había indicado cómo llegar hasta sus parientes, en caso de que cualquier cosa le pasara a uno de los dos. Elizabeth había sentido una punzada de pánico ante las palabras de ellos, pero no permitió que se dieran cuenta. Los hombres querían que ella esperara en algún sitio apartado, pero ella había insistido tercamente en que le buscaran un lugar desde donde pudiera observar lo que ocurría. Se negaron a explicarle su plan, por lo que Elizabeth comenzó a sospechar que en realidad no tenían ningún plan. Sin duda Miles tenía intenciones de contener a los hombres a punta de espada, mientras Roger escapaba con la joven.

Desde su punto de observación vio a un extraño anciano que arrastraba los pies, y no pudo creer que se tratara de su orgulloso hermano, quien se movía lentamente hacia donde estaba atada la joven. Ella estaba contra un árbol, sentada, atada de manos y pies y con la cabeza inclinada.

Cuando Roger dejó caer su carga completa de leña a los pies de ella, Elizabeth contuvo el aliento. No sabía qué tipo de contacto había tenido su hermano con la muchacha, y parecía demasiado joven como para tener mucho sentido común. ¿Delataría a su hermano?

Una chispa de entendimiento cruzó el rostro de la muchacha - también pudo haber sido un gesto de dolor- y enseguida se calmó nuevamente. Elizabeth casi sonrió. La muchacha, afortunadamente, no era estúpida. No se movió ni expresó nada más mientras Roger recogía la madera que había dejado caer.

Un caballero, maldiciendo a Roger, lo pateó en las piernas, y cuando Roger cayó, volvió a patearle las costillas. Y mientras recibía los golpes, Elizabeth pudo ver el brillo de una hoja de cuchillo y cómo Roger cortaba las ataduras de los pies de la joven, oculto por la madera caída.

Pero Elizabeth también vio algo que Roger no podía observar; detrás de él, un hombre mayor ricamente vestido, lleno de joyas y con sus ropas bordadas con hilos de oro, no perdía de vista ni por un momento a la joven cautiva. El sol del atardecer hizo brillar levemente el cuchillo de Roger.

En el extremo opuesto del campamento. Miles sacaba con el pie un leño encendido fuera de la hoguera, haciendo que la hierba comenzara a arder.

Logró escabullirse antes de ser notado, y varios caballeros comenzaron a combatir el fuego.

Pero la distracción no fue suficiente. Los hombres que vigilaban a la muchacha no miraron el fuego... y el hombre mayor no dejaba de mirarla con los ojos llenos de odio.

La noche parecía caer con rapidez, pero aún había luz suficiente para que Elizabeth pudiera ver cómo Miles sacaba la espada de su funda.

¡Va a pelear!, pensó ella. Planeaba crear confusión para que Roger pudiera escapar con la joven. Si el truco del fuego no había dado resultado, tal vez el ruido del entrechocar de aceros diera sus frutos.

Elizabeth se levantó de su escondite, rezó brevemente pidiendo perdón por pecar y comenzó a desabotonarse el burdo traje de lana hasta la cintura. Tal vez ella pudiera llamar la atención de los hombres, y especialmente la del anciano.

Su entrada fue rápida y espectacular. Corrió hacia el claro y pasó tan cerca de una de las fogatas que estuvo a punto de quemarse. Con las manos en los muslos y las piernas separadas se inclinó hacia adelante y prácticamente tocó la cabeza del anciano con sus pechos. Con lentitud, seductoramente, comenzó a mover los hombros a un lado y a otro, caminando hacia atrás, acercándose al fuego. Con una mano se quitó la cofia de lana de la cabeza y dejó que sus cabellos le cayeran en cascada hasta las rodillas. Su pelo parecía rojo a la luz de las llamas.

Se enderezó y, con las manos insolentemente puestas en sus caderas, lanzó una risa, una risa profunda, arrogante, desafiante, y vio con alegría que todos los hombres estaban pendientes de ella. El anciano la miraba con interés, y por fin sus ojos ya no estaban fijos en la otra joven, que se hallaba a muy corta distancia de Elizabeth.

Elizabeth nunca antes había bailado, pero había visto muchos espectáculos lascivos en casa de su hermano y sabía muy bien qué hacer. Uno de los caballeros comenzó a tocar un laúd y otro un tambor. Elizabeth comenzó a ondular lentamente, no sólo sus caderas sino todo el cuerpo, moviéndose desde la cabeza hasta los pies. Usaba su magnífica cabellera, sacudiéndola de un lado a otro y pasándola por el rostro de los soldados. Cuando uno de los caballeros se le acercó demasiado, Elizabeth se agachó, tomó una piedra, cerró el puño y golpeó el estómago del hombre.

Todos rieron estrepitosamente al ver el dolor pintado en el rostro del hombre, y lo que siguió fue más una cacería que una danza. Para Elizabeth, era una pesadilla hecha realidad. Estaba de vuelta en casa de su hermano y sus hombres la perseguían. Olvidó los últimos meses de libertad y regresó a una época en la que su sola preocupación era sobrevivir.

De puntillas, giró en torno a un caballero y logró quitarle la espada de su cintura. Con su traje al viento y los cabellos enroscados al cuerpo, trataba de escabullirse de los hombres que la perseguían. No hirió a ninguno de ellos, pero se las arregló para hacer un pequeño corte aquí, otro allá. Se obligó a reír y a continuar con la charada de la danza. De un salto, trepó a una mesa llena de comida y bebida y comenzó a apartar los platos y las copas a un lado y otro. Cuando la mano de uno de los caballeros le tocó un tobillo, ella se alejó, y "accidentalmente", sus tacones aplastaron los dedos del atrevido. Este lanzó un rugido de dolor.

Los nervios de Elizabeth estaban a punto de romperse, mientras los hombres marcaban el ritmo con las manos. Inclinándose y al compás de sus aplausos, hizo girar su larga cabellera una y otra vez. Deseando que para entonces Roger y Miles hubieran logrado liberar a la cautiva, se levantó la falda mientras los hombres gritaban alborozados ante la visión de las piernas, y saltó al suelo para caer directamente frente al anciano.

Se inclinó ante él en una profunda reverencia, y todo su cabello

Librodot

también cayó como una cortina. Con la respiración agitada, esperó.

Con gran ceremonia, el hombre se levantó y sostuvo el mentón de Elizabeth con una mano huesuda. Por el rabillo del ojo Elizabeth vio que la joven había desaparecido y que no habría de pasar mucho tiempo sin que se notara su ausencia.

Elizabeth se irguió, y en un afán de ganar un poco más de tiempo, agitó los hombros y dejó que la parte superior de su vestido cayera hasta la cintura.

Se hizo un silencio de muerte entre los caballeros, que estaban en su mayoría detrás de ella. Los ojos codiciosos del anciano se pasearon lentamente por sus exquisitos pechos, firmes y altos. Entonces, con una sonrisa que dejó ver sus dientes ennegrecidos, se quitó la capa y cubrió con ella a Elizabeth.

Después, la agarró por las cintas de la capa y comenzó a arrastrarla hacia la espesura.

Escondido en su mano, Elizabeth tenía el cuchillo que había podido arrebatar a uno de los caballeros. Cuando el anciano se dio la vuelta, cayó en la cuenta de que la muchacha prisionera ya no estaba, pero antes de que pudiera dar la voz de alarma, Elizabeth le mordió el lóbulo de la oreja y le puso el cuchillo contra las costillas.

- ¡Caminad! - le ordenó.

Las sombras ya los envolvían cuando se oyeron los gritos provenientes del campamento.

- ¡Corred! - gruñó Elizabeth, apretando más el cuchillo contra el costado del anciano.

Rápidamente, el hombre giró y le cruzó la cara de una bofetada.

Pero antes de que pudiera moverse, Roger saltó de un árbol y aferró al viejo por la garganta. Quizá por la sorpresa, o por la excitación de la danza, en cuanto Roger le puso la mano encima, el hombre cayó muerto a sus pies.

Roger no perdió el tiempo; agarró a Elizabeth por la cintura y la hizo subir a un árbol.

Los caballeros pululaban por el bosque debajo de ellos, sus espadas brillando a la luz de la luna. Roger pasó un brazo por los hombros de Elizabeth y le apretó contra sí; ella enterró la cabeza en su cuello. Temblaba inconteniblemente, y aun ahora, en la seguridad de los brazos de su hermano, podía sentir las manos de los hombres tratando de atraparla.

- Miles - le susurró a Roger.

- A salvo - fue todo lo que contestó su hermano, abrazándola todavía más fuerte.

Esperaron algún tiempo mientras se sucedían las carreras y el griterío por la muerte del anciano. Finalmente, dos caballeros llevaron de vuelta el cuerpo al campamento, y la búsqueda se dio por finalizada cuando los hombres ensillaron sus caballos y se alejaron del lugar.

Roger no soltó a su hermana hasta que el bosque estuvo en completo silencio.

- Ven - le ordenó él-. Montgomery nos aguarda.

Roger descendió primero y después bajó a su hermana, quien aún llevaba puesta la capa del viejo. Envuelta en terciopelo, corrió detrás de Roger por el bosque oscuro y húmedo.

Elizabeth no se había dado cuenta de lo preocupada que estaba por la

seguridad de Miles hasta que lo vio nuevamente. Este emergió de una laguna de aguas estancadas, llevando í la joven de la mano. Ambos estaban empapados, con las ropas pegadas al cuerpo, y los dientes de la jovencita castañeteaban.

Después de mirar a Miles, agradecida por verlo a salvo, Elizabeth se quitó la capa y la puso sobre los hombros de la muchacha.

- ¡Es su capa! - dijo Christiana, alejándose de ella como si hubiera visto al diablo.

Roger tomó la capa, se la arrojó nuevamente a Elizabeth y se quitó su propio jubón, envolviendo en él a la joven. Ella se derritió en sus brazos, como si formara parte de su piel.

- Tenemos que irnos - dijo Miles, tomando a Elizabeth de la mano- . Muy pronto volverán por ella.

Viajaron toda la noche. Elizabeth se sentía exhausta, pero siguió adelante mirando de soslayo a la joven que había sido la causante de semejante alboroto.

Con el jubón de Roger, que la empequeñecía, parecía aún más joven y frágil de lo que había parecido a primera vista. Nunca se alejaba más de unos pocos centímetros de Roger, aunque en ocasiones las ramas le raspaban el rostro. En cuanto a Roger, tampoco parecía querer que ella estuviera a distancia.

Elizabeth casi no se atrevió a mirar a Miles, porque sus ojos despedían llamaradas de furia, y por momentos parecía que iba a destrozarle la mano entre las suyas. En una oportunidad ella trató de hablarle para explicarle por qué había desobedecido sus órdenes, tomando parte activa en el rescate, pero Miles la miró con los ojos negros de furia, de manera que ella se echó atrás y buscó la protección de la capa.

Hacia la mañana. Miles dijo que se unirían a los viajeros del camino y que tendrían que conseguir ropas para la joven.

Christiana todavía llevaba puesto su vestido ricamente enjoyado, y las perlas alrededor del cuello. De alguna manera su atavío resaltaba su perdida posición de noble, porque el fino vestido estaba destrozado, tenía el cabello revuelto, las mejillas raspadas y el limo de la laguna se había secado y pegado a sus ropas y a su piel.

Cuando por fin hicieron un alto al lado del camino, cerca de un grupo numeroso de viajeros que acababan de despertar, Elizabeth casi se desplomó de cansancio. Miles la atrajo hacia sí y la cruzó sobre sus rodillas.

- Si alguna vez vuelves a hacer algo parecido, mujer... - comenzó, pero se detuvo para besarla con tanta fuerza que le hizo daño en los labios.

Las lágrimas le nublaron la mirada, lágrimas de alegría por verlo a salvo. Hubo un momento, cuando vio que Miles desenvainaba su espada, en que creyó que nunca más lo vería con vida.

- Arriesgaría cualquier cosa por ti - susurró, y cayó dormida en sus brazos.

Poco después caminaban nuevamente a prudente distancia del grupo de viajeros. La joven Christiana vestía ahora un traje de lana burda y un gorro que le ocultaba el rostro.

A mediodía hicieron un alto y los hombres dejaron solas a las mujeres, mientras ellos iban a negociar con los viajeros algo de pan y queso, a cambio de la odiada capa.

Elizabeth se recostó contra un árbol y trató de relajarse, pero la

proximidad de Christiana no se lo permitió. No podía evitar sentir resentimiento contra la chica que casi había causado la muerte de todos ellos.

- ¿Me odiaréis mucho tiempo, Elizabeth? - preguntó Christiana suavemente.

Elizabeth la miró con sorpresa, para luego desviar la vista.

- Yo no os... odio.

- No estáis habituada a mentir - dijo la joven. Elizabeth se volvió hacia ella.

- ¡Mi esposo pudo haber muerto por rescataros! - le dijo con fiereza- . ¡Al igual que mi hermano! ¿Qué relación tenéis con Roger? ¿Lo habéis hechizado?

Christiana no sonrió y tampoco se estremeció. Sus grandes ojos brillaron con intensidad.

- Siempre he soñado con un hombre como Roger. Siempre he sabido que vendría por mí. El año pasado mi tío me casó con un hombre cruel, pero aun así seguí esperándolo. Hace tres noches tuve un sueño y vi su rostro. El viajaba con ropas toscas y con una mujer que era familiar suya. Supe que finalmente había venido por mí.

Elizabeth miró a la joven como si se tratara de una bruja. Chris continuó.

- Vos me maldecís por haber puesto en peligro la vida del hombre que amáis, pero, ¿cuántos riesgos correríais por estar con vuestro hombre? Quizá si yo hubiera sido más valiente hubiera aceptado la tortura y la muerte que mi esposo iba a depararme, pero en vez de ello me senté en el campamento atada a un árbol y rogué con todas mis fuerzas que mi Roger viniera a rescatarme.

Miró más allá, hacia el camino por donde se aproximaban Miles y Roger, y su mirada cobró luz interior.

- Dios me ha dado a Roger para reparar todo lo que he sufrido hasta ahora. Esta noche dormiré con Roger y después de eso ya nada importa. He arriesgado su vida, la vuestra y la de vuestro amado esposo por tener esta única noche con mi amado.

Ella puso una de sus manos sobre las de Elizabeth y la miró con ojos suplicantes.

- Perdonadme por haber pedido demasiado de vuestras mercedes.

La furia de Elizabeth se evaporó. A su vez tomó las manos de Christiana.

- No habléis de muerte. Roger necesita amor tal vez más que vos. Quedaos a su lado.

Por primera vez, Chris hizo un gesto parecido a una sonrisa, y un hoyuelo apareció en su mejilla izquierda.

- Sólo la fuerza hará que me aleje de él.

Elizabeth miró hacia arriba y vio a Roger de pie ante ellas, su rostro reflejando cierta intriga. Está asombrado por todo lo que ha pasado, pensó Elizabeth. Chris lo tiene tan confundido como a nosotros.

Descansaron pocos minutos, comieron apresuradamente y se pusieron en marcha de nuevo.

Esa noche, mientras Elizabeth se acurrucaba en brazos de Miles, tuvo su primera oportunidad para hablar con él.

- ¿Qué piensas de esta joven por quien has arriesgado tu vida? - le

preguntó.

- Sé que es peligrosa - respondió él . - Estaba casada con el duque de Lorillard. Cuando era niño solía escuchar historias sobre su crueldad. Desposó a seis o siete mujeres de alcurnia. Todas murieron a los pocos años de matrimonio.

- ¿Chris es una dama de alcurnia? - Miles resopló.

- Desciende de generaciones de reyes.

- ¿Y tú cómo lo sabes?

- Por mis parientes franceses. Ya han tenido algunos problemas con la familia Lorillard. Elizabeth - dijo solemnemente - . Quiero que guardes esto contigo. - Le cerró la mano sobre la larga vuelta de perlas que Christiana había usado el día anterior. - Mañana, tarde, llegaremos a casa de mis parientes, pero en caso de que no... ¡No! - Le puso una mano sobre los labios para que no hablara.- Quiero decirte la verdad para que estés preparada. La familia Lorillard es poderosa, y nosotros le hemos quitado la vida a uno de sus miembros, además de llevarnos a otro. Si algo pasara, toma las perlas y vuelve a Inglaterra con mis hermanos. Ellos se harán cargo de ti.

- ¿Pero qué hay de tus parientes franceses? ¿No puedo confiar en ellos?

- Algún día te contaré la historia, pero, por ahora, digamos simplemente que los Lorillard me conocen. Si me capturan, la vía de acceso a mi familia de aquí quedará cortada. Vuelve con mis hermanos. ¿Lo juras? No quiero intentos de rescatarme, sino que regreses y te pongas a salvo.

Ella se negó a contestarle.

- ¡Elizabeth!

- Juro que volveré a Inglaterra con tus hermanos. - Suspiró.

- ¿Y qué otra cosa?

- ¡No haré más promesas! - siseó ella, y levantó el rostro para que él la besara.

Hicieron el amor lenta y morosamente, como si fuera la última vez. Las palabras de advertencia de Miles hicieron que Elizabeth se sintiera desesperada, como si sólo les quedaran pocas horas juntos. Dos veces echó a llorar de frustración, al pensar que habían estado tan cerca de la salvación y que la lujuria de una mujer los había puesto de nuevo en peligro.

Miles besó sus lágrimas y le dijo que debía vivir el momento y dejar su furia y su odio para más adelante. Se durmió abrazando fuertemente a Miles, y su sueño fue intranquilo. El se despertó, sonrió, le besó la cabeza, se quitó un mechón de pelo de ella de la boca, le hizo una caricia y volvió a dormirse.

Roger los despertó antes del amanecer, y al mirarlo, Elizabeth supo que no había dormido en toda la noche. Christiana apareció entre los árboles, sus ojos brillantes, los labios llenos y enrojecidos, y sus mejillas y cuello irritados por el roce de las patillas masculinas. Cuando comenzaron a caminar, Elizabeth vio que Roger lanzaba a la joven miradas de admiración y placer. Hacia el mediodía, él ya la llevaba abrazada y bien apretada contra sí. Y una vez, para sorpresa de Elizabeth, la estrechó en sus brazos y la besó apasionadamente.

Roger había sido siempre un hombre decoroso, consciente de su lugar en la vida, de sus votos de caballero, y nunca había hecho demostraciones de afecto en público.

Miles tomó a Elizabeth y la sacó del lugar donde se había quedado

detenida espiando a su hermano.

Una hora antes de la puesta del sol, un gran número de hombres se descolgaron de los árboles, con las espadas en la mano, y las apuntaron a las gargantas de los cuatro viajeros.

Un hombre viejo, desagradable, se abrió camino entre los caballeros.

- Y bien, Montgomery, nos volvemos a encontrar. ¡Atrapadlos! - ordenó.

19

Elizabeth estaba muy quieta sobre su caballo, mirando a través de las lágrimas la vieja fortaleza . Tantas eran las cosas que habían cambiado en las últimas semanas, que ya no estaba segura de que Inglaterra o el gran castillo siguieran en su lugar.

El caballo de uno de los tres hombres que tenía a sus espaldas piafó, volviéndola a la realidad. Elizabeth soltó un grito, usó los extremos de las riendas como látigo y espoleó a su caballo. A pesar de que nunca había visitado la fortaleza Montgomery, conocía muy bien su distribución. En Escocia, Miles le había hablado mucho del lugar, y hasta le había hecho un dibujo en el suelo.

Se dirigió a la puerta trasera, fuertemente vigilada, que era la entrada de la familia. Cuando llegó a los muros que flanqueaban la angosta entrada, apenas si disminuyó la velocidad de su cabalgadura. Inmediatamente los guardias, con sus arcos tensados, se pusieron en posición amenazante.

- La esposa de Miles Montgomery - gritó hacia arriba uno de los hombres que la acompañaban.

Seis flechas aterrizaron ante el caballo de Elizabeth, y el fatigado animal se encabritó, rompiendo dos de ellas con los cascos. Elizabeth tuvo que emplear todas sus fuerzas en controlar al asustado animal.

Ahora, tres caballeros armados se interponían entre ella y la entrada.

- Soy Elizabeth Montgomery y estos hombres vienen conmigo - dijo con impaciencia, pero respetuosamente. Ya no había lugares que estuvieran tan bien guardados como ése.

Como si fueran estatuas, los caballeros permanecieron en sus lugares mientras otros hombres se descolgaban de los muros y apuntaban con sus espadas a los hombres que acompañaban a Elizabeth.

Cuando hubo veinte caballeros reunidos, un guardia le dirigió la palabra a Elizabeth.

- Sólo vos podéis entrar. Vuestros hombres esperarán aquí.

- Sí, por supuesto. Deseo ver a Gavin. El podrá identificarme.

Las riendas del caballo de Elizabeth le fueron quitadas y la condujeron a un espacioso y limpio patio de armas frente a una inmensa casa. Había más edificios dentro del perímetro de las murallas.

Uno de los guardias entró en la casa y momentos más tarde apareció una hermosa mujer, la cara manchada de harina, y semillas de sésamo esparcidas por sus cabellos.

- Llévame con tu amo - le ordenó Elizabeth- . Tengo noticias que son de su incumbencia.

- ¿Eres Elizabeth? - preguntó la mujer- . ¿Tienes noticias de Miles? Se nos informó de que habíais muerto ambos. ¡Henry! Ayúdala a desmontar y trae a los hombres que la acompañan para que puedan comer algo.

En ese momento apareció Bronwyn y, detrás de ella, la pequeña cantante que Elizabeth había conocido tanto tiempo atrás: Alyx.

- ¡Elizabeth! - gritó Bronwyn, corriendo hacia ella.

Elizabeth casi se desplomó en los brazos de su cuñada.

- ¡Estoy tan contenta de verte! Ha sido un viaje muy largo. ¿Dónde está Stephen? Tenemos que volver y salvar a Miles y a Roger. Los ha hecho prisioneros un duque francés y tenemos que pagar un rescate, o rescatarlos, o...

- Más despacio - dijo Bronwyn- . Entra y te daremos algo de comer;

luego haremos planes.

- ¡Henry! - ordenó la mujer que se encontraba detrás de Elizabeth- . Busca a mi padrastro y a sir Guy. Haz que vengan aquí y prepara siete caballos para salir de viaje. Que salga ya mismo un emisario con órdenes de tener listo un barco para viajar a Francia. No quiero ninguna demora. ¿Has comprendido?

Elizabeth se había quedado quieta, mirando a la mujer a quien en un primer momento había tomado por una criada.

- ¿Puedo presentarte a lady Judith? - dijo Bronwyn, divertida.

Judith se pasó la mano por un mechón de pelo, y una infinidad de doradas semillas de sésamo cayeron al suelo.

- ¿Sabes dónde tienen a Miles?

- Sí, precisamente de allí vengo.

- Y has cabalgado sin descanso, por lo que se ve - agregó Bronwyn.

- Hola, Alyx - añadió Elizabeth, extendiendo la mano a la callada mujer que se había colocado detrás de Bronwyn.

Alyx le devolvió el saludo y sonrió tímidamente. Nunca antes se había sentido tan insignificante, rodeada por sus deslumbrantes cuñadas.

En ese momento llegó sir Guy corriendo. El gigante parecía haber perdido peso. Lo seguía Tam, y parecía que el piso temblaba bajo los pasos de este hombre tan corpulento.

- ¿Tenéis noticias de lord Miles? - inquirió sir Guy, fijos los ojos en Elizabeth- . Nos dijeron que los dos habían muerto.

- ¿Y quién les dijo eso? - preguntó Elizabeth, levantando la voz- . ¿No salió nadie en nuestra búsqueda?

- Ven adentro - interrumpió Judith, tomando, a Elizabeth del brazo- . Cuéntanos lo que ha sucedido.

Minutos después Elizabeth se hallaba ante una gran mesa, comiendo vorazmente la gran cantidad de comida que habían dispuesto frente a ella, mientras relataba lo ocurrido. Estaban con ella sus tres cuñadas, un hombre a quien no conocía - John Bassett, esposo de la madre de Judith- , sir Guy y Tam.

Con la boca llena, contó apresuradamente cómo a los tres los habían arrojado a la bodega de un barco, cómo habían escapado y viajado hacia el sur hasta que Roger había decidido arriesgar sus vidas por una joven que resultaba estar casada con otro.

Bronwyn interrumpió para decir algo odioso de Roger Chatworth, pero Tam le ordenó callarse. Sorprendentemente, Bronwyn obedeció al hombre mayor.

Brevemente, Elizabeth les relató cómo habían rescatado a la joven Christiana.

Judith hizo muchas preguntas, algunas sobre la participación de Elizabeth en el rescate y otras acerca de Christiana.

- La conozco - dijo Judith- . Y conozco al marido y a su familia. El más joven de los hermanos, no el duque, odia a Miles.

- ¿Por qué? - quiso saber Elizabeth.

- Por una mujer que...

Elizabeth hizo un gesto con la mano para interrumpirla.

- No deseo saber más. Debe de ser el joven que tiene prisioneros a Roger y a Miles. El duque murió a manos de Roger.

- ¡Le gusta matar! - dijo Bronwyn.

Elizabeth no perdió tiempo defendiendo a su hermano, sino que continuó con su historia, relatando la imprevista muerte del duque. Dejó de comer cuando pasó a contar su captura a manos del hermano del duque muerto. Miles había resultado herido cuando luchó con un caballero, lo desmontó de su caballo, la montó a ella, Elizabeth, y de un golpe en las ancas del animal la sacó del lugar de los hechos. Cuando pudo controlar al animal, vio una media docena de hombres que la perseguían. Ella había espoleado a su caballo y durante las siguientes horas había tratado de perder a sus perseguidores.

Elizabeth se saltó los detalles de los diez días siguientes. Había usado las perlas de Christiana para pagar su regreso a Inglaterra. Rezando para que no fuera su perdición, decidió contratar tres hombres, antiguos soldados, para que la protegieran.

Juntos, los cuatro cabalgaron noche y día, cambiando caballos cada tanto, durmiendo no más de dos horas por vez.

Cuando llegaron a la costa, Elizabeth pagó diez perlas por un barco con su tripulación para que los llevaran a Inglaterra y durmió los tres días seguidos que duró la travesía. Llegaron al sur de Inglaterra, compraron caballos y unos pocos víveres y partieron nuevamente, sin detenerse hasta que llegaron a los dominios de los Montgomery.

- De manera que - concluyó Elizabeth- he venido a buscar a los hermanos de Miles. Tenemos que regresar a Francia de inmediato.

En ese momento entró un caballero, susurró algo en los oídos de Judith y se fue.

- Elizabeth - dijo Judith- , han sucedido cosas que desconoces. Poco después que tú. Miles y tu hermano fuerais encerrados en el barco, Alice Chatworth - casi se atragantó al pronunciar el nombre- no pudo resistir las consecuencias de lo que había hecho. Nos envió un mensajero con una carta donde lo confesaba todo.

Alyx habló por primera vez con voz dulce, pero claramente audible.

- Raine, Stephen y Gavin partieron inmediatamente para Francia mientras nosotras - señaló con la cabeza a Judith y a Bronwyn- nos quedamos aquí reunidas esperando noticias.

- ¿Entonces ya se encuentran en Francia? - preguntó Elizabeth, poniéndose de pie- . Tengo que irme ahora. Si me dierais algunos hombres podría encontrar a los hermanos de Miles y llevarlos hasta donde lo tienen prisionero.

- ¿Conoces el castillo del duque de Lorillard? ¿Sabes dónde vive su hermano? - preguntó Judith, inclinándose hacia adelante.

- No, pero seguramente... - comenzó Elizabeth.

- No podemos arriesgarnos. El duque era un "amigo" de mi padre - Judith hizo un gesto despectivo- . Sé cuáles son los dominios de los cuatro Lorillard y dudo que ningún otro Montgomery los conozca. Tal vez Raine, porque estuvo en Francia participando en torneos, pero si los hombres se han separado... no, está decidido. - Se puso de pie.

- ¡Decidido un cuerno! - rugió el hombre que tenía a su lado, John Basset, levantándose amenazadoramente.

Judith parpadeó al escucharlo pero mantuvo la calma.

- Los caballos están listo y pronto partiremos. Bronwyn, ¿tienes suficientes de esas camisas escocesas que usáis en tu tierra? Van a resultar muy cómodas en este largo viaje.

Librodot

John la agarró del brazo con rudeza.

- No vas a andar por ahí arriesgando tu vida nuevamente - dijo- . Casi terminas con todos nosotros cuando fuiste tras Gavin. Esta vez, jovencita, te vas a quedar aquí y vas a dejar que los hombres se hagan cargo de todo.

Los ojos de Judith se encendieron como oro al rojo vivo.

- ¿Y dónde se supone que vais a buscar a mi esposo? - escupió- . ¿Has estado alguna vez en Francia? Y si por casualidad lo encuentras, ¿cómo sabrás indicarle dónde buscar a Miles? ¡Usa tu sentido común, John! Deja que las otras mujeres se queden aquí, pero Elizabeth y yo debemos ir contigo.

Alyx miró a Bronwyn y soltó un grito de ¡no!, que hizo que las paredes temblaran. El rostro de Alyx se sonrojó y bajó los ojos hacia sus manos.

- Quiero decir que Bronwyn y yo también debemos acompañaros. Tal vez podamos ser útiles - susurró.

- Bronwyn - comenzó Tam, mientras sir Guy miraba intimidatoriamente a Elizabeth. Instantáneamente, todos comenzaron a discutir al mismo tiempo.

Alyx, quien no tenía ninguno de los hombres cerca, se escabulló sin ser vista, subió corriendo las escaleras hacia el cuarto de Bronwyn y Stephen y sacó varias mantas de un arcón. Incluso en el piso superior se oía la discusión que tenía lugar abajo.

Impulsivamente, descolgó una gaita de la pared. Con las mantas multicolores en los hombros, comenzó a tocar la gaita mientras bajaba las escaleras.

Cuando llegó al salón principal, todos los ojos estaban vueltos hacia ella.

Reinaba el silencio.

Dejó la gaita y habló.

- Si vuestras mercedes se van sin nosotras - dijo en medio del silencio expectante- nos iremos, solas, una hora después. Así pues, ¿cabalgarán vuestras mercedes con nosotras o nos precederán?

Los hombres quedaron callados, las mandíbulas apretadas y los labios transformados en una línea fina.

- Mientras estamos aquí perdiendo el tiempo - siguió Alyx- , Miles sigue prisionero, o tal vez lo estén torturando en este preciso momento. Sugiero que partamos... ¡ya mismo!

Judith se adelantó, tomó la cara de Alyx entre ambas manos y le besó las mejillas

- ¡Nos vamos todos! - declaró Judith, tomando las mantas de Alyx y arrojándole una a Elizabeth- . John, ocúpate de las provisiones. Guy, busca a mi mayordomo. Vamos a necesitar oro para este viaje. Tam, asegúrate de que tengamos todas las flechas necesarias y controla las cuerdas de los arcos. Bronwyn, revisa que los caballos estén listos para viajar. Alyx, trae algún instrumento para tocar un poco de música. Podríamos necesitarlo.

Elizabeth comenzó a reír cuando oyó la primera orden.

- ¿Y yo? - preguntó, cuando todos partieron en diferentes direcciones para cumplir las indicaciones de Judith.

- Ven conmigo - dijo Judith, subiendo las escaleras.

A mitad de camino Judith se detuvo, posando sus ojos en Elizabeth.

- Alice Chatworth contrajo la viruela, y aunque sobrevivió, la parte sana de su cara quedó completamente llena de marcas. - Judith hizo una pausa.-

Se quitó la vida arrojándose desde una muralla. - Desvió la vista y, conteniendo el aliento, agregó- : La misma muralla desde donde cayó Ela.

Elizabeth no comprendió la última frase, pero mientras seguía a Judith escaleras arriba, se alegró de que Alice estuviera muerta. Al menos estaba segura de que su hijo estaría a salvo.

Elizabeth había oído hablar de cómo trabajaba Judith Montgomery, pero pronto llegó a la conclusión de que Judith era un demonio. No permitía la menor flaqueza de nadie... nadie podía descansar.

Llegaron al sur de Inglaterra en sólo dos días, cambiando los caballos con frecuencia. Se habló poco, y la única preocupación era recorrer el trayecto lo más rápidamente posible. En muchos lugares los caminos estaban en muy malas condiciones o casi no existían, por lo que se lanzaron a campo traviesa cruzando terrenos cultivados, ante la irritación de los campesinos. En dos ocasiones Tam y Guy saltaron dé sus caballos y tiraron abajo algunos cercos con sus hachas. Detrás de ellos las ovejas pastaban.

- El dueño llevará a Judith a juicio - dijo Elizabeth, porque obviamente estaban invadiendo propiedad de gente rica.

- Esta tierra es de Judith - le aclaró Bronwyn por sobre el hombro, mientras espoleaba a su caballo.

Alyx y Elizabeth intercambiaron miradas de asombro antes de lanzar, también ellas, los caballos a todo galope.

Cuando llegaron al sur de Inglaterra, al amanecer del tercer día, un ferry los esperaba para transportarlos hasta la isla donde vivían más Montgomery.

- Mi clan es pequeño comparado con esta familia - dijo Bronwyn cansadamente antes de sentarse en el fondo húmedo del ferry; se pasó la manta por la cabeza y se quedó dormida.

Una hora después estaban despiertos nuevamente y, como sonámbulos, montaron en caballos frescos y cabalgaron hacia la comarca de los Montgomery.

A pesar del cansancio que sentía, Elizabeth notó la antigüedad y la serenidad de la fortaleza, con sus piedras levantadas unas sobre otras doscientos años atrás por el caballero conocido como el León Negro.

Dentro de las puertas, Judith tocó el brazo de Elizabeth y le señaló con la cabeza a una niña que espiaba desde la entrada. Tendría un año y medio, el cabello sucio, las ropas destrozadas y la mirada de un perro hambriento.

- Uno de los hijos de Miles - dijo Judith, mirando el rostro de Elizabeth.

Elizabeth sintió un arranque de furia.

- Será mía cuando regrese. - Con una última mirada, Elizabeth pasó delante de los otros y entró en la casa.

Se quedaron en el viejo castillo el tiempo suficiente para comer y enseguida partieron en el barco que los aguardaba. Los siete se acurrucaron en cubierta y de inmediato se durmieron.

Muchas horas después, más frescos, las mujeres comenzaron a discutir sus planes.

- Tenemos que tratar de acceder al castillo - dijo Judith- . La música de Alyx nos abrirá las puertas. ¿Alguno sabe cantar o tocar algún instrumento?

Bronwyn juró que tenía buena voz; Judith admitió carecer totalmente de oído musical. Elizabeth susurró, con la garganta seca, que sabía bailar.

- ¡Bien! - dijo Judith- . Una vez que estemos dentro...

- No harán nada - dijo John Basset a sus espaldas- . Vuestras mercedes nos señalarán los dominios del nuevo duque y nosotros nos encargaremos de encontrar a sus esposos y llevarlos a ese lugar. Ellos rescatarán a lord Miles. - Con estas palabras, dio media vuelta y se fue.

Judith dedicó a sus cuñadas una sonrisita.

- Hace algunos años tuve algunos problemas cuando traté de rescatar a Gavin. John nunca me ha perdonado, y como se casó con mi madre, se siente responsable de mí. - Se inclinó hacia adelante.- Tendremos que ser más discretas en la preparación de nuestros planes.

Elizabeth se apoyó en el costado del barco y ahogó una risa. Ahí estaba Judith, tan bonita, tan diminuta, con sus manos en las rodillas, con todo el aspecto de una dama desamparada. Y sin embargo, tenía un espíritu indomable. Bronwyn permanecía de pie apoyada en la borda, y con el sol reflejándose en las aguas se acentuaba su belleza de rasgos fuertes. Elizabeth sabía que Bronwyn era una mujer apasionada, valiente, leal. Y Alyx, tan callada y tímida, como si le temiera a todo el mundo; sin embargo, Elizabeth había podido apreciar algunos chispazos de su carácter en la magnífica voz que tenía.

¿Y Elizabeth? ¿Encajaba entre estas mujeres? Se preguntó si aprobaría el examen de Judith.

No bien llegaron a Francia compraron caballos y Judith los guió hacia el sudoeste. Durante el último día, Judith se había mostrado de acuerdo con todo lo que los hombres decían. En una ocasión Bronwyn le dio un codazo a Elizabeth para que observara cómo John Bassett sacaba pecho mientras le daba instrucciones a Judith. Tam también le dio a Bronwyn órdenes estrictas.

Sir Guy se dirigió a Elizabeth una sola vez.

Ella lo miró por entre las pestañas y, con expresión angelical, le preguntó cómo estaban los dedos de sus pies. La cicatriz del gigante empalideció, y éste se marchó sin responder. Bronwyn se agarró las costillas, porque sintió que se le podían destrozar de tanto reírse. Judith, cuando se enteró de la historia de los pies de Guy, le dirigió a Elizabeth una mirada especulativa de admiración.

Alyx simplemente afinó su laúd y ese acto de por sí pareció mostrar quién creía ella que iba a ganar esa batalla de poderes.

John Bassett alquiló habitaciones en una posada que no estaba muy alejada de los dominios del duque, donde, según los habitantes del lugar, vivía en esos momentos. Los tres hombres tuvieron que dejar solas a las mujeres cuando partieron en busca de los esposos. John pareció a punto de llorar cuando se encontró con el terco silencio de Judith en respuesta a su petición de que jurara por Dios que esperaría allí el regreso de los hombres.

- ¿Tendré que dejar una guardia para que las vigile? - preguntó John, exasperado. Judith se limitó a mirarlo.

- No me importaría llevarte conmigo, pero tendremos que separarnos y hace falta más de un hombre para controlar a un demonio como tú. Debería haber un santo en especial que protegiera a los esposos como Gavin.

- Estás perdiendo tiempo, John - dijo Judith pacientemente.

- Tiene razón - agregó Guy, sin mirar a ninguna de las mujeres.

John se acercó a Judith y la besó en la frente.

- Que el Señor te proteja. - Con esto, los tres hombres se fueron.

Judith se apoyó en la puerta y emitió un prolongado suspiro.

- Sólo desea nuestro bien. Y ahora, ¿nos ponemos a trabajar?

Elizabeth no tardó en darse cuenta de qué magnífica organizadora era Judith... y cómo sabía usar su oro. Contrató a veinticinco personas para que corrieran la voz de que allí se encontraba la cantante más famosa del mundo y la bailarina más conocida del universo. Esperaba que la expectación fuera febril para cuando Alyx y Elizabeth aparecieran, de manera que pudiera desaparecer junto con Bronwyn sin ser notada.

Temprano por la tarde Judith cambió sus ropas por andrajos, se ennegreció un diente con una fea mezcla de goma y hollín, y se fue a entregar pan fresco al castillo del duque. Regresó con magníficas noticias.

- Miles está vivo - dijo, mientras se rascaba y se quitaba las inmundas ropas- Parece que el duque siempre tiene prisioneros y los instala en lo alto de la torre. ¡Esto tiene un gusto horrible! - añadió, frotándose el diente- . Parece que toda la familia Lorillard es experta en torturas, y en este momento se están ocupando de la joven.

- Lo siento, Elizabeth - siguió Judith rápidamente- . Por lo que se murmura no he podido saber si seguía con vida o no, pero los dos hombres sí están vivos.

- ¿Has sabido algo de la herida de Miles? - preguntó Elizabeth.

Judith extendió sus manos, con las palmas hacia arriba.

- No he podido preguntar directamente, y todo lo que he averiguado es que los prisioneros siempre ocupan lo alto de la torre.

- Parece fácil - dijo Bronwyn- . Todo lo que tenemos que hacer es poner alas a nuestros caballos e ir por ellos.

- Hay una escalera - aclaró Judith.

- ¿Sin guardias? - inquirió Bronwyn.

- La puerta que lleva a las habitaciones donde están los prisioneros está custodiada, pero hay otro tramo de la escalera que llega a la azotea. - Judith se pasó una camisa limpia por la cabeza- . Hay ventanas en esas habitaciones, y si pudiéramos descolgarnos desde la azotea...

Sólo Bronwyn notó las rígidas líneas que se formaron en las comisuras de la boca de Judith. Ella, por momentos, parecía no temerle a nada, aunque sentía terror por las alturas. Bronwyn le tocó un brazo a Judith.

- Tú quédate y baila mientras Alyx canta. Elizabeth y yo nos descolgaremos y...

Judith levantó una mano.

- Tengo tanto talento para bailar como para hacer que los caballos vuelen. Alyx comenzaría a cantar, yo no podría seguir el ritmo y me pondría a observar las mesas y a sacar cálculos de cuántos cajones se necesitarían para almacenar tal cantidad de comida. Probablemente me olvidaría de bailar y comenzaría a darles órdenes a los criados.

Las tres mujeres trataron de contener risitas ante la agudeza de Judith y su aire desdichado. Judith les lanzó una mirada.

- Soy fuerte y pequeña al mismo tiempo, y puedo descolgarme muy fácilmente por una cuerda y escabullirme por una ventana.

Ningún argumento hizo que Judith cambiara de idea, y muy pronto se sentaron a descansar, cada una con sus propios pensamientos sobre los peligros a los que habrían de enfrentarse. Elizabeth no contó el temor que le causaba que los hombres la tocaran y no se volvió a mencionar el terror de Judith por las alturas.

Cuando se acercaba el crepúsculo, Judith se puso de rodillas y

comenzó a orar, y de inmediato las otras mujeres se unieron a ella.

Librodot

20

Alyx fue la que más sorprendió a las mujeres. Durante los últimos días casi no había hablado, y había seguido dócilmente a sus expresivas cuñadas sin hacer sugerencias ni emitir quejas. Pero en el momento en que un instrumento musical caía en sus manos, y alguien le pedía que tocara, sobrepasaba ampliamente a todas sus parientas en esplendor.

Judith y Bronwyn, vestidas con andrajos sucios, se mezclaron en la procesión que seguía a Alyx y a Elizabeth. Elizabeth, que ya llamaba la atención por su cuerpo magníficamente formado, usaba ropas baratas y llamativas, de colores tan brillantes que resaltaban de por sí.

Tan pronto como Alyx entró en el gran salón del viejo castillo, lanzó una nota que silenció a todo el mundo. Bronwyn y Judith nunca habían escuchado la potencia de la voz de Alyx y permanecieron quietas un momento, con expresión de respeto.

- Te daré un ritmo - le susurró Alyx a Elizabeth- . Tú sigúelo con el cuerpo.

Todos los ojos estaban clavados en Alyx y la hermosa mujer que la acompañaba. Abruptamente Alyx dejó que su voz cayera, y nuevamente el público comenzó a respirar y, entre risas y aplausos, comenzaron a moverse.

- ¡Ahora! - le dijo Judith a Bronwyn, y las dos mujeres desaparecieron por un hueco oscuro de la pared.

Con las pesadas faldas sostenidas con las manos, comenzaron a subir por los viejos escalones de piedra, un tramo, dos tramos, hasta arriba; pero cuando casi llegaban a su meta, un ruido las hizo aplastarse contra el muro.

Escuchando con todos los poros del cuerpo, esperaron a que el guardia pasara la abertura.

Judith señaló un agujero negro hacia la izquierda, lejos del guardián que vigilaba. Se deslizaron por la abertura sin un ruido. Las ratas protestaron ante las intrusas, y Bronwyn pateó escaleras abajo a una de ellas.

En lo más alto de las escaleras había una puerta... cerrada.

- ¡Maldición! - susurró Judith- . Necesitamos una llave.

Pero antes de emitir ningún sonido, Bronwyn se acercó a la puerta y comenzó a recorrerle los bordes con sus dedos. Cuando llegó al último borde, se volvió y le dirigió a Judith una sonrisa triunfante. En la oscuridad, sus dientes y sus ojos brillaban. Bronwyn tiró de un pasador de hierro y la puerta se abrió con facilidad. El chillido de una rata hizo que se detuvieran, pero no escucharon ruidos de pisadas en las escaleras. Por allí se escabulleron y muy pronto llegaron a la azotea.

Hicieron una pequeña pausa y respiraron profundamente el aire límpido de la noche. Bronwyn se volvió hacia Judith y vio que ésta miraba hacia abajo con el miedo pintado en el rostro.

- Déjame ir a mí - dijo Bronwyn.

- No - Judith negó con la cabeza.- Si algo pasara y tuviera que izarte, no podría, pero en cambio tú sí puedes izarme a mí.

Bronwyn asintió, porque el razonamiento de Judith era correcto. Sin hablar más, se quitaron las burdas faldas de lana que usaban sobre las enaguas y comenzaron a sacar una gruesa cuerda de su interior. Judith le había pagado a cuatro mujeres para que trabajaran toda la tarde cosiendo esas faldas. Ahora la luz de la luna brillaba sobre sus faldas de manta escocesa, azul y verde la de Bronwyn, dorada y castaña la de Judith.

Tan pronto como la cuerda de Bronwyn quedó formando un rollo en el suelo, ésta comenzó a caminar por la torre redonda y a espiar hacia abajo desde las almenas.

- Hay cuatro ventanas - le informó a Judith- . ¿Cuál será la de Miles?

- Déjame pensar - dijo Judith, sosteniendo la cuerda- . Esa ventana está sobre las escaleras; la opuesta, frente a las escaleras, de manera que la celda tiene que ser una de esas dos. - Señaló a la izquierda y a la derecha.

No hacía falta que ninguna de las dos mencionara que si Judith aparecía por la ventana equivocada, podía costarle la vida.

- Vamonos ya - dijo Judith, como si caminara hacia su propia ejecución.

Bronwyn había usado cuerdas toda su vida, y con toda facilidad; haciendo algunos nudos, logró hacer una especie de asiento para Judith. Se pasó la falda de tartán entre las piernas y la ajustó con el grueso cinturón de cuero. Con el corazón latiéndole locamente, Judith se deslizó por los nudos de la cuerda, una parte alrededor de su cintura, la otra entre sus piernas.

Bronwyn, de pie frente a las almenas, le sonrió.

- Concéntrate en tu tarea y no pienses en dónde te encuentras.

Judith no pudo más que asentir, ya que el miedo le había hecho un nudo en la garganta. Bronwyn sujetó un extremo de la cuerda alrededor de una de las almenas y aprovechó para hacer descender lentamente a Judith.

Judith rezaba salmos en silencio, reafirmando su fe en Dios, mientras buscaba algún punto de apoyo con los pies. Tres veces se desprendieron trozos de muralla bajo sus pies, y en cada una se le cortó la respiración, esperando que en cualquier momento apareciera un guardia por encima de ella para cortarle la cuerda de la que pendía su vida.

Después de largos momentos, que transcurrieron muy lentamente, llegó a la ventana, y, cuando sus pies se apoyaron en el antepecho, una mano le aferró el tobillo.

- ¡Silencio! - ordenó una voz, cuando Judith jadeó de terror.

Un par de manos fuertes la agarraron por las piernas, después por las caderas, y la hicieron entrar por la ventana. Judith, feliz de. estar en tierra firme nuevamente, se aferró con tanta fuerza a la ventana que estuvo a punto de romperse los dedos.

- ¿No sois vos la que tiene pavor a las alturas? - Judith se volvió para encontrarse frente al rostro tranquilo de Roger Chatworth. Su camisa colgaba en jirones sobre su cuerpo musculoso.

- ¿Dónde está Miles? - dijo, medio jadeando, medio gruñendo.

Un sonido de fuera de la celda hizo que Roger la abrazara protectoramente,

- ¿Ya estás hablando solo, Chatworth? - le gritó el guardia, pero no se molestó en ir hasta la celda.

- Con nadie mejor que conmigo mismo - le respondió Roger en voz alta, abrazando el cuerpo tembloroso de Judith.

- ¿Quién está arriba? - le susurró Roger al oído.

- Bronwyn.

La respuesta de Judith mereció una maldición ahogada de Roger. Ella quería soltarse de sus brazos, pero en ese momento cualquier cosa que la confortara era bien recibida. Roger la llevó, todavía sujeta a la cuerda, al rincón más lejano del pequeño calabozo.

- Miles está en la celda de enfrente - susurró- . Está herido y no sé si tendrá fuerzas suficientes para trepar por vuestra cuerda. Pronto el guardia se quedará dormido y saldremos. Yo iré primero y después os izaré. Pero no podéis quedaros sola aquí. Tendréis que sentaros en el antepecho, y si el guardia llega a mirar hacia dentro, tendréis que saltar. ¿Entendéis? Tan pronto como llegue arriba, os subiré - le repitió.

Judith dejó que sus palabras penetraran en su cerebro. Este era el enemigo de su familia, era el causante de la muerte de Mary Montgomery. Tal vez tenía en mente matar a Bronwyn y cortar la cuerda que la sostenía.

- No... - comenzó.

- ¡Tenéis que confiar en mí, Montgomery! Bronwyn no podrá levantaros y vos jamás podríais trepar por la cuerda. ¡Malditas mujeres! ¿Por qué no han mandado hombres en su lugar?

Con eso fue suficiente. Los ojos de ella relampaguearon.

- Desagradecido...

El le puso una mano en la boca.

- ¡Buena chica! Todo lo que me disgusta de los Montgomery me gusta de sus mujeres. Ahora no perdamos más tiempo. - Diciendo esto, llevó a Judith hacia la ventana, la levantó y la sentó en el antepecho.

- Poned las manos aquí - indicó el borde del antepecho- y sosteneos firme. Cuando comience a izaros, usad manos y pies para no chocar contra la pared. - la sacudió levemente, porque ella no podía dejar de mirar el suelo, que quedaba muy, muy abajo.- Pensad en la furia de vuestro esposo cuando se entere de que habéis rescatado a un Chatworth antes que a su hermano.

Judith casi sonrió al escuchar esto... casi. Logró levantar la cabeza y visualizó a Gavin, imaginándose en sus brazos protectores. Juró que jamás volvería a hacer algo tan estúpido como ponerse a rescatar a un hombre. A menos, por supuesto, que Gavin la necesitara. O sus hermanos. O alguna de sus cuñadas. O tal vez, también, su madre. Y, sin ninguna duda, sus hijos. Y...

El tirón que dio Roger a la cuerda cuando comenzó a subirla casi la hace volar por el aire.

- Concentraos en lo que hacéis, mujer - le ordenó él.

Ella encogió los pies, nuevamente alerta, y con la cabeza levantada observaba cómo él se iba izando, palmo a palmo.

Bronwyn recibió a Roger en la azotea con un cuchillo apuntándole a la garganta, mientras él se balanceaba suspendido de la cuerda.

- ¿Qué habéis hecho con Judith? - gruñó Bronwyn.

- Está esperando abajo a que yo la suba, y cada minuto que pasa su vida corre más peligro.

En ese momento sucedieron varias cosas. Una, Judith, ya fuera por miedo o por necesidad, se lanzó del antepecho de la ventana y Roger estuvo a punto de soltar la cuerda.

- ¡Guardias! - se oyó un grito más abajo.

- ¡La puerta! - dijo Roger, luchando por mantenerse en la pared- . ¡Trabad la puerta!

Bronwyn reaccionó de inmediato, pero para cuando llegó a la puerta, ya un guardia la había atravesado. No dudó un momento en clavarle el cuchillo entre las costillas. El guardia cayó, y Bronwyn tuvo que correrlo para poder trabar la puerta.

Volvió corriendo hasta donde Roger se encontraba, tirando de la cuerda

Librodot

de Judith, y se inclinó sobre las almenas para ayudar.

- ¿Qué ha pasado - preguntó Bronwyn antes de que Judith llegara sana y salva arriba.

- Alyx y Elizabeth terminaron en la misma celda que Miles. Me quedé tratando de escuchar todo lo posible, pero cuando el guardia quiso ver a Chatworth, gritó. ¿Qué ha pasado con él?

Bronwyn ayudó a Judith a trepar a la azotea.

- Ahí está - señaló con la cabeza hacia el cuerpo del hombre.

- ¿Quién lo ha oído gritar? - quiso saber Roger.

- Creo que nadie - explicó Judith- . ¡Vamos! tenemos que sacarlos de este lugar.

- No hay tiempo. ¿Dónde están sus esposos? - preguntó Roger.

- Aquí en Francia, pero... - comenzó Judith, mas se detuvo cuando Roger cogió el segundo rollo de cuerda del piso de la azotea y lo ató a las almenas- . Están del otro lado.

Roger la ignoró.

- No hay tiempo. El viejo estará aquí en pocos minutos. Tenemos que bajar y volver con ayuda.

- Cobarde - siseó Bronwyn- . Escapad vos. Judith y yo vamos a rescatar a nuestra familia. - Roger la agarró del brazo con rudeza.

- ¡Cerrad la boca, idiota! ¿Os olvidáis de que Elizabeth es mi hermana? No hay tiempo para discutir, pero si nos atrapan aquí, no quedará nadie para rescatarlos. Y ahora, ¿podéis bajar por esa cuerda?

- Sí, pero... - empezó Bronwyn.

- ¡Entonces hacedlo! - Casi la arrojó al otro lado del muro, mientras le sujetaba las manos con firmeza.- ¡Abajo, Bronwyn! - le ordenó, y le dirigió una rápida sonrisa- . Mostradnos un poco de vuestra sangre escocesa.

Tan pronto como Bronwyn desapareció por un lado del muro, Roger tomó a Judith por debajo de los brazos y la alzó.

- ¡Bien! No pesáis más que mi armadura. - Se agachó a medias- . Sujetaos a mi espalda con todas vuestras fuerzas.

Judith asintió con la cabeza y obedeció; hundió la cara en los hombros de Roger y cerró los ojos. No miró cuando él pasó al otro lado del muro. El cuello del hombre comenzó a transpirar y Judith se dio cuenta de que estaba haciendo un tremendo esfuerzo.

- ¿Vais a permitir que un inglés os gane? - le espetó Roger, colgando en el vacío, a Bronwyn.

Judith abrió un ojo y miró a su cuñada con admiración. Bronwyn tenía la cuerda atada a un tobillo y se deslizaba hacia abajo con facilidad. Cuando oyó las palabras de Roger, se apresuró más.

Judith no tenía intención de dejar la protección de la ancha espalda de Roger aun cuando ya hubieran puesto pie en tierra. Como si se tratara de algo que hacía todos los días, él le desprendió de su cuerpo primero las manos, después las piernas.

Temblando, Judith vio que él corría hacia la cuerda de Bronwyn. Ella todavía estaba a algunos metros del suelo.

- ¡Saltad, escocesa! - le ordenó Roger. Bronwyn dudó un instante pero enseguida obedeció, soltó la cuerda y cayó pesadamente en los brazos de Roger.

- Debéis de pesar lo mismo que mi caballo - murmuró, mientras la depositaba en el piso- . ¿Sería demasiado esperar que hubieran traído algún

caballo?

- Venid, enemigo - dijo Bronwyn, haciendo un gesto con el brazo.

Roger tomó del brazo a Judith porque ella se había quedado mirando hacia arriba, horrorizada, a la alta torre donde había trepado.

- ¡Corred! - le dijo, y le dio una fuerte palmada en las nalgas- . ¡Saquemos a mi hermana y a Chris de aquí!

Miles estaba de pie en medio de la celda, como si las estuviera esperando, cuando la puerta se abrió repentinamente para dar paso a Elizabeth y a Alyx.

- Para que te hagan compañía, Montgomery. - El guardia rió- . Disfruta esta noche, porque seguramente será la última que vivas.

Miles consiguió atrapar a Elizabeth antes que ésta cayera, y luego sostuvo a Alyx.

Sin una palabra se sentó en el piso y pasó sus brazos por los hombros de las dos mujeres, mientras Elizabeth comenzaba a besarlo con frenesí.

- Dijeron que habías muerto - dijo Elizabeth entre los besos- . Oh, Miles, no sabía si volvería a verte vivo.

Miles, sonriendo ligeramente, los ojos encendidos, depositó un beso en la frente de cada mujer.

- Ahora puedo morir en paz.

- ¿Cómo puedes bromear... - empezó a decir Elizabeth, pero Miles la besó en los labios y ella se calmó.

Los tres se pusieron alerta cuando el guardia gritó y se lanzó escaleras arriba, hacia la azotea de la torre. Un ruido sordo siguió a la desaparición del hombre.

En medio del silencio, mirando hacia arriba, Miles preguntó:

- ¿Bronwyn?

Ambas mujeres asintieron. Miles respiró hondo y suspiró.

- ¿Por qué no me contáis lo que habéis hecho? - Alyx permaneció callada mientras Elizabeth le contaha todo lo referente al plan de rescate, cómo Judith tenía que descolgarse por la pared y entrar en la celda de Miles. Alyx miraba a Miles, se apoyaba en sus fuertes hombros y veía cómo sus ojos se iban oscureciendo. Raine me retorcería el cuello si supiera de este plan, pensó ella, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

- ¿Alyx? - dijo Miles, interrumpiendo el relato de Elizabeth- . Saldremos de aquí. Mis hermanos, en estos momentos...

Ella se secó las lágrimas con la mano.

- Lo sé. Sólo pensaba en que Raine me arrancará el pellejo por esto.

Los ojos de Miles brillaron.

- Sí, lo hará.

- ¡Estás herido! - exclamó Elizabeth repentinamente, al descubrir un sucio vendaje que le envolvía las costillas. No quedaba demasiado en su camisa, y Elizabeth comenzó a inspeccionarlo.

Ella se alejó de él. Sólo recibían un poco de luz de la luna, pero aun en esa semipenumbra, pudo ver todas las cicatrices. Le pasó los dedos sobre una de ellas, y dijo:

- Tú no tenías cicatrices cuando nos conocimos, y todas las que tienes ahora te las has hecho por mi culpa.

El le besó una mano.

- También yo voy a hacer que tengas cicatrices... de los veinte niños que pienso tener contigo. Ahora quiero que las dos descanséis, porque la

mañana va a traer... novedades.

La mayor preocupación de Elizabeth había sido volver a ver a Miles sano y salvo, y ahora que estaba recostada junto a él, sabiendo que estaba vivo y bien, se sentía satisfecha. Cerró sus ojos cansados y se quedó dormida de inmediato.

No pasó lo mismo con Alyx. Ella no había estado viajando tanto como Elizabeth y no se sentía tan fatigada. Cerró los ojos y se quedó quieta, pero su mente trabajaba febrilmente.

Después de una hora, cuando apenas un hilo de luz alumbraba la celda. Miles se separó de las mujeres con suavidad y se puso frente a la ventana. Alyx lo miraba con los ojos medio cerrados.

- Ven conmigo, Alyx - susurró él, sorprendiéndola, porque no creía que él supiera que estaba despierta.

Alyx pasó sobre el cuerpo dormido de Elizabeth y cuando se acercó a Miles, éste le pasó el brazo por los hombros y la apretó contra sí.

- Has arriesgado mucho por salvarme, Alyx, y te lo agradezco.

Ella sonrió, y frotó su mejilla contra la mano de él.

- Por mi culpa nos atraparon. El duque me había oído cantar en Inglaterra, en alguna ocasión, me recordó y también recordó que me había transformado en una Montgomery. ¿Qué crees que habrá dicho Bronwyn cuando se haya encontrado con Roger y no contigo? - Se movió entre sus brazos.- ¿Crees que han logrado escapar, verdad? No había guardias esperándolos abajo, ¿no es así? ¿Vendrá Raine?

Sonriendo, él la puso nuevamente frente a la ventana.

- Sé que han logrado pasar. Mira allá, hacia el oeste.

- No veo nada.

- En la niebla, ¿ves esos destellos?

- Sí - dijo ella, excitada- . ¿Qué son?

- Podría estar equivocado, pero creo que son hombres con armaduras. Y allí también, más al norte.

- ¡Más destellos! Oh, Miles. - Se volvió, le abrazó el pecho con fuerza y bruscamente lo soltó.- Estás peor de lo que le has dicho a Elizabeth - le dijo acusadoramente.

El trató de sonreír, pero el dolor que sentía se reflejaba en su rostro.

- ¿Le vas a decir la verdad, para que se preocupe aún más? Se ha portado valientemente bailando para todos esos extraños, ¿no es cierto? - dijo con orgullo.

- Sí - respondió Alyx, y se quedó junto a él, mirando el amanecer, buscando esos destellos y viendo cómo se acercaban.

- ¿Quiénes son? - quiso saber Alyx- . Sé que hay Montgomerys en Francia, pero parece que se aproximan como cien caballeros. ¿Quiénes son los otros?

- Dudo que haya otros - respondió Miles- . Hay Montgomerys por toda Francia, y en España y en Italia. Cuando era un muchacho y gané mis espuelas, me molestaba que dondequiera que fuese hubiese un tío y algunos primos pegados a mí, pero en este momento siento que todos mis parientes son fantásticos.

- Estoy de acuerdo contigo.

- ¡Mira ahí! - dijo, señalando exactamente delante de ellos- . ¿Has visto eso?

- No, no he visto nada. - El sonrió alegremente.

- Es lo que tanto he esperado ver. ¡Ahí está otra vez!

Brevemente, por menos de un segundo, Alyx vio un reflejo diferente.

- Es el estandarte de mi tío Etienne. Siempre nos reímos de él, porque su estandarte es del tamaño de una casa, pero Etienne dice que la sola vista de los tres leopardos dorados hace que todos huyan de inmediato... y él quiere darles tiempo de hacerlo.

- ¡Lo he visto! - exclamó Alyx. En el horizonte aparecieron tres reflejos dorados, uno encima de otro- . Los leopardos - murmuró- . ¿Quién crees...? - empezó a preguntar.

- Raine está al frente con el tío Etienne. Stephen se aproxima con los hombres del norte y Gavin llega por el sur.

- ¿Y tú cómo lo sabes?

- Conozco a mis hermanos. - Sonrió.- Gavin esperará un tanto alejado y los tres ejércitos atacarán simultáneamente.

- ¿Atacar? - preguntó ella, con los dientes apretados.

- No te preocupes. - Le acarició suavemente una sien.- No creo que ni siquiera el duque de Lorillard se atreva a enfrentarse con las fuerzas combinadas de los Montgomery. Se le dará la oportunidad de rendirse pacíficamente. Además, su lucha tiene que ver con Christiana, no con los Montgomery.

- Christiana. ¿La muchacha que rescató Roger Chatworth? ¿Qué ha sido de ella?

- No lo sé, pero lo averiguaré - dijo Miles con tanta vehemencia que Alyx prefirió callar. Sabía muy bien que era inútil tratar de discutir con ninguno de los Montgomery, cuando habían tomado una decisión. Juntos observaron los ejércitos de caballeros que se aproximaban, y cuando Elizabeth se despertó, Miles se los enseñó también. Tratando de levantarles el ánimo, hizo chistes sobre las ropas de ellas.

- Si Judith y Bronwyn han liberado a Roger Chatworth y los tres han ido en busca de ayuda, ¿a qué hermano crees que habrán encontrado primero? - preguntó Alyx.

Ni Miles ni Elizabeth tenían una respuesta cierta.

- Ruego que no sea Raine - susurró Alyx- . Creo que Raine atacaría primero y haría las preguntas después.

En silencio, se quedaron mirando cómo se aproximaban sus salvadores.

Librodot

21

Cabalgando junto a Raine y Etienne Montgomery se encontraba Roger Chatworth, su boca una línea apretada, su brazo derecho - el brazo de la espada- vendado fuertemente pero aún sangrante, y, a su lado, Bronwyn lucía lo que muy pronto sería un magnífico ejemplo de ojo negro. Lo del brazo de Roger había sido el resultado de su encuentro con Raine, y lo del ojo de Bronwyn había venido como consecuencia de ponerse en medio de ambos. Judith se hubiera unido gustosa al embrollo, pero John Bassett se apeó de su caballo, la tiró al suelo y allí la mantuvo con firmeza.

Tuvieron que intervenir cuatro hombres para que Raine no terminara despedazando a Chatworth, pero al fin aquél se calmó un poco y permitió que Judith y Bronwyn, que se tocaba el ojo golpeado, le contaran todo lo sucedido.

Cuando la historia iba por la mitad, todos los Montgomery estaban de nuevo sobre sus cabalgaduras. Cuando Judith contó que Alyx había terminado en la misma celda que Miles, Raine volvió a abalanzarse contra Roger. Roger lo mantuvo a raya con una espada que sostenía en su mano izquierda, y los parientes de Raine lograron tranquilizarlos.

Ahora, mientras se aproximaban al castillo Lorillard, estaban todos callados.

Gavin Montgomery estaba montado en su caballo, absolutamente callado, con trescientos hombres a sus espaldas, y mirando cómo se acercaban los demás Montgomerys. A su lado se encontraba sir Guy y el rostro marcado del gigante estaba rígido como una piedra. Guy prefería no recordar la explosión de Gavin cuando se enteró de que Judith había viajado a Francia con los demás hombres.

- ¡Carece absolutamente de sentido común! - había rugido Gavin- . Cree que hacer una guerra es como limpiar un estanque de peces. Oh, Dios - había rogado fervientemente Gavin- , si aún está viva cuando la encuentre, la mataré con mis propias manos. ¡Adelante!

Stephen ordenó a sus hombres que se acercaran al lado este del castillo, mientras que él y Tam cabalgaron hacia donde Gavin esperaba por el sur.

- ¿Mujeres? - aulló, bastante antes de llegar, a Gavin.

- ¡Ninguna! - respondió su hermano en voz tan alta que su caballo se levantó sobre las patas traseras.

En medio de una nube de polvo, Stephen y Tam viraron hacia el oeste en busca de Raine. Cuando Stephen vio a Bronwyn, casi lloró de alivio, y enseguida notó su ojo hinchado.

- ¿Qué ha pasado? - gritó por sobre el estruendo de los caballos, sin tocarla pero comiéndosela con los ojos.

- Raine... - fue todo lo que Bronwyn pudo decir, porque Stephen soltó una estrepitosa carcajada. Miró con afecto la inmensa figura de Raine, muy tieso sobre su caballo.

Bronwyn no se molestó en mirar nuevamente a su esposo, sino que se puso junto a Tam.

- Stephen - lo llamó Judith- . ¿Está Gavin con ellos? - Señaló hacia el sur.

Stephen asintió una vez, y Judith, seguida de John, salió disparada como un relámpago hacia el grupo de Montgomerys que aguardaban al sur.

No hubo lucha.- El nuevo duque de Lorillard, quien obviamente se

acababa de levantar de la cama, con los ojos enrojecidos y la piel de un gris verdoso por los excesos de la noche anterior, no habría llegado a la avanzada edad de cincuenta y ocho años si hubiera tratado de luchar contra los mil hombres enfurecidos que rodeaban su castillo. Demostrando la fe que tenía en el nombre de Montgomery, caminó entre los caballeros armados y le dijo a Gavin que a cambio de su propia libertad, los Montgomery podían llevarse todo lo que quisieran, o a quienes quisieran, sin la pérdida de una sola vida.

Raine no quiso aceptar los términos del hombre, porque el duque estaba rindiendo no sólo sus tierras sino también a dos de sus hijos. Raine creía que un hombre que se comportaba de esa forma merecía la muerte.

Bronwyn y Judith insistieron en rescatar a los prisioneros de la forma más sencilla posible.

Finalmente fue Gavin, como hermano mayor, quien tuvo la palabra final. El duque, con cinco de sus guardias, pudo irse en su cabalgadura, después que se ordenara abrir todas las puertas.

Entre protestas, las tres mujeres tuvieron que quedarse atrás, mientras los tres hermanos, Roger y una docena de primos penetraron en la odiosa fortaleza del duque.

Puede ser que los ocupantes no supieran - o no les importara- que los estuvieran atacando, o tal vez, como sugirió Stephen, no fuera la primera vez que pasaba eso. Ninguno se despertó de su borrachera. Había hombres y mujeres desparramados por el suelo y acostados sobre algunos bancos.

Cautelosamente, con las espadas en la mano, los hombres trataban de no pisar los cuerpos caídos, mientras buscaban la escalera que Bronwyn y Judith habían descrito.

En lo alto de la escalera los tres hermanos embistieron con los hombros contra una puerta que se abría al cuarto donde estaban las celdas.

- ¡Aquí tienen! - dijo Roger, tomando una llave de la pared y abriendo la pesada puerta de madera.

Allí los esperaba Miles, muy tranquilo y contento consigo mismo, con una mujer en cada brazo.

Alyx corrió, se lanzó en brazos de Raine y él la mantuvo apretada contra su cuerpo, y mientras hundía su cabeza en el cuello de ella, se le humedecían los ojos.

- Cada vez que te acercas a tus cuñadas - empezó a decir- , haces cosas como ésta. De ahora en adelante...

Riendo, Alyx lo besó para hacerlo callar. Elizabeth se soltó de los brazos de Miles y se acercó a Roger, le acarició la mejilla y le tocó el brazo ensangrentado.

- Gracias - susurró. Se volvió hacia Gavin y le hizo un seco saludo con la cabeza.

Todavía no podía olvidar cómo él la había insultado.

Gavin, con una sonrisa que suavizó sus rasgos duros, le abrió los brazos.

- ¿Podríamos empezar otra vez, tú y yo, Elizabeth? - le preguntó suavemente.

Elizabeth se le acercó, lo abrazó, y cuando Bronwyn y Judith llegaron, hubo más intercambios de besos y abrazos.

Las palabras de Miles rompieron el hechizo de la feliz reunión. Con los ojos clavados en Roger, dijo:

- ¿Podemos irnos?

Ante el frío asentimiento de Roger, Miles tomó una espada de manos de un joven primo.

- Este no es momento para rencillas - comenzó Stephen, pero se tranquilizó al ver la expresión de Miles.

- Chatworth me ha ayudado. Ahora me voy con él.

- ¿Con él? - explotó Raine- . ¿Ya has olvidado que él mató a Mary?

Miles no respondió, y abandonó la celda detrás de Roger.

- Raine - dijo Alyx con su voz más dulce- . Miles está herido y también lo está Roger, y estoy segura de que van a buscar a esa mujer que Roger quiere.

- ¡Christiana! - dijo Elizabeth, saliendo de su estupor. No tenía idea de adonde podían dirigirse su hermano y su esposo- . Judith, Bronwyn. - Se volvió.

Sin vacilar ni un momento, las cuatro mujeres se lanzaron hacia la puerta.

Sin una palabra y al unísono, todos los hombres atraparon a sus esposas por la cintura, y Raine atrapó también a Elizabeth. Las condujeron a la celda y rápidamente las dejaron encerradas allí. Por un momentó los hombres parpadearon al oír la variedad y la virilidad de los insultos de las mujeres.

Judith la tomó con la Biblia, Bronwyn gritaba en gaélico, Elizabeth usaba el vocabulario de un soldado. ¡Y Alyx! Alyx usaba su magnífica voz para hacer temblar las piedras.

Los hombres se miraron unos a otros con aire triunfante, les indicaron a los jóvenes primos que los siguieran y abandonaron el lugar.

- Jamás creí que llegaría el día en que ayudara a un Chatworth - murmuró Raine, pero se detuvo cuando oyó el entrechocar de aceros.

Seis guardias, despiertos, alertas, cuidaban el cuarto donde se encontraba Christiana, y atacaron a Roger y Miles en cuanto los vieron.

La herida del costado de Miles se abrió instantáneamente cuando traspasó a un hombre con su espada, saltó sobre el cuerpo caído y se lanzó contra otros dos. Roger perdió la espada de su mano izquierda, pasó sobre el cuerpo del hombre que Miles había liquidado, cayó, empuñó la espada con la mano derecha, se levantó y terminó con el hombre que tenía enfrente. La herida de su brazo se volvió a abrir.

Otro hombre fue por Roger, y éste alzó, indefenso, su brazo herido. Pero cuando la espada del guardia casi toca el estómago de Roger, el hombre cayó hacia adelante, muerto. Roger rodó a tiempo para ver cómo Raine retiraba su espada de la espalda del guardia.

Los tres hermanos se pusieron en posición de proteger a Roger y a Miles, y rápidamente despacharon a los restantes guardias. Limpiaron sus aceros en los colgantes de un dosel.

Fue Raine quien le ofreció su mano a Roger, y por un momento éste se quedó mirándola, como si se tratara de una oferta de amistad proveniente de una serpiente venenosa. Con los ojos abiertos inquisitivamente, Roger aceptó la mano y permitió que Raine lo ayudara a ponerse de pie en medio de los cuerpos caídos. Sus ojos quedaron fijos los del uno en el otro, y segundos después Roger se acercó a la cama y arrancó los colgantes.

En el centro estaba Christiana hecha un nudo, cubierta tan sólo por

una delgada tira de lana, y con su cuerpo negro y azul. Tenía los ojos cerrados e hinchados, los labios partidos.

Lentamente, Roger se arrodilló junto a la cama y le tocó la frente.

- ¿Roger? - susurró ella y trató de sonreír, con lo que su labio inferior comenzó a sangrar.

Con una expresión furiosa, Roger se inclinó y la tomó en sus brazos. Raine le puso una mano en el hombro.

- La llevaremos al sur con nuestra familia. - Roger asintió y sacó a Chris de la habitación. Gavin ayudó a Miles a ponerse de pie.

- ¿Dónde están las mujeres? - preguntó Miles. Sus hermanos guardaron un silencio ominoso y parecieron un tanto temerosos.

- Nosotros, este... en fin... - empezó a decir Stephen.

Gavin levantó la cabeza.

- Creo que cabalgaré delante. Ten - Le arrojó una llave a Miles- . Será mejor que tú te ocupes de las mujeres.

- Sí - agregaron rápidamente Stephen y Raine, y los tres se abalanzaron al mismo tiempo hacia la puerta para abandonar el cuarto.

Miles miró la llave que tenía en la mano y cayó en la cuenta de que era la llave de la celda donde él había estado encerrado.

- ¡No os habréis atrevido! - gritó, pero sus hermanos ya habían desaparecido.

Por un momento se quedó donde estaba, y por fin comenzó a reír, a reír como nunca antes lo había hecho. Pocos años atrás él y sus hermanos vivían solos en su pequeño mundo seguro, teniendo que lidiar sólo con batallas y guerras.

Entonces, uno a uno, habían desposado a cuatro mujeres hermosas, encantadoras... y ahí habían aprendido lo que era la verdadera guerra.

El y sus hermanos acababan de tomar un castillo y de matar a varios hombres sin preocuparse por el peligro, pero cuando tuvieron que enfrentarse con cuatro mujeres furiosas encerradas en una celda, se habían acobardado y habían salido huyendo.

Miles comenzó a caminar. ¡Gracias a Dios que él no había tenido nada que ver con el encierro de las mujeres Sintió pena por sus hermanos cuando finalmente tuvieran que enfrentarse con sus esposas.

¡Pero cómo se alegraba! Pensó en todas las veces que lo habían tratado como "el hermanito menor". En poco tiempo pagarían todos los trucos que habían practicado con él.

Arrojó la llave al aire, la volvió a atrapar y, sonriendo, se dirigió hacia la celda llena de hermosas mujeres. Muy bien podía encerrarse con todas ellas, por unos días...

Qué pasó con cada uno de los protagonistas Christiana se recuperó por completo, se casó con Roger Chatworth y diez años después, cuando ya casi habían perdido las esperanzas, tuvieron una hija, que, para desgracia de Roger, desposó a un Montgomery del sur de Inglaterra.

El nombre de Chatworth murió, con la excepción de que, de vez en cuando, un niño se llamaría Chatworth Montgomery.

Miles y Elizabeth tuvieron o adoptaron un total de veintitrés niños, y uno de sus hijos, Philip, fue un gran favorito del rey Enrique VIII. Más adelante, dos nietos de Miles fueron a los nuevos países de América y se quedaron allí.

Raine fue contratado por Enrique VIII para que entrenara a sus jóvenes

caballeros, y Alyx se transformó en dama de compañía de la reina Catalina. La corte era un lugar alegre, y el rey prestó atención y puso en marcha algunas de las reformas que quería Raine. Raine y Alyx tuvieron tres hijas, y la del medio heredó el talento musical de su madre. Hay una leyenda que cuenta que algunas de las mejores cantantes de nuestro tiempo descienden de Alyxandria Montgomery.

Bronwyn y Stephen tuvieron seis hijos, cinco varones y una niña. El nombre de Bronwyn llegó a ser una leyenda en el clan, y, todavía hoy, el clan MacArran canta sus alabanzas. La hija de Bronwyn se casó con el hijo de Kirsty MacGregor. Este tomó el nombre de MacArran y con el tiempo llegó a ser un terrateniente.

Lachian MacGregor desposó a una de las hijas de Tam, y se enamoró en tal forma de ella que dejó todos los asuntos del clan en manos de sus hombres. Davy MacArran luchó por el poder, triunfó y se transformó en un MacGregor. Pero la hija de Lachian, la esposa de Davy, no resultó la damita dócil que todo el mundo creía, y, finalmente, fue ella la que en verdad llegó a ser la MacGregor.

Judith y Gavin siguieron al cargo de las heredades de los Montgomery.

Prosperaron y dejaron su propiedad en tan buenas condiciones económicas, que hoy constituye una de las casas privadas más grandes y más ricas del mundo. Una de las descendientes de Judith tiene a su cargo la propiedad. Es una mujer pequeña y bonita, con un extraño color de ojos, que no se ha casado, porque jamás ha encontrado un hombre que hubiera llevado a cabo la mitad de las cosas que ella ha hecho en su vida. La semana entrante tiene una cita con un norteamericano de treinta años, millonario por derecho propio, que dice ser descendiente de un caballero llamado Miles Montgomery.

Deseo lo mejor para ambos.